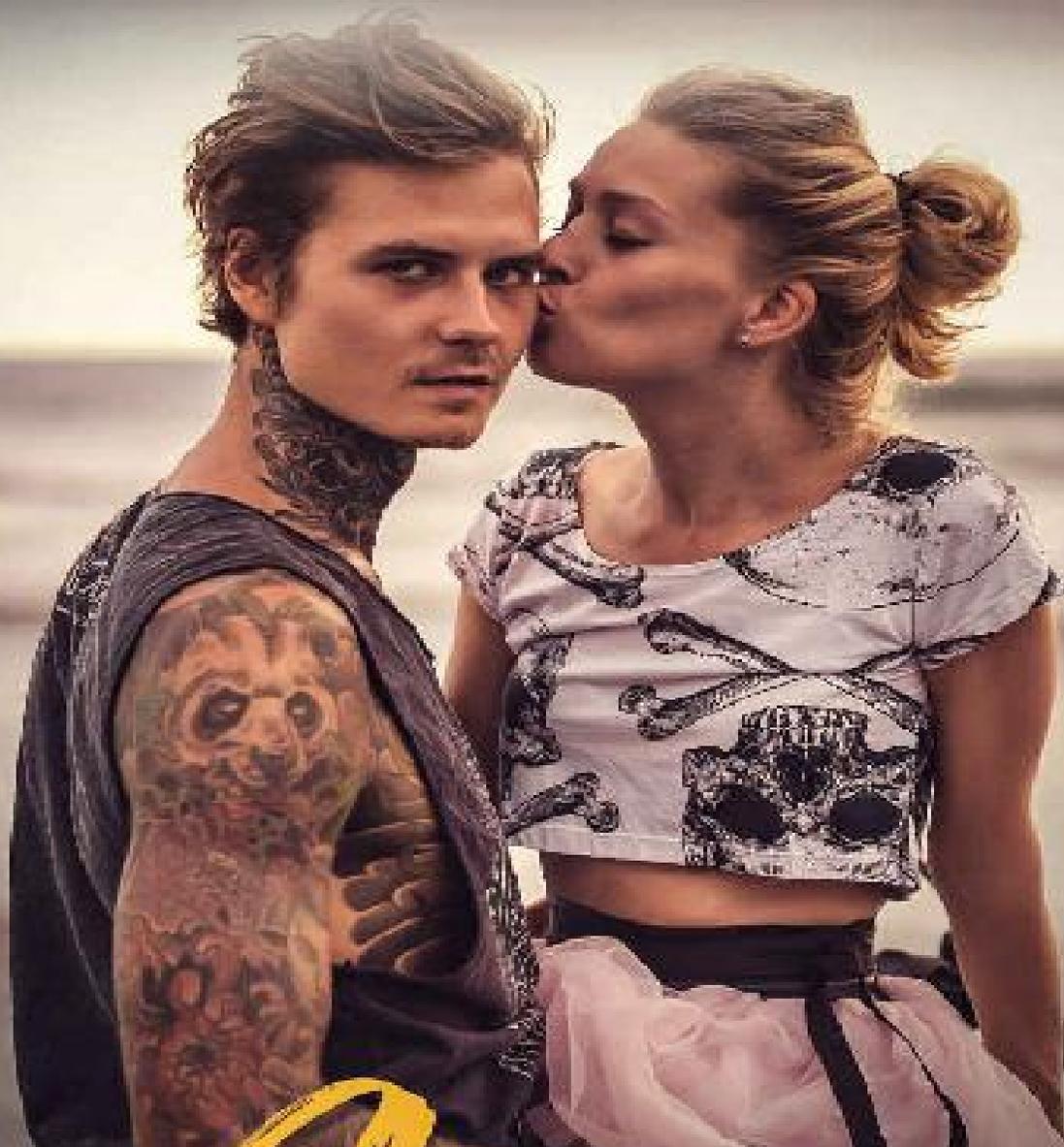


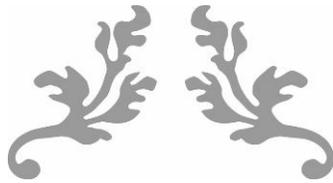
MARTA ESCUDERO



Amor

ADOLESCENTE

3 NOVELAS DE ROMANCE JUVENIL
Y ADOLESCENTE



AMOR ADOLESCENTE

3 Novelas de Romance Juvenil y Adolescente



Por Marta Escudero

© Marta Escudero, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

Dedicado a;

Marta, por cuidar de mi hermano.

Mario, por inspirarme a ser más.

Índice

El Chico Perfecto — *Romance Juvenil con su Compañero de Universidad*

Buena Chica — *Romance Juvenil con el Rockero*

El Hombre Perfecto — *Romance Juvenil Prohibido*

Día de Playa — *Romance Juvenil de Verano y Vacaciones*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

El Chico Perfecto

Romance Juvenil con su Compañero de Universidad

Corría mi primer semestre en la facultad de medicina y seguía siendo la chica que siempre había sido: silenciosa, tranquila, bastante cerrada. La carrera me estaba pareciendo hasta el momento relativamente simple. Siempre había querido ser médico. Desde que era una niña pequeña me empeñaba en jugar a curar a mis amigas de enfermedades que no tenían y le repetía incansablemente a mi madre que sería una doctora reconocida cuando fuese grande.

Al crecer, mi pasión por la medicina creció exponencialmente, leía libros de anatomía que me prestaba mi prima, me encerraba en mi habitación los fines de semana solo a leer, a investigar sobre enfermedades y descubrimientos científicos sin sentir remordimiento por las posibles actividades sociales que no estaba experimentando.

Mis padres eran personas bastante tranquilas también así que no ponían peros a mi actitud solitaria, nunca fui a una fiesta durante el colegio, solo a unos cuantos cumpleaños pequeños de los que me iba apenas se hacía un poco tarde.

Tenía un par de amigas que había hecho en el preescolar y estudiaron conmigo durante todo el colegio, nos llevábamos bien porque ninguna de las tres esperaba de las demás nada que ellas no quisieran dar. Nos reuníamos después de clases para hacer las tareas y a veces competíamos silenciosamente por quién obtenía las mejores notas, ninguna lo aceptaba abiertamente pero todas notábamos la satisfacción en el rostro de la que había sacado la nota máxima.

Nunca discutimos ni peleamos por nada, tampoco hacíamos demasiados planes fuera de los necesarios para los estudios. En clases, hablábamos poco y evitábamos conversar con el resto de nuestro compañeros. Mi único objetivo era poder entrar a la facultad de medicina al terminar el colegio y cuando lo conseguí sentí que mi vida estaba corriendo en la dirección adecuada. Mis dos amigas fueron a universidades diferentes a estudiar carreras distintas así que al empezar mi primer semestre, no supe más de ellas.

Estaba tan acostumbrada a vivir en solitario, a volverme invisible en los lugares más abarrotados de gente que la enorme extensión del campus universitario no me hizo sentir insegura, tampoco lo hizo el ver la cantidad de estudiantes que estaban en mi primera clase. Era un salón redondeado y enorme repleto de sillas y mesas en varios escalones que cubrían todo el espacio exceptuando la plataforma sobre la que estaba el escritorio del profesor.

Allí me sentía, de hecho, cómoda. Conocía los salones de clase, sin importar la forma que tuviesen, y disfrutaba el reto de sentarme frente a un pizarrón y un profesor nuevo, esperando para comprobar si sería capaz de comprender la lección que me darían lo suficientemente rápido. Había tenido la suerte de que todos a mi alrededor, a lo largo de mi vida, habían decidido simplemente no molestarme. No se metían conmigo, ni me hacían chistes ni intentaban incomodarme, respetaban mi espacio, me ignoraban, y yo había construido mi vida social de esa manera.

Había estudiado siempre en el mismo colegio, con la misma gente cerca de mí así que nada había cambiado nunca, nada me había alejado demasiado de mi zona de confort. Por lo tanto, me

sentí por completo fuera de lugar cuando los primeros días de clases alguna que otra persona se acercaba a mí a hacerme preguntas acerca de cualquier cosa, incluso algunos pretendían entablar una conversación ligera conmigo.

Sin embargo, rápidamente demostré mi poco interés en ello y la gente lo comprendió. A mediados de semestre, me sentía bastante estable dentro de mi rutina universitaria. Mis padres y yo vivíamos muy cerca de la universidad así que no tuve necesidad de mudarme de mi casa cuando comencé. Ellos me regalaron un coche usado en muy buenas condiciones que solo usaba para ir de clases a mi casa y viceversa.

Algunas veces hacía unos cuantos favores a mi madre por la ciudad y recorría un par de centros comerciales, comprando alguna cosa que me llamara la atención. En eso realmente consistían mis días. Las clases no me parecían para nada difíciles en el primer semestre, casi todo lo que me daban lo había estudiado por mi cuenta en años anteriores con los libros de mi prima, así que simplemente repasaba un poco y presentaba los exámenes y evaluaciones sin problema, obteniendo siempre altas calificaciones.

Un viernes llegué a mi casa al mediodía y me encerré en mi habitación a ver televisión. Minutos después de haber llegado mi madre tocó la puerta y le dije que pasara. Se sentó junto a mí en la cama y se quedó un par de minutos en silencio.

Yo nunca había sido el tipo de persona que inicia conversaciones o siente ansiedad por los silencios incómodos, podía pasar horas en silencio tranquilamente si la otra persona no hablaba. Pero sabía que mi madre había entrado porque quería hablar de algo en particular ya que no solía entrar a mi habitación cuando yo estaba en ella. Finalmente habló.

—¿Cómo te va en la universidad hija? —Me preguntó intentando sonar casual.

—Bien. Ya lo sabes, te he mostrado los exámenes. —Le dije con cautela, un poco confundida por su pregunta.

—Lo sé. No me refiero a eso, nunca dudé de tus habilidades para estudiar. Me refiero a... ya sabes, socialmente. ¿Has hecho algunos amigos? —Me dijo sin mirarme a la cara, viendo el televisor. Yo me sentí un poco atacada con ese comentario. Era la primera vez que me hacía una pregunta de ese tipo y la notaba verdaderamente preocupada, aunque ella intentaba con mucho esfuerzo esconder su preocupación. Yo no entendía realmente qué le preocupaba, suponía que me conocía, que sabía qué tipo de persona era yo y que no esperaba algo diferente de mí estando en la universidad.

—No, en realidad no. —Le dije finalmente.

—¿Has hablado con las chicas? —Me dijo. Con las chicas se refería a Diana y Laura, mis únicas amigas de la escuela.

—No. Ellas están en sus cosas y yo en las mías. Mamá... No entiendo porqué me estás preguntando todo esto. —Le dije intentando llegar de una vez al fondo de la conversación para así cortar lo más pronto posible con ella.

—Perdóname, Catia. Es solo que tu padre y yo nos hemos preocupado un poco. Queremos... que estés bien, que seas feliz. Eso es todo. —Le dijo con tristeza y algo de vergüenza en sus ojos.

—Estoy bien. Lo estoy. —Respondí con seguridad pero seguía viendo preocupación en su rostro así que intenté esforzarme más por convencerla—. Mamá, tú sabes quién soy, esto es quién soy. No necesito amigos, ni salir de fiesta. Soy feliz así, mi objetivo es ser médico, siempre lo ha sido y trabajaré y me enfocaré solo en eso. Pensé que estarías orgullosa de mí. —Le dije.

—¡Lo estoy! Nunca lo dudas. No podría pedirte nada. Eres la hija perfecta. Disculpa si te incomodé con todo esto, sé que tienes razón. —Me dijo mientras se levantaba de la cama y se arreglaba la franela con un gesto de incomodidad—. Te queremos. Lo sabes, ¿no? —Me dijo. Yo

asentí y sonreí, ella sonrió también y salió de la habitación.

El lunes siguiente, en la primera clase del día, el profesor nos invitó a todos a que asistiéramos a una conferencia que estarían dando un grupo de médicos importantes acerca de distintas áreas de la medicina. La conferencia era realmente para estudiantes de años superiores pero él nos dijo que si llegábamos con él podríamos pasar. La mitad de la clase aceptó ir así que luego del almuerzo nos encontramos fuera de nuestra aula y esperamos allí al profesor.

Casi todos estaban conversando en sus grupos que ya habían formado en el tiempo que había transcurrido del semestre. Yo estaba sentada en las escaleras leyendo un cuento corto de mi colección favorita. El profesor llegó veinte minutos más tarde de lo acordado. Llegó apresurado y nos pidió que camináramos rápido hacia la sala de conferencias de la facultad.

Cuando llegamos nos dejaron pasar sin hacer preguntas y segundos después de que entramos, comenzó la conferencia. La sala estaba repleta, había mucha gente sentada en sillas frente a la tarima y otro montón más parada en los alrededores, incluyéndonos a nosotros. El médico se presentó, presentó a sus compañeros y explicó de manera general los temas que iban a tratar en la conferencia.

Yo sentí una especie de emoción en el estómago al imaginarme a mí misma en un futuro no muy lejano montada en la misma tarima dando una conferencia parecida. La exposición de los temas avanzó sin hacerse aburrida para ella, pero algunos a su alrededor estaban mirando sus teléfonos y conversando en voz baja. Todo el evento duró una hora.

Cuando terminó la gente comenzó a levantarse y un grupo de chicos y chicas que no había visto antes se acercaron hacia la zona en la que estábamos nosotros aún sentados. Escuché a dos chicas detrás de mí comenzar a murmurar aceleradamente así que presté atención a lo que decían. Una le decía a la otra que los que venían eran chicos de tercer año y repetían los nombres de todo, discutiendo cuál era cuál.

—Qué tonta eres. El más guapo es Marcos sin duda. Ya has escuchado lo que dicen de él.—

—¿El más guapo? ¿De qué hablas? Todos son guapos... No, es él, es él, estoy segura.

—Claro que sí. Te lo dije. Es él.

Decían entre ellas y se interrumpían constantemente. Yo comencé a fijarme con detalle en el grupo que venía hacia nosotras. Había cuatro chicos y tres chicas. Una de las chicas tenía el cabello muy largo y muy negro, caminaba con gracia, moviendo las caderas suavemente de un lado a otro. La segunda chica iba colgada del brazo de uno de los chicos, ella tenía el cabello castaño y abundante. Ambas eran delgadas y esbeltas.

La tercera chica era de contextura gruesa, tenía el cabello muy corto, no le llegaba siquiera a los hombros y teñido de rubio claro. Los cuatro chicos eran muy altos y venían sonriendo abiertamente, hablando entre ellos y con las chicas.

Uno de los chicos era impresionantemente musculoso y grueso, otros dos eran delgados y bastante guapos, pero el último era el más alto de todos y el único que caminaba algo distanciado del grupo, venía un poco detrás de ellos sin mirar a nadie demasiado y caminaba con una altivez que yo percibía como casi insoportable.

Esa análisis de todos los integrantes del grupo lo hice rápidamente y antes de que se detuvieran justo al frente de nosotros. Cuando llegaron allí, las chicas que tenía atrás de mí y habían estado hablando sobre ellos se quedaron de pronto en silencio.

La chica de cabello negro se acercó a nuestro profesor y lo saludó con cariño, se quedaron conversando un rato y intenté mirar hacia ningún lado en particular, pero sentía la presión de un par de ojos sobre mí. Esa presión me puso muy nerviosa, no estaba acostumbrada a ser el objeto de las miradas de nadie y no estaba muy segura de quién era la persona que me estaba mirando,

tampoco me atrevía a voltear para descubrirlo. Mantuve mi mirada fija hacia la pared.

El grupo de chicos conversaban sobre alguna fiesta a la que habían asistido mientras la chica de cabello negro seguía conversando con el profesor. Entraron dos chicas que tampoco había visto antes a mi panorama visual. Se dirigieron hacia el grupo de tercer año e invitaron a uno de los chicos a un partido de tenis esa tarde. El chico al que invitaron no respondió y los otros dos les dijeron que lo sentían pero tenían otros planes.

Las chicas se notaron bastante incómodas y se fueron. Todo esto lo percibí intentando no mirar directamente hacia ellos. Seguía sintiendo la presión sobre mí, estaba a punto de voltear cuando la chica de pelo negro se despidió del profesor y todos comenzaron a caminar hacia la puerta. En ese momento volteé a verlos y me encontré directamente con la mirada del chico más alto del grupo. Me miró fijamente a los ojos y me sonrió.

Yo bajé mis ojos hacia mis pies y sonreí sin subirlos de nuevo por varios segundos. Cuando lo hice, el chico ya había volteado y todos estaban comenzando a salir de la sala de conferencias. Sentí que mi rostro estaba hirviendo por la vergüenza que me produjo encontrarme con los ojos de aquel chico. No entendía porqué me había sonreído ni porqué me miraba pero me levanté rápido del asiento y me dirigí hacia la siguiente clase.

Entré a la clase con la mente un poco dispersa, pero llegué primero que todos los demás así que me senté un rato en mi silla intentando recuperarme. Pensé que era absolutamente estúpido e infantil que me pusiera tan nerviosa por un encuentro tan insignificante así que lo deseché de mi mente, saqué el libro que correspondía para ese clase y comencé a leer la lección que tocaba aquel día, aunque ya la había leído a profundidad el día anterior.

Cuando terminó la clase, muchos de mis compañeros se quedaron conversando mientras recogían sus cosas y escuché repetidas a veces a varios de ellos hablar sobre la fiesta de tercer año que habría el siguiente viernes. Entre esos murmullos y fragmentos volví a escuchar el nombre de Marcos y algo me decía que se trataba del chico que me había sonreído.

Un par de chicas se convencían unas otras de asistir a la fiesta porque Marcos era quien la organizaba, otros chicos se discutían quién de ellos debía acercarse a Marcos para preguntarle la dirección, y una chica le decía a su novio, a modo de chiste, que si Marcos la invitaba a salir lo dejaría sin dudarlo.

En ese momento entendí que se trataba de celebridades del campus, chicos guapos y mayores que atraían la atención y admiración de la mayoría. Aquello nunca había llamado mi atención, el clásico grupo popular de la escuela me había parecido siempre un conjunto de personas desagradables y arrogantes que tenían pocas probabilidades de tener éxito laboral en sus vidas.

Sin embargo, no había pensado en la posibilidad de que existiese ese tipo de personas en la facultad de medicina, me parecía para que entrar a estudiar una carrera tan importante y delicada como esa, debías ser alguien inteligente, maduro y responsable. Así que cuando escuché aquellos conversaciones, mi parte más racional ahogó al pequeño fragmento de mí que se moría de curiosidad por saber más acerca del famoso Marcos.

Me fui a mi casa pensando en el examen que teníamos al día siguiente. Llegué directo a la cocina, piqué varios tipos de frutas, los eché en un recipiente y me encerré en mi habitación. Estuve estudiando hasta la madrugada, cuando me quedé dormida sobre mi cuaderno sin darme cuenta. Me levanté un poco tarde la mañana siguiente así que salí sin arreglarme demasiado.

Llegué al examen con ojeras pero segura de que sabría cómo responder las preguntas pues a pesar de haberme quedado dormida, había estudiado tanto previamente que realmente lo que estaba haciendo era repasar conocimientos que ya tenía. Al terminar el examen, salí antes que los demás y me dirigí a la máquina expendedora a buscar un café. Estaba retirando el café cuando

escuché un “hola” en voz baja detrás de mí.

Giré mi rostro hacia atrás y ahí estaba él, el chico alto y guapo del que todos hablaban, el que me había sonreído al finalizar la conferencia, y me estaba saludando a mí. Yo no entendía nada. Nunca nos habían presentado y, sinceramente, yo estaba absolutamente acostumbrada a ser ignorada por todos, aún más por las personas populares. Intenté controlar mi nerviosismo pero no pude evitar bajar la mirada hacia mis pies. El chico se rió en voz baja.

—Hola. Soy Marcos. Eres de primer año, ¿no? —Me dijo. Eso confirmaba mi casi certeza de que era exactamente el chico del que todos hablaban, lo cual hizo que me pusiera aún más nerviosa pero meforcé a levantar la mirada y sostenerla.

—Sí. Es mi primer semestre. —Le respondí, hurgando en mi mente para intentar conseguir más palabras con las que continuar la conversación.

—Te vi en la conferencia con tus compañeros. —Me dijo y ambos nos quedamos unos segundos en silencio, él nunca dejó de sonreír con seguridad—. Hay una fiesta este viernes, todos van. Si quieres ir podría buscarte. —Me dijo. Mi cerebro pareció congelarse por unos momentos—. Tienes cara de que nunca vas a fiestas, ¿o me equivoco? —Me dijo.

—No te equivocas. —Le respondí.

—Excelente. Quiero ser parte de un cambio necesario en tu vida. Aún no me has dicho tu nombre. —Me dijo.

—Catia. —Le respondí. Aún sin saber cómo articular palabras más allá de las respuestas simples y directas que requerían sus preguntas.

—Catia. Wow. Bonito. Entonces, dime, ¿me aceptas como impulsor de un cambio en tu vida? Esto es casi una religión, te explico. Quiero convencerte de unirme a mi culto, el culto de gente que se divierte. —Me dijo.

—No me gustan los cultos. Les tengo fobia, de hecho. —Le respondí.

—Mejor aún. Mira Catia, estás empezando en la universidad, estoy seguro de que siempre has sido el mismo tipo de chica. ¿No crees que te convendría tener experiencias diferentes para contarle a tus nietos?

Estaba completamente impresionada con lo que estaba sucediendo. Me hablaba con la confianza de alguien que me conoce y me decía cosas directas que podrían parecer maleducadas en otro contexto. Sin embargo, todo me parecía divertido, él me parecía carismático y sentí un impulso repentino de decirle que sí a todo. En ese momento, una de las chicas que estaba con él en la conferencia lo llamó a gritos desde el segundo piso.

—Me tengo que ir. Pero no me voy a rendir. —Me dijo riéndose y se fue corriendo.

Me quedé paralizada allí con mi café en la mano. En mi cabeza se repetían las últimas palabras que él había dicho e intentaba descifrar el significado real de ellas. Me tomé el café en tres sorbos y me fui a mi casa. Esa tarde tuve que leer muchísimo para un examen que tenía al día siguiente, estábamos pasado por una semana ajustada en cuanto a evaluaciones y yo me sentía siempre retada y satisfecha en esas ocasiones.

Sin embargo, ese día tuve que pelear con mis pensamientos para evitar que divagaran por un mundo extraño y un poco utópico en el que yo disfrutaba de fiestas repletas de gente que me conocía. Finalmente logré concentrarme en mis estudios y al día siguiente el examen estaba hecho con preguntas que me había hecho y respondido el día anterior. De nuevo terminé muy pronto de responder el examen así que decidí ir por un café.

Me senté a tomarlo en la el jardín fuera de mi facultad y vi que se acercaban un par de chicas que estaban en mi clase. Se sentaron a mi lado y comenzaron a hacerme preguntas acerca del examen que acabábamos de presentar, estaban nerviosas porque creían haber respondido mal

algunas preguntas y querían mi opinión porque habían visto que siempre sacaba buenas calificaciones. Intenté responder sus dudas lo más claramente posible.

Ellas se mostraban muy agradecidas y yo estaba dejando de sentirme incómoda cuando ambas subieron la mirada hacia alguien que estaba parado detrás de mí. Sin tener que voltear supe que se trataba de él.

—Hola chicas. —Dijo Marcos detrás de mí. Las dos chicas respondieron casi al mismo tiempo y yo volteé a verlo.

—Hola Catia. Disculpa que te interrumpa. Solo quería saludarte. —Me dijo.

—Hola Marcos. —Le dije, de nuevo sintiendo que no estaba siendo adecuadamente sociable.

—¿Has tomado una decisión con respecto a mi oferta? —Me preguntó. Las dos chicas me miraban fijamente, como temiendo que si me quitaban los ojos de encima me iba a escapar corriendo con él. Volteé a mirar a las chicas porque me pesaban sus miradas sobre mi rostro y vi en ellas incredulidad y algo de desprecio. En ese momento tomé la decisión.

—¿Sabes qué? La acabo de tomar. Mi respuesta es que acepto. —Le dije con firmeza. Marcos sonrió y me chocó la mano.

—Perfecto. Dame tu número de teléfono para enviarte la dirección de la fiesta. —Me dijo rápidamente, sacando su teléfono para anotarlo. Yo se lo di y él se despidió de las chicas con un gesto y se fue. Ellas me miraban absolutamente sorprendidas. Se miraron entre ellas y una se atrevió a preguntar.

—¿Son amigos? —Me dijo tímidamente. Yo no quería darle explicaciones y sabía que no tenía por qué hacerlo así que decidí responder vagamente.

—Algo así. Chicas, me tengo que ir. Si necesitan ayuda con el examen del viernes, estoy dispuesta a explicarles lo que sé. —Les dije, me levanté y me fui.

De camino a mi casa sentí miedo. Miedo real por lo que había hecho. Sentía casi físicamente cómo estaba saliendo de mi zona de confort, y lo único que había hecho era hablar con un par de personas y aceptar una invitación, algo que suponía era parte de la cotidianidad de la mayoría de la gente.

Yo, en cambio, sentía que corría aceleradamente hacia un lugar desconocido y sentía miedo de quedarme sin frenos a mitad de camino. Mientras pensaba en eso, me distraje de la carretera y tuve que frenar bruscamente porque iba a chocar con un ciclista que iba pasando.

Sentí que chorreaba sudor por toda la frente, me toqué el rostro y lo tenía frío. Me detuve unos minutos al lado de la carretera solo para respirar, intentando no pensar en nada. Cuando me calmé arranqué el coche de nuevo y me dirigí a mi casa. Al llegar a mi casa, mis padres estaban sentados en el mueble de la sala viendo una película.

—Hola linda. —Me dijo mi papá sin mirarme—. Ven a ver esta película con nosotros.

—Tengo que estudiar papá. Voy directo a mi cuarto. Nos vemos en la cena. —Le dije y me encerré en mi cuarto.

Puse música y me senté con mi computador portátil a escribir un pequeño ensayo que debía entregar el viernes para una clase. A medida que escribía y escuchaba música me iba dando cuenta de que me sentía emocionada, la sonrisa gigante de Marcos aparecía cada pocos minutos en medio de mis pensamientos, interrumpiendo a los demás.

De pronto recordé la conversación que había tenido hacía poco con mi madre, en la que ella se mostró tan preocupada por mi bienestar social. Pensé que probablemente le alegraría saber que había aceptado ir a una fiesta por primera vez en mi vida y con un chico que había declarado que quería convertirme en una persona diferente, hacerme vivir cosas diferentes. Pero algo me hizo desear mantener aquello como un secreto. No sentía que estuviese haciendo algo mal pero sentía

que al revelarlo perdía un poco de su magia.

El viernes en la mañana me desperté antes de que sonara mi alarma. Cuando llegué a la facultad no podía evitar sentirme observada, aunque sabía conscientemente de que no era así. Estaba completamente paranoica con respecto a Marcos y a la extraña invitación que me había hecho.

La noche anterior tuve una pesadilla en la que iba a la dirección que él me enviaba por mensaje de texto y al llegar estaban todos mis profesores y compañeros de clase riéndose de mí. Así, sin más sentido que ese, simplemente esperándome en ese lugar para reírse de mí. Aquello hizo que me pusiera mucho más nerviosa con respecto a todo lo relacionado a la fiesta.

Presenté el examen un poco distraída pero sin perder la concentración por completo y al salir fui a desayunar. Tenía la impresión de que él iba a aparecer detrás de mí en cualquier momento pero no lo hizo, tampoco se acercaron a mí las chicas del otro examen. Así que estuve toda el día entre una clase y otra, sin que nada particular pasara.

A eso de las seis de la tarde, cuando iba de camino a mi casa recibí un mensaje de texto con una dirección. Por supuesto, no tenía ninguna duda de que se trataba de Marcos indicándome dónde era la fiesta, pero aún así, me parecía un poco maleducado que lo enviara sin saludar ni presentarse. Segundo después, me llegó un segundo mensaje en el que se disculpaba por no ser más específico:

—Lo siento Catia. Soy Marcos y esa que te envié es la dirección de la fiesta de hoy. —Decía. Yo respondí que gracias y que nos veríamos allí. No sabía realmente por qué estaba siguiendo con todo aquél plan sin detenerme a dudarlo. Esperaba, además, no estar actuando de forma demasiado extraña pero me parecía que no, me parecía que realmente estaba actuando como una persona común, lo cual era mi objetivo.

Llegué a mi casa y me dirigí directo a mi cuarto para buscar la ropa adecuada, estaba hurgando en mi closet cuando me di cuenta de que debía darle alguna explicación a mis padres de a dónde iba esa noche. Decidí encontrar primero lo que me iba a poner. Después de buscar y buscar me decidí por unos jeans y una blusa tejida que había comprado para el cumpleaños de mi amiga Laura hacía un par de años. Salí a la sala preparada para irme y mis padres me miraron sorprendidos desde la mesa de la cocina.

—¿A dónde vas? —Me preguntó mi madre.

—Ah... Se me olvidó decirles. Ayer una chica de clase nos invitó a una fiesta para celebrar el final de la semana de exámenes. ¿Les parece bien que vaya? —Les dije.

—Sí, claro. Pero no regreses tan tarde. —Dijo mi mamá luego de echarle una mirada a mi padre.

—Está bien. —Les respondí.

Ellos siempre habían confiado mucho en mi juicio y no solían exigir que pidiera permiso para hacer cosas, más bien esperaban que les explicara lo que iba a hacer y generalmente no ponían objeciones. Marcos me había dicho en un mensaje que llegara a las nueve de la noche para que me adaptara al ambiente antes de que la fiesta comenzara realmente.

Salí un poco renuente y muy nerviosa y cuando llegué a la casa de la fiesta, me di cuenta de que solo había unos pocos coches estacionados al frente y no se escuchaba música. Tenía la intención de actuar de la forma más “cool” posible pero en ese momento no logré controlar los nervios y decidí que prefería avergonzarme un poco ante Marcos que avergonzarme mucho ante un montón de gente, así que decidí llamarlo por teléfono antes de bajarme del coche.

—Hola. —Le dije cuando atendió.

—¿Sí? ¿quién es? —Preguntó y luego comenzó a hablar con alguien al otro lado del teléfono.

—Catia... —Le respondí.

—¡Catia! ¿Qué tal? ¿Te perdiste? —Me dijo.

—No. De hecho creo estar justo frente a la casa. ¿Podrías salir y venir hasta mi coche? —Le dije. Él se quedó en silencio unos segundos.

—¿Lo dices en serio? —Me dijo.

—Sí.

—Está bien. Voy saliendo a buscarte. —Me dijo y colgó el teléfono.

Un par de minutos después, él estaba saliendo de la puerta de la casa que yo tenía justo al frente y se acercó directamente hacia mi coche. Yo bajé la ventanilla y le sonreí un poco avergonzada.

—¡Ajá! Sal de allí. —Me dijo haciendo un gesto y sin borrar la sonrisa de su rostro. Yo me bajé del coche y me acerqué a él.

—Debes saber que soy tu responsabilidad. —Le dije.

—Lo sé, lo sé. Tú debes saber que desde ahora me estás sorprendiendo. Pensé que era una exageración pensar que yo podría hacerte cambiar de estilo de vida. Pero parece que realmente no eres del tipo de chica que sale fiesta.

—Así es.

—Lo sé. Ya no me queda duda. —Me dijo y me hizo un gesto para que lo acompañara hacia la casa—. Te ves bonita. Tienes un nombre interesante. Creo que les vas a gustar a todos, así que relájate. —Me dijo y me abrazó amigablemente.

—¿Qué es lo peor que puede pasar, no? —Le dije, un poco más tranquila al tenerlo a él como una especie de protector y guía en ese nuevo mundo.

—Ah, muchas cosas, muchas cosas... Pero no te van a pasar, no preocupes. —Me dijo.

Entramos a la sala y estaban solamente el grupo de seis que estaba con Marcos el día lo conocí. Todos voltearon a vernos entrar. Él me presentó a todos, uno por uno, todos me saludaron y sonrieron, pero pronto regresaron a sus conversaciones sin prestarme más atención. Las chicas comenzaron a echar chucherías en recipientes de plástico y uno de los chicos, Daniel, sacó unas cervezas de la nevera y nos ofreció a todos.

—Entonces, Catia. ¿Qué nos puedes decir acerca de ti? ¿Qué hizo que el impertinente de Marcos se empeñara en hacerte venir? —Me dijo repentinamente Sasha, la chica cabello largo y negro que se contoneaba caminando el día de la conferencia.

Yo me quedé en blanco por un momento, me sentí el centro de atención de toda la conversación y no estaba acostumbrada a ello. Además, el tono y las palabras que usó la chica para hacer la pregunta me parecieron un poco agresivos. Sin embargo, intenté no enfascarme en prejuicios contra ella y responder de la forma más lógica posible.

—Sinceramente, no lo sé. Esperaba que me lo explicaran ustedes. —Dije. Marcos rió.

—Aquí no vinimos a explicar nada. Vinimos a divertirnos, así que dejemos las preguntas insidiosas para después Sasha. —Le dijo en tono de broma, pero ella no pareció tomárselo demasiado bien.

No respondió nada y se fue hacia la cocina donde estaba otra de las chicas, Mónica, limpiando algo que había derramado en el suelo. Marcos me hizo un montón de preguntas acerca de mí, quería saber qué tipo de música me gustaba, si había tomado alcohol alguna vez y si estaba disfrutando la carrera de medicina. Mientras hablábamos, los demás hablaban entre ellos y poco a poco comenzó a llegar más gente, hasta que pronto estuvo llena toda la sala.

Marcos me pidió que fuese con él a todas partes, me dijo que no quería dejarme sola porque sabía lo incómodo que podría ser para mí estar sola en un lugar en el que no conocía a nadie, pero

que él debía saludar a varias personas, así que yo tendría que ir con él.

—Así conocerás gente. Te conviene. Al salir de aquí alguno de ellos podría conseguirte un buen empleo, hay gente con buenas conexiones. —Me dijo.

Me encontraba completamente sorprendida de lo carismático y divertido que podía llegar a ser Marcos, sin que eso le hiciera perder cierto aire prepotencia y superioridad. Todos parecían querer agradaarle y él parecía ser genuinamente amable con todos. Me sentía un poco incómoda al estar detrás de él de aquí para allá, así que decidí quedarme sentada en una silla en la cocina y dejarlo seguir con la fiesta a él. Pero segundos después de que me senté allí, él comenzó a voltear aparentemente buscándome y cuando me vio se acercó a mí.

—¿Qué estás haciendo? —Me dijo en tono de broma y de regaño al mismo tiempo.

—Me siento como un perrito faldero detrás de ti, no me gusta. —Le dije con sinceridad.

—A ver Catia. Tú me dijiste que aceptabas mi oferta. Yo no puedo cumplir con mi oferta si no haces lo que yo te pido. ¿Me entiendes? Aquí sentada toda la noche no vas a disfrutar, no vas a conocer gente y te vas a sentir fuera de lugar. Tienes que hacer un pequeño esfuerzo. —Mientras me decía eso, Sasha venía caminando hacia nosotros con una botella de tequila en la mano.

—Hola chicos. ¿Tequila? —Dijo ella mientras se acercaba a Marcos y lo abrazaba de un costado. Marcos la rodeó con sus brazos pero rechazó el tequila.

—¿Y tú linda? —Me preguntó.

Yo realmente no quería tomar tequila, me daba miedo que me afectara demasiado e hiciera el ridículo delante de toda esa gente, sin embargo, por algún motivo sentía un pequeño deseo punzante de demostrarle a Marcos que no era tan miedosa y cerrada como él creía, o más bien, que era capaz de hacer cosas diferentes, de cambiar. Quería impresionarlo de alguna forma, así que dejé de pensarlo y le dije que sí. Sasha puso una expresión de sorpresa y Marcos se echó a reír.

—Wow. Dáselo ahora Sasha antes de que se arrepienta. Me sorprendes niña. —Me dijo sonriendo.

Yo tomé la botella que me ofrecía Sasha y me la eché de pico por un par de segundos. Sentí que se me quemaba la garganta y no pude evitar fruncir el rostro. Sasha sonrió e hizo un sutil gesto de satisfacción al ver cómo reaccionaba yo ante el alcohol puro.

Y yo, al verla, sentí una punzada. Algo me hacía sentir que esa chica no se sentía cómoda con mi presencia, con el hecho de que Marcos me estuviese intentando integrar a su grupo, y me parecía que deseaba que las cosas me salieran mal, así que no me agradaba. Sabía que quizá la estaba juzgando sin razón, pero mis instintos casi nunca me fallaban en esas cosas, por eso era una persona tan solitaria. Le devolví la botella a la chica y Marcos se acercó un poco más a mí.

—¿Qué tal? ¿Cómo te sientes? No pasó nada, ¿ves? —Me dijo.

—Lo sé. —Le dije.

Él me miró a los ojos por unos segundos sin decir nada. Yo le sostuve la mirada y sentí una especie de electricidad recorriéndome el cuerpo. Después de unos segundos se alejó un poco y me hizo señas para que lo acompañara. Yo me rendí y me fui detrás de él. Estaba escuchando a un chico de cabello largo contarle una historia sobre cómo arregló su coche a Marcos cuando Daniel, el chico delgado del grupo de Marcos, se acercó a mí y me tocó el hombro.

—Hola. —Le dije, sin saber qué más podría decir o qué esperaba de mí.

—Hola linda. ¿Cerveza? —Me dijo, ofreciéndome uno de los vasos que tenía en sus manos. Yo lo acepté.

—¿Qué piensas de la luna? ¿Te gusta? —Me preguntó mirando hacia la puerta de la casa que daba al jardín. Yo estaba un poco confundida.

—Siempre me ha parecido bastante cursi la gente que se ve fascinada por la luna y las estrellas. No me parecen nada interesantes. —Le dije. Él se giró para mirarme. En sus ojos vi una especie de profundidad que no había visto en los ojos de casi nadie.

—A mí sí me lo parecen. ¿Qué te parece interesante a ti? —Me preguntó con tranquilidad. Yo me puse a pensar un poco y rápidamente encontré la respuesta.

—El cuerpo humano. —Le dije. Él se rió y asintió.

—Muy buena. Bien, el cuerpo humano. Me ganaste. —Me dijo y chocó su vaso con el mío—. Salud.

—Salud. —Le respondí.

De pronto, sentí el brazo de Marcos alrededor de mi espalda.

—Dani. ¿Qué te parece si cambiamos esa música? La gente debería querer bailar. —Le dijo.

—Tienes toda la razón. Así no quiero bailar. Vamos a hacer un buen playlist. Uno hecho para hoy. —Le dijo Daniel y se tomó de un sorbo todo lo que le quedaba de cerveza en el vaso.

Los tres nos fuimos a escoger canciones en el reproductor del teléfono de Daniel. Hicimos una lista de música para bailar y los dos chicos se sorprendieron al descubrir que yo conocía bastantes de las canciones que a ellos le gustaban, así que no divertimos y reímos mucho mientras armamos la lista. Cuando la tuvimos preparada, la pusimos y poco a poco la gente comenzó a bailar alrededor de toda la casa.

Se empezaron a pasar botellas de alcohol y a beberlas del pico. Yo decidí solo tomar cerveza el resto de la noche porque ya me sentía algo mareada, y Marcos no intentó ofrecerme nada más que no fuese cerveza. Cuando ya todos estaban bailando y yo estaba haciendo chistes cómodamente con Daniel, Marcos se fue por su cuenta y no lo vi por un rato.

Mónica, Raquel, Tomás y Roberto se acercaron a donde estábamos Daniel y yo, ellos eran el resto del famoso grupo de tercer año de Marcos, exceptuando al propio Marcos y a Sasha que no los veía por allí. Se notaba que estaban un poco afectados por el alcohol, y también se notaba que se tenían mucha confianza y que estaban acostumbrados a hacer lo que estaban haciendo ese día bastante seguido.

Mónica estaba colgada del brazo de Roberto y le decía cosas al oído que lo hacían reír. Raquel estaba cantando toda la letra de la canción que estaba sonando y Tomás tenía los ojos casi cerrados, lo cual me hizo pensar que era el que estaba más borracho. Estuvieron un rato hablando de cosas diferentes y preguntándome de vez en cuando cosas a mí, quizá con la intención de que me sintiera incluida, cosa que estaba logrando bastante bien Daniel y, principalmente Marcos.

—¿Dónde se metió Marc? —Preguntó Roberto. Raquel y Mónica se miraron y se rieron—. ¿Qué? —Les preguntó Roberto.

—¿Dónde crees? ¿No te parece que hay otra persona que desapareció al mismo tiempo? —Le dijo Mónica.

—Ahh. —Respondió Roberto y nadie dijo nada más.

Yo entendí que se referían a Sasha y me sorprendió darme cuenta de que aquello me molestaba un poco, pero meforcé a sacar todo eso de mi mente. De pronto las dos chicas insistieron en que nos fuéramos a bailar. Toda la sala estaba repleta de gente bailando, tomando y riéndose. Yo me sentía bastante diferente, relajada, mareada y con ganas de divertirme.

Nos levantamos todos a bailar y yo me sentía libre. Estaba bailando, moviéndome al ritmo de la música sin prestarle atención a nada más. A mí alrededor el resto de los chicos bailaba también, y me di cuenta de que no les importaba lo que yo estaba haciendo, de que estaban simplemente divirtiéndose y de pronto entendí de lo que me había estado perdiendo todo este tiempo.

Sentí un impulso de prometerme a mí misma que no me perdería más momentos como ese, momentos de libertad, a partir de ese momento. Mientras bailaba Raquel tiró de mi brazo para que me acercara más a ellos y me hizo dar vueltas y hacer pasos de baile como los que hacía ella. En ese momento vi a Marcos caminar entre la gente hacia nosotros.

Sentí su mirada puesta sobre mí y me puse nerviosa. Pero el hecho de que estaba un poco borracha y además embriagada con la sensación de libertad que estaba experimentando, hizo que los nervios se aplacaran y solo sintiera deseos de que me hablara, de que se acercara a mí.

—¿Te estás divirtiendo? —Me preguntó al oído, porque el ruido era demasiado como para que lo escuchara si me hablaba de lejos. Yo asentí.

—Gracias. —Le dije al oído.

—Gracias a ti. —Me dijo él.

Agarró mis manos y las colocó detrás de su espalda y se puso a bailar conmigo. Bailamos un buen rato, él me hacía de vez en cuando chistes con respecto a las canciones o las cantaba de manera chistosa, yo no podía evitar reírme a carcajadas de todo lo que hacía, y él parecía disfrutarlo.

Mónica nos interrumpió para preguntarle algo con preocupación a Marcos, yo no pude escuchar de qué se trataba. Pero él me dijo que seguiríamos bailando después y se fue con Mónica hacia la cocina. Los demás seguían bailando, excepto Daniel que se había sentado en un mueble a revisar su teléfono. Yo estaba un poco cansada y más mareada que antes, así que me senté al lado de Daniel y cerré los ojos.

—Hey. No te duermes. Aún es temprano. —Me dijo él.

—¿Qué hora es? —Le pregunté.

—Las tres y media. —Me respondió. Yo no podía creer que esa era la hora, el tiempo se me había pasado muy rápido, me parecía que solo había transcurrido quizá una hora y media. Allí me di cuenta de que realmente había estado experimentando algo diferente a cualquier cosa que hubiese experimentado antes, en muchos sentidos.

Pocas veces antes se me había pasado el tiempo tan rápido y, definitivamente, nunca antes me había sentido tan relajada estando rodeada de tanta gente. De pronto recordé que les había dicho a mis padres que no llegaría tarde, no estaba segura de qué hora era demasiado tarde para regresar de una fiesta, pero sabía que nunca había estado fuera de mi casa hasta las tres de la mañana, así que decidí que debía irme. Me levanté del mueble y me senté de nuevo en él porque la cabeza me dio vueltas al levantarme.

—Wow. Tranquila. Estás mareada. —Me dijo Daniel.

—Me tengo que ir. Creo que ya es tarde. —Le dije.

—No creo que sea una buena idea que vayas a la casa de tus padres así, notarán que estuviste bebiendo. —Me dijo sin mirarme, porque seguía concentrado en su teléfono.

—Tienes razón. ¿Qué puedo hacer para quitarme el efecto del alcohol lo más rápido posible? —Le pregunté. Él se quedó mirándome un poco confundido.

—No lo sé. Es una buena pregunta. Nunca me la había hecho porque siempre me interesa emborracharme más y más. —Me dijo y se rió, como para sí mismo. Decidí intentar levantarme de nuevo para buscar a Marcos. Esta vez no me mareé así que fui hasta la cocina donde él estaba hablando con Mónica.

—Hey. —Le dije.

—¡Hola! —Me respondió sonriendo, como siempre lo hacía desde los pocos días antes que lo había conocido.

—Disculpa que te interrumpa. Necesito de tu sabiduría. —Le dije.

—Ah, de esa hay mucha, mucha. —Me dijo—. Acompáñame afuera y comparto toda mi sabiduría contigo allá. —Me dijo y yo acepté. Caminamos hasta el jardín y nos sentamos en las pocas sillas que estaban vacías. Todos a nuestro alrededor estaban conversando en pequeños grupos o haciendo juegos que les hacían tomar tragos y tragos de alcohol puro.

—Quiero que sepas que he tomado poco hoy para estar pendiente de ti. —Me dijo al llegar.

—Ah, qué bien. Eres un chico responsable, me gusta. —Le dije.

—¿La estás pasando bien? —Me preguntó un poco más serio.

—Sí. Para mi sorpresa. —Le respondí con sinceridad.

—Me alegra. ¿Qué me querías preguntar? —Me dijo.

—Ah... Eso, es un tema importante. Ya es tarde, me debería ir a mi casa pero no quiero que mis padres noten que he bebido. Aquí entra tu gran sabiduría. —Le dije. Él se echó a reír y se levantó de la silla.

—Hiciste bien en preguntarme, tengo un doctorado en ese tema, ¿sabes? Así que vamos, tú haz lo que yo te diga y vas a estar lista en nada de tiempo. —Me tomó de la mano y me levantó. Yo me mareé de nuevo y él tuvo que sostenerme para evitar que me cayera. Me llevó por las escaleras hasta el piso de arriba y abrió la puerta de un cuarto.

—Métete a la ducha, no pongas el agua caliente, mientras más fría esté, mejor. Báñate, yo subiré en cinco minutos. —Me dijo y yo le hice caso sin pensarlos demasiado.

Sentía los párpados pesados y me costaba concentrarme. Cada vez aumentaba más mi sensación de inestabilidad y, al mismo tiempo, me sentía ligera y tranquila. Abrí la ducha y me metí en ella sin siquiera quitarme la ropa. Apenas me cayó el agua helada sentí que me despertaba un poco. Estuve ahí por lo que me pareció una eternidad hasta que escuché la voz de Marcos desde el cuarto llamándome.

—Pasa. Ya me bañé. —Le dije. Él entró al baño con cautela y se echó a reír en cuanto me vio.

—Meterse bajo el agua sin quitarse la ropa no cuenta como bañarse. —Me dijo. Traía en una mano una taza y en la otra un vaso de agua.

—Tómate este vaso de agua. Ah, y esta pastilla, es para evitar que te duela la cabeza mañana. —Me dijo. Apenas me dio el vaso me di cuenta de que tenía muchísima sed, así que me tomé toda el agua rápidamente.

—Muy bien. Ahora, espero que te guste el café. —Me dijo, ofreciéndome la taza que tenía en la mano.

—No me gusta, pero supongo que en este momento no me importa. Hoy he hecho cosas que no solían gustarme. —Le dije.

—Me gusta ser el motivo de eso. —Me dijo—. Tómame el café. Voy a buscarte ropa seca. Vamos a tener que hacer algo con respecto a tu sentido común... Bañarse con ropa. Wow. Wow. —Dijo y se fue.

Me senté en el suelo del baño para no mojar el resto de la habitación y me bebí el café con la mente en blanco. Sentía como el líquido caliente recorría mi cuerpo y me regresaba, poco a poco, a mi estado natural. Cuando regresó Marcos con una toalla y ropa seca, me vestí y me di cuenta de que no podía llegar a mi casa usando unos shorts y una franela de Daniel.

—Espera, espera. Este plan no está funcionando. No puedo llegar a mi casa con esta ropa. —Le dije a Marcos.

—El plan funciona a la perfección, lo que no funcionó fue tu grandiosa idea de dejarte la ropa puesta bajo la ducha. —Me dijo.

—Está bien, está bien, ya sé que fue una tontería. Pero, en conclusión, estoy peor que antes. Y recuerda... soy tu responsabilidad. —Le dije mirándolo a los ojos. Él se quedó en silencio pero

no apartó la mirada. Luego la bajó hacia mi cuerpo, parecía estar mirando cómo me quedaba la ropa de Daniel, que a mí hacía sentir como un saco de papas.

—Tendrás que quedarte aquí. Dile a tus padres que la batería de tu coche murió y te diste cuenta demasiado tarde, así que decidiste quedarte en casa de tu compañera de clases, Mónica. — Me dijo.

Lo pensé por unos minutos. Mis padres confiaban en mí así que no iban a hacer demasiadas preguntas acerca de la batería, además nunca se metían en mis asuntos relacionados con el coche, dejaban que yo lo solucionara, y pagara todo con mi tarjeta de crédito. Sin embargo, le di vueltas al asunto intentando descubrir si había una mejor forma de solucionar todo el asunto, me pareció que no así que acepté.

—Está bien. Creo que puede funcionar. Pero, debería preguntarle a Daniel si puedo quedarme en su casa. —Le dije.

—Claro que puedes. Eso no es necesario que se pregunte. Además, probablemente nosotros nos quedemos aquí hasta el amanecer. —Me respondió y se levantó—. Cuelga tu ropa en algún lugar para que esté seca mañana. Pronto vas a tener que valerte por ti misma. No voy a resolver todo siempre. —Me dijo a modo de broma. Yo sentí una mezcla de agrado y molestia por su comentario que me dejó un poco confundida.

—¿Siempre eres igual de prepotente? —Le dije un poco violentamente pero sonriendo.

—Siempre. —Me respondió y me guiñó un ojo—. Baja cuando quieras o duerme aquí si estás cansada. —Me dijo, se fue y cerró la puerta detrás de él.

Yo me sentía mucho mejor luego de todo el proceso por el que me había hecho pasar para quitarme la borrachera. Había funcionado. Me sentía animada y tenía hambre. Le escribí un mensaje de texto a mi mamá para explicarle lo que supuestamente había pasado, y me fijé que ya eran las cuatro de la madrugada.

Todavía se escuchaba el bajo de la música sonando en el piso inferior, me asomé por la ventana y vi que aún había varios de los coches que habían estado estacionados allí toda la noche. No tenía sueño pero tampoco quería bajar, mucho menos con la ropa que tenía puesta, así que encendí el televisor que estaba en el cuarto y me acosté a ver películas.

Me desperté de golpe con el ruido de un coche arrancando. Al abrir los ojos la luz del sol me cegó un poco. Revisé rápidamente mi teléfono y vi que eran las seis y media de la mañana. Me levanté un poco nerviosa, me había quedado dormida en la casa de alguien que había conocido ese mismo día, luego de haberme bañado en su ducha para quitarme la borrachera.

No era algo que yo haría. No sabía cómo sentirme al respecto, pero por algún motivo sentía culpa. Traté de pensar con lógica, no había nada perjudicial hacia nadie ni hacia mí misma. No tenía porqué sentirme culpable, mi lógica fría me lo decía pero la sensación en mi estómago no se desaparecía. Decidí lavarme la cara y bajar silenciosamente, intentando no despertar a nadie, si es que había alguien durmiendo e irme a mi casa.

Pero al entrar al baño vi mi ropa colgada en la ducha, todavía demasiado mojada como para ponérmela. Comencé a entrar en pánico, me parecía que toda mi historia se iba a ir por la borda porque tendría que llegar a mi casa con ropa de hombre e inventar alguna otra explicación para ello, que no sería creíble. Mis padres me conocían lo suficiente como para saber que ya era bastante extraño que hubiese preferido quedarme a dormir en una casa extraña como para que, además, no llegara a mi casa primera hora de la mañana.

No sabía qué hacer y estaba comenzando a perder la calma y arrepentirme de haber ido a la fiesta en primer lugar. Sentí muchísima sed así que bajé silenciosamente a la cocina, deseando no encontrarme con nadie. En ese momento, no quería ver ni siquiera a Marcos, me sentía estresada y

nerviosa.

Pero al bajar las escaleras me encontré con todos los del grupo excepto Sasha, sentados en la sala. Mónica estaba acostada en uno de los muebles de la sala, Roberto estaba sentado en el suelo, con la cabeza sobre el estómago de ella, fumando un cigarro. Raquel estaba discutiendo con Daniel apasionadamente sobre lo que parecía ser la vida extraterrestre. Tomás y Marco estaban fumando un tabaco cada uno, sentados en el suelo sin hablar nada.

—Hola. —Me dijo Marcos al verme bajar de las escaleras. Me sentí extraña con la ropa enorme que tenía puesta, me sentía insegura, pero al verlo saludarme con tanto gusto sentí que todos los nervios y la amargura que llevaba dentro hasta ese momento, se disipaban.

—Hola. —Le respondí y luego saludé a todos con la mano. Ellos me respondieron y siguieron en lo suyo. Marcos se levantó del suelo y se acercó a mí.

—¿Ya te vas? —Me preguntó mientras apagaba el tabaco.

—Eso pretendía, hasta que me di cuenta de que mi ropa sigue mojada. —Le respondí.

—Quédate un rato. Estamos esperando a Sasha para ir a desayunar. Ven con nosotros. Luego regresamos aquí y seguramente tu ropa se habrá secado. —Me dijo—. No lo piense tanto, Catia. La vida es corta. —Insistió al ver que yo no respondía.

—Está bien, está bien. —Le dije.

—Wow. Las chicas siempre se ven sexys llevando mi ropa. —Dijo Daniel de repente y yo me sonrojé.

Raquel preparó café y todos tomamos. Sasha llegó unos minutos después, tocó la corneta y todos se dispusieron a salir. Sin decir nada Mónica, Roberto, Raquel y Tomás se montaron en el coche de Sasha, Marcos me hizo señas para que me montara con él. Daniel ya estaba allí, en el asiento del copiloto y yo me senté atrás.

Durante el camino, Marcos y Daniel iban cantando y haciendo chistes, los dos me incluían en sus chistes y me pedían que opinara con respecto a desacuerdos que ellos siempre habían tenido sobre temas generales de la vida. Me divertí muchísimo en ese trayecto, y cada vez me sorprendía más de lo mucho que me gustaba la compañía de Marcos.

Nunca había conocido a alguien tan divertido, interesante y atractivo como él, y no me podía creer que había pasado toda la noche con él, en una fiesta, que había bebido alcohol y que, además, él me trataba como si yo fuese su protegida. Aún me parecía como si estuviese viendo a otra persona vivir esos momentos. Llegamos a un restaurante de desayunos. Pedimos una mesa grande para todos y nos sentamos.

—Pide lo que quieras. Yo te invito. —Me dijo Marcos sin darle mucha importancia.

—Suelo negarme a este tipo de invitaciones pero tú me metiste en este lío así que voy a aceptar con gusto. —Le dije y él torció los ojos y se rió.

Yo pedí panqueques y todos pidieron un montón de comida. Cuando llegó el mesonero con ella parecía que estaban sirviendo a un batallón militar. Sasha se había sentado al lado de Marcos. Ella le quitaba de vez en cuando comida de su plato y él a ella. Se veían acostumbrados a hacer eso, no hablaban mucho, simplemente lo hacían.

—No toques eso. —Le dijo Sasha a él cuando intentó llevarse unos pedazos de tocina de su plato. Él los dejó de nuevo en el plato de ella sin decir nada.

Yo me sentí celosa de su relación. Por un lado, me daba cuenta de que me estaba comenzando a gustar Marcos y notaba que ellos tenían una relación de alguna forma romántica o, por lo menos, parecía que a Sasha le gustaba él. Por otro lado, ambos se mostraban seguros de sí mismos, espontáneos, divertidos, yo nunca me había imaginado a mí misma de esa manera y al verlo allí, deseé ser eso. Después de comer, Marcos me pidió que lo acompañara a fumar un cigarro,

mientras todos terminaban de pagar y montarse en los coches.

—No podré ir contigo a la casa de Dani. ¿Estarás bien ahí sin mí? —Me preguntó.

—Tendré que estarlo, ¿no? Tampoco soy una bebé, Marcos. —Le dije.

—Lo sé. —Me respondió.

Nos dejó a Daniel y a mí en la casa de él y se fue. Yo subí al cuarto y me vestí con mi ropa que ya estaba seca y me fui.

El lunes me desperté inusualmente contenta por ir a la universidad. El día anterior mis padres habían prestado mucha menos atención a mis explicaciones de lo que yo había esperado, así que simplemente me dediqué a releer los temas que veríamos en las clases del lunes.

Cuando llegué a la clase sentí que todas las miradas estaban sobre mí. No era algo evidente o desagradable, sino más bien una percepción poco comprobable de que la gente, sutilmente, intentaba mirarme de vez en cuando. Sin embargo, me concentré en la lección y en apuntar todo cuidadosamente, como siempre.

Al salir, una chica que había estado en la fiesta me saludó con amabilidad. Luego, en el almuerzo, un par de chicos me saludaron desde lejos usando mi nombre. Al finalizar el día, unas diez personas diferentes habían hecho algún tipo de contacto casual conmigo. Me sentí bien, al contrario de lo que hubiese pensado antes. Sin embargo, en mi cabeza daba vueltas únicamente una persona, que además no había visto en todo el día, ni siquiera de lejos.

No sabía si era lógico o no pero, por algún motivo, esperaba que Marcos me buscara, me escribiera o se acercara a mí ese día. No lo hizo y me fui a casa con una sensación de pesadez que no comprendía. Al día siguiente me desperté con nuevos ánimos, me peiné un poco más de lo que solía hacerlo y presté mayor atención a mi elección de ropa. En cuanto me bajé de mi coche en la facultad me descubrí a mí misma buscando con la mirada el rostro de Marcos.

Me sentí estúpida, traté de hacerme entender que no tenía ningún motivo para esperar que él quisiera hablar conmigo, me había hecho un favor, quizá porque le parecía interesante hacer que una chica tímida se sorprendiera ante su estilo de vida, no significaba que realmente se interesara por mí.

Caminé hasta mi aula y me di cuenta de que había llegado demasiado temprano, así que me senté en el banco que estaba al lado de la puerta a esperar. Faltaba media hora para que comenzara a llegar la gente, así que me entretuve en mi teléfono, intentando no pensar en Marcos ni recordar lo que había vivido el fin de semana con él.

—Hey. —Me dijo alguien y volteé. Era Daniel. Venía caminando solo desde el otro lado del pasillo. Yo me sentí nerviosa. Sentía una pequeña presión por ser interesante y divertida alrededor de ellos. Traté de tranquilizarme pensando que me había llevado muy bien con él durante la fiesta, que solo tenía que ser yo misma.

—Hola Dani. —Le respondí—. ¿Tienes clases por aquí? —Le pregunté.

—No, no. De hecho, te estaba buscando. —Me dijo. Yo no esperaba eso así que me quedé en silencio—. Es que vamos esta tarde a subir la montaña, quería invitarte. —Me dijo y se sentó a mi lado.

—¿A la montaña? Eh, bueno, nunca he subido una montaña en mi vida pero supongo que siempre hay una primera vez. —Le dije.

—Exactamente. Nos vemos a las 3 en la cafetería de la facultad. Allí vamos a estar todos. —Me dijo—. ¿Está bien?

—No, no está bien. Tengo que buscar mi ropa para hacer ejercicio. —Le respondí, poniéndome un poco ansiosa al pensar en ello.

—Está bien, te podemos llevar a tu casa a que la busques. Yo también tengo que buscar la mía.

—Me dijo. Yo tenía un millón de preguntas y preocupaciones con respecto a todo ese plan, pero decidí ser valiente y simplemente decir que sí. Quería asegurarme de que Marcos estaría allí, pensé en una forma casual de preguntarlo pero me pareció que de cualquier manera él se daría cuenta de lo que sentía por Marcos si lo nombraba en aquél momento, así que decidí callarme.

—Perfecto. Nos vemos. —Dijo Dani y se fue.

No pude concentrarme durante toda la mañana. Por primera vez en mucho tiempo, había algo que me interesaba mucho más que la lección que estaban dando delante de mí. A las 3 estuve en la cafetería de la facultad, pero ellos no estaban ahí. Me compré una torta y un café con leche y me senté a esperar.

Media hora después, entraron todos haciendo un escándalo por la puerta de la cafetería. Todos excepto él. Daniel me vio y me saludó desde lejos. Todos se acercaron a mí y se sentaron en mi mesa. Casi todos estaban discutiendo sobre un tema de anatomía humana que parecía haber sido relevante en alguna de sus clases, y se mostraban bastante apasionados al respecto. Yo intenté no escuchar porque no me atrevería a intervenir. Minutos después, Marcos llegó. Se acercó a la mesa y yo bajé la mirada, intentando parecer desinteresada.

—¿Qué tal? ¿Listos? —Preguntó.

—Eso siempre. —Respondió Daniel.

Yo recordé que debía llevar mi coche a mi casa porque aún seguía en el estacionamiento de la facultad. Así que le dije a Daniel que iría a buscar mi ropa y que nos encontraríamos en algún lugar, pero él dijo mejor irían a buscarme a mi casa. Me dio su número de teléfono y me fui. Cuando iba caminando sentí que alguien se acercaba hacia a mí.

—Catia. —Me dijo Marcos.

—Hey, ¿pasa algo? —Le pregunté. Porque me parecía raro que me persiguiera luego de haber estado juntos hacía unos segundos.

—No. Es que necesito pedirte un favor. Que me guardes esto. —Me dijo y me dio una caja de pastillas para el dolor de cabeza—. Es que los chicos se la van a acabar antes de llegar si ven que la tengo. —Me dijo.

—¿Pastillas? No entiendo... —Le dije confundida.

—No son pastillas. No te preocupes. Solo guárdalo en tu cartera y me lo das cuando lleguemos a la montaña. Por favor. —Me dijo. Yo no entendía nada pero acepté.

—Gracias Catia. ¿Prefieres que yo te vaya a buscar? —Me preguntó y yo no pude evitar decir que sí.

—Perfecto. Nos vemos en un rato. Llámame cuando estés lista. —Dijo y se regresó rápido hacia donde estaban el resto de los chicos. Yo me quedé viendo un rato hacia ellos y me sentí un tirón en el estómago al ver que Marcos se acercaba a Sasha y le daba un beso largo en la mejilla.

Al llegar a mi casa, les dije a mis padres que saldría a hacer ejercicio con unas amigas y no pusieron objeciones. Me daba un poco de vergüenza aceptar ante ellos que estaba teniendo amigos, siempre me había mostrado autosuficiente y como si no necesitara de eso. Pero deseché mis ansiedades de la mente y me vestí, preparé mi mochila y le envié un mensaje de texto a Marcos, avisándole que estaba lista. Él llegó a los diez minutos solo.

—Pensé que llevarías a los demás también. —Le dije al subirme a su coche.

—Se van con Sasha y Dani, que ya arregló su coche. —Me dijo—. Tú me vas a acompañar a hacer algunas cosas primero. —Dijo.

—No me gusta ese tono de imposición. —Le dije a modo de chiste.

—No tienes otra opción. —Me dijo y me guiñó un ojo.

No podía explicar qué me había pasado que de pronto, tan rápido, todo lo que hacía Marcos

me parecía encantador y quería pasar la mayor cantidad de tiempo con él posible. Puso música en la radio y comenzó a cantar. Yo me moría de la risa, me parecía divertido, agradable, guapo, no podía encontrar ningún defecto en él, y aún no me creía que estábamos juntos solo él y yo en ese momento.

No quería hacerme ilusiones falsas pero me parecía un poco raro que él se hubiese ofrecido a llevar, cuando Daniel ya lo había hecho y, además, que fuera a buscarme solo él. Sin embargo, me debatía entre la posibilidad de que yo realmente la gustara y la convicción de que simplemente estaba intentando ser amable porque haberme pedido el favor de que le guardara lo que fuera que llevaba en esa caja de pastillas. Pasamos a comprar cervezas, luego a buscar un paquete en la oficina de correos y luego a comprar un suéter para él. Cuando estábamos en la tienda de ropa, él me mostró un suéter femenino.

—¿Te gusta? Tú también deberías llevar uno, va a hacer frío. —Me dijo.

—Ok. Pero ese no me gusta. Es muy rosado. Quiero uno negro. —Le dije. Él se echó a reír.

—¿Por supuesto! ¿Cómo se me ocurre pensar que querías el rosado? —Dijo.

Se acercó hacia mí repentinamente, estaba tan cerca que podía sentir su respiración y yo me congelé. Sentí que una electricidad recorría todo mi cuerpo y me paralizaba. De pronto, él se inclinó sobre mí y tomó una prenda de ropa que estaba colgada detrás de mí.

—Aquí tienes. —Me dijo, entregándome un suéter negro.

Yo lo tomé y me alejé un poco avergonzada, no estaba segura de si él había notado mi tensión pero había algo en su mirada que me hizo sentir descubierta. Nos fuimos de la tienda y nos dirigimos a la montaña. Al llegar allí sentí como los ojos de Sasha se clavaban en mí.

Todos estaban sentados en el suelo, tomando cerveza y escuchando música desde el coche de Sasha. Mónica se acercó a mí.

—Eres muy linda, ¿lo sabes? Solo necesitas ser un poco más libre, estás siempre como... No lo sé, tensa. Relájate. —Me dijo y me agarró de las manos y me hizo bailar al ritmo de la música que estaba sonando.

—Que ella no sea tan fastidiosa como tú, no significa que sea tensa. —Le dijo Marcos al pasar junto a nosotras para llevarles cervezas a los que ya se las habían terminado.

—Tú cállate. —Le dijo Mónica a él y él le despeinó el cabello cariñosamente. Yo me había quedado mirando a Marcos con una sonrisa estúpida al ver que me había defendido, de alguna forma, y no me había dado cuenta de que Mónica me estaba mirando.

—Es guapo, ¿no? —Me dijo ella al oído. Yo sentí que me subía calor al rostro de lo nerviosa que me sentí. No dije nada.

—Está bien, Catia. No eres la primera chica que se engancha con él. Es un galán. —Me dijo.

De pronto me sentí muy tonta. Pensé que quizá todos me veían como una niña inocente de primer año que se había enganchado con el chico más guapo y divertido de la facultad, mientras él simplemente me veía como una hermana menor, o algo por el estilo. No supe qué responderle a Mónica así que continué en silencio.

—¿Están listos? —Preguntó Roberto.

Todos dijeron que sí, recogieron sus mochilas, cerraron los coches y se dispusieron a subir. Yo estaba algo nerviosa porque me daba un poco de miedo la dificultad de subir la montaña, además, me parecía que pronto se haría de noche y podríamos estar a oscuras arriba. Pero me había dispuesto a no poner peros a los planes con Marcos y sus amigos, realmente quería ser parte de ellos, me sentía a punto de convertirme en una persona nueva.

Marcos comenzó a jugar con Sasha y la levantó en sus brazos mientras íbamos subiendo, ella se puso a gritar y a pedirle que la bajara. Los demás chicos comenzaron a pasarse una botella

de vodka entre todos hasta que llegó a mí. Decidí que no estaba preparada para tomar vodka puro mientras subía una montaña así que lo rechacé.

Seguimos subiendo sin detenernos durante un buen rato. Marcos seguía haciendo chistes con Sasha, diciéndole cosas al oído y pasándole la botella. Los demás estaban conversando entre todos y Daniel se encargó de incluirme en estas charlas.

Yo hice un esfuerzo por participar, pero me sentía un poco incómoda por el hecho de involucrarme en una actividad tan grupal y, además, estaba completamente perturbada por la relación tan estrecha que estaban mostrando tener Marcos y Sasha. Sabía que no tenía razones para sentirme así, pero estaba celosa.

Traté de evitar prestarles atención y me concentré en lo que estábamos hablando. Las otras dos chicas me estaban resultando cada vez más agradables, Mónica se reía de mis comentarios y Raquel parecía una chica realmente dulce. Tomás era el único que parecía ignorarme por completo. No podía decir si le caía bien o mal porque simplemente actuaba naturalmente como si yo no existiera y era en general bastante callado con el resto.

Roberto se parecía mucho a Daniel, era chistoso y constantemente tenía un tema nuevo del cual conversar. No era particularmente amable conmigo pero de vez en cuando me hacía preguntas y me trataba como si formara parte del grupo desde hacía tiempo. En ese momento, mientras subíamos y yo intentaba no pensar en Marcos que caminaba más arriba de nosotros junto a Sasha, me di cuenta de que todos éramos iguales.

Entendí que probablemente todas las chicas de mi clase que estaban impresionadas con este grupo de chicos de tercero se los imaginaban como personas casi inhumanamente interesantes, y la verdad era que eran igual de interesantes de lo que podría ser cualquier otra persona.

Ese descubrimiento me hizo sentir mucho más segura de mí misma y comprendí que quería vivir mi vida más abiertamente, sentí un impulso casi irrefrenable de vivir todo lo que no había vivido hasta ese momento, de experimentar todas las cosas que había alejado de mi vida por pensar que no me interesaban o que no sería lo suficientemente valiente como para llevarlas a cabo. Sin embargo, dentro de todo eso, había una sola cosa que sobresalía dentro de mi mente muy por encima de las demás: Marcos.

Unos minutos antes de llegar, comencé a escuchar lejanamente el bajo de lo que parecía ser un enorme equipo de sonido sonando a una distancia no muy lejana. En ese momento entendí que había sido muy inocente de mi parte creer que ellos simplemente querían hacer ejercicio. Llegamos a un claro en la montaña que estaba repleto de gente.

Había unos cuantos coches con las maletas abiertas dejando mostrar sus equipos de sonido. Y el espacio estaba lleno de estudiantes de la facultad, todos hablando, bailando y tomando. Marcos y Sasha fueron los primeros en llegar y se acercaron a un grupo de chicos que yo no había visto nunca, ni siquiera en la fiesta en la casa de Daniel.

—¿Sorprendida? —Me preguntó Raquel. Aparentemente mi rostro estaba mostrando completamente mis pensamientos.

—Un poco. —Le dije. Ella se echó a reír y me tomó de la mano. Me llevó hacia el grupo al que se había unido Marcos y me los presentó a todos. Después de saludarlos, todos comenzaron a servirse vodka en vasos de plástico y Marcos se acercó a mí con una cerveza.

—¿Cerveza sí quieres? —Me preguntó. Yo sentí que algo me revoloteaba en el estómago. Evité mirarlo directamente a los ojos porque sentía que no podría sostenerle la mirada.

—Cerveza sí quiero. —Le respondí y agarré la bebida que me estaba ofreciendo.

—¿Esto te tomó por sorpresa? —Me dijo.

—Sí... Y me siento un poco tonta por eso. —Le dije.

—Sí que eres un poco tonta. ¿De verdad creíste que te traería simplemente a subir la montaña? Estoy seguro de que eso ya lo habías hecho. Recuerda que prometí cambiarte la vida. —Cuando me dijo eso, casi contra mi voluntad, subí la mirada lo vi a los ojos. Estaba sonriendo y su mirada era penetrante. Intenté encontrar las palabras adecuadas para responderle pero me sentía perdida en su mirada. Sus ojos me parecían los más bonitos que había visto nunca y que vería jamás. Además, me pareció por un breve segundo que él tampoco quería dejar de mirarme.

—¿Cerveza? Anda Catia, toma algo más fuerte. —Me dijo Daniel desde atrás, interrumpiendo por completo mi momento con Marcos.

Yo volteé un poco confundida y simplemente le sonreí a Daniel. Me sentía aturdida. Volteé de nuevo esperando encontrarme con el rostro de Marcos pero él estaba hablando con un chico, ya más lejos de mí. Me sentí frustrada pero decidí intentar conversar con los demás chicos. Estuve un rato escuchando las historias que contaban Mónica y Raquel.

Me parecían un poco banales pero intenté encontrarles la gracia, luego de eso Roberto y Daniel se fueron a participar en una especie de juego que estaban haciendo al otro extremo del claro y yo me quedé sola con las dos chicas. Ellas me pidieron que las acompañara a sentarse en un tronco que estaba un poco alejado.

Nos sentamos allí y ellas comenzaron a interrogarme sobre mi vida personal, mis relaciones pasadas, mis amistades y, finalmente, sobre Marcos. Antes de llegar al último tema, yo intenté responder todas sus preguntas de la manera más general que podía, sin entrar en detalles. Cuando me preguntaron que cómo había conocido a Marcos me tomaron desprevenida.

—Ahm... Él simplemente...no lo sé, me habló. —Les dije, bastante incómoda. Ellas notaron mi incomodidad y se rieron un poco.

—Sí, bueno, la verdad es que él nos dijo que te había visto por ahí y le parecías linda pero absolutamente carente de vida. —Dijo Mónica. Yo sentí aquel comentario como un balde de agua helada. Por un lado, me parecía fascinante que él dijera que yo era linda, pero por otro, “absolutamente carente de vida” me parecía una de las peores descripciones que podrían hacer de alguien.

—Sí, se puso a decirnos que siempre había sentido el deseo de ayudar a alguien como tú. Y de repente te llevó a la fiesta de Daniel. —Dijo Raquel.

—A mí me parece que eres una chica muy interesante, Catia. —Me dijo Mónica, aparentemente en un intento de hacerme sentir mejor, porque probablemente notaban en mi expresión que estaba aún más incómoda que antes.

—El te lo dijo, ¿no? —Preguntó Raquel.

—¿Que si me dijo qué? —Le dije.

—Eso... que quería ayudarte a cambiar. —Me dijo.

—Marcos puede ser muy convincente y persuasivo, estoy segura de que ustedes lo saben. —Les dije. Ellas asintieron y me contaron un par de historias acerca de lo persuasivo que él podía llegar a ser. Estábamos a punto de levantarnos del tronco cuando Raquel me tocó el brazo.

—Solo quiero decirte que... Pareces una buena chica. No sé si estoy totalmente fuera de base diciendo esto pero no te ilusiones con él. —Me dijo. Yo me quedé paralizada. Me sentí descubierta y avergonzada por un momento, pero luego entendí que ella simplemente estaba asumiendo eso porque era algo bastante probable, no porque se notara demasiado en mí, así que decidí actuar con naturalidad.

—No te preocupes por mí. Puedo parecer tonta pero no siempre lo soy. —Le dije y le guiñé el ojo para intentar darle un poco de humor a la situación.

Las dos se rieron y nos fuimos hacia donde estaban Daniel y Roberto. Estaban jugando un

juego en el que cada uno debía decir algo que nunca había hecho y los que sí lo habían hecho debían beberse un trago de tequila. Apenas llegamos, todos nos invitaron a jugar, yo acepté pero bastante nerviosa. Me puse a mirar disimuladamente hacia todas partes buscando a Marcos pero no lo veía, y tampoco veía a Sasha.

Cuando me senté en el círculo en el que estaban jugando, sentí una mano pesada tirar de mi cabello. Al voltear vi que era Marcos.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —Me dijo. Yo sentí la urgencia de mostrarme atrevida ante él y dije un “sí” rotundo.

—¡Increíble! Eres una persona impredecible, ¿lo sabías? —Me dijo al oído.

—No lo creo. Creo que más bien tú tienes demasiados prejuicios. —Le respondí. Él se quedó en silencio y se sentó a mi lado. Después de unos segundos habló de nuevo.

—¿De verdad lo crees?

—No, no lo sé. Lo dije por decirlo. —Le dije.

Él no me dijo nada y se quedó allí jugando al lado mío. A los pocos minutos llegó Sasha y se sentó al lado opuesto de Marcos, justo frente a él. Estuvimos jugando por un rato y yo me tomé tres tragos de tequila como parte del juego. Cuando llegó el primer turno de Sasha, ella miró directamente a Marcos y dijo “Yo nunca lo he hecho en la montaña”.

La gente se rió, ella no rompió el contacto visual con Marcos y él tampoco con ella. Varias personas en el círculo tomaron un trago, incluyéndolo a él. En ese momento, después de tantas señales que había visto, por fin estuve completamente segura de que ellos tenían algún tipo de relación que iba más allá de la amistad.

Sin embargo, Marcos se mostró muy atento conmigo durante el resto de la reunión. Jugamos un rato más y él no paraba de hacerme chistes y decirme cosas graciosas al oído. Cuando empezó a oscurecer recogimos nuestras cosas y bajamos la montaña. Marcos estaba a mi lado y comenzó a contarme la historia de cómo habían comenzado a hacer esas fiestas allá arriba. Esta vez todos iban adelante y él iba un poco más atrás hablando conmigo.

Sasha volteaba de vez en cuando y yo me sentía un poco nerviosa con toda la situación. La verdad es que disfrutaba muchísimo de su compañía y hubiese podido quedarme hablando con él infinitamente, pero sentía la tensión entre Sasha y él interrumpiendo mi tranquilidad. Cuando llegamos abajo, él dijo que me llevaría a mi casa.

Los demás se fueron y yo me quedé en el coche de Marcos esperando a que él se despidiera de un chico con el que estaba hablando. Marcos me dejó en mi casa y se despidió diciendo que nos veríamos al día siguiente.

Durante el trayecto que recorrimos en su coche hasta mi casa no paramos de conversar, hablamos sobre medicina, él me dio consejos con respecto a algunas clases y profesores, y me di cuenta de que realmente era un estudiante inteligente, que se tomaba en serio su carrera. Esto último fue la característica que faltaba para que yo terminara de asumir que él era el chico perfecto. El segundo después de que me dejó en mi casa sentí que quería volver a verlo.

Al día siguiente cuando llegué a la facultad, me encontré con Raquel, Sasha y Daniel. Los tres me saludaron con mucho entusiasmo y Raquel me dijo que a las seis iríamos a comer hamburguesas en un local cercano. Ni siquiera me preguntó si quería ir, simplemente me avisó. En ese momento me di cuenta de que ya formaba parte oficial de su grupo.

Estuve todo el día en clases repleta de evaluaciones y presentaciones. Cuando terminé de resolver todo eso eran las seis en punto, revisé mi teléfono con rapidez para ver si alguno de ellos se había comunicado conmigo para decirme dónde nos veríamos pero no tenía nada allí. Fui a la cafetería para tomarme un café y ver si los encontraba allí pero no estaban. Luego de tomarme el

café me encontré con las chicas que me pidieron el favor de que las ayudara con la clase el día que Marcos me invitó a la fiesta.

Se acercaron a mí cuando estaba saliendo de la cafetería y parecían un poco avergonzadas. Me saludaron y me preguntaron cosas sobre la clase, yo seguí caminando y ellas siguieron caminando a mi lado. Después de hablar un rato sobre las clases, por fin, una de ellas se atrevió a hacer lo que realmente deseaban hacer. Me preguntaron si yo era bastante amiga de Marcos y el resto de ellos. Yo les dije que sí, sin especificar nada más. Luego me preguntaron si quizá podría invitarlas a alguna fiesta con ellos. Yo no supe qué decir.

—No entiendo. ¿Por qué quieren que las invite a una fiesta? —Le pregunté. Ellas se mostraron bastante impresionadas por mi respuesta, quizá había sido demasiado directa.

—Nos gustaría conocerlos. —Respondió una de ellas.

—¿Conocerlos? Lo dices como si fuesen celebridades. —Les respondí. La verdad es que me molestaba un poco que pretendieran interesarse por conversar conmigo solo para pedirme que les presentara a los chicos de tercero, me parecía absolutamente ridículo, infantil y fuera de lugar todo aquello.

—No lo son. Pero solo queremos... quisiéramos ir a alguna fiesta de ellos, pero nunca nos invitan, eso es todo. —Dijo la otra chica. Yo traté de relajarme y no continuar siendo tan ruda con ellas porque pensé que en realidad no tenía derecho a juzgarlas.

—Entiendo. Yo los conozco desde hace poco tiempo. Las tomaré en cuenta cuando organicen una fiesta y me pensaré lo de invitarlas, ¿está bien? —Les dije. Ellas me agradecieron y se fueron hacia otro lado. Cuando me estaba montando en mi coche porque asumí que habían cancelado el plan o simplemente se habían olvidado de avisarme, recibí una llamada de Marcos.

—¿Estás lista? —Me preguntó.

—Siempre estoy lista. —Le dije a modo de chiste. Él se echó a reír—. ¿Para qué? —Le pregunté.

—Para ir a comer hamburguesas. ¿Terminaste las clases de hoy? ¿Nos vemos en la cafetería? —Me dijo.

Yo le dije que sí estaba lista y que mejor me dijeran dónde quedaba el lugar de hamburguesas para llegar allí por mi cuenta porque estaba en mi coche. Así que nos encontramos veinte minutos después en un restaurante ambientado en los años 50. Estaban los mismos siete y yo. Nos sentamos todos en una mesa y pedimos hamburguesas y merengadas, luego Roberto pidió dos raciones gigantes de papas fritas para todos.

Comimos, conversamos, Mónica nos enseñó el video musical de su nuevo novio, que ninguno había conocido aún, y nos reímos muchísimo con los chistes de Daniel. Me sentía feliz de estar en la compañía de ellos. Luego de eso me fui a mi casa con una sonrisa en el rostro. El resto de la semana la pasé internada estudiando y asistiendo a clases, sin embargo, casi todos los días me encontraba con ellos en la cafetería y conversábamos un rato.

Pasaron tres semanas más así, sin hacer ningún plan concreto con ellos más que verlos en la cafetería y almorzar un par de veces con Daniel y Marcos, y otro par de veces con Mónica y Raquel. Ellos me contaban que estaban agobiados de exámenes y tareas, yo también lo estaba. Los fines de semana que pasaron estuve encerrada en mi cuarto como siempre solía hacer, adelantando todo lo posible con respecto a mis clases, añadiendo a esto un elemento nuevo: no me podía sacar de la cabeza a Marcos por mucho más de media hora.

Al inicio de la cuarta semana, la presión en mis clases bajó un poco porque estábamos comenzando a ver temas nuevos en todas las asignaturas. Ese lunes llegué un poco tarde a la universidad porque se me había pinchado un neumático, así que iba caminando apurada para no

entrar demasiado tarde a la clase. Cuando estaba a punto de llegar a mi aula, me encontré con Marcos. Venía caminando por el medio del pasillo e iba sosteniendo la mano de Sasha.

Los dos me vieron y él me saludó con cariño. Ella solo me sonrió. Yo intenté responderles con ánimo pero sentía como si me hubiese quedado de repente sin intestinos ni estómago, me sentía vacía. Yo les dije un poco atropelladamente que tenía que entrar a clases y Sasha le dijo que ella también tenía que irse, se inclinó, lo besó en los labios y se fue. Marcos dijo algo acerca de que nos veríamos pronto, yo lo despedí con la mano y entré a la clase.

Me sentía perturbada y desesperanzada. Me había dado cuenta de que algo sucedía entre ellos, pero nunca habían actuado tan abiertamente de esa manera, nunca habían actuado como si fuesen novios, así que me había convencido de que simplemente tenían algún tipo de relación informal que no era de importancia para ninguno, -en mi cabeza, especialmente para él-, y que nunca derivaría en una relación de verdad.

Ese día me torturé a mí misma por haber pensado que sería posible que un chico como él me prefiriera a mí antes que a una chica como ella. Ella era hermosa, sexy y parecida a él. Era simplemente lógico que estuvieran juntos y yo debía aceptarlo. Al día siguiente intenté convencerme de que quería seguir siendo amiga de todos ellos, a pesar de que Marcos estuviese saliendo con Sasha, así que cuando Daniel me llamó por teléfono para invitarme a una fiesta en su casa el siguiente viernes, dije que sí sin dudar.

Sin embargo, durante toda la semana evité ir a la cafetería para no encontrarme con ellos, y cuando los veía por los pasillos los saludaba rápido excusándome con que tenía que hacer alguna cosa importante.

La semana pasó rápido y el viernes me sentía muy nerviosa por asistir a la fiesta. Recordaba la fiesta anterior y cómo Marcos había estado conmigo casi todo el tiempo, recordaba que me había sentido como su invitada, su amiga, la persona que estaba con él, así que pensar en que él estaría ahora siempre al lado de Sasha y yo tendría que estar por mi cuenta, encontrar la forma de encajar por mí mismo, me hizo sentir muy nerviosa.

El viernes en la mañana Marcos estaba afuera de mi aula de clases sentado en un banco. Cuando lo vi se acercó a mí y me preguntó si iría a la fiesta de esa noche. Le dije que sí aunque estaba un poco cansada porque había tenido una semana pesada. Me preguntó un poco acerca de mis clases y me dijo que me invitaba a tomarnos un café en la cafetería y hablar un rato, si tenía tiempo.

Yo había llegado a un acuerdo conmigo misma de mantenerme lo más distante que pudiera de él para tratar de que me dejara de gustar, pero al encontrarme frente a él no pude rechazar su invitación. Nos sentamos en la cafetería y hablamos durante media hora sobre una serie de televisión que descubrimos que a los dos nos gustaba ver.

Cuando nos despedimos, yo estaba deseando que se ofreciera a buscarme esa noche para llevarme a casa de Daniel pero no lo hizo. Llegué a mi casa y pasé directo a mi habitación, ansiosa por encontrar una combinación de ropa que me hiciera ver linda y sexy. Me bañé, me maquillé y me peiné el cabello de forma que todo estuviese listo y pudiera dedicarme completamente a escoger la ropa que me pondría. Luego de una hora y media, pude por fin escoger algo con lo que estaba conforme y salí de mi cuarto porque ya era la hora de cenar.

—¿Vas a salir a algún lado? —Me preguntó mi mamá al verme.

—Sí. Hay... un cumpleaños, es en la misma casa que la última vez. —Le dije, un poco renuente a dar demasiadas explicaciones.

—¿Te vas a llevar el coche? —Preguntó mi papá. Yo asentí y ellos no dijeron más nada. Me senté a comer y al terminar me llamó Marcos.

—Catia, Cartia, Catia... ¿no pretendes acompañarme a comprar la bebida? —Me dijo apenas contesté la llamada.

—Ahm... ¿sí pretendía hacerlo pero estaba esperando que me llamaras justo en este momento...? —Le dije en modo de chiste.

—¡¡Perfecto!! Voy por ti en cinco minutos, ¿está bien? —Me dijo.

—Sí. Espera, ¿me llevarás a casa de Daniel luego? —Le pregunté.

—Eh, no. Te voy a secuestrar, de hecho. —Me dijo—. Claro que sí tonta. A menos que prefieres ir en tu coche.

—No, está bien. Estoy lista, te espero. —Le dije.

—Supongo que ya no te llevarás el coche. —Dijo mi mamá apenas colgué la llamada. Yo sentí me ruborizaba un poco.

—Sí. Vendrán a buscarme. —Le dije.

Marcos y yo fuimos a comprar lo que hacía falta para la fiesta en el mismo lugar que la vez anterior y él estaba actuando cada vez más dulce conmigo. Nos paramos en una farmacia porque él tenía que comprar algo y yo me quedé esperándolo en el coche porque me dijo que iría rápido. Cuando regresó traía una bolsa y sacó un chocolate de ella y me lo dio.

—¿Para mí? —Le pregunté.

—Sí. ¿Te gusta? —Preguntó.

—Sí. Gracias. —Le dije. Al llegar a la casa de Daniel ya había unas cuantas personas fumando en la terraza y todos los chicos del grupo estaban en la cocina cuando Marcos y yo entramos. Daniel se acercó a nosotros y le quitó las botellas de las manos a Marcos, abrió una y se bebió un trago. Todos se rieron. Sasha se acercó a Marcos y él le dio un beso en la boca, que duró más de lo que todos esperaban.

—Arriba hay bastantes cuartos. —Les dijo Daniel y, de nuevo, todos rieron.

La fiesta empezó pronto y yo comencé a tomar cervezas y a bailar con Raquel y Mónica. Sasha y Marcos estaban juntos todo el tiempo, bailaban, hablaban con otras personas o simplemente los dejaba de ver de vez en cuando.

Me concentré en divertirme con mis nuevos amigos, me sentía realmente tranquila con ellos, estaba aprendiendo a disfrutar de su compañía sin preocuparme por lo que debería estar haciendo en aquel momento o por la percepción que ellos podrían tener de mí. Estuve casi toda la noche tomando cervezas y bailando sobre todo con Daniel.

Me llevaba muy bien con él, me parecía divertido y él también parecía entretenerse conmigo, teníamos mucho en común y me parecía el más sincero de todo el grupo. Mónica se acercó a nosotros y estaba completamente borracha, se tambaleaba y tenía los párpados caídos.

Yo estaba comenzando a sentir el efecto de las cervezas que me había tomado, me sentía mareada, con ganas de divertirme pero también triste. Había intentado no pensar en Marcos y Sasha toda la noche pero no podía evitar mis sentimientos. Hacía más de media hora que no veía a ninguno de los dos y me estaba imaginando que podían estar haciendo cualquier cantidad de cosas, aunque intentaba sacarme esas ideas de la mente.

—Chicos. Se ven tan lindos... Deberían besarse, deberían ser novios... —Dijo Mónica mientras nos abrazaba a Daniel y a mí. Ninguno de los dos dijo nada y ella siguió hablando—. Hablando de eso, ¿qué pasa con Marcos y Sasha? Creí que él “no quería nada serio con ella”. —Dijo imitando las comillas con sus manos—. Y ahora míralos... ella dice que son novios, que él se lo pidió... Ahí están, besos y besos y besos. —Dijo y se puso a hacer como si besara a alguien invisible. Daniel se carcajeó.

—Deja de tomar Mon, por favor. —Le dijo él y le dio un beso en la mejilla.

—Tú eres lindo Dani, antes me gustabas. Ay, mañana me voy a arrepentir de haberte dicho eso. —Dijo ella—. Tú no le digas a nadie Catia, no quiero que empiecen a hacer chistecitos. — Me dijo y nos abrazó de nuevo a los dos.

Yo sentí náuseas y no supe si se debía al alcohol o a lo que había contado Mónica. En ese momento alguien me tapó los ojos con sus manos, después de tenerme unos segundos así, me soltó y me dio un beso en la mejilla. Era Marcos. Sentí que me quemaba la piel donde me había besado.

—¿Cómo la estás pasando? Yo creo que ya eres absolutamente parte de nosotros, ya eres una chica de fiestas. —Me dijo.

—Creo que sí. Lograste tu cometido bastante rápido. —Le respondí.

Él no dijo nada y tiró de mi mano para sacarme a bailar. Bailamos unas cuantas canciones sin decirnos nada. Luego cambiaron el tipo de música a una más lenta y Marcos y me dijo que lo acompañara a fumarse un cigarro. Yo me sentía cada vez más afectada por las cervezas y él en ese momento me parecía más guapo que todas las otras veces que lo había visto.

Seguimos hablando por un rato, y yo no me podía creer lo mucho que me gustaba estar con él y lo mucho que quería besarlo en ese momento. Incluso me pareció que él podía notar mis deseos de besarlo, me parecía que podía leer mis pensamientos pero, no sé si debido a las cervezas que me había tomado, no me importaba.

Por un momento, nos quedamos en silencio, él fumaba y yo intentaba ordenar mis pensamientos, estaba acumulando fuerzas para decirle algo, hacer algo, cualquier cosa que le demostrara lo mucho que me gustaba y que pudiera permitirme comprobar si yo también le gustaba a él. En ese momento escuché la voz de Sasha llamándolo y sentí que me sacaban de mi sopor repentinamente.

Los dos nos volteamos buscando el origen de la voz y la vimos venir caminando hacia nosotros desde la sala. Esa vez su forma de contonearse al caminar y su vestido ceñido hicieron que me doliera el pecho. Me sentí completamente estúpida, me sentí avergonzada de haber pensado en decirle lo que sentía a Marcos, en besarlo, cuando él estaba con ella, con la chica más guapa que yo había conocido, sin duda.

No era que yo me considerara a mí misma una chica fea, pero sabía que era simplemente común, no tenía nada especialmente atractivo, era la chica simple y sencilla que nadie recuerda demasiado. Marcos y ella eran perfectos el uno para el otro. Ella se acercó a nosotros y me preguntó cómo la estaba pasando, yo le respondí y conversamos los tres un rato, ella parecía intentar con todas sus fuerzas mostrarse agradable conmigo.

Yo soporté lo que pude pero pronto dije que debía ir al baño y cuando me estaba yendo pude escuchar a Marcos decirle lo bonita que se veía con ese vestido. Llegué al baño de arriba, en el que me había duchado con la ropa puesta en la fiesta anterior y vomité todo lo que había tomado hasta ese momento. Luego de vomitar me sentí mucho mejor, me bañé -esta vez sin ropa- y luego me vestí y me acosté a dormir en esa habitación. Me desperté de pronto porque mi teléfono estaba sonando.

—¿Dónde estás? —Era Marcos quien llamaba. Yo tuve que tomarme unos segundos para ubicarme.

—Estoy... en la habitación de arriba, la... donde dormí la vez pasada. ¿Qué pasó? —Le dije, arrastrando las palabras.

—Voy para allá. —Me dijo y colgó. Me di cuenta de que había dormido por una hora y media. Seguía sonando música desde abajo así que entendí que la fiesta no se había terminado, por lo que no sabía para qué me estaba buscando Marcos. En ese momento, él entró por la puerta de la habitación.

—Hola. —Me dijo.

—Hola. —Le respondí. Él se acercó a la cama donde yo estaba.

—Ya me voy a ir a mi casa, puedo llevarte ahora a tu casa o puedes quedarte aquí y Daniel seguramente te llevará mañana. —Me dijo mientras se sentaba en la cama.

—¿Te vas y la fiesta no ha terminado? Qué decepción. —Le dije. Él se rió.

—Lo sé, no soy la persona que te vendí. Perdóname. —Dijo en chiste—. No, la verdad es que Sasha no se siente muy bien, así que... —Dijo. Él se había sentado muy cerca de mí, el cuarto estaba bastante oscuro porque yo había apagado las luces cuando me dormí así que sentía una especie de electricidad que recorría la corta distancia existente entre su cuerpo y el mío.

—Ah... entiendo. —Le dije. Me di cuenta de que nuestras voces estaban mucho más bajas y suaves de lo normal. Él se quedó mirándome en silencio por unos segundos y yo le sostuve la mirada.

—Pero puedes quedarte. Estoy seguro de que Daniel no tendrá ningún problema... de hecho, probablemente sea mejor para él. —Dijo.

—¿Por qué sería mejor para él? —Le pregunté, porque no entendía a qué se refería. Él bajó la mirada sonriendo y luego la volvió a subir.

—¿De verdad no te has dado cuenta? —Me preguntó.

—¿No me he dado cuenta? ¿De qué estás...? —Le pregunté y de pronto recordé el comentario de Mónica cuando Daniel y yo estábamos bailando, y recordé cómo él estuvo solamente conmigo toda la noche, a pesar de que era su fiesta, y casi todos los que estaban allí eran sus amigos o conocidos—. ¿Él...? —Dije, sin saber cómo terminar la frase. Marcos se rió por lo bajo.

—Sí. Pude ver en tu rostro como uniste todos los puntos hasta llegar a la conclusión en estos pocos segundos. Claro que le gustas, Catia, desde el primer momento. —Me dijo.

—Wow. No me había dado cuenta... —Le dije, un poco confundida.

—Él piensa que tú lo sabes, yo le dije que no te habías dado cuenta pero no me creyó. —Me dijo, bastante serio—. Entonces, ¿te quedarás? —Me preguntó.

—La verdad es que quisiera irme a mi casa, pero no quiero interrumpirlos a Sasha y a ti. —Le dije. Él se quedó mirándome, en silencio.

—¿Te gusta Daniel? —Me preguntó. Me tomó completamente desprevenida la pregunta, nunca había sido tan directo conmigo con respecto a cosas personales y yo había cambiado de tema.

—¿Ah? Ahm... Yo... —Comencé a balbucear sin saber qué responder—. Siempre lo he visto como un chico genial, como un amigo. —Le dije por fin, pero sentí un deseo irrefrenable de sembrar la duda en él, me sentía un poco tonta por sentir lo que sentía por Marcos y que él quisiera a Sasha y no a mí, así que quería demostrarle de alguna forma que yo no estaba tan disponible para él—. Pero supongo que podría verlo como algo más. —Le dije sin pensarlo demasiado. Él se quedó en silencio unos segundos y luego se levantó de la cama.

—Bueno, entonces, ¿te quedas? —Me preguntó.

—Si quieres que me quede solo tienes que pedírmelo, Marcos. —Le dije un poco molesta por su insistencia en que me quede—. Ya te dije que no quiero incomodarlos. Probablemente quieren estar solos. —Dije.

—Me voy a quedar con ella en su casa Catia, tendremos bastante tiempo para estar solos, así que no nos incomodará llevarte a tu casa primero. Es tu decisión. —Me dijo un poco violentamente. Yo sentí que algo se encendía en mi estómago.

—Me quedaré. —Le respondí.

—Perfecto. —Me dijo, se despidió con la mano y salió de la habitación.

No sabía porqué estaba tan molesta por la conversación que acabábamos de tener pero decidí

que bajaría un rato a la fiesta porque de todas formas se me haría muy difícil conciliar el sueño de nuevo. Abajo seguía repleto de gente, yo me fui a la cocina, me tomé otra cerveza y me di cuenta de que me estaba muriendo de hambre, así que comencé a buscar a Daniel para preguntarle si podía darme algo de comer. No se me hizo difícil encontrarlo, estaba sentado en uno de los muebles de la sala hablando con Raquel.

—Dani, Marcos se fue, así que supongo que me quedaré aquí hasta que amanezca. ¿Está bien? —Le dije un poco incómoda.

—Claro. Yo puedo llevarte a tu casa si te quieres ir. Pero preferiría que te quedaras. —Me dijo.

—Me quedaré si puedes darme algo de comer, tengo mucha hambre. —Le dije. Él se levantó del mueble y fuimos a la cocina. Se puso a revisar en los estantes y sacó un paquete de galletas—. ¿Esto te parece bien? Aunque... ¿sabes qué? ¿Por qué no vamos a comernos una hamburguesa? Conozco un lugar que está abierto a esta hora. —Me dijo.

Yo no podía sacarme de la cabeza lo que me había dicho Marcos, me sentía un poco extraña hablando con Daniel ahora que sabía que yo le gustaba. Pero en ese momento pensé que si Marcos estaba con Sasha, quizá podría intentarlo con Daniel. No me atraía particularmente pero me llevaba muy bien él y era un chico guapo.

Así que acepté ir a comer hamburguesas con él. Subí a buscar mi cartera y cuando bajé él le estaba diciendo a Roberto que saldría un momento conmigo y le pedía que estuviera pendiente de la casa. Nos montamos en su coche y puso una canción que habíamos descubierto en la fiesta anterior que a los dos nos gustaba. Nos pusimos a cantar la canción y él me hacía reír con su imitación del cantante. Cuando llegamos al lugar de las hamburguesas me dijo que él las invitaba.

—Estoy borracho. —Me dijo.

—Se te nota. —Le dije. Se notaba por encima que estaba bastante borracho, no completamente como para perder el sentido de lo que estaba haciendo pero sí me hizo sentir nerviosa el hecho de que estuviese manejando.

—Yo manejaré de regreso. Y no puedes decir que no. —Le dije.

—No exageres, no estoy tan mal. —Me dijo.

—No me importa. Quiero seguir viviendo Dani. —Le dije.

Nos comimos las hamburguesas rápido porque los dos teníamos hambre. Luego de eso, él pidió una merengada y yo café. Luego de eso nos montamos en el coche y yo manejé hasta su casa. Cuando llegamos, no quedaba mucha gente de la fiesta, pero seguían allí Raquel, Mónica, Roberto y Tomás. Apenas entramos, Mónica gritó “qué bonito”. Yo sentí que me ruborizaba. Todos estaban completamente borrachos y se rieron del comentario de ella.

Al llegar me fui directamente a la habitación, me despedí de todos diciendo que tenía sueño y me quedé viendo televisión un rato hasta que me dormí. Al día siguiente me desperté casi al mediodía. Cuando bajé, ya con mi cartera en la mano, lista para irme, escuché movimiento en la cocina así fui hasta allá. Daniel estaba cocinando.

—Hola. —Me dijo—. Estoy haciendo omelette. ¿Te gustan?

—Sí, gracias. —Le respondí. Yo me sentía bastante cansada y sin ganas de conversar con nadie, pero me daba pena rechazar su desayuno, así que me quedé.

—Te llevaré a tu casa después de que desayunemos. —Me dijo cuando me estaba sirviendo la comida.

—Gracias Dani. ¿Cómo amaneciste? ¿Mucha resaca? —Le pregunté.

Me dijo que tenía un dolor de cabeza horrible y nos pusimos a hablar sobre música. Me dejó en mi casa y todo fluyó tranquilamente, exceptuando el hecho de que cuando me estaba bajando

del coche me dijo que disfrutaba mucho mi compañía y que me iba a invitar a hacer algo esa tarde. Yo le dije que estaba bien y pensé que inventaría alguna excusa luego.

No sabía qué pensar ni qué hacer con respecto a nada. No parecía haber forma posible de que yo dejara de pensar en Marcos, que dejara de querer estar con él, y había algo dentro de mí que me decía que él sentía cosas por mí también. Yo intentaba convencerme de que eran ilusiones, equivocaciones de mi percepción, que estaba proyectando mis deseos en la realidad, pero en el fondo, sentía que no era así. Por otro lado, la realidad era que él estaba con Sasha.

Y Daniel quería estar conmigo, era un buen partido y nos llevábamos bien, pero no era Marcos. Ese día Daniel me invitó al cine y yo le dije que debía acompañar a mi mamá a hacer unas diligencias cuando en realidad me quedé en mi casa viendo películas e imaginándome lo que sería ir al cine con Marcos.

La siguiente semana en la universidad me encontré a Sasha y Marcos todos los días, parecía que el destino quería torturarme. Ya me había acostumbrado a hacer surgir mi sonrisa falsa cada vez que me los encontraba por los pasillos pero mi corazón se seguía arrugando, incluso me parecía que me dolía cada vez más.

Por otro lado, Daniel y Mónica se encontraron conmigo todos los días, decidimos tomarnos un café todas las tardes al terminar las clases y luego cada quien se iba a su casa. Así estuvimos durante toda la semana hasta que el viernes Marcos nos invitó a todos a una fiesta que habría el sábado en la casa de un amigo de él que estudiaba ingeniería en la misma universidad que nosotros. Todos dijeron que sí sin dudarlos así que yo acepté también.

Pero me fui a mi casa rápidamente para terminar todas las asignaciones que debía entregar el lunes. Me quedé toda la noche despierta haciéndolo y a las tres de la madrugada recibí un mensaje de texto de Marcos preguntándome si estaba despierta. Le dije que sí y le pregunté que si había pasado algo.

Me dijo que estaba en una fiesta y que había surgido un plan repentino de irse a la playa, que si yo quería ir. Acepté ir porque me dijo que solamente iría él con tres amigos que yo no conocía, así que estúpidamente pensé que quizá él y Sasha habían terminado y él se había dado cuenta de que realmente era yo quien le gustaba. Cuando fue a buscarme, estaba con otro chico en el asiento del copiloto. Me monté en el coche y arrancamos rápido. Marcos atendió una llamada telefónica.

—Adelántate tú, si quieres. Tengo que ir a buscar a Sasha. —Dijo él.

Yo sentí que se rompía algo dentro de mí. Me sentí completamente estúpida y quería lanzarme del coche en movimiento solo para salvarme de estar todo un día en la playa con él y su novia. Me parecía casi a propósito, no podía creer que él no supiera que me gustaba, así que se me ocurrió que parecía estar haciéndolo para hacerme sentir mal.

Luego traté de tranquilizarme y pensé que él no tenía ningún motivo para hacer eso, quizá simplemente le caía bien, me consideraba su amiga y eso era todo. Pero yo no podría soportar verlos juntos de esa manera, así que se me ocurrió una forma de suavizar mi sufrimiento en aquel viaje, ya que no podía arrepentirme de ir cuando ya estaba en el coche con ellos.

—¿No le avisaste a Daniel? —Le pregunté.

—No contestó mi llamada.

—Yo intentaré. —Le dije.

—Está bien, pero hazlo rápido porque tendré que ir a buscarlo. Su coche está en la taller. — Me dijo.

El teléfono repicó unas cuantas veces y él atendió. Le expliqué el plan y me dijo que estaría listo en diez minutos. Marcos fue a buscar a Sasha y el chico que estaba delante se pasó para el asiento de atrás para que ella pudiera sentarse adelante. Ella iba con unos pantalones muy cortos y

solo el traje de baño en la parte de arriba.

En ese momento me sentí un poco intimidada por ella y tonta por haberme vestido como siempre lo hacía, porque me di cuenta que además los dos chicos tenían bermudas y franelillas. Pero traté de sacarlo de mi cabeza porque ya tenía suficiente con tener que verlos juntos.

Ella lo besaba en la mejilla y en el cuello cada pocos minutos y el chico que estaba al lado me susurró en el oído que estaba contento de que yo estuviera ahí para no sentirse tan incómodo acompañándolos a ellos dos. Luego de buscarla a ella buscamos a Daniel y nos fuimos a la playa. Resultó que uno de los amigos de Marcos tenía un apartamento en una playa exclusiva así que todos subimos allí para dejar nuestras cosas e ir a la playa.

Era un apartamento grande y elegante, había cuatro habitaciones y nosotros éramos cuatro así que decidimos que nos quedaríamos a dormir en parejas en cada habitación. Como Daniel era el único que yo conocía, aparte de Marcos y Sasha, tuve que aceptar quedarme con él en la misma habitación, sin embargo, para mi tranquilidad tenía dos camas.

Bajamos inmediatamente luego de dejar las cosas en las habitaciones y, en mi caso ponerme el traje de baño, y nos metimos directo al agua. Uno de los chicos se llevó una botella de alcohol y comenzaron a repartirla dentro del mar.

Yo no entendía porqué deseaban siempre beber alcohol, en todas las circunstancias, yo ya me estaba cansada de tener que soportar la resaca, y no me sentía muy segura de mantener la dignidad delante de Marcos y Sasha si tomaba alcohol aquel día, pero por otro lado, quería demostrarle a él que me estaba adaptando a su mundo.

Así que cuando me la pasaron tomé un trago. Daniel se acercó a mí y se puso a hablarme acerca de una película que había visto y le había recordado a mí. Mientras tanto, los amigos de Marcos estaban lanzándose un balón entre ellos mientras que Marcos y Sasha se besaban un poco alejados de todos. Yo evitaba mirarlos pero sentía que deseaba estar en cualquier lugar en ese momento menos allí.

Cuando amaneció por completo todos subimos al apartamento y Sasha, dos de los chicos y yo nos pusimos a preparar el desayuno. Los demás se acostaron a dormir. Sasha actuaba más amablemente conmigo de lo que me habría gustado, me forzaba a tener que conversar con ella, intentando que no se notara mi rechazo.

Estaba celosa, por supuesto, pero también era cierto que ella no me parecía una buena persona, independientemente de su relación con Marcos, nunca me lo pareció desde el momento en que la conocí. Lógicamente, el hecho de que estuviese constantemente besando y abrazando al chico que me tenía completamente enamorada no ayudaba a que comenzara a agradarme.

Cuando estuvo listo el desayuno todos comimos y Marcos dijo que había que comprar más hielo para preparar las bebidas y me pidió que lo acompañara. A mí me sorprendió que me lo pidiera y Sasha no pudo contener una expresión de desagrado en su rostro. Yo acepté y bajé con él a su coche.

—¿Cómo la estás pasando? —Me preguntó cuando arrancamos.

—Bien. —Dije de manera poco convincente, sin poder evitarlo.

—¿Bien?.. Eso no suena tan bien. —Me dijo y me pellizcó la mejilla.

Como siempre me sucedía cada vez que me tocaba, sentí que se calentaba mi mejilla y algo se despertaba en mi pecho. Me quedé mirando su rostro, sus mejillas, su mandíbula gruesa, sus labios, luego sus manos gruesas sobre el volante y pensé que me consideraría la persona más suertuda del mundo si él algún día decidía que me quería.

En ese momento, sentí profundamente lo mucho que me gustaba y me importaba él, sentí en lo más hondo de mi pecho la sensación más cálida que había sentido nunca, una sensación que

parecía dividirse entre la satisfacción y la tristeza. Pensé que la tristeza seguramente se debía al hecho de que quería tenerlo y no podía. Él comenzó a contarme lo que había hecho en la fiesta de la noche anterior y cómo había surgido el plan de ir a la playa.

Yo lo escuchaba y me reía cuando decía cosas graciosas, le comentaba y hacía chistes para hacerlo reír. Me sentía en una especie de nube extraña de la que no me quería bajar. Quería estar en su compañía infinitamente, quería que manejara a cualquier lugar lejos de allí en el que solo estuviéramos los dos. Nunca había sentido nada parecido por nadie.

Nos bajamos a comprar el hielo y él estaba haciéndome un chiste acerca de una clase de primer año que yo estaba viendo en ese momento y, por supuesto, él ya había visto. Él me aseguraba que había sido la nota más alta de la clase y que era un experto en la materia así que comenzamos a discutir sobre el tema para ver quién se equivocaba primero, yo fui la primera en equivocarme así que él comenzó a burlarse de mí a modo de chiste y me hizo unas cuantas cosquillas que terminaron en un abrazo un poco extraño.

Los dos nos quedamos mirándonos a los ojos por unos breves segundos y nos separamos. En el camino de regreso él seguía actuando exactamente igual pero yo me sentía un poco nerviosa, confundida y cohibida. Definitivamente algo había pasado entre los dos en ese abrazo, eso no podía haberlo imaginado, pero no lograba entender nada.

Él seguía saliendo con Sasha y sin duda alguna, apenas llegáramos al apartamento de la playa, ellos seguirían estando juntos como lo habían estado las últimas semanas. Cuando llegamos al apartamento, todos estaban jugando póker en la sala, apostando dinero, lo cual me pareció sorprendente. Nunca había jugado póker y Daniel se ofreció a explicarme.

Sasha y dos de los chicos prepararon margaritas y, por primera vez, realmente sentí me gustaba tomar una bebida alcohólica. Jugamos por mucho rato póker y bebimos muchas margaritas. Tres horas después yo estaba bastante borracha y, según mi poco confiable percepción de ese momento, todos los demás también.

Uno de los chicos comenzó a bailar solo y los demás seguimos jugando con las cartas pero diferentes juegos que otro de los chicos y Daniel proponían. A eso de las cuatro de la tarde, preparamos hamburguesas que en gran parte terminaron siendo un desastre porque estábamos demasiado borrachos como para hacer las cosas con orden y sentido pero comimos.

Luego de eso, comenzamos a jugar distintos juegos que obligaban a los que perdían a tomar tragos de tequila así que a las seis de la tarde, me parecía que ya no podía tomar un trago más ni levantarme de la silla en la que estaba sentada. Cuando terminamos uno de los juegos Sasha se sentó encima de Marcos, que estaba recostado en uno de los muebles y comenzó a besarlo apasionadamente. Los demás hicieron unos cuantos chistes y se fueron a la playa.

Daniel me preguntó si yo quería ir a la playa pero no me sentía en condiciones de salir de la casa. Además, estaba haciendo un esfuerzo enorme por no ponerme a llorar ahí mismo en la sala. Me sentía frustrada, triste y desanimada.

Quizá el efecto del alcohol estaba acrecentando mis sensaciones pero sentía el corazón completamente roto, y me odiaba a mí misma por sentirme así, por haber permitido que mis sentimientos por Marcos crecieran tanto, y por seguir torturándome al salir con ellos. Daniel puso música y los dos novios se fueron a su habitación. Yo sentí náuseas que no supe si atribuir al alcohol o a la idea de que Marcos estaba con ella en una habitación. Me senté en el balcón y Daniel se sentó a mi lado y se puso a fumar.

—Me encanta esta playa. Siempre me ha gustado. —Me dijo.

—Es bellísima. —Le respondí. Él se rió un poco y yo no entendí porqué.

—Estás borracha. —Me dijo.

—¿Es demasiado evidente? —Le pregunté riéndome.

—Muy evidente... Eres increíblemente bonita, ¿sabes? —Me dijo.

—Lo sé. —Le dije haciendo gestos de petulancia y luego me reí—. Lo siento. Es el alcohol, me vuelve pretenciosa. —Le dije.

Él sonrió y me abrazó. Yo sentí lo que estaba a punto de pasar, estaba un poco lenta para reaccionar pero podía percibir perfectamente que él estaba decidiendo el momento adecuado para besarme y decidí que dejaría que lo hiciera. Justo en el momento que tomé la decisión, él lo hizo.

Mi cerebro inmediatamente me hizo imaginarme a Marcos en su lugar, pero rápidamente borré esa imagen de la cabeza y correspondí el beso de Daniel con ganas. No sentía nada en el estómago ni en el pecho, pero me agradaban sus labios. Nos seguimos besando por varios minutos hasta que yo lo detuve. Él sonrió.

—Me gustas mucho. —Me dijo.

Yo sentí de nuevo acumulándose mis ganas de llorar, no entendía porqué me estaba afectando todo en ese momento de esa manera, pero sentí que necesitaba la compañía de alguien para disminuir un poco el despecho que sentía por Marcos. Así que besé de nuevo a Daniel y nuestros besos se volvieron cada vez más intensos.

Pero justo cuando estaban subiendo bastante de intensidad sentí un deseo repentino de detenerlo. Sentí que no podía continuar con eso, Daniel sentía cosas por mí y yo definitivamente no sentía realmente mucho por él. Era injusto que lo utilizara de esa manera y, además, estaba bastante borracha así que probablemente me arrepentiría al día siguiente de todo eso.

Le pedí disculpas y me fui a la habitación, lo cual no ayudó demasiado porque justo al llegar recordé que él dormiría allí también. Pero él nunca entró a la habitación. Yo me dormí y al día siguiente me levanté antes que todos los demás y encontré a Daniel durmiendo en el mueble de la sala. Me dolía muchísimo la cabeza y no quería estar cerca de ningún tipo de alcohol por un buen tiempo.

Me vinieron a la mente todos los recuerdos de la noche anterior como chorro de agua fría. Como lo había supuesto, me arrepentía de haberlo besado. Me sentía culpable y extraña al respecto. Comencé a preparar café y Sasha salió caminando medio dormida vistiendo solo la franela que Marcos llevaba la noche anterior.

Me saludó y se sentó a esperar el café que yo estaba preparando, cuando estuvo listo, Daniel también se había despertado y los tres nos sentamos en silencio a tomarnos el café. Marcos salió de su habitación. Yo no podía creer que se viera tan guapo al despertarse. Me parecía que con cada vez que lo veía de nuevo aumentaba mi atracción por él, y esa vez, sentí como se agudizaba la puntada que sentía en el estómago al mirarlo jugar con el pelo de Sasha.

Pero luego de que jugó con el pelo de ella, me echó una mirada bastante intensa que no pude descifrar, y luego miró a Daniel. En ese momento me di cuenta de que Daniel estaba mirándome fijamente. Sentí que me ruborizaba toda aquella mezcla de miradas así que decidí ir a bañarme.

Cuando me estaba vistiendo en la habitación, uno de los amigos de Marcos pasó golpeando la puerta y pidiendo que me apurara porque ya nos íbamos. Pasaríamos primero por la playa a bañarnos un par de horas y luego nos iríamos directo hasta la ciudad. Cuando salí de la habitación todos habían bajado a la playa y Daniel me estaba esperando en la sala, revisando su teléfono.

—¿Lista? Los chicos se adelantaron. —Me dijo.

Yo me sentía completamente incómoda y arrepentida. Él parecía haber asumido que había algo entre nosotros desde que nos habíamos besado la noche anterior, y yo sentía una especie de rechazo y pena al verlo allí esperando por mí. Le respondí de la manera más normal que pude y bajamos a la playa.

Nos bañamos un rato y yo me dediqué a jugar voleibol con los amigos de Marcos para evitar estar a solas con Daniel. Luego de un par de horas nos fuimos a la ciudad. Yo dormí durante todo el camino y me desperté cuando Daniel se estaba bajando en su casa. Ya habíamos dejado al amigo de Marcos. Luego de eso, Marcos dejó a Sasha en su casa y me pidió que me sentara en el puesto de adelante.

—¿Cómo vas con Daniel? —Me preguntó—. Él... me dijo ya hay algo sucediendo entre ustedes. —Me dijo. Yo no pude evitar soltar una especie de bufido—. ¿Qué significa ese sonido? —Me dijo un poco sarcásticamente. Estaba bastante más serio de lo normal, pero yo asumí que se debía a que estaba cansado.

—No lo sé... No quiero tener nada con Daniel. —Le dije. No sabía qué me estaba pasando pero sentía una especie de fuego dentro de mí que me estaba impulsando a hacer algo atrevido, algo imprudente, probablemente.

—¿Ah?.. ¿Es en serio? Pero Daniel... Bueno, él me dijo que pasó algo entre ustedes anoche... La verdad no quiero incomodarte. Disculpa que haya sido tan indiscreto, olvida lo que te dije, por favor... —Me dijo, bastante incómodo.

—No, está bien. El problema no es que no quiera hablar contigo de eso, el problema es que sí pasó algo entre nosotros anoche, no fue gran cosa pero supongo que quizá él lo tomó de alguna forma... —Dije sin saber muy bien cómo continuar.

Me estaba comenzando a doler la cabeza de nuevo. De pronto, Marcos se detuvo a la orilla de la carretera, apagó el coche y se volteó a mirarme. Yo no entendía lo que estaba pasando, por un momento pensé que ocurría algo malo, que el coche estaba fallando, pero él no decía nada, simplemente me miraba, serio.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Le pregunté un poco nerviosa. Él no respondía—. Marcos, ¿qué pasa? Me estás poniendo nerviosa.

—No pasa nada, tonta. —Me dijo y arrancó de nuevo el coche.

—No entiendo lo que acabas de hacer... —Le dije.

—Entonces... Daniel y tú se besaron pero tú no quieres tener nada con él. —Me dijo.

—Wow, ya veo que Dani fue bastante explícito. —Le dije.

—Es mi amigo de toda la vida, Cat, evidentemente me contó. Así que me ha contado desde hace meses que está loco por ti. —Me dijo.

—¿Meses? —Le dije, confundida. Eso sonaba a demasiado tiempo y nosotros probablemente tendríamos dos meses siendo amigos.

—Sí. ¿Sabes que él fue quien me pidió que te hablara? —Me dijo.

Y yo sentí como si algo pesada me cayera en el estómago de repente. Entendí todo, entendí de pronto que toda esa aventura extraña que había estado viviendo desde que Marcos se me acercó, toda ese juego de que él quería convertirme en una chica diferente, de que quería que formara parte de su vida, era simplemente la forma de Marcos de ayudar a su amigo a conseguir a la chica que le gustaba.

De pronto entendí que toda la amabilidad, todos los juegos y las invitaciones eran simplemente para ayudarme a congeniar con el grupo y ablandarle el terreno a Daniel. Entendí porqué él estaba con Sasha y no conmigo, porque era ella quien le gustaba y era Daniel el único que siempre había gustado de mí. A pesar de que Marcos nunca me había mentado, me sentí engañada, quizá el engaño me lo hice yo mismo, pero no podía evitar sentir un poco de rabia hacia él.

—Ah... Ahora entiendo. Todo esto ha sido tu forma de conseguirle novia a tu amigo. —Le dije y me pareció que sonó mucho más lleno de odio de lo que había esperado. Él detuvo el coche de

nuevo en la carretera—. ¿Qué te pasa Marcos? ¿Por qué te detienes de nuevo? No entiendo qu... —Marcos no me dejó terminar la frase porque se acercó a mí de pronto y me besó en los labios. Después de besarnos por unos segundos sentí una oleada de sentimientos tan fuerte que me dejó en silencio por un tiempo.

—¿Sasha? —Logré articular. Él sonrió sarcásticamente.

—Es mi forma de no sentirme tan mal por no tenerte. —Dijo. Yo tuve que repetirme varias veces la frase que había escuchado para poder creerla.

—¿Tú...? ¿Qué...? —No lograba coordinar los suficiente como para organizar una oración coherente.

—Me has gustado desde el momento en que te hablé por primera vez. Nunca se lo dije a nadie porque Daniel es mi mejor amigo, te busqué porque él me lo pidió y todos en el grupo sabían que él estaba loco por ti, ¿cómo podía intentar algo contigo? Además, estaba segura de que no te fijarías en mí, eres... eres diferente a las chicas con las que he salido y Daniel es más, no lo sé, pensé que eran perfectos el uno para el otro, así que... —Dijo, sin mirarme al rostro. Yo tomé su rostro con mis manos lo hice mirarme.

—Marcos, siempre has sido tú.

Buena Chica

Romance Juvenil con el Rockero

Desde principios del mes de junio era un hecho que mi madre Ingrid viajaría a Argentina por trabajo, siendo una psicóloga de renombre cada año debe ir a congresos en diversas partes del mundo, esta vez es Sudamérica.

Normalmente iría con ella, pero al haber cumplido ya 18 años, mi madre decidió que sería bueno para mi quedarme y buscar algún trabajo de verano antes de comenzar la universidad, según ella esto me hará madurar y me ayudará a desarrollar la independencia... claro, me quedaré sola en casa por dos meses hasta que vuelva de su viaje, prácticamente todas las vacaciones de verano hasta comenzar la universidad en Septiembre.

Mi emoción no puede ser mayor, aunque también me da miedo, nunca antes me había quedado sola, siempre que está de viaje y por alguna razón no puedo acompañarle me quedo en casa de mis abuelos; Carolina e Ismael, que por suerte viven a quince minutos de distancia.

Preferiría quedarme descansando que trabajar, pero no quiero defraudar a mi madre... además me ha propuesto un buen trato, si consigo trabajo y me esfuerzo comprará una camioneta para mí, así podré ir en coche a la universidad.

No es mala idea tener mi propio coche, desde hace tiempo lo he querido, así no tendré que pedirle el coche prestado cuando quiera ir a la playa con mis amigos. ¿Pero trabajar?... Jamás he trabajado.

Por otro lado, Irene me ha insinuado varias veces aprovechar la ausencia de mi madre para dar una fiesta dos días después de que se haya ido, es decir, el 28 de junio, y es que mi amiga es una fiestera de primer rango, por supuesto ha planeado todos los detalles y considera ya un hecho la “inauguración del verano” como ella le llama.

La idea me parece genial, pero a comparación de ella yo no soy tan social... soy un poco más reservada, así es como me han criado. He ido a fiestas, claro, las reuniones de mi familia, los cumpleaños de Matías e Irene, pero yo nunca pensaría en hacer una fiesta propia, no es algo que mi madre aprobaría con gusto.

De todas formas, para no ser aguafiestas accedí a la propuesta de mi amiga. Matías también irá así que al menos no me sentiré como pez fuera del agua, mis dos amigos de la infancia estarán allí, una loca empedernida y un sabio sensato, son como el agua y el aceite, pero para mí es la combinación perfecta de amigos, no pediría a otros.

* * * *

—¡Clara hija, despierta, llegaremos tarde al aeropuerto y tus abuelos llegaran en 2 horas! — gritó mi madre abriendo todas las persianas de mi habitación.

—Pero mamá... apenas son las ocho de la mañana, tu vuelo sale a las dos de la tarde, ¿no crees que es un poco temprano? —dije aún soñolienta.

—Nada de eso, al que madruga Dios lo ayuda, además te tengo una buena noticia. Vamos, sal de la cama y ven a desayunar.

—Ok... dame solo cinco minutos más...— —respondí con pocas ganas de salir de mi cama.

—Te espero en el comedor, ya está servido, no tardes—se retiró de mi habitación radiante, que raro estaba actuando.

¿Cuál será esa buena noticia que me tendrá?... Mi madre es tan impredecible que a veces asusta. Es increíble que ya sea 26 de junio, el mes pasó bastante rápido; a partir de hoy viviré sola por dos meses. Por fin, podré dormir hasta el mediodía si quiero.

Sin muchos ánimos, salí de la cama, fui al baño y me lavé la cara con agua fría para despertarme, lavé mis dientes y peiné mi cabello. Me coloqué mi bata dormilona y bajé las escaleras hasta el comedor. Vi que todas las maletas de mi madre ya estaban listas cerca de la puerta. Al acercarme a la cocina me sorprendí, mi mamá había hecho bastante comida, y además había comprado un pastel.

—Ehmm... mamá, explícame, ¿de qué me perdí? ¿Por qué tanta comida? ¿Vendrá alguien? — dije un poco desconcertada.

—Bueno, quise hacer algo especial para ambas, no te veré en dos meses, y te voy a extrañar bastante. Además, también quería celebrar algo más.... mira la carta que llegó para ti— —se levantó y me entregó la carta de respuesta de la universidad.

—¡Oh Dios Mío! ¡Los resultados de la prueba de admisión! ... ¿Ya la leíste?, ¡No quiero ver! —dije con nervios y un tanto ansiosa.

—Vamos ábrela —dijo entre risas mi madre.

Abrí la carta rápidamente y comencé a leer en voz alta—“*Srta. Clara Hernández, por medio de la presente se le informa su admisión en nuestra casa de estudios, en la carrera de Artes Visuales, después de haber logrado suficiencia en el examen de admisión que presento el día 18 de abril de 2017, la cual le permite ingresar a la opción que usted eligió.*” —. *Quedé atónita, grité de la emoción. Y abracé a mi madre. No lo podía creer, ¡lo logré!*

—¡Felicitaciones hija! Lo lograste, entraste a la Universidad de Panamá (UP), estoy muy orgullosa de ti. Quería celebrar tu logro antes de irme por eso te prepare esto. Y eso no es todo, también te transferí a tu cuenta bancaria 3000\$ para que puedas hacer los trámites de inscripción de la universidad y comprar comida en estos dos meses que estaré ausente. Claro, eso no significa que no debes trabajar. Es dinero es para que lo uses estrictamente en lo necesario y sobre todo, para la universidad. Toma prioridad en los gastos, debes aprender a ser responsable. —dice alegremente mi madre.

—¡Mamá, muchas gracias! No puedo creerlo, estoy muy feliz. —dije con entusiasmo. El verano empezó estupendo. Le tengo que contar a Irene y Matías. No puedo aguantarla la emoción.

Comenzamos a comer y realmente mi madre se había destacado con la comida que preparó, pavo al horno con ensalada César y vino tinto, huevos revueltos y tostadas francesas con jugo de naranja, además del pastel de arándanos que compró para el postre. —Mamá esto está delicioso, ¿cuándo hiciste todo esto? —dije sorprendida.

—Pues, estuve preparando todo desde ayer, la carta llegó en horas de la mañana y no pude evitar leerla, así que no podía irme sin felicitarte y darte algún regalo. Sé que el pavo y la ensalada César son tu comida favorita, lo creí perfecto para la ocasión—dijo modestamente con una ligera sonrisa de orgullo.

—Ay mamá, eres tan impredecible... Podría acostumbrarme a desayunos así. —dije entre risas.

—Bueno, ahora tú tendrás que cocinarte. Recuerda no comer a deshoras, y si tienes algún

problema llama a tus abuelos, sabes que ellos siempre están atentos. Te estaré escribiendo por WhatsApp diariamente y te llamaré cada vez que pueda. El congreso tiene un calendario y horario bastante estricto, pero estaré comunicándome constantemente. No hagas travesuras. Y espero tener respuestas pronto sobre tu búsqueda de trabajo. —dijo seriamente.

—Vale, vale, estaré atenta. Igual no es que sea mucho tiempo—dije pensando en toda la libertad que tendría. Un tiempo para mí, por fin. Sin complacer peticiones de nadie.

—Claro... sólo son ocho semanas que descansarás de mí —dijo sarcásticamente.

—¡Mamá! También te voy a extrañar, tranquila, estaré bien. —mi madre siempre le da al clavo... tener como madre a una psicóloga es bastante difícil, es como si pudiera leerme la mente. A veces es frustrante. Pero creo que todo saldrá bien. Soy bastante tranquila a diferencia de Irene... creo que por eso se preocupa tanto, cree que Irene es una mala influencia.

Después de desayunar, fui a mi habitación y comencé a alistarme para acompañar a mi madre al aeropuerto. Preparé la tina con agua caliente y sales marinas, me desvestí y me metí. Comencé a enjabonar mi cuerpo mientras pensaba que ya solo faltaban dos días para la fiesta que Irene y yo haríamos.

Siento bastantes nervios, sé que vendrán varios compañeros de clases con los que nos graduamos, pero también vendrán otros invitados, como es obvio, se colarán conocidos o parejas de las personas que conocemos. El novio de Irene invitará a varios compañeros de su trabajo... estar entre tanta gente nunca ha sido mi punto fuerte, así que lo más probable es que me quede con Matías. Él es igual de tranquilo que yo.

Entre pensamientos comencé a lavar mi cabello y poco tiempo después salí de la tina y comencé a vestirme, saqué un lindo vestido azul del guardarropa y unos zapatos de tacón alto.

Tomé mis lentes de sol, mi bolso y bajé las escaleras. Ya son cerca de las diez de la mañana y mis abuelos deben estar por llegar. El viaje al aeropuerto es largo así que debemos salir máximo a las once para llegar a tiempo. Mientras esperaba a mi madre en la sala, recibí una llamada de Irene. Tomé el móvil del bolso y contesté.

—¿Aló? —dije rápidamente.

—¡Hola Clara! ¿Cómo estás? ¿Lista para esta tarde? —me respondió con rapidez, con entusiasmo.

No recordaba que había quedado con Irene para salir de compras al súper, por la comida y bebidas para la fiesta.

—Claro, pero, recuerda que debo acompañar a mi madre al aeropuerto, su vuelo sale a las dos de la tarde, te aviso en lo que esté regresando, ¿vale?

—Ok, me avisas cuando vayas bajando del aeropuerto para encontrarnos en el Real Plaza, ¡dale saludos a tu madre de mi parte, espero que le vaya bien en Argentina! —dijo alegremente.

—Vale le diré, nos vemos al rato —colgué rápido antes de que mi madre bajara y nos escuchara. Olvidé mencionarle que saldría con Irene después. Tendré que decirle que iremos al cine o algo por el estilo en caso de que me pregunte si tengo planes para esta tarde.

Mis abuelos llegaron en la camioneta y mi madre ya estaba lista. Le ayudé a subir las maletas al coche, saludé a mis abuelos, que se veían un poco tristes por el viaje de mi madre y nos pusimos en marcha al aeropuerto.

En el camino, mi madre les mencionó a mis abuelos la noticia de mi admisión a la universidad, mis abuelos han sido un poco escépticos con la carrera de Artes Visuales, ellos preferirían que estudiara Psicología o Medicina, pero de igual forma les alegraba la noticia.

Me felicitaron cariñosamente y como de costumbre me dieron un sermón de la responsabilidad. Son tan tradicionalistas... tener buenas notas, quedar en el cuadro de honor,

participar en clases extracurriculares, etc.

Trataré de adaptarme lo mejor que pueda al ámbito universitario, pero iré a mi ritmo... además ya he hecho varios cursos complementarios, como el de fotografía y dibujo realista.

Mi madre me recordó que mis abuelos estarán atentos de mí en su ausencia, al vivir tan cerca de nosotras es casi una costumbre que cuiden de mi desde pequeña. —Clara, he hablado con una amiga de la floristería donde Ismael suele realizar entregas de flores, les comenté que mi nieta está en búsqueda de trabajo y les mencioné un poco sobre tus habilidades fotográficas. Así que tienes una entrevista de trabajo el 1 de Julio con la encargada, pues requieren fotos para un calendario y un catálogo virtual —comentó mi abuela Carolina.

—¡Vaya! Que buena noticia abuela. Gracias. Con gusto iré a la entrevista. ¿Debo llevar mi cámara ese mismo día? —pregunté crédulamente.

—No cariño, debes llevar tu hoja de vida y algunas fotografías, como el portafolio que hiciste el año pasado para el curso fotográfico. —Respondió mi madre rápidamente.

—Perfecto, lo alistaré. Igual llevaré mi cámara, en caso de que quieran hacerme algún estilo de prueba... —Pensé en voz alta.

—Sí, eso es buena idea, pero lo principal es la hoja de vida y el portafolio, arréglalo y aprovecha que tienes cuatro días antes de la entrevista, puedes tomar más fotos y mejorar el portafolio para dar una buena impresión. —Sugirió mi abuelo.

—Ok, no hay problema, lo haré —podría ir al Parque Alfredo Salazar, es uno de los más bonitos de Lima, y tiene una gran variedad de flora.

Antes de darme cuenta ya habíamos llegado al aeropuerto y mi madre ya se había comenzado a poner nostálgica... bueno supongo que es normal... después de todo no tengo un padre con quien quedarme cuando se va, y para ser la primera vez que me deja “sola” por dos meses, creo que lo está tomando muy bien.

Ayudé bajar las maletas del coche y noté que ya eran la una y media de la tarde, sólo queda media hora para ser “independiente”. Fuimos directo a empaquetar las maletas y completar el proceso de pago del pasaje de vuelo de mi madre. A la una y cuarenta comenzaron a llamar para abordar el vuelo 685 con destino Buenos Aires, Argentina.

Mi corazón empezó a latir rápidamente.

—Bueno, ya es hora Clara, cariño, pórtate bien, cuídate mucho —Ingrid comenzó a llorar. Me dio mucho sentimiento, casi comienzo a llorar también.

—Que te vaya muy bien en el congreso mamá. Tranquila, veras que el tiempo pasará muy rápido. Además, hablaremos por WhatsApp y te enviaré las fotos que tome para mejorar el portafolio. —Abracé fuerte a mi madre y esperé mientras se despedía de mis abuelos.

—La cuidaremos bien, tu concéntrate en el trabajo y llámanos cuando quieras hija —dijo Ismael y Carolina. La abrazaron y mi madre partió para abordar el avión. Esperamos a que despegara su vuelo y regresamos a casa.

Al principio del camino estuvimos callados, mis abuelos no son de mostrar mucho sus emociones. Pero sé que mi abuela estaba bastante triste. Siempre se angustian cuando mi madre o yo viajamos.

—Entonces, ¡oficialmente eres universitaria! —Exclamó mi abuelo Ismael con alegría. —¿Cuándo formalizas tu inscripción? —Preguntó Carolina.

—Sí, bueno, debo ir a la rectoría de la escuela dentro de 15 días, para entregar los requisitos y hacer el primer pago —respondí.

—Es bastante rápido, ¿qué requisitos debes llevar? —Preguntó Ismael con curiosidad.

—En la carta dice que debo llevar tres fotografías tamaño carné, copia del certificado de

secundaria, copia del certificado de preparatoria, —copia del carné de identificación, comprobante de domicilio y tener un correo electrónico para afiliar al sistema administrativo. Y bueno por supuesto, el dinero para pagar el derecho de inscripción, credencial y cuotas del primer año de la carrera. —Respondí, menos mal había anotado todo en mi móvil antes de salir de casa. Sabía que mis abuelos preguntarían. Me he salvado de otro sermón, jajaja.

—Vaya, son bastantes, en mis tiempos solo tenía que ir para pagar. Cada día complican más las cosas. —Respondió Ismael.

—Bueno querido, los tiempos son diferentes, además ahora todo se maneja electrónicamente. Es la era de la tecnología. Los jóvenes son bastante diestros con ello— dijo Carolina con más comprensión. Siempre ha sido menos crítica que mi abuelo. —¿Tienes ya algunos requisitos listos? —preguntó Carolina.

—Me faltan solo las fotos tamaño carné, lo demás ya lo tengo listo, no son requisitos muy complicados. ¡Ah, verdad! También debo comprar una carpeta. —Recordé.

—Me alegra mucho —respondió Carolina. Ya habíamos llegado a casa. Me despedí de mis abuelos y entré corriendo a casa. —¡Llámanos cuando nos necesites querida! —Gritó Ismael.

—¡Claro abuelo! ¡Lo haré! —Respondí desde el pórtico de la casa y seguidamente entré y cerré la puerta. Ya eran las tres y media, Irene me va a matar. Se suponía que debíamos vernos a las cuatro y no le avisé que iba de regreso. Subí a mi habitación, me cambié de ropa y de pronto comenzó a sonar mi móvil. Era Matías. Contesté mientras me ponía el vaquero.

—¿Matías? —dije forcejeando con el vaquero.

—Clara, ya estamos en el centro comercial, ¿en dónde estás?, Irene comienza a impacientarse. —Comentó preocupado.

—Ya estoy en camino, llego en 20 minutos, por favor distráela, el viaje de regreso del aeropuerto tomó más tiempo del que pensé. —Respondí terminando de vestirme.

—Ok, no demores, Irene está con su novio y me siento como faro de luz —dijo entre risas sarcásticas.

—jajajajajaja, tonto. ¡No tardo, lo prometo! —Colgué rápidamente. Terminé de vestirme, me puse unos tenis, salí corriendo y tomé un taxi. En 15 minutos llegué al Real Plaza, y llamé a Irene. —¿Aló? Irene, ya llegué, disculpa la demora, ¿en dónde están? —Pregunté mientras subía las escaleras mecánicas hacia el primer piso del centro comercial.

—Ya era hora amiga, estamos en el súper con Damián y Matías.

—Vale, ya voy, ¿nos vemos en la sección de licores? —Pregunté. Estaba segura de que estarían allí decidiendo qué llevar.

—Sí ahí estamos —dijo Irene. —“¡¡¡Clara te amo!!!” —gritó de fondo Damián, el novio de Irene, tan bromista como siempre.

—Cállate Damián, qué vergüenza... mira ya nos empezaron a mirar raro —dijo Irene.

—Jajaja, ¡eso regáñalo de mi parte!, Dile que no sea anormal —le dije a Irene. —¡Ya los vi! —colgué.

—Hola chicos —salude mientras miraba todo lo que tenían en el coche de compras.

—Al fin llegas— exclamó Matías. —Estos dos tiene una discusión porque no deciden que llevar de licor... ya empezaba a aburrirme —agrego con cara de pocos amigos.

—Es importante decidir que llevar, de eso depende el éxito de la fiesta —respondió Irene un poco molesta.

—A ver, ¿qué opciones hay?, por lo que veo tienen Vodka, Mojito, Whisky y Ron Cartavio— no sabía qué sería mejor... tomando en cuenta que es mi primera fiesta... — Bueno... creo que deberíamos llevar... Mojito y Vodka ¿no?

—¡Exacto! ¿Ven? Hasta Clara me apoya —exclamó con entusiasmo Irene.

—Bueno... está bien cariño, lleva eso, yo solo te mencionaba que a mis compañeros de trabajo les gusta más el Ron... —Comentó Damián.

—Bueno, pero... yo puedo pagar el Mojito y el Vodka, así ustedes compran Ron... —Dijo un poco dudosa... comenzaría a gastar el dinero que me había dejado mi madre en licor. Pero, esto puede contar como una emergencia pequeña...

—¡Excelente! Gracias Clara, al fin una persona comprensiva... —Dijo Damián entre risas para molestar a Irene.

—¿Segura que puedes pagar eso? Son 500\$ en total... —Me preguntó en voz baja Irene.

—Sí, no hay problema, llevaré al menos cinco botellas de Vodka y seis botellas de Mojito— no quería que los amigos de Damián se aburrieran si no había nada de su gusto para beber...

Teniendo ya todo listo, fuimos a la caja para pagar. Irene, Matías y Damián pagaron la mayoría de las cosas, pastelitos, mini pizzas, seis kilos de carne, tres kilos de pollo, salsas y aderezos, pan, queso en cuadritos, jamón rebanado, queso amarillo rebanado, papas fritas, frituras, fresas, chocolate derretido y ocho botellas de ron.

Yo por otra parte compre cinco botellas de Vodka y seis botellas de Mojito junto con una mezcla para torta de chocolate y huevos. Terminamos de pagar y Damián nos llevó a mi casa en su coche para dejar todo allí y planear los detalles sobre la fiesta. Al llegar, Damián y Matías ayudaron a acomodar los licores en la despensa, y para mi sorpresa Damián comentó que sus amigos llevarían algunas cosas más a la fiesta, entre ellas, hielo y refrigerios.

Matías e Irene, por otra parte, vendrían temprano pasado mañana para ayudarme a preparar toda la comida. La fiesta comenzaría a las seis de la tarde. Y vendrían alrededor de cincuenta personas, contando los amigos de Damián y nuestros compañeros de graduación.

Me comencé a poner un poco nerviosa, eran muchas personas. A pesar de que mi casa es de dos pisos y tiene una sala bastante amplia... hay muchas decoraciones frágiles... si algo se llega a romper estaré en muchos problemas con mi madre... después de todo ella no sabe nada de esta fiesta. Irene me aseguro que todo saldría bien, y que lo mantendría controlado. Eso me aliviaba un poco, pero no del todo la verdad.

* * * *

Hace algunas horas amaneció, una luz tenue entraba por las persianas de mi habitación hasta la cama. Yo seguía recostada, enrollada entre las sábanas. El sentimiento de tranquilidad al estar sola en casa era muy gratificante. No he tenido oportunidad de hablar mucho con mi madre en estos dos días, solo supe que había llegado bien a Buenos Aires y que estaría el resto de la semana de reunión en reunión hasta el anochecer.

Miré el reloj de mi mesa de noche. Ya eran las once de la mañana. Me levanté de la cama y fui directo a la cocina para desayunar. Saqué de la nevera un poco de pavo y ensalada César que había quedado de ayer.

Tenía bastante hambre, ayer entre tantas cosas que hable con Matías, Irene y Damián se hizo de noche y tan tarde que me dio un poco de pereza hacerme la cena, así que me fui a dormir sin cenar. Mientras calentaba el pavo en la cocina, y preparaba jugo de naranja, recibí un mensaje de Irene.

****Buenos días chica independiente, tengo en mente varios platillos para la fiesta. Si puedes conéctate a Facebook en la tarde-noche para ver que te parecen****

Quien sabe qué platillos tendrá en mente Irene. Espero no tengamos que comprar más cosas,

no puedo gastar más dinero, al menos, no hasta conseguir trabajo. Después de desayunar, volví a mi habitación y tomé una ducha.

Decidí ir al Parque Alfredo Salazar como había pensado ayer para tomar algunas fotografías y mejorar mi portafolio para la entrevista, además también aprovecharé de mandar a imprimir las fotos tamaño carné para la universidad, sacar algunas copias y comprar la carpeta que me falta para entregar los requisitos. Después de todo... tendré que ir el 11 de julio para formalizar mi inscripción.

Salí del baño, me puse un vestido corto amarillo, unos tacones negros y un sombrero para el sol. Tomé los lentes de sol de la mesa de noche. Un bolso con mi cartera y la cámara. Revisé mi móvil para ver si tenía algún otro mensaje en WhatsApp. Pero no tenía ninguno. Así que bajé las escaleras, tomé las llaves del coche de mi madre y salí en dirección al parque.

Pocos minutos después llegué al parque, estacioné el coche y comencé a caminar. Hacía bastante calor. Los árboles y las flores de la plazoleta se veían radiantes, así que tome algunas fotografías.

Voy a transformar completamente mi portafolio para la entrevista. Mientras caminaba por el lago inspirada por la vista, noté que me había llegado un mensaje. Miré el móvil y era mi madre.

****Clara, corazón, buenos días. ¿Cómo estás? ¿Tienes planes para hoy? Dentro de poco tendré que ir a otra reunión, te extraño muchísimo****

Le respondí de inmediato.

****Buenos días mamá, estoy bastante bien, ahorita estoy en al Parque Alfredo Salazar tomando algunas fotos para el portafolio. ¿Cómo te ha ido?****

****Bastante bien, pero es un poco agotador. Sabes cómo son estos viajes. ¡Me alegra que estés en el Parque! Diviértete cariño. Por cierto, llama a tu abuela, necesita hablar contigo. Ya debo irme. Cuidate.****

Mientras leía el mensaje sentada en un banquito bajo un árbol cerca al lago. Me fijé que un hombre, bastante apuesto cabe destacar, se me acercaba.

—Disculpe señorita... ¿Podría indicarme dónde está la taquilla para pagar el estacionamiento?—Dijo con voz grave.

—Sí, queda llegando a la plazoleta a mano derecha. Junto a los escudos de los leones. — Respondí secamente.

—Gracias. Qué pase una linda tarde. —Respondió y se alejó.

Mientras se alejaba noté que era extranjero. Un hombre tan alto, rubio y de ojos azules es raro de ver aquí en Perú. Tendré que venir más seguido a este parque. Parece que se ha convertido en un centro turístico. Así tal vez lo vuelva a ver. Dejé de divagar en mis pensamientos y llame a mi abuela para ver qué necesitaba hablar conmigo.

—Hola abuela, ¿cómo estás? Mi mamá me acaba de escribir hace poco y me dijo que te llamara porque querías hablar conmigo, ¿ha pasado algo?

—Clara, nena. Estoy bien. Sí, quería comentarte que tu abuelo va a necesitar que pases por aquí. Necesita que le tomes algunas fotos a unos arreglos florales que se hicieron hoy para que Richard las pueda colocar en la página web de la campaña publicitaria que realizarán este mes para aumentar las ventas. —Me explicó.

—Entiendo. Terminaré unas diligencias para la universidad y pasaré por allá en dos horas. — Respondí.

—Ok cariño, pero no demores mucho, sabes que tu abuelo es impaciente —añadió preocupada.

—Tranquila abuela, no demoraré mucho tiempo. Son diligencias rápidas. Nos vemos en dos horas. —Respondí y colgué.

Ya tenía suficiente material para mi portafolio. Así que fui a sacar las fotos tipo carnet para la universidad, las fotocopias y comprar la carpeta que me hacía falta. Terminé todo bastante rápido. Solo demore media hora desde que había hablado con mi abuela.

Subí al coche, y comencé a manejar hacia la casa de mis abuelos. Al llegar, Richard, el promotor publicitario de la empresa de Ismael, se alegró de verme y me explicó las condiciones de las fotografías que necesitaban. Eran alrededor de sesenta arreglos florales diferentes. Así que demoramos toda la tarde en ello. Obviamente al terminar quedó excelente el catálogo que se colocó en la página web.

—Bien hecho Clara —exclamó regocijante Ismael y me extendió una mano con un sobre blanco.

—Quedó bastante bien. Seguramente pronto te llamarán más clientes abuelo— tomé el sobre y lo abrí. —¿Y esto qué es? —Pregunté dudosa.

—Tu pago. Fue mucho trabajo. Acostúmbrate a cobrar por tus servicios. Es importante que tengas claros los precios de los trabajos que realices ahora que comenzarás a buscar un empleo — dijo seriamente.

—Ah... vaya, gracias abuelo. Lo tendré presente.—Me sorprendió, 150\$ no caen nada mal. Así recupero un poco del dinero que gasté ayer.

—Bueno, ya me voy a casa. Voy a arreglar mi portafolio para la entrevista —mencioné despidiéndome.

—¿No te quedas a cenar corazón? —preguntó Carolina. —Ya casi está lista la sopa de verduras —agregó.

—¡Ah bueno! Está bien, sabes que adoro tus sopas abuela respondí con cariño.

Después de cenar, ya eran las siete de la noche. Me despedí de mis abuelos y de Richard. Subí al coche y regresé a casa. Recordé que Irene me pidió hablar por Facebook esta noche.

Así que me puse el pijama y encendí el portátil. Hablamos un rato sobre los platillos que Irene tenía en mente hacer y quedamos de vernos mañana al mediodía junto con Matías en mi casa para preparar la comida. Estaba ansiosa por la fiesta. No creo que pueda dormir esta noche...

* * * *

Era el gran día, hoy haríamos una fiesta. Irene y Matías ya habían llegado a casa y comenzamos a preparar toda la comida. Matías se encargó de los platos con bocadillos y dulces haciendo uso de la mezcla para torta de chocolate que yo había comprado, las fresas y el chocolate derretido.

Irene y yo nos encargamos del resto, preparamos la carne y el pollo en cuadros medianos con aliños, los aderezos y salsas que complementarían, los colocamos en algunos recipientes pequeños que se colocarían al lado de las carnes.

Hicimos pan tostado con rollitos de jamón y queso derretido. Derretimos el queso amarillo para acompañar las papas fritas y frituras. Y por último acomodamos todo en la mesa más grande que había en la sala, junto al ron, vodka y mojito. Colocamos varios vasos reciclables cerca y no podía faltar un gran recipiente con hielo en el centro de toda la mesa.

Había quedado bastante presentable todo y ya casi era la hora para que los invitados comenzaran a llegar. Irene y Matías estaban listos para que comenzara la fiesta. Pero yo aún tenía que arreglarme. Así que Irene y yo subimos a mi habitación mientras Matías hacía la selección de

música.

¿Qué debería usar? No es una fiesta tan formal. Pero siempre he estado acostumbrada a usar ropa formal para cualquier reunión o evento. Iba a necesitar bastante ayuda de mi amiga en esta ocasión.

—Veamos Clara, hoy tienes que deslumbrar. Ya que eres la anfitriona de la fiesta todas las miradas deben estar sobre ti— expresó emocionada Irene.

—¿Todas las miradas sobre mí?! —exclamé. Eso no era exactamente mi plan. Yo no sé cómo ser una anfitriona... mucho menos estoy preparada para recibir toda la atención.

—Claro amiga. Mira esta combinación es muy bonita. Con tu largo cabello rojo y ojos azules te quedará espectacular. —Dijo Irene mostrándome un vestido corto negro con escote en la espalda.

—¿No crees que es muy corto? —Pregunté intimidada.

—En absoluto, te llegara un poco más arriba de las rodillas. —respondió Irene. —Y para dar el toque final, estos tacones rojos. Quedarás tan hermosa que todos los chicos de la fiesta querrán hablarte. —Expresó mi amiga con bastante confianza.

—Bueno, está bien... me cambiaré. Confiaré en ti. —Afirmé.

No solía usar vestidos tan cortos, pero Irene tiene más experiencia en este tipo de fiestas, así que tomaré en cuenta su consejo. Me cambié rápidamente. Peiné mi cabello y lo alisé un poco con el secador. Maquillé mis ojos y pinté mis labios de color rojo carmesí. Irene se encargó de darme un poco más de color en las mejillas. Pues, al ser de familia irlandesa mi piel es bastante blanca. Ya estaba lista y justo a tiempo. Eran las seis de la tarde y la gente comenzaba a llegar.

—Quedaste hermosa Clara. Pero no le hagas ojitos a Damián. Él es mío— exclamó en tono bromista Irene. —Voy a bajar para empezar a recibir a los invitados. Ya Matías encendió la música tecno. Te espero abajo. —Dijo Irene y salió de la habitación.

Me miré al espejo y quedé sorprendida. No parecía de 18 años. Me veía como una mujer mayor. Al menos unos 20 años aparentaba. El curso de maquillaje que hizo Irene resultó muy conveniente. Miré mi móvil y noté que no tenía mensajes ni de mis abuelos ni de mi madre. Dudo que mi madre llame hoy. Por lo que me dijo esta mañana tendría varias reuniones hasta bien entrada la noche. Así que dejé el móvil en la gaveta de mi mesa de noche. Me perfumé y bajé a la sala.

Al bajar, Damián y sus compañeros de trabajo estaban entrando por la puerta e Irene los recibía. —¡Hola Clara! —exclamó perplejo Damián.

—Hola Damián, bienvenido a la fiesta —dije un poco tímida. Damián me estaba viendo de manera muy extraña.

—Te ves hermosa. ¡Irene te asesoró bien, eh! Seguro saldrás con novio de esta fiesta dijo en tono bromista.

—Eso ya lo veremos. No es que esté buscando novio ahora. Y pues, Irene es una experta en el maquillaje. Tendrá que enseñarme algún día —respondí un poco seria. —Pasa, Matías está en la cocina —agregué.

—¡Ah, claro! Mira te presento ellos son unos compañeros de trabajo. Julio y César —dijo Damián

—Mucho gusto. Mi nombre es Clara. Espero se diviertan hoy. —me presenté y traté de disimular mi sorpresa, Julio era el mismo chico que había visto ayer en el parque. No puedo creer que trabaje con Damián. Es un mundo bastante pequeño. ¿Estará por viaje de negocios?

—Encantado Señorita. Soy Julio —dijo con voz seductora, tomando mi mano para besarla.

—Un placer —comencé a sonrojarme. Es tan atractivo, alto, educado y tiene una mirada tan

penetrante con sus hermosos ojos azules. Su cabello rubio es encantador también. Aunque tiene un aire misterioso... no podía dejar de detallarlo, ¿será muy evidente mi intriga? ... ¿Me recordará de ayer?

—Tienes una linda casa Clara. Mi nombre es César, gracias por invitarnos. No te dejes intimidar por Julio, es un Don Juan —dijo Cesar presentándose.

—¿Por algo es el vocalista de nuestra banda no crees? —Dijo Damián con orgullo.

—¿Banda? —Pregunté intrigada.

—Sí, ellos tienen una banda de rock, ¿no te había dicho? —Respondió Irene.

—Si, perdón, creo que lo había olvidado. —Dije avergonzada.

—¡Hieres mis sentimientos! Y nosotros que venimos para presentar varias canciones y animar la fiesta... —Dijo Damián en tono de broma y reclamo. César e Irene no dejaban de reírse.

—Bueno, tampoco somos famosos para que nos conozca, ¿le has invitado a alguna de nuestras presentaciones en el Hard Rock Café? —Dijo Julio para defenderme.

—Pues... no —dijo un poco cortado Damián. —Pero después de hoy está invitada a todas las presentaciones. Puedes ir con Irene. Nos presentamos todos los viernes a las 19:00 ¿qué dices Clara, te animas?—Inquirió Damián.

—Ya veremos. Si me sorprenden hoy, tal vez lo piense —respondí de forma retadora.

—Ajá muchachos, tienen un difícil trabajo jajajaja —respondió Irene.

Julio se quedó mirándome unos instantes. Tenía una sonrisa muy sensual. Traté de evitarle la mirada, pero fue casi imposible. —Acepto tu reto —respondió Julio sin quitarme la mirada de encima.

Entre la charla no me di cuenta que la casa estaba casi llena, todos los invitados ya habían llegado. Varias parejas se besaban en los pasillos y las escaleras. Cerca de la cocina o en los sofás de la sala. Julio, Damián y Cesar comenzaron a preparar los instrumentos para presentarse. Saldrían en 20 minutos para tocar algunas de sus canciones. Mientras tanto Irene, Damián y César hablaban y reían tomando un poco de licor junto con Matías.

La fiesta parecía ir bastante bien, pero yo estaba inquieta. No podía dejar de pensar en Julio. En sus labios, su atractivo cuerpo... creo que ya estoy enamorada.

—¿Pensativa? —Dijo Julio sorprendiéndome al estar detrás de mí.

—¡Julio! Me asustaste jajajaja —dije algo nerviosa. —Sí bueno, la fiesta está saliendo bastante bien. Irene y Matías están muy felices y la mayoría de los invitados bueno...están disfrutando también —dije pensando en todas las parejas...

—Sí, es una gran fiesta. Tu casa es bastante grande. Pero ¿por qué no vino tu novio a la fiesta?

—No tengo pareja... como dijo Damián. Pero tampoco me urge —respondí apenada.

—¿En serio? Pensé que Damián estaba bromeando. Eres muy hermosa para no tener novio... o al menos algún pretendiente —dijo desconcertado Julio

—Es verdad. Pretendientes sí he tenido de vez en cuando, pero no son chicos que llamen mucho mi atención

—Ya veo, significa que tengo oportunidad... —Insinuó de forma pícaro Julio.

Me comencé a sonrojar nuevamente. —Jajajaja... ¿Y tu novia por qué no vino? —pregunté para evadir su insinuación.

—Estoy soltero desde hace dos meses. El trabajo ha sido bastante fuerte y con las presentaciones casi no tenía tiempo para verla. Pero también me enteré que me engañaba, así que, la verdad no tenía mucho interés en ella. La dejé. —Respondió Julio con franqueza.

—Vaya, es lamentable. Debió ser duro. Lo siento —dije sintiendo algo de pena. Esa novia tuvo que tener algún tornillo suelto para engañar a Julio, es prácticamente perfecto. —¿También

eres arquitecto? —Pregunté.

—Sí, en la empresa donde trabajamos con Damián, necesitaban un arquitecto para las remodelaciones y los nuevos proyectos de centros comerciales, así que me recomendó y empecé a trabajar con ellos hace un mes —me explicó.

—Cuéntame de ti, nena. ¿Qué haces? ¿Eres compañera de graduación de Irene verdad? —Preguntó Julio.

—Sí, Matías, Irene y yo nos graduamos juntos hace poco. Ahora comenzaré a estudiar en la universidad Artes Visuales. Y por los momentos en vacaciones de verano buscaré un trabajo. —Respondí.

—Que bien. Artes Visuales, tendremos varios temas de qué hablar entonces. Es una carrera que se relaciona mucho con la Arquitectura. ¿También eres fotógrafa? —Preguntó. Era algo extraño que me preguntara cosas tan precisas. Cómo que si le hubiera hablando de mí con anterioridad.

—Sí, hice un curso de fotografía y otro curso de dibujo realista hace un año, ¿por qué? —pregunté intrigada por su interés.

—Jajajaja, bueno creo que he sido muy evidente... Irene y Damián me comentaron de ti hace un par de días. Y de tus habilidades. Estoy bastante interesado, me gustaría hacer algunas fotografías de los proyectos que realizamos en la empresa para tener un registro y... También quisiera tener un fotógrafo personal para la banda... ¿Te llamaría la atención? —

¡Bingo, acerté, sí le habían hablado de mí! Ya decía yo que era preguntas muy específicas...

—Sí, me interesa. Llámame cuando lo necesites. Y establecemos las pautas de las fotografías. Me explicas bien que quieres hacer respondí y le di mi número telefónico. Julio tomó mis datos y los guardó en su móvil rápidamente.

—Excelente lindura. Es un hecho. Te llamaré pronto. Por cierto, ¿qué edad tienes?

—18 años... Cumpliré 19 el próximo mes. —respondí con algo de temor. Julio se veía mayor que yo... Aunque Irene y Damián se llevan varios años de diferencia también, ahora que lo pienso.

—Vaya, te ves mayor. Pero eso no me molesta, lo que más me interesa de una chica además de su belleza es su personalidad —guiñó un ojo y sonrió pícaramente.

—¿Ah sí? Bueno eres uno de los pocos hombres que conozco a los que les interese la personalidad. ¿Qué edad tienes tú? —Respondí intentando resistirme a sus encantos.

—Eso deberás descubrirlo tú misma cariño... ¿Qué te parece si salimos mañana? —preguntó ágilmente. Antes de que pudiera responder, Damián y César llamaron a Julio. Ya iban a comenzar a tocar bueno parece que tendremos que terminar esta conversación después preciosa, te dedicaré una canción. Así que no te pierdas de vista ¿vale?—Dijo con picardía. Me dio un beso en la mejilla. Tomó su guitarra, y subió a la pequeña tarima de la sala junto con Damián y César.

Damián era el baterista, Cesar el bajista y Julio el vocalista y guitarrista principal. Era una banda tradicional de rock clásico. Las tres canciones que tocaron me gustaron bastante. Julio no dejó de mirarme en ningún momento. Era como si cantara sólo para mí. Irene y Matías se me acercaron intrigados. Julio no tenía ninguna intención de disimular su interés por mí

—Parece que le atraes a Julio, no te ha quitado la mirada de encima desde que llegó... —Dijo Irene orgullosa por habernos presentado, después de todo fue su idea invitar a Julio y César a la fiesta. —¿En serio crees que le atraiga? —Pregunté tímidamente.

—¿Tú qué opinas Matías? Tú eres hombre, ¿qué dices? Matías ya había tenido varias novias anteriormente... y siempre era serio en sus relaciones, su consejo sería bastante útil... Irene suele ser más relajada y liberal. Además, para ella la mayoría de los chicos que conocemos se sienten

atraídos por mí, pero por alguna razón nunca se deciden a hablarme...

—Bueno, desde mi punto de vista, sí le atraes, Clara— respondió Matías. Estaba bastante serio. —Pero tomando en cuenta que está en una banda de rock, probablemente es así con la mayoría de las chicas— su franqueza era fulminante a veces... pero así es mejor, no quería ilusionarme muy rápido.

Todos en la fiesta estaban eufóricos cuando la banda de Julio empezó a tocar. Saltaban y cantaban sus canciones, bebían, comían y gritaban sin parar. Me sentía fuera de lugar en ese ambiente, pero las canciones eran fascinantes. La voz de Julio era perfecta... gruesa y sensual.

No pasó mucho tiempo, cuando Irene trajo tres vasos de mojito con hielo y mini pizzas. Comencé a beber y a relajarme un poco más. No tenía idea de cómo bailar rock, pero me animé y acompañar a Matías e Irene, me solté poco a poco. Efecto de las bebidas sin lugar a dudas. Empecé a divertirme. Ya no me importaba nada, me sentía libre.

Uno de los invitados bajó las luces, y el ambiente de discoteca dominó la fiesta. De repente un chico se acercó a mí, no lo conocía, pero supuse que era algún invitado de mis compañeras de graduación. —Hola, un placer, me llamo Esteban, soy primo de Karen, gran fiesta, ¿te gustaría bailar? —preguntó bastante animado. Irene me empujó hacia él sin dudarlo un instante.

—Ah... Sí claro, ¿por qué no? —Acepté y comencé a bailar con Esteban, quien tomó mis manos para llevarme al centro de la pista de baile.

Pasaron dos horas y la banda de Julio terminó su presentación. Bajaron del escenario y dejaron sonando en el estéreo una colección de canciones que habían preparado para la fiesta. Esteban y yo bailamos la mayoría de las canciones que tocó la banda de Julio. Pero ya estaba agotada, necesitaba descansar y beber algo para calmar mi sed, así que le dije que iría por unos tragos, le di las gracias por su invitación de baile y me despedí.

Me preparé unos tragos de vodka con jugo de naranja y los llevé conmigo al sofá de la sala. Me senté tranquilamente para descansar y miré como mis amigos seguían bailando y pasándola bien. Podría acostumbrarme a estas fiestas. Irene tenía razón. Fue un éxito.

Mientras me refrescaba con las bebidas, Julio se acercó sin percatarme. —Hola encanto, ¿te gustaron las canciones? Vi que estabas bailando. —dijo, sentándose a mi lado mientras bebía un trago de Ron que traía consigo.

—Fue sorprendente, tienes buena voz, y las letras me gustaron bastante. Parecen profesionales —dije riendo y recostándome un poco sobre el sofá. Ya comenzaba a sentir el efecto del alcohol en mi cuerpo.

—Me alegra que te gustaran. Supongo que cumplí el reto de “sorprenderte”. Me halagas al decir que parecemos profesionales. La banda por el momento es un pasatiempo para nosotros. Algo que hacemos en el tiempo libre para relajarnos no más. Pero tal vez en algún momento nos enseriemos con el asunto. A los tres, nos gusta bastante la música. Sin embargo... la estrella de esta noche en definitiva has sido tú, Clara. No pensé que te volvería a ver... El mundo es bastante chico... — Dijo mirándome fijamente y tomando una de mis manos.

—¿Volver a verme? —Dije tímidamente mientras terminaba mi último vaso de Vodka. ¿Será posible que Julio me recuerde del parque? No, es imposible, sería demasiado perfecto...

—Sí, desde que te vi ayer no pude dejar de pensar en ti —Dijo, confirmando mi sospecha.

No sabía que decir, me ruboricé de nuevo y bajé la mirada... Julio se acercó un poco más hacia mí. Empecé a sentirme extraña. Quería besarlo, abrazarlo... sentirlo cerca de mí...

—No pensé que lo recordarías... Sí, el mundo es muy pequeño. También me sorprendió que fueras uno de los compañeros de trabajo de Damián... —Contesté con dificultad por el ruido.

—¿Quieres ir a un lugar donde podamos hablar tranquilamente? —Preguntó entrelazando sus

dedos con los míos.

Asentí, nos levantamos del sofá y nos dirigimos hacia las escaleras, subimos al segundo piso, y entramos a mi habitación. Mi corazón latía fuerte... nunca había estado a solas con un hombre antes, no estaba segura de cómo actuar con él, pero la verdad es que me atraía tanto, que una mínima caricia o un beso bastarían para hacer esta noche inolvidable, la mejor experiencia de mi vida hasta ahora.

Al pasar la puerta de mi habitación y cerrarla tras de mí. Julio se encontraba inmóvil, mirándome seriamente.

—Clara, seré directo contigo. Me gustas, y quiero que aceptes mi invitación de salir mañana. —Dijo acercándose poco a poco. Retrocedí involuntariamente, hasta sentir la puerta contra mi espalda. Mi respiración se aceleró y mi corazón latía desenfadadamente.

Julio comenzó a acariciar mi mejilla con una mano y con la otra tomó una de mis manos y la apoyó contra la puerta sin soltarla, dejando pocos centímetros de distancia entre nosotros

—Acepto...—dije en voz baja, sin poder creer lo que acababa de escuchar y las circunstancias del momento.

Subí mi otra mano hasta su cintura. Mis piernas comenzaron a temblar un poco, sentí como me ruborizaba nuevamente. ¿Qué pasará ahora? ¿Qué debo hacer...? Mi cabeza estaba hecha un caos.

Julio no dudó un instante, comenzó a besarme y poco a poco el beso se volvía más feroz. Seguí su beso apasionado recorriendo su espalda y sentí como liberaba mi mano para rodearme sutilmente la cintura con sus brazos. La intensidad de sus caricias aumentaba, mi deseo por sus besos igual, sentí como bajaba la cremallera de mi vestido escotado y recorría mi espalda con sus dedos.

No podía aguantar más, empecé a desabotonar su camisa y su cinturón. Se abrió pasó y me guió hacia la cama y me recostó sobre ella. Se posó sobre mí mientras besaba mi cuello y subía una de mis piernas a la altura de su cadera para tentarme.

Mi cuerpo reaccionaba automáticamente a cada uno de sus roces. Con agilidad, me quitó el vestido y lo arrojó hacia un lado, junto con su camisa y su pantalón. Me miró deseoso, sonrió pícaramente y dijo —¿te estas conteniendo conmigo? —Apegó nuevamente su cuerpo contra el mío rozando mi ropa interior.

—No... sólo que... jamás había... he hecho esto... —Respondí con vergüenza desviando la mirada

—En ese caso, seré cariñoso, no te contengas y déjame complacer tus deseos —desabrochó mi sostén haciéndolo a un lado y empezó a besar mis senos.

La temperatura de mi cuerpo aumentaba con el roce de sus labios contra mi piel, sentí cómo acariciaba mis caderas y bajaba lentamente mis bragas con sus manos. No podía evitar moverme y suspirar. Quería más... Julio bajó besando mi estómago y mi vientre. Sabía lo que seguía... lo ansiaba.... acaricié su cabello instintivamente, de repente tomó mis piernas separándolas un poco.

Y sin más preámbulo apretó mi clítoris con sus labios. Mi cuerpo se contrajo, me aferré de las sabanas sintiendo su lengua recorrer mi sexo lentamente. Me hacía suya... Y yo me entregaba completamente a él sin dudarle. Mi respiración aumentó. A lo lejos escuchaba la música de la fiesta... que casualmente tenía un ritmo lento y romántico.

Sentí como me mojaba cada vez más. Julio se detuvo y subió recorriendo mi cuerpo a besos hasta alcanzar mis labios. Comencé a recorrer su espalda hasta rozar su bóxer. Intenté bajarlo poco a poco... pero Julio me miró desafiante y con una sonrisa irresistible.

Se quitó el bóxer, y mordió suavemente mi labio inferior. Estaba decidido a llevar todo el control... apegó su cuerpo contra mí y empezó a rozarme con su miembro. Me tentaba... Y me

encantaba... dejé de besarle y busqué desesperadamente su cuello para morderle con pasión, rasguñé su espalda suavemente y sentí como me penetraba lentamente con movimientos circulares.

Mientras se adentraba sentía la presión que ejercía y un poco de dolor, gemí un poco y él comenzó a susurrarme al oído —“descuida, seré cuidadoso, avísame y paro” —poco a poco el dolor cedió... y Julio embestía profundamente intercalando movimientos suaves y largos, con rápidos y cortos. Me mordí los labios para no gritar... estaba enloqueciendo de placer...

Abracé a Julio con fuerza y rodeé sus caderas con mis piernas, él me tomó de la cadera con firmeza y comenzó a penetrarme más fuerte y rápido. De repente sujetó mis manos colocándolas por encima de mi cabeza, entrelazando sus dedos con los míos y apoyándose contra la cama.

Elevó su cuerpo y aumentó el ritmo. La fuerza de mis piernas comenzó a desvanecerse. Y con ella un escalofrío recorría mi espalda gradualmente —Julio... yo... ¡No aguanto más! —Dije entrecortadamente llegando al clímax. No quería acabar tan rápido... pero era imposible.

Julio me tomó entre brazos y giró rápidamente haciéndome quedar sobre él, sujetó con fuerza mis caderas y empujó su pelvis hacia mí. No aguanté más. Acabé sobre él y él dentro de mí... grité y contraí mi cuerpo apoyando mis manos en sus piernas... estaba tan tensa... que temblaba involuntariamente sin poder ejercer algún control sobre mí misma.

Caí sobre Julio extasiada... él me abrazó con ternura y besó mi frente moviendo su cadera suavemente en círculos hasta sacar su miembro. Nos quedamos así, acurrucados en la cama un rato, abrazados, besándonos. Mientras la fiesta llegaba a su fin.

Julio no dejaba de jugar con mi cabello o acariciar mis caderas. —Tal vez ya lo he dicho varias veces hoy, pero eres hermosa Clara... me encantas —dijo susurrando en voz baja con una sonrisa encantadora. Le miré fijamente sonriendo, pero sintiendo nostalgia a la vez.

Había perdido mi virginidad. Me embargaban sentimientos tan contradictorios... tristeza y felicidad, lujuria y temor con culpabilidad... todo había ocurrido tan rápido... Mis abuelos me habían inculcado desde pequeña la importancia del matrimonio antes de tener relaciones sexuales... pero había ignorado todas esas tradiciones. Me pregunté entre pensamientos si algo de lo que pasó hubiera cambiado, tal vez, al no pasarme de copas esa noche...

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado notando mi ensimismamiento.

—No es nada, ha sido perfecto —dije tratando de ocultar mis preocupaciones. Me acerqué, recostando mi cabeza en su hombro y apoyando mi brazo en su pecho.

—Clara, si hay algo que te preocupe, dímelo. Veré como ayudarte o apoyarte —insistió por saber lo que me ocurría.

—Solamente pensaba qué edad tendrás. Evidentemente eres mayor que yo. Pero no pareces mayor de 30 años —dije para tratar de evadir la razón real de mi preocupación.

—Jummm entiendo, ¿en realidad te preocupa tanto? —inquirió dudoso. —Tengo 28 años Clara —respondió al fin. —¿Te incomodan las relaciones con hombres mayores? —Preguntó intrigado.

—No, de hecho... me gustan los hombres mayores. Además, solo me llevas 10 años de diferencia —respondí.

—Menos mal, ¡ya comenzaba a preocuparme! —dijo en tono bromista. —Porque, la verdad, no me gustaría verte con alguien más... —agregó pensativo, mirando fijamente el techo.

Antes de poder responder, escuchamos un ruido en la cocina. Como si se hubiera roto algo. Me levanté rápidamente de la cama y comencé a vestirme. Julio hizo lo mismo.

—Oh no... espero que no sea grave... —dije pensando en voz alta con preocupación. Terminé de vestirme y bajé de prisa a la cocina para ver qué había ocurrido. Julio me siguió rápidamente. Cuando llegamos a la cocina, vimos en el suelo la vajilla italiana favorita de mi madre, hecha pedazos. Quedé helada... Ahora si... mis abuelos seguramente se darían cuenta y le comentarían a

mi madre. Y ella... me castigaría de por vida... —Ay no... pero, ¿qué paso?, ¿quién...? Mi madre va a matarme— dije exaltada, comenzando a recoger los pedazos de porcelana del suelo.

Julio se incorporó para ayudarme.

—Espera Clara. Tranquilízate, así te cortarás... —Tomó una hoja de papel del diario de esta mañana que se encontraba sobre el mesón y me ayudó a recoger todos los pedazos. Los envolvimos y los tiramos a la basura. Se me aguaron los ojos, quería llorar... Ahora tendría serios problemas. Mi madre se enteraría de que hice una fiesta en su ausencia, y peor aún... se decepcionaría y jamás volvería a confiar en mí.

Julio habló con Irene y Matías mientras yo entraba en pánico. Pronto Irene fue a verme para calmarme y Matías comenzó a hablar con algunos invitados para saber qué había ocurrido y quién había roto la vajilla de mi madre.

Pasados veinte minutos Julio entró a la cocina y dijo: —Clara, creo que ya sabemos lo que ocurrió

Me giré y lo vi junto a Esteban, quien lucía un poco apenado. —Lo siento Clara, fue un accidente, estábamos jugando con un balón de rugby y uno de los chicos lo ha lanzado demasiado fuerte. No pude atraparlo y llegó directo a la cocina... dijo con profunda culpa.

Estaba furiosa... ¿A quién se le ocurre jugar rugby dentro de una casa?... Sin embargo, no era costumbre que hiciera reclamos o demostrara mi enojo en público. Quedé en shock mirando a Esteban, y en pocos segundos, rompí en llanto por la impotencia. —¡Vaya anormales tienes como amigos! Ahora entre todos tendrán que pagarle a Clara por esta vajilla dijo Irene molesta y sin ninguna contención.

—¡Lo siento de verdad, Clara!—dijo Esteban rápidamente intentando acercarse a mí, pero Julio se interpuso en su camino —Por supuesto vamos a pagar por la vajilla, eso es obvio afirmó mirando a Irene y Matías.

—Es irremplazable... dije entre llanto. —Tranquila amiga, todo se arreglará—dijo Irene abrazándome.

—Tendrán que pagar por la vajilla hoy mismo. ¿Pueden hacer transacción bancaria desde el móvil?—agregó Julio mirando fijamente a Esteban, manteniendo la calma, aunque se notaba bastante molesto. —Sí, sólo dime una cuenta para poder transferir respondió Esteban con disgusto por la actitud de Julio.

Matías, Julio y Esteban salieron de la cocina y fueron a la estancia para realizar la transacción sin ninguna distracción. Esteban se haría responsable por el accidente y transferiría a la cuenta de Julio. Ya que yo no estaba en condiciones para buscar mis datos. Y Matías no tenía sus datos a la mano tampoco.

Por otro lado, Irene seguía tratando de calmarme... se me había bajado la presión arterial un poco por el sobresalto y posiblemente también a causa del esfuerzo físico anterior al que no estaba acostumbrada.

—Aquí tienes Clara, es agua con azúcar. Bébelo con calma. Todo saldrá bien. Matías y Julio se encargarán de todo. Yo haré que los invitados regresen a sus casas. No te preocupes. Lo resolveremos—dijo mientras vigilaba que tomara el agua y recuperara un poco el color.

Me senté en una de las sillas cerca al mesón de la cocina. Me sentía mareada y mi vista estaba un poco nublada. El azúcar lentamente comenzó a hacer efecto, me ayudó a recuperar el color y a recomponerme. Cuando se me pasó el mareo.

Irene aprovechó de buscar a Damián para explicarle lo ocurrido y así entre ambos poner fin a la fiesta. En poco tiempo la mayoría de los invitados se habían ido, incluyendo a Esteban. Julio y Matías volvieron a la cocina preocupados, Damián les había dicho que se me fueron los tiempos.

—¿Cómo te sientes Clara? —Preguntó Julio acercándose a mí con un tazón de fresas con chocolate derretido en mano.—Ten, un poco de dulce te ayudará a subir tu presión —agregó extendiendo el tazón hacia mí.

—Mejor... Perdonen... —Dije apenada mientras recibía el gesto de Julio y comenzaba a comer una fresa chocolatada. Me sentía avergonzada... Odiaba haber perdido la compostura y no haber podido manejar el incidente por mí misma... me sentía un poco incompetente. Como una niña...

—Sabes que no tienes que disculparte Clara —dijo Matías rápidamente.—Ya la transacción del dinero de la vajilla de tu madre se hizo efectivo. Esteban lo transfirió a la cuenta de Julio. Así que esta misma tarde tendrás el dinero en tu cuenta. Solo tienes que darnos tus datos. —Agregó sentándose a mi lado. Tratando de animarme y alentarme.

—Entiendo, de verdad, muchas gracias a los dos —respondí intentando sonreír un poco.

Era típico de Matías mantener la calma en situaciones de este tipo y resolver rápidamente los problemas. Además, es lo más cercano a un hermano mayor que tengo. Desde que puedo recordar me ha cuidado más de una vez cuando mi presión baja, y siempre ha sido protector conmigo... me alivia su presencia en este momento. Irene, Damián y César arreglaron un poco la sala. Luego se reunieron con nosotros en la cocina.

—Clara, qué susto me has dado... de verdad, disculpa todo esto. No debí insistirte en hacer esta fiesta... me siento terrible —dijo Irene arrepentida y asustada a la vez. Ella nunca me había visto cuando se me iban los tiempos.

—No es tu culpa, además yo también quería hacer esta fiesta. ¿Cómo podríamos adivinar que iban a jugar rugby? Jajajaja —dije sarcásticamente con un tono de broma intentando hacer reír a Irene.

—Estas cosas siempre ocurren en las fiestas. Obviamente no con un partido de rugby en vivo, pero... eso le da el toque de adrenalina a la velada, ¿no creen? —Dijeron entre risas Damián y César para aliviar la tensión y la preocupación de Irene. Y a su vez subir mis ánimos.

—Sí bueno... No hay duda de que jamás olvidaré esta noche. Fue una experiencia... “particular”, lástima que no pude apreciar la anotación en la cocina sino hasta después...—Dije riéndome, insinuando la llegada del balón de rugby justo a la vajilla de mi madre.

Todos rieron. Irene se había calmado un poco.

—¿Ahora qué harán? —pregunté pensando si sería buena idea que se quedarán a dormir en mi casa. Después de todo ya eran las tres de la madrugada. Y vivían bastante lejos. Por el espacio no había mucho problema. Solo tendríamos que acomodar los sofás de la sala.

—Damián y yo nos iremos a su casa. Pero mañana vendré para ayudarte a arreglar todo —respondió Irene.—Sí, además acercaremos a Cesar y Matías a su casa, queda de paso —agregó Damián.

—Bueno, por favor tengan cuidado y avísenme cuando lleguen a sus casas. Gracias por todo de verdad, me divertí —respondí acompañándolos a la puerta.

—Por supuesto —dijo Irene y Matías despidiéndose y subiendo al coche de Damián.—Fue un placer conocerte Clara. Espero verte pronto en una de nuestras presentaciones —gritó César desde el coche en movimiento.

Cerré la puerta y así quedamos solos Julio y yo... Me sentía apenada... Ahora tendría que ayudarme a hacer la transferencia a mi cuenta... y llegaría más tarde a su casa.

—Buscaré mis datos de la cuenta bancaria. No demoro —dije rápidamente subiendo las escaleras hasta mi habitación. Busqué en la gaveta de mi mesa de noche los documentos y mi laptop. Luego bajé a la sala y vi que Julio estaba preparando unos emparedados de jamón y queso.

—Aquí están —dije sentándome cerca del mesón de la cocina donde julio estaba preparando los emparedados y sirviendo un poco de jugo de naranja en dos vasos.

—Vale, pero primero comamos un poco. Sigues algo pálida —respondió sonriendo y acercando un plato hacia mí.

—Esta bien... pero no quiero retrasarte más... llegarás tarde a tu casa y mañana supongo que tienes trabajo en la empresa —respondí en voz baja.

—No te preocupes. De hecho, mañana es mi día libre. Así que no tengo prisa. Además, no me gustaría dejarte sola en este momento... por lo menos no hasta verte mejor. Si me permites, puedo quedarme esta noche. En el sofá, obviamente. —Explicó.

No era una mala idea... tampoco quería quedarme sola, y las cosas entre Julio y yo habían quedado a medias... Después de todo salí corriendo de la habitación. No es un final muy feliz después de haber tenido relaciones...

—Está bien, no hay problema, quédate. Puedes dormir en el sofá o... —Me detuve un momento a pensar bien lo que iba a sugerir mientras comenzaba a comer. ¿Sería prudente pedirle que durmiera a mi lado?

Julio comenzó a comer y me miraba con detenimiento, esperando que prosiguiera. Tenía una mirada pícara, como supiera lo que quería decir... Me ponía nerviosa... —Bueno... digo... si quieres puedes dormir arriba en la habitación de huéspedes. Es un poco más cómoda que el sofá — terminé de decir, evitando mi imprudencia.

—Jajajaja, te ves muy linda avergonzada. Lo haré si te sientes más cómoda así. Pero de igual manera pasaré por tu habitación más tarde. —expresó sensualmente y con una sonrisa pícara en su rostro.

Quedé muda. Sabía bien como dejarme sin habla y sonrojarme rápidamente.—Por cierto, antes mencionaste que la vajilla era irremplazable... ¿A qué te referías exactamente? —preguntó.

—Bueno, sucede que esa vajilla se la regaló mi bisabuela a mi madre en Irlanda antes de morir... y era una edición limitada. Dudo que encontremos una igual ahora... —le expliqué con tristeza.—Es por eso que me alteré tanto... Mi madre está de viaje por negocios ahora en Argentina y pues... no tiene idea de que hice esta fiesta. No es algo que hubiera aceptado. Nuestra familia es más conservadora. —Continué explicándole a Julio mientras él comía y me escuchaba atentamente.

—Entiendo. Irlanda... ¿Estás un poco lejos de casa no crees?—Dijo para intentar evitar que me volviera a preocupar.

—Sí, algo jeje —respondí y terminé el emparedado.—Estaba estupendo. Gracias, creo que ya me hacía falta un poco de comida. Prácticamente lo único que había comido fueron unas pocas mini pizzas que Irene compartió conmigo mientras tu banda se presentaba —agregué sonriendo.

Me levanté, llevando los platos al lavaplatos. Julio me esperó y posteriormente hicimos la transferencia bancaria en mi laptop. Quedé más tranquila después de ello... Pero encontrar remplazar esa vajilla no sería fácil. Sin embargo, ya no tenía cabeza para pensar más en el asunto. Solo quería dormir.

Apagué la laptop y guié a Julio hasta la habitación de huéspedes. Le di ropa que mi madre tenía guardada de mi abuelo para que pudiera dormir más cómodo. Salí para darle su espacio y me dirigí a mi habitación. Me cambié y cepillé mis dientes. Luego volví a la habitación de Julio. Toqué su puerta y la abrí un poco.

—Buenas noches Julio. Gracias otra vez por todo —dije despidiéndome.

—Buenas noches preciosa, descansa —respondió sonriendo. Luego volví a mi habitación, me recosté en la cama y me quedé dormida en seguida.

* * * *

El despertador empezó a sonar, me giré apagándolo sin muchos ánimos de salir de mi cama. Me dolía la cabeza. Creo que tenía pesadez por todo el alcohol que había tomado en la fiesta. Seguí acurrucada en mi cama por veinte minutos más hasta que recordé que Julio se había quedado en casa y que Irene vendría en cualquier momento para ayudarme a poner orden.

Salté de la cama de prisa. Lo había olvidado por completo, que vergüenza. Si Julio ya se despertó seguramente pensará que soy una dormilona... Fui al baño y abrí la ducha. Arreglé la cama y alisté un vaquero con una camiseta rápidamente. Lavé mi cara para despertarme y me quité el pijama para entrar a la ducha.

—¿Clara? El desayuno está listo —dijo Julio entrando en mi habitación.

Dios... ¿Qué digo? Empecé a ponerme nerviosa... —¡Ya voy! Bajo en seguida. Ya casi salgo —grité desde la ducha, cerrando rápidamente el agua. Aún no me había terminado de quitar el jabón del cuerpo ni el shampoo del cabello...

—Oh... Te estas bañando... disculpa. Pensé que seguías dormida. —Dijo acercándose a la puerta del baño. Podía oír su voz cada vez más cerca. —Te traje el desayuno a la cama, pero creo que demoré un poco en prepararlo, quería sorprenderte— agregó. Mi corazón se aceleró... ¿Entrará al baño? ¿Le digo que se quede esperándome afuera? ¡Piensa rápido! ¡Clara,... responde! Me dije a mí misma.

—Bueno, sí me sorprendiste jajajaja. Si quieres puedes esperarme unos segundos. No tardaré en salir dije apenada... Le acababa de proponer a Julio que se quedara en mi habitación mientras me bañaba...

—Si lo pones de ese modo... también puedo entrar al baño y ayudarte a enjabonar la espalda —dijo riéndose. —Quien pensaría que podrías tentarme de ese modo —agregó al final.

—¡No!, no lo dije para tentarte, ¡perdón, me expresé mal! —respondí rápidamente. Pero Julio había entrado al baño... escuché sus pasos.

—¿Segura?, porque la verdad no me molestaría que lo hicieras... De hecho, me tientes hasta con una sola mirada... —Exclamó haciéndome saber que estaba del otro lado de la puerta de vidrio de la ducha.

¿Qué debería responder? Quiero tocar su cuerpo otra vez. Pero, no es algo propio de pedir... Y menos después de todo lo que pasó ayer.

—¿Puedo entrar contigo? —Agregó finalmente. Quedé muda unos instantes...

—Si... —respondí perpleja por su petición.

Julio no dejaba de sorprenderme. Era tierno, educado, modesto y formal algunas veces, pero luego era pícaro, feroz y atrevido. No podía hacer nada para resistirme a su presencia. Era como el paisaje perfecto para fotografiar. Me atrapaba.

Vi a través del vidrio de la puerta como Julio comenzó a desvestirse. Empecé a inquietarme y a respirar con dificultad. —Me alegra —dijo mientras abría la puerta de la ducha y entraba lentamente quedando frente a mí. Sonrió deslizando la puerta para cerrar la ducha y me miró con deseo.

—Mírate nada más... Ya estas toda enjabonada. Te ves adorable —tomó el jabón de mis manos y comenzó a frotarlo contra mi espalda. Bajé la mirada ruborizada y me quedé inmóvil.

Julio notó mi vergüenza en seguida.

—¿Pudiste descansar bien anoche? Ya te veo mucho mejor. Tienes ese lindo color rosado en tus mejillas—preguntó pícaramente.

—Sí, me quede dormida bastante rápido... ¿Y tú? ¿Pudiste descansar? —respondí tratando de relajarme y de actuar normal. Después de todo... no quería que Julio pensara que era una niña.

—¡Dormí como un bebé!, Pero desperté con muchas ganas de verte. De hecho, hasta soñé contigo anoche. Por un momento se me había olvidado que aceptaste que me quedara, así que te imaginarás mi alegría cuando me percaté de que podría verte sin demora—dijo riéndose y pasando sus manos por mi columna hasta mi cadera.

—Que bueno que pudiste descansar —dije tímidamente. —Si, me pasó igual, por un momento olvidé que seguías aquí y que Irene vendrá pronto... La fiesta pareció un sueño jajaja —añadí y comencé a frotar mi cabello para terminar de lavarlo.

Julio se detuvo un instante—Tienes el cabello ondulado —dijo finalmente en voz baja, algo sorprendido. —Si, ayer lo alisé para la fiesta —respondí en seguida.

—Me gusta más así. Se te ve mejor. Aunque ayer también te veías preciosa... y muy sexy. Aunque ahora... creo que ya... rompiste el récord de lo sexy —dijo rodeándome con sus brazos y acariciando mi estómago. Cerré mis ojos instantáneamente, los roces de Julio comenzaron a excitarme... Sentí como comenzó a pegar su cuerpo contra el mío y a besar mi cuello.

—¿A dónde quieres que vayamos hoy? —susurró lentamente en mi oído y comenzó a acariciar mis senos y mi cintura con sus manos.

Mordí mis labios para evitar gemir. —A donde quieras llevarme. Sorpréndeme —respondí lentamente retándolo.

—¿Te encanta retarme no es cierto? —dijo suavemente y me mordió el cuello. Bajó una mano a mi entrepierna y comenzó a acariciarme.

—Creo que es un don —respondí. No podía evitarlo... Julio sacaba la parte más lujuriosa y pícaro de mí ser. Una parte que ni siquiera yo sabía que existía. Pero que comenzaba a gustarme.

Julio hizo mi cabello a un lado y mordió mi nuca, siguiendo con besos hasta mi hombro. Sus manos recorrían todo mi cuerpo. Y su pelvis comenzó a rozar mis nalgas. Yo subí mis brazos buscando tocar su cabello con mis manos. Arqueando mi espalda.

Rápidamente Julio me giró y apegó a él rodeándome con un brazo por la espalda y con su otra mano acarició mi mejilla y mentón mientras me besaba apasionadamente. Le seguí el beso y rodeé con mis manos su cuello. Me puse en puntillas para abrazarle y apegarme más a su cuerpo.

Nos besábamos cada vez con más pasión y sentí como Julio acariciaba mis caderas y mis nalgas. De pronto tomó mis piernas rápidamente, las subió a la altura de su cintura y me cargó pegándome contra la pared de la ducha suavemente.

No pude resistirlo, gemí con intensidad mientras mi cuerpo deseaba que siguiera. Me aferré fuertemente a él y comenzó a penetrarme con lentitud, llegando a lo más profundo de mí. Me contraí de placer. Julio estaba llegando a mi punto G... mordí su cuello y rasguñé su espalda. Mientras el aumentaba el ritmo y embestía con fuerza.

—Me encantas —dijo susurrando en mi oído.

—Y tú a mí, no pares —respondí.

Julio me penetraba cada vez con más rapidez y más fuerza. Besaba mis senos y mordía suavemente mis pezones. Comencé a llegar al clímax. Las intensidades de los movimientos de Julio eran increíbles. Grité con fuerza y sentí como acabé lentamente. Julio no paró de moverse hasta acabar dentro de mí.

Se apegó con fuerza a mi cuerpo y al terminar hundió su rostro suavemente en mi pecho. Mi cuerpo tiritaba y sentí como Julio comenzó a sacar su pene dentro de mí lentamente. Bajó mis piernas para que pudiera apoyarme del suelo y me sostuvo entre sus brazos.

Acarició mi cabello y me besó nuevamente con pasión jugando con mi lengua. Era un hecho.

Se había adueñado totalmente de mí. Le seguí el beso y luego abrimos la llave de la ducha para terminar de bañarnos.

Al salir del baño, me coloqué mi bata y le dejé a Julio la toalla. Él la tomó y la envolvió alrededor de su cadera. Se veía tan sexy... me giré rápidamente y busqué otra toalla para secar mi cabello. Nos sentamos en la cama y vi el desayuno que había preparado para mí.

—Espero que te gusten los hotcakes con chocolate y arándanos. También hice jugo de fresa, aprovechando que quedaron muchas de la fiesta —dijo recostándose a mi lado.

—Me encantan. Los arándanos son mi fruta favorita. Y también adoro los jugos de fruta —respondí rápidamente. Comencé a comer. Necesitaba recuperar energía después de todo ese ejercicio. Además, ya comenzaba a dolerme el estómago por el hambre.

—Es un alivio. Espero que lo disfrutes entonces —agregó Julio. Mirándome orgulloso con sus encantadores ojos azules.

—¿Y tú no vas a comer? Mira que odio comer sola... —reclamé en seguida. Solo había traído un plato.

—Ah... No he comido aún... no tengo mucha hambre —respondió desviando la mirada.

—¿Qué? ¿Cómo qué no? Venga, come un poco o me enojaré —respondí acercándole un bocado con panqueques y arándanos.

—Bueno, bueno, está bien. Pero no te enojés o me obligarás a recompensarte —dijo pícaramente comiendo el bocado que le había acercado con el tenedor.

—¿Sólo preparaste estos hotcakes? —pregunté preocupada.

—Sí. Pero no te preocupes. Recuerda que ya tengo planes contigo para hoy. Y te voy a sorprender así que confía en mí —guiñó un ojo y esbozó una linda sonrisa. Era imposible molestarle con tanto carisma... ¡Cómo lo odio!

—Bueno, pero Irene vendrá hoy dentro de poco. Es más, creo que debe estar por llegar. —No había visto mi móvil. Seguramente ya me había llamado y yo aquí ... teniendo intimidad desenfrenada.

—La verdad no creo que se haya despertado aún. Recuerda que se quedaron en casa de Damián —respondió mirando a lo lejos con sarcasmo.

—Y ¿qué tiene? —No había pillado la indirecta de Julio.

—¿Crees que somos los únicos que hemos tenido sexo entre ayer y hoy? —Dijo riéndose.

—¡¡¡Ah!!! No... claro que no... —Ciertamente... no había considerado ese aspecto. Irene y yo no solemos hablar de su intimidad... así que... no suelo meterme en su vida privada. Mucho menos suelo pensar en ella.

—Jajajajajaja, bueno, por eso creo que no se ha despertado aún. Así que tranquila. De todas formas... tampoco creo que necesites que venga ¿o sí? —Dijo de forma sospechosa. Estaba muy alegre, como si me ocultase algo.

—Emmm... Ella quería venir a ayudarme a ordenar todo el desastre que quedó en la sala por la fiesta. Pero es algo que puedo hacer sola, si a eso te refieres. —Respondí mientras terminaba de desayunar.

—Bueno, ya lo veremos. Iré a vestirme, hermosa dama. Te espero abajo. —dijo, saliendo de mi habitación. ¿Qué se traerá entre manos ahora? Por lo visto Julio es bastante detallista y... misterioso.

No tenía ninguna pista de a donde iríamos... Comencé a buscar en mi guardarropa algo que fuera adecuado para cualquier ocasión. Quería vestirme elegante. Después de todo era mi primera cita y quería sorprender a Julio. Después de probarme varias cosas, me decidí por usar un pantalón blanco ajustado de bota corta y blusa rosa pálido con unos tacones negros.

Arreglé mi cabello con crema para peinar que hiciera resaltar mis rulos y me maquille con un poco de mascara para pestañas, delineador, rubor y labial rosado claro. Para finalizar me coloqué un poco de perfume. Alisté un pequeño bolso con mi móvil y mi cartera. Luego tomé mi cámara y bajé a encontrarme con Julio.

Para mi sorpresa la sala estaba impecable. Julio había recogido toda la basura, guardó la comida que había sobrado y lavó los recipientes vacíos y había organizado los muebles. Era como si ninguna fiesta se hubiera dado. —Julio... tú... no debiste —dije perpleja. No sabía que más podía decir.

—Claro que sí. Además. Si Irene venía, probablemente no podríamos salir a donde tenía planeado... así que... Me adelanté un poco a los hechos. Me tomé la libertad de ayudarte a organizar y llamé a Irene, para decirle que te llevaría a almorzar —confesó con simpatía.

—No sé qué decirte... es sorprendente —me llenó de ternura que se haya tomado tantas molestias.

Por otro lado, ya tenía en mente la cantidad de preguntas que Irene me haría al volver a casa. Lo más probable es que en la noche me llame.

—No es nada. Es parte de mi sorpresa para ti —dijo felizmente acercándose hacia mí. Parece que mi atuendo también lo había sorprendido. —Bueno, ya que estamos listos, madame... ¡Vámonos! —Añadió extendiendo su brazo para que lo tomara.

Tomé mis llaves y el brazo de Julio. Cerré la puerta de la casa al salir y subí a su coche, un Mustang rojo clásico.

—¿Me darás alguna de pista de hacia dónde vamos? —Pregunte intrigada mientras tomábamos la calle principal.

—Eres bastante curiosa por lo que veo... Sólo diré que es un lugar... con una hermosa vista. Seguramente te va encantar —respondió con cautela.

Su respuesta me dejaba en las mismas. No tenía idea de a dónde iríamos... Pero bueno, supongo que pronto lo sabría.

—Ok... tendré que esperar —dijo pensativa. Noté que tenía puesto una vestimenta diferente a la que había llevado a la fiesta. Un pantalón de vestir negro, una camisa manga larga color gris claro, una corbata negra y unos zapatos de vestir negros. Se veía muy elegante.

—Y... ¿Ese atuendo? —Pregunté intrigada después de detallarlo atentamente.

—Ah... bueno, lo llevaba conmigo en el coche. Si hay algo que mi padre me enseñó desde que aprendí a manejar es que, siempre hay que llevarse un cambio de ropa. En caso de que surja alguna eventualidad. Así que siempre cargo en el coche dos o tres atuendos. Uno más formal que el otro —dijo respondiendo a mi pregunta. Era bastante preventivo de su parte. Sus padres deben ser personas bastante cultas. —¿Por qué? ¿No te gusta? —Añadió con recelo en tono bromista.

—Ya veo... Nada de eso, cómo se te ocurre jajajaja... Es que me sorprendió. No es lo mismo que traías ayer. Te ves muy bien —respondí rápidamente. Sin darme cuenta Julio ya se estaba estacionado en el parque donde lo había visto la primera vez. Se bajó del coche y abrió la puerta ayudándome a salir. Era todo un caballero.

—El parque... —Dije sonriendo. Aún no sé qué tenía planeado específicamente... pero estaba ansiosa.

—Sí, dónde nos encontramos aquel día. Pensé que podíamos dar un paseo y comer algo en un lindo restaurante que conozco cerca de aquí— confesó parte de su plan.

—¿Un restaurante dentro del parque? —exclamé. Hace tiempos no venía al parque, sabía que le habían hecho remodelaciones, pero no había escuchado de algún restaurante nuevo.

—Sí. Un lindo y acogedor restaurante —dijo en tono de suspenso. Disfrutaba dejarme las

cosas a medias... era su lado malvado.

Dimos un paseo por el lago. Comimos helado mientras caminábamos, hasta que comenzó a caer el atardecer. Saqué mi cámara y tomé algunas fotos del paisaje. Las aves que salían de los árboles hacia el horizonte. Y los peces que saltaban del lago buscando las migajas de pan que algunas personas les tiraban a la superficie del agua.

También aproveché de tomarle algunas fotografías a Julio mientras estaba distraído. Así caminamos hasta que llegamos a un pequeño camino que se desviaba del lago y daba a una calle ciega. Al fondo se podía ver una especie de casa muy tradicional en Perú. Nos acercamos y empezamos a escuchar la música coloquial.

Cuando entramos, Julio pidió una mesa para dos. Unas langostas y un poco de champagne. El mesero nos guió a nuestra mesa. Nos sentamos y comenzamos tomando un poco de vino mientras preparaban nuestra comida.

—Este lugar no lo conocía. Es muy lindo —mencioné encantada por el ambiente. Quería tomar algunas fotos, pero... no era apropiado si íbamos a comer. Tal vez después de almorzar podría tomar algunas fotografías del recinto.

—Sí, verás. Me contrataron para diseñar las remodelaciones del parque. Y este recinto es uno de los que diseñé. El dueño del parque es un gran amigo mío. Quería aumentar las visitas del parque y las atracciones de los turistas así que pensé que un restaurante dentro de un parque nacional era una buena idea. —Explicó Julio mientras servía más vino en nuestras copas.

—Es una gran idea. El diseño que le diste es bastante tradicional, pero lo combinaste con lo moderno... al incorporar los ventanales y las alacenas. Tiene bastante encanto —expresé detallando cada rincón del diseño.

—Me alegra que te guste. Aún no es un diseño final. Por los momentos está en fase de prueba. Si se logra el objetivo de atraer más turistas quedará así, pero sino, probablemente me pidan que haga cambios e incorpore otros diseños de las atracciones que están planeando financiar para final de año —dijo con gran modestia.

Mientras nuestra conversación avanzaba y conocía más facetas de la personalidad de Julio, el mesero llegó con nuestros platos. Langosta horneada con salsa agridulce y una botella de champagne.

La velada transcurría maravillosamente. Julio sin lugar a dudas había logrado impresionarme nuevamente. No solo por las atenciones, sino por compartir parte de sus experiencias laborales conmigo.

Mencionó varias veces en el transcurso del almuerzo que deseaba incluirme como fotógrafa principal en todos sus proyectos. Quería incorporar las fotos en su sitio web y en un comercial de televisión, ya que el dueño del parque estaba planeando promover para la gran inauguración de las remodelaciones en la época navideña y principio de año nuevo.

Empecé a darme cuenta que la relación entre nosotros comenzaba a ponerse más seria. Julio me estaba incluyendo en sus planes... en su vida. Pocas veces había hablado con mi madre sobre su relación con mi padre. Lo cierto es que no se volvió a casar después de que nos dejó.

Él era mayor que ella y me tuvieron cuando mi madre tenía tan solo veinte años de edad. Así que... creo que mi inclinación en gustos por hombres mayores es hereditaria.

Si Julio y yo seguimos saliendo y formalizando más nuestra relación, tendré que pensar en una forma de presentárselo a mi madre. Estoy segura de que a ella no le va a gustar la idea de que me lleve diez años más. Le recordará a mi padre.

Después de terminar de comer, noté que ya era de noche. La plática era tan grata que el tiempo pasó rápidamente y no nos dimos cuenta. Julio pagó la cuenta, se despidió de los empleados que

parecían conocerle bien y tenerle mucho aprecio. Nos abrimos paso para salir del restaurante e irnos al coche.

—¿Ayer mencionaste que estabas en búsqueda de trabajo, cierto? Cuéntame, ¿ya tienes alguna entrevista en algún sitio? —Me preguntó mientras me abría la puerta del coche, dio la vuelta rápidamente y encendió el motor.

—Sí, tengo una entrevista este sábado en una floristería donde mis abuelos hacen algunas entregas— mencioné, recordando que tenía sólo un día para arreglar mi portafolio.

—Este sábado... o sea, el primero de Julio ¿verdad? —Preguntó pensativo.

—Sí. ¿Por qué? —Respondí algo dudosa. Parecía que a Julio no le gustaba mucho la idea.

—Bueno, es que usualmente las entrevistas de trabajo no son los sábados. Suelen ser entre semana. Así que es algo extraño —respondió finalmente.

—Sí, bueno, yo pensé exactamente lo mismo, pero considerando que son clientes fijos de mis abuelos supuse que no habría problema en que me hicieran una entrevista ese día. —Respondí — Es casi un hecho que me contratarán —añadí pensando en voz alta.

—Esa es una buena noticia. Espero que empieces pronto. Supongo que ya para la semana que viene estarás trabajando. Tendremos que hacer un horario para poder vernos y arreglar lo de las fotografías de la compañía y de la banda. Además de las del parque —mencionó pensativo.

—Si. Pero de todas formas tendré respuesta mañana o en el transcurso de la semana que viene probablemente

Sin darme cuenta, llegamos a la puerta de mi casa, Julio me acompañó a la entrada y seguido de ello, besó mi mano.

—Gracias por acompañarme esta tarde Clara, ha sido un día especial para mí. Espero que para ti haya sido grato. Descansa su mirada era tan profunda, pareciese que quisiera decirme algo más pero solo me deseo buenas noches, se dio media vuelta y siguió su camino a su coche.

—Ha sido una linda velada. La pasé muy bien. Gracias. Avísame cuando llegues a casa. Descansa Julio— respondí y entré a mi casa.

Vi cómo Julio subía a su coche desde la ventana y comenzaba a alejarse. Fui por mi laptop, que seguía sobre el mesón de la cocina y subí a mi habitación. Me cambié y coloqué mi pijama. Me senté en mi escritorio y revisé el correo. Tenía varios mensajes de ofertas de trabajo, pero nada que llamase mi atención.

Comencé a descargar las fotos que había tomado con mi cámara y a seleccionar las que utilizaría para remodelar mi portafolio. Le mandé algunas a mi madre junto con un e-mail. Me percaté que desde ayer no había visto el WhatsApp, así que lo revisé. Aún no tenía mensajes de mi madre pero tenía muchísimos de Irene.

***“Clara Buenos días ¿cómo te sientes hoy?” “Hola Clara, Julio me llamó hace poco, ¿saldrás con él esta tarde?” “Clara, no he sabido nada de ti, por favor avísame si te encuentras bien. Te quiero. Besos.” ***

Tenía que reportarme con Irene. Parece estar bastante preocupada. Se me había pasado por completo... empecé a responder a sus mensajes y accedí a mi cuenta de Facebook para hablar con ella, pero no estaba conectada.

Esperé a que leyera algunos de los mensajes en WhatsApp mientras comencé a remodelar mi portafolio y a diseñar una nueva portada para mi blog y mi sitio web. Uno específicamente para el trabajo. Pasó alrededor de una hora y recibí un mensaje. Revisé mi móvil pensando que era Irene.

“Hola, amor. Acabo de llegar a mi apartamento. ¿Quieres ir mañana al Hard Rock Café? Tendremos presentación a las 19:00 Julio”

Medité por un instante. Si quería acompañar a Julio a su presentación, tenía que terminar este portafolio máximo al mediodía de mañana. Pero si surge algún contratiempo o eventualidad debería tenerlo listo esta misma noche... Me faltaba poco para terminar, así que decidí terminarlo esa misma noche.

Por otro lado... Julio ya me estaba llamando “¿amor?”. Leí varias veces su mensaje antes de responderle. ¿Debería decirle amor también? Pero... el amor... es un poco más complejo. Si es cierto que me gusta mucho Julio.

Hace que me ruborice con facilidad. Y cuando se me acerca se me eriza la piel y comienzo a sentir mariposas en el estómago, pero... ¿Eso es amor? No había sentido esta sensación por alguien antes pero tampoco había tenido novio como para poder comparar...

Después de divagar entre pensamientos un momento, decidí responderle: “Me alegra que hayas llegado bien, cariño. Claro, cuenta conmigo mañana. ¿A qué hora nos vemos y en dónde?”

Mientras esperaba su respuesta. Terminé de arreglar mi portafolio y de diseñar la nueva entrada de mi blog. Dejé para mañana la página web ya que no era algo tan urgente. Y bajé a la cocina por un poco de pastel de arándanos con leche.

Cuando iba subiendo nuevamente a mi habitación comenzó a sonar el teléfono de la casa. Dejé el plato con el pastel y el vaso de leche en una mesa al finalizar la escalera y bajé corriendo. Atendí el teléfono. Y era mi abuela Carolina.

—Hola nena, ¿cómo estás? No he sabido de ti desde hace dos días. ¿Qué has hecho? ¿Has hablado con tu madre? —Preguntó.

—Hola abuela. Muy bien gracias. Si... disculpa que no he podido llamarte. Estuve algo atareada con la remodelación de mi portafolio —mentí... —No he hablado con mamá. Lo último que supe es que iría a varias reuniones el sábado y que saldría tarde. Pero justamente hoy le envié un correo con algunas fotos que incluí en mi portafolio— añadí perspicazmente. No todo era mentira. Eso aliviaría mi peso de conciencia.

—Entiendo. Si sabes algo de Ingrid por favor llámame. Sabes que me preocupo mucho cuando salen de viaje. Tu abuelo te manda saludos. Justamente me preguntó hoy como te estaría yendo con tu portafolio. Ya le diré que lo tienes casi listo —respondió con alegría.

—Sí, descuida. Cualquier cosa les avisaré. Y bueno saludos también a mi abuelo Ismael. Si, dile que ya tengo todo preparado. Te quiero mucho. Descansa —respondí y me despedí. Sabía que esta hora ya era tarde para ella así que no quería entretenerla mucho.

—Ok, cariño. Buenas noches —respondió y colgó.

Subí nuevamente las escaleras, tomé el plato y el vaso que había dejado en la mesita de las escaleras y regresé a mi habitación. Puse a reproducir una lista de con mis canciones favoritas en YouTube y empecé a comer mi pastel mientras buscaba información sobre la vajilla italiana de mi madre en internet.

Quedé horrorizada... Había un ejemplar en venta en una antigua tienda en Irlanda, pero tenía un costo de 20.000\$... necesitaría realizar mínimo veinte trabajos con un costo de 1000 dólares cada uno para cubrir ese costo... y ni siquiera sé cuánto me pagarán en la floristería, pero no creo que sea más de... 4.000\$ asumiendo que necesiten que les haga el catálogo virtual además de tomar las fotografías que me mencionó mi abuelo.

Significa que me harían falta igualmente 16.000\$... y tengo... hasta el primero de septiembre para reunirlo...ya que en esa fecha mi madre volverá a Perú.

Empecé a hacer planes y a organizarme para poder reunir esa cantidad. Debería hablar con Julio sobre las fotografías que requiere y los costos. Mi ansiedad comenzaba a aumentar... volví a revisar mi móvil y vi que Julio me había respondido.

***“Excelente, corazón. Nos vemos mañana a las 17:00 Paso a recogerte a tu casa, ¿te parece bien?” ***

Le respondí enseguida.

***“Si, es perfecto. A las 17:00 nos vemos entonces. Por cierto... ¿Sabes algo de Irene? No me ha respondido los mensajes de WhatsApp” ***

Me pregunto si... estará todavía con Damián... o quizás se molestó por no haberle respondido a tiempo... Espero que sea la primera opción. Sonó mi móvil nuevamente con un mensaje.

***“Vale, quedamos así entonces, mañana pasaré por ti. Si, Damián tenía una reunión hoy porque su padre está cumpliendo años así que es probable que Irene esté con él. No te preocupes seguro te responderá hoy más tarde o mañana.” ***

Eso me aliviaba un poco más. Entonces solo esperaré hasta mañana.

“Vale, gracias. Que descanses. Nos vemos mañana”

Le respondí a Julio y me fui a cepillar los dientes para irme a dormir. Ya comenzaba a darme sueño. Y sentía bastante cansancio. Fue un día largo y me dolía el cuerpo.

Entre las sábanas comencé a recordar los encuentros con Julio en mi habitación y en el baño. El dolor en mi cuerpo era soportable, pero me sentía muy diferente. Ya no era una señorita... ¿Podrá mi madre notar la diferencia? ¿Tendrá mi cuerpo muchos cambios?... Divagué y divagué entre pensamientos hasta quedarme dormida.

* * * *

El despertador sonó a las ocho de la mañana, me levanté y preparé el desayuno. Quería aprovechar al máximo el día antes de que Julio pasara por mí para ir a su presentación.

Prendí la laptop y terminé de diseñar la página web con mis trabajos y portafolios. Publiqué la entrada del blog que había terminado ayer y la vinculé a mi sitio web. Además, hice un video publicitario con las mejores fotografías que tenía desde que hice el curso hasta las que tomé ayer en la cita con Julio. Revisé el móvil y ya Irene me había respondido.

“Clara, al fin te reportas. Disculpa que te respondiera hoy. Ayer llegué muy tarde a mi casa y no quería despertarte. ¿Cómo te fue con Julio?”

Le respondí inmediatamente.

“Descuida. Supuse que estabas ocupada. Me fue muy bien. Hoy lo acompañaré a su presentación en el Hard Rock Café. Supongo que tú también irás. Tengo mucho que contarte”

Al terminé vi que ya eran las 16:00. Ya debería comenzar a alistarme. Julio no demorará mucho en llegar.

Me bañé, vestí, maquillé y perfumé. Volví a revisar la hora y antes de poder verla Julio comenzó a llamarme.

—Hola, amor. En quince minutos estoy llegando a tu casa. ¿Estas lista? —Dijo de forma seductora.

—Hola cariño. Sí, ya estoy lista. Justamente estaba por revisar la hora para llamarte — respondí con voz dulce y juguetona.

—Perfecto. Hablé con Damián esta mañana en el trabajo. Irene irá también a la presentación. Así que nos encontraremos todos en el HRC —me comentó.

—Ok. Te espero en la entrada de mi casa entonces. —Respondí, colgué y bajé las escaleras. No iba a desaprovechar la oportunidad de esta presentación para comenzar con las fotografías de la banda así que también llevé mi cámara y unos lentes especiales de doble foco.

Justo a los quince minutos Julio llegó. Puntual como siempre... Y empezó a tocar la bocina del coche. Salí de prisa y cerré la puerta. Me subí a su coche y le di un beso.

—Hola. Llegaste puntual —lo miré de forma seductora. Me encantan los hombres puntuales...

—Hola lindura. Por supuesto. La puntualidad lo dice todo de un hombre —guiñó un ojo y acarició mi rodilla. —Te ves preciosa... nunca imaginé que vendrías con falda— añadió con picardía.

—Bueno para que veas que también puedo sorprender... —No suelo usar faldas, pero... para esta ocasión decidí probar.

Después de todo es una presentación de una banda conocida nacionalmente. Obviamente los stalkers un poco por las redes antes de salir de casa. Aunque para Julio y los chicos no sea algo tan serio sino más bien un pasatiempo. La verdad es que son bastantes conocidos en Perú. Tienen sus seguidores y varias invitaciones a algunos programas por lo menos una vez al mes.

En poco tiempo llegamos al HRC y vi a Irene. Quien corrió al verme para abrazarme.

—¡Mírate! Estás bellísima. ¡Y estas usando falda! No puedo creerlo... y esa blusa de mangas con los hombros descubiertos te queda espectacular... Los cambios que trae tener un novio eh... —Dijo en voz baja mientras me abrazaba.

—Irene... No exageres —dije mientras le devolvía el abrazo y me sonrojaba gradualmente.

Luego saludé a Damián y Cesar. Ya eran las 19:00 y la función iba a comenzar. Me aseguré de tomar suficientes fotos para comenzar un álbum para la banda. Tenía pensado hacer varios álbumes de sus presentaciones para su sitio web. Recordando un poco lo que Julio me había mencionado con anterioridad.

Por supuesto que Irene me bombardeó con preguntas sobre mi relación con Julio. Le confesé que efectivamente estamos saliendo pero que no estaba segura si para él era algo igual de serio... La verdad es que... aunque pareciera que sí, yo no quería ilusionarme.

Los chicos suelen cambiar de opinión rápidamente... Además, lo que me había dicho Matías el día de la fiesta me hizo pensar mucho, tenía razón al decir que Julio al ser vocalista de una banda las mujeres le deben de llover. No es que Julio me haya dado algún indicio de arrepentimiento, pero prefería ser precavida y realista.

Irene me comentó que Julio era muy serio en sus relaciones y bastante centrado en todos los aspectos. Laboral, familiar, personal... así que cada vez me gustaba más. Esa noche terminó con un gran brindis y luego todos volvimos a nuestros respectivos hogares.

Julio me llevó a mi casa y quedamos en que me acompañaría el día siguiente a mi entrevista de trabajo. Me esperaría fuera de la floristería hasta que le mandara un mensaje para que pasara por mí. Y de allí iríamos a comer una torta de frambuesa con té en el centro de la ciudad.

Y así fue... al día siguiente me recogió y llevó a la entrevista. Y esperó afuera hasta que le avisé que había terminado. Cuando me recogió le comenté que en la floristería querían que comenzara con las fotografías de los arreglos y el diseño de su catálogo el 6 de julio, necesitaban que los dueños enviaran los lineamientos del catálogo para poder entregármelos.

Julio parecía estar contento por la noticia.

—Ya tienes trabajo. Bien hecho amor. Sabía que te iría bastante bien —dijo mientras me tomaba de la mano y caminábamos hacia el café más cercano del centro de la ciudad para comer.

—Gracias... Por cierto, ayer tomé varias fotos de tu banda. Cuando quieras puedo mostrártelas. Creo que serán excelentes para los álbumes de su sitio web —le comenté

aprovechado que hablábamos de mis fotografías.

—Excelente. Eres una chica rápida. Muy astuta. Justamente te iba a hablar del lineamiento de las fotografías en general. Tanto de la empresa y diseños de arquitectura como de la banda —respondió sonriendo. —Sin embargo... Clara, te tengo una sorpresa... —Agregó haciendo una pausa.

—¿Sorpresa de qué? —Pregunté incrédula.

—Bueno... no sé cómo lo tomes... pero igual lo diré —explicó aumentando la tensión.

—Dime, el misterio me está matando... —exigí con poca paciencia.

—¿Te animarías a ir a Irlanda conmigo este lunes...? Es un viaje corto que debo hacer para recoger unos planos que quiere rediseñar un cliente. Y bueno... lo creí conveniente ya que... estuve buscando un poco sobre la vajilla de tu madre. Resulta que hay un ejemplar idéntico en Irlanda. Pensé que te interesaría y como iré en un vuelo privado pagado por la empresa del cliente que está en Irlanda. Y puedo llevar a una persona conmigo... pensé en ti. Ya está todo arreglado. Solo tendrías que acceder y arreglar tus maletas. Volveríamos a más tardar el 8 de Julio —me explicó detalladamente.

—¿En serio?... Yo también busque en internet... sé que hay un ejemplar idéntico en Irlanda, pero su costo es... muy elevado— respondí un poco temerosa. Era muy conveniente que justamente Julio tuviera que ir a Irlanda... después de que le comenté sobre el tema de la vajilla de mi madre...

—Sí. Lo sé. 20.000 dólares. Pero yo puedo pagarlo y te haría ese préstamo. Después cuando reúnas el dinero me lo podrás devolver sin problemas. No hay apuro por eso. Además, tenemos varios trabajos que hacer juntos, ¿qué dices? Necesito que me confirmes hoy mismo ya que hablaré con el cliente en la noche para determinar la hora en que saldrá el vuelo y decirle si voy solo o acompañado. Dependiendo de ello la reunión de negocios se haría en un sitio o en otro... —Añadió. Yo no sabía que responderle. Era un gran favor de su parte y aunque lo necesitaba me daba pena aceptar su oferta... es cierto que tenemos varios trabajos juntos, pero... estamos hablando de 20.000 dólares...

Quedé en silencio por unos minutos. Pensando cómo decirle a Julio lo que pensaba sin hacerle sentir mal... El me miraba intrigado esperando que respondiera. Por fin decidí decirle la verdad y ser franca...

—Julio. Sería un gran favor y muy conveniente también, dadas las circunstancias. Aprecio que me tomaras en cuenta y me dieras esta oportunidad. Pero la verdad es que, aunque seamos pareja. Y por mejor que sea tu intención. Me incomoda el tema de deberles a las personas. Tomando en cuenta que se trata de una gran cantidad de dinero. No me gustaría endeudarme contigo. Gracias, pero no creo que pueda aceptar tu oferta. Perdón— respondí con sentimiento de culpa. Trataría de resolver este asunto de la vajilla por mí misma... Aunque esta oportunidad es única.

—Entiendo. Respeto tu decisión. Pero por favor considéralo. Yo también me sorprendí cuando me mencionaron de este viaje hace unos días... De hecho, pensé que era prácticamente el destino... no podía ser más perfecto. De verdad creo que es una oportunidad que no volverá a presentarse. Entonces. Aunque te de pena o vergüenza aceptar mi dinero. Quiero que sepas que sólo te lo prestaría a ti. Confío plenamente en ti, sé que eres una persona honesta. No le ofrecería esto a nadie más. Así que por favor acepta la oferta. Ven conmigo —respondió sin darme ninguna escapatoria.

Tenía toda la razón... era una oportunidad que no volvería a presentarse. Y... bueno, creo que si tiene tanta confianza en mí y no tiene mucho apuro por la devolución del dinero... puedo hacer a un lado mi incomodidad. Sé que le pagaré hasta el último centavo. De eso no hay duda. Pero me

tomará un tiempo.

—Tienes razón. Está bien Julio. Acepto. Pero con una condición —dije cediendo totalmente.

—¿Cuál? —respondió con firmeza. Comencé a darme cuenta de las habilidades de Julio en los negocios y del talentoso arquitecto que era. Además, los contactos e influencias que le rodeaban.

—Bésame... —Le pedí. Con alegría y agradecimiento...

—Sabes que eso no tienes que pedirlo... Además, no cuenta como una condición. Pero, sí lo quieres poner así... yo con gusto —dijo riéndose, acercándose lentamente hacia mí, rozando con sus manos mi rostro y besándome tiernamente mientras sonaba "*I'm Not The Only One de Sam Smith*" en el café donde planeábamos comer.

Como los planes habían cambiado. Y tenía que alistar maletas e idear una excusa para decirles a mis abuelos y a mi madre para que no me llamaran en esos tres días que viajaríamos con Julio... Le pedí que regresáramos a casa después de comer. El accedió contento. Me llevó a mi casa y se fue a su apartamento. También tenía una videoconferencia con el cliente de Irlanda para finiquitar los temas del viaje.

Yo por otro lado. Hablé con Irene esa misma noche. Entre las dos planeamos en la excusa perfecta. Diría que iría con ella de excursión de alpinismo (cosa que no era del todo mentira porque Irene estaba planeando para esa fecha irse de excursión con Damián) y como en esa zona suele no haber señal... era conveniente. Quedaría de avisar cuando llegara de la excursión.

En caso de que llamaran a Irene tampoco podrían contactarle porque no tendría señal. Y en caso de que llamaran a la mamá de Irene, Irene mencionaría en su casa antes de irse que yo iría con ellos a la excursión. Era un plan maestro a prueba de fallas. Irene tiene mucha agilidad para este tipo de cosas.

Obviamente también le comentamos de todo a Matías. Para que pudiera cubrirnos a ambas en última instancia. Matías estaba listo para ingeniárselas si algo cambiaba. Él y yo estaríamos en contacto por Twitch, el programa que solíamos usar para cuando hacíamos partidas de juegos online como League Of Legends o juegos de MMORPG.

Esa misma noche arregle la maleta que llevaría y los días siguientes sólo tuve que esperar con paciencia. Dejé los papeles para la formalización en la universidad listos sobre mi escritorio. El 11 de julio debía llevar esos requisitos, no se me podía pasar por alto.

* * * *

Los días pasaron rápidamente. Llegó el 5 de Julio y yo estaba nerviosa. Era un viaje de negocios y de placer... Desde hace mucho tiempo que no había ido a Irlanda. La última vez fue cuando tenía cinco años de edad y casi no recordaba nada. No volvimos desde que mi bisabuela murió.

Para mi madre la casa que teníamos allá embargaba recuerdos muy dolorosos. Y al conocer a mi padre decidió mudarse y empezar una nueva vida en Perú. Posteriormente mis abuelos se mudaron y así jamás volvimos a viajar a Irlanda.

Julio me había comentado que debíamos estar en el terminal del aeropuerto al mediodía. Entraríamos por la puerta privada de los vuelos empresariales. Yo iría como fotógrafa principal y mano derecha de Julio. De hecho, él había arreglado todos los documentos y me insertó en la nómina de la empresa donde trabajaban con Damián y César.

Poco a poco me di cuenta de que los planes de trabajo para el verano iban tomando forma y se consolidaban. El vuelo duraría alrededor de 20 horas. Prácticamente un día completo... un día y una noche que estaría con Julio en las alturas... era muy romántico... las mariposas en mi

estómago comenzaron a aparecer.

Para las once de la mañana yo ya estaba lista y esperando la llamada de Julio en la sala de mí casa. Por supuesto que ya había hablado con mi madre por video llamada en Skype días antes.

Le mencioné de la excursión con Irene. No pareció sospechar nada extraño y accedió. Mis abuelos también estaban al tanto. Por otro lado, Irene, Matías y yo estábamos sincronizados. Hablaría diariamente con Matías. Y con Irene hablaría, pero cuando ella volviera de su excursión el mismo día que yo volvía a Perú con Julio.

Pronto recibí llamada de Julio, me dijo que llegaría en cinco minutos. Así que salí con la maleta hacia la entrada de la casa para esperarlo. Mientras tanto, le mandé un mensaje de texto a Matías para avisarle que ya iba saliendo y recordarle que le avisaría cuando llegara a Irlanda.

Julio llegó puntualmente y me ayudó a subir la maleta a su coche. Estaba tan guapo como siempre. Llevaba un esmoquin plateado y unos zapatos de vestir. Además, se había puesto perfume... me embriagaba con su aroma... tanto que casi ni me percaté del viaje al aeropuerto...

Llegamos justo a tiempo. Era mediodía. Entregamos nuestros papeles en el aeropuerto. Julio enseñó la carta que el cliente había enviado firmada como autorización para abordar el avión privado. Nos sellaron todos los papeles y pasamos para abordar el avión.

Quedé impresionada al ver lo grande que era un avión privado para dos personas... Julio me explicó que en realidad esta vez vamos dos personas, pero usualmente suelen ir varios ejecutivos de la empresa y por eso el avión que la empresa tenía alquilado era tan grande.

A mí no me incomodaba en absoluto lo grande que era. Pero me pregunté cómo dormiríamos en la noche... las sillas no se veían reclinables... Pero claro, yo nunca había estado en un avión privado. Teníamos a una tripulante que nos acompañaría en el viaje.

Pero que tenía su propio camarote para dormir en las noches. Ella nos explicó que en la parte de atrás del avión había dos habitaciones más para cuando van pocas personas. Así que podríamos dormir allí. Era más cómodo que en las sillas. Y en las mañanas o tardes podríamos quedarnos en los puestos delanteros para poder tomar el desayuno y almuerzo viendo el paisaje a través de las ventanillas.

Me pareció una excelente idea. Así sería mucho más fácil descansar por las noches... Sobre todo si es un viaje de 20 a 22 horas... Sabía que al llegar a Irlanda no tendríamos mucho tiempo... Menos de un día. En el que nos reuniríamos con el cliente de Julio, recogeríamos los planos de su trabajo y buscaríamos la tienda donde supuestamente tenían el ejemplar idéntico a la vajilla que mi madre tenía.

Iríamos con dinero en efectivo para poder comprarla y evitarnos problemas en caso de que no tuvieran punto de débito o crédito. El avión despegó. Julio y yo almorzamos viendo una película en los televisores del avión. Pronto comenzó a visualizarse el atardecer y a caer la noche. Era una vista preciosa.

Después de la cena, comenzó a darme frío y sueño. Así que me despedí de Julio y fui a mi habitación del avión. Me cambié de ropa. El frío del avión y además del clima en general era intenso... no estaba acostumbrada a tanto frío... saqué varias cobijas del bolso de mano con el que había entrado al avión en caso de que pasara algo así. Y me envolví como una oruga en la cama.

Apagué las luces e intenté dormir. Mis dientes tiritaban de frío y no podía conciliar el sueño... Vi el reloj y ya eran las tres y media de la madrugada. Me pregunté si Julio estaría dormido... ojalá estuviera aquí... al menos podría abrazarme a él y quitarme un poco el frío. Di varias vueltas en la cama tratando de conciliar el sueño cuando escuché unos golpecitos en la puerta de la habitación. ¿Sería Julio?

Me levanté de la cama con todas las cobijas encima y abrí la puerta. Vi a Julio con un gracioso gorro y más cobijas sobre él. No pude evitar reírme... era una escena muy graciosa...

—¿Con frío? —pregunté sarcásticamente entre risas.

—Sí... igual que tú por lo visto. No digas nada sobre mi gorro y déjame entrar. Odio el frío —dijo seriamente mientras yo trataba de aguantar la risa. —Está bien. Pasa —dije en voz baja.

Ambos nos acurrucamos en la cama y nos abrazamos.

—¿Por qué no quieres que diga nada de tu gorro? Es bastante lindo Sr. Dumbo —susurré a su oído y solté una pequeña risita. Su gorro me hacía recordar la película de Disney pues tenía unas tapas orejas enormes.

No respondió a mi pregunta y metió sus manos dentro de mi blusa del pijama rozando mis senos. Quedé muda. Había fantaseado varias veces con algo así desde que supe del viaje que haríamos juntos... Comencé a mover un poco mis piernas y a entrelazarlas con las suyas.

Julio bajó con sus frías manos por mi estómago y comenzó a bajar mi pantalón del pijama. Dejándome únicamente en bragas.

—Así que... estas usando cacheteros hoy —dijo mientras palpaba mis nalgas.

Me giré lentamente.

—El deseo de todo hombre... —Respondí tentadoramente y le besé, jugando con su lengua. Julio respondió al instante apegándose a mí y girando junto conmigo, dejándome debajo de él. Desabotonó mi blusa y la hizo a un lado. —Mi privilegio y el de nadie más —respondió besando mis pezones.

Mordiéndolos suavemente. Y abriendo de a poco mis piernas metiendo una mano entre mis bragas. Introdujo dos dedos dentro de mí y comenzó a moverlos para tentarme.

Llevé mis manos a su cabeza. Le quité el gorro y comencé a acariciar su cabello mientras gemía y movía mi cuerpo al ritmo de los movimientos que Julio hacía con sus dedos dentro de mí. Poco a poco dejamos de sentir el frío. Sólo nos concentrábamos en nuestros cuerpos, fundiéndose en sintonía con nuestro placer incontenible.

Julio bajo con besos y lamidas por mi estómago y mi cadera. Me quitó las bragas y comenzó a mordisquear el clítoris suavemente y sin dudar, hizo que su lengua entrara y saliera de mí tan rápido, que comencé a gemir suavemente y a contraer mi cuerpo. Julio sujetó con fuerza mis piernas para evitar que las cerrara. Hacía movimientos circulares con su lengua mientras me lamía ferozmente.

Nunca lo había visto tan deseoso. Rasguñe su espalda y tome uno de sus brazos. Llevé su mano a uno de mis senos y me aferré con fuerza de las sábanas de la cama. Julio continuaba dándome placer como jamás había imaginado. Estaba tan mojada que pensé que acabaría allí mismo.

De un momento a otro Julio me volteo y me puso en cuatro patas, se subió sobre mí y empezó a besar mi espalda hasta llegar a mi oreja y mi cuello. A su vez sentí como pegaba su cadera a mis nalgas. Sentía su miembro contra mí. Presionando y alejándose un poco para volver a presionarme... Julio estaba jugando con mi deseo por él, sin lugar a dudas...

—Estas siendo un chico muy malo —dije en voz baja de forma entrecortada por mi respiración agitada.

—No puedes negar que te encanta que lo sea —respondió mordiendo mi cuello, sujetando mis caderas e inclinándose un poco más e introduciendo su pene dentro de mí con fuerza.

Gemí con fuerza al mismo tiempo que mordía mis labios para contenerme. Julio comenzó a entrar y salir cada vez más rápido de mí. Me embestía profundamente y movía sus caderas en círculos. Lo cual me excitaba mucho más.

Apoyé mis manos en la cama para darle soporte y pudiese hacerme lo que se le viniera en

gana, sorpresivamente me di cuenta que Julio ya había tirado todas las cobijas al suelo. Comenzó a penetrarme con más fuerza y cada vez más rápido. Sentí como su miembro ardía de calor dentro de mí y lo duro que estaba. Quería que siguiera. Quería que fuera más rápido... lo deseaba con locura.

—Más rápido —logré decir entre gemidos suaves. Julio entendió enseguida lo que había dicho y me apretó las nalgas mientras aumentaba el ritmo. El choque de su vientre y piernas contra mí se escuchaba cada vez más fuerte. —Clara... me vengo... —dijo mientras seguía penetrándome con fuerza.

—Hazlo... no te detengas. ¡Sigue! —Susurré.

Yo también iba a venirme... no podía aguantar mucho más. Gritó y se pegó contra mí cayendo los dos sobre la cama. Mi cuerpo empezó a temblar y el escalofrío subió por mi espalda. Sentí como Julio me llenaba por dentro y cómo yo me paralizaba por el orgasmo que me hizo tener.

Nos quedamos así por unos segundos. Luego Julio se apartó y me abrazó. Yo no dejaba de temblar... el orgasmo era intenso... Había quedado muy sensible. Al mínimo roce estaba segura que volvería a venirme.

Julio se percató y me dio vuelta para que lo mirara. Besó mis labios e introdujo dos dedos nuevamente en mí. Los movió suavemente, entrando y saliendo de mí hinchazón. Mordió mis pezones y volví a acabar dejando salir un largo gemido de mi boca que acalló rápidamente besándome los labios.

—Buena chica —dijo sonriente y me apegó a él. Envolviéndome en sus brazos.

* * * *

Al día siguiente me despertó la luz que entraba por las ventanillas de la habitación. Miré el reloj y eran cerca de las diez de la mañana. Di la vuelta y no vi a Julio. Seguramente se habrá ido por la noche para evitar que la tripulante nos descubriera...

Me levanté de la cama y vi las sabanas mojadas, sentí vergüenza. Por suerte las habitaciones tenían un baño y una ducha pequeña. Me apresuré a bañarme y a lavar la sábana para disimular lo que habíamos hecho la noche anterior. Al terminar de bañarme. Me vestí de prisa y saqué mi secador de cabello del pelo para secar la sábana. Arreglé la cama y salí para desayunar.

Vi a Julio con una gran sonrisa en su rostro esperándome. —Buenos días bella durmiente. ¿Cómo amaneces? —preguntó con picardía.

—Muy bien y ¿tú? —respondí desviando la mirada y sentándome para comenzar a comer.

—Excelente, se me quitó el frío con las “cobijas” —mencionó en tono sarcástico. Mirándome y sonriendo cada vez más.

—Me alegra... Yo sentí un poco de frío. Mis “cobijas” ya no estaban cuando desperté. Estaban en el “suelo” —respondí un poco molesta insinuando la ausencia de Julio en mi habitación esta mañana.

—Ohmm. Perdón... —dijo bajando la mirada. Con algo de culpa en su rostro.

—Sí, bueno... ¿Ya desayunaste? —pregunté evitando el tema. Sabía que Julio había hecho lo correcto... tampoco era bueno que la tripulante nos viera saliendo juntos de la habitación si era el avión privado de la empresa y nosotros íbamos como ejecutivos de la empresa... no era ético.

—Sí. Pronto llegaremos a Irlanda. Mira la vista. Ya estamos en continente europeo. —Dijo viendo hacia la ventanilla a nuestro lado.

Comencé a comer los huevos fritos con pan y a tomar jugo de naranja. Miré la vista y realmente era hermosa. La tripulante se acercó para decirnos que comenzaríamos a descender en

quince minutos. Terminé de comer rápidamente. Fui nuevamente a mi habitación. Arreglé mis cosas y salí para sentarme junto a Julio.

Al sentarme y abrochar el cinturón de seguridad del asiento. Julio tomó mi mano.

—Disculpa por no haberme quedado anoche, te lo compensaré —dijo en voz baja.

—No, perdón. No debí molestarte. Sé bien la razón por la cual lo hiciste. No era conveniente si es un viaje de la empresa. No se ve bien —añadí disculpándome un poco arrepentida. Había sido injusta con Julio... después de todo lo que estaba haciendo por mí.

Él comenzó a mirarme fijamente a los ojos.

—De igual manera te lo compensaré amor —dijo y me dio un beso en la mejilla antes de que la tripulante se diera vuelta y nos viera.

Me ruboricé al instante y desvié la mirada hacia la ventana para disimular, aparentando que veía el paisaje. Aterrizamos sin ningún problema. Luego nos dirigimos en taxi al hotel donde nos reuniríamos con el cliente de Julio.

La reunión fue corta y concreta. Julio me presentó al Sr. Connor como la fotógrafa de la empresa. Se discutieron las especificaciones del trabajo. Julio era impresionante. Ahora entiendo porque tenía tanto éxito, tenía un don para cerrar tratos y manejar convenios empresariales de grandes cantidades de dinero.

Después de la reunión. Almorzamos y nos despedimos del Sr. Connor quien debía partir para visitar a su familia en Irlanda. Al parecer también era un hombre de negocios que viajaba con frecuencia.

Tenía varias empresas alrededor del mundo. Y los planos que le entregó a Julio eran para iniciar su franquicia en Perú. Era una gran responsabilidad. Sobre todo, porque había pedido específicamente que Julio se encargara del proyecto.

No era la primera vez que hacían trabajos juntos al parecer. Julio y yo volvimos a la habitación del hotel. Tomamos una ducha para refrescarnos y acariciarnos. Después nos volvimos a vestir. Mientras él llamaba a la empresa para reportarse y dar un informe breve de la reunión. Yo aproveché de contactar a Matías para decirle que ya habíamos llegado. Hablé unos quince minutos aproximadamente con él por Twitch, luego me despedí. Y salí con Julio a buscar la tienda de antigüedades.

Tuvimos que tomar varios transportes públicos para poder llegar a ella... Pero después de dos horas... por fin habíamos llegado. La manejaba una señora y su nieto. Comencé a hablar con ellos en Gaeilge o inglés para especificarles exactamente el tipo de vajilla que estábamos buscando.

El nieto de la señora comprendió de inmediato lo que quería y fue al almacén por la vajilla. La trajo consigo y me la mostró. Era prácticamente igual a la de mi bisabuela... Julio comenzó a intervenir en inglés para mediar los términos del pago.

Como imaginamos. Nos pidieron 20.000 dólares en efectivo. Julio sacó el maletín y les entregó el dinero. Ellos contaron cada billete y luego nos entregaron la vajilla que guardé en un bolso grande que había llevado.

El viaje había salido a la perfección, Julio pudo cerrar trato con su cliente y pudimos comprar la vajilla de mi madre, así que nos devolvimos al aeropuerto, el vuelo salía a las 17:30 y ya eran las 16:00.

* * * *

Pasamos todo el vuelo hablando de sus negocios y los negocios que tendríamos juntos por las fotografías. Estaba muy emocionada, quien iba a creer que me gustaría trabajar, mi madre estará

muy orgullosa. De vuelta el vuelo fue menos friolento, al parecer el APU del avión estaba dañado, estábamos muy cansados y dormimos luego de brindar que todo nos estaba saliendo de maravillas.

Me desperté a las 4:00 de la madrugada exaltada, no lo podía creer, se nos había pasado por alto, lo que más miedo me daba era comentárselo a Julio sin sonar como una niña asustada, quería que me viera como una mujer que podía afrontar esto y más. Solo debo pensar cómo y cuándo decírselo.

—Buenos días nena, no sabía que te gustaba madrugar. —Dijo con tono burlón, Julio sabía perfectamente que amaba levantarme después de las 10:00 de la mañana. —¿Ya desayunaste, pequeña?

—Buenos días, amaneciste gracioso por lo que veo— dije con sarcasmo —no he podido dormir. No, te estaba esperando para desayunar. —Respondí.

—Jajaja, ¿Por qué no pudiste dormir, te sientes bien? —Preguntó preocupado. —Desayunemos. —Llamó a la tripulante para que nos trajera el desayuno y me miro esperando una respuesta.

—No te preocupes, me siento bien. Solo he estado pensando en algo que me tiene dando vueltas en la cabeza. —Dije y seguidamente de ello, llego la tripulante con nuestra comida encima de una bandeja.

¿Se puede saber que piensa tanto la señorita que no ha podido ni dormir? —Preguntó tan cariñoso y amable.

—Te digo en casa. —Respondí seca e inmediatamente me di cuenta de lo tajante que había sido. —Es que aquí no tenemos privacidad. —Le dije mirando a la tripulante que volteo la mirada cuando volteo a mirarla.

—Está bien, tranquila. —Me sostuvo la mirada como tratando de averiguar que me tenía de ese humor.

La tripulante se aproximó a nosotros y nos anunció que ya estábamos por aterrizar y nos retiró las bandejas. Luego de 20 minutos ya estábamos en tierra, desembarcamos y salimos al estacionamiento donde Julio había dejado el coche esos días. Abrió la maleta, metió sus maletas y las mías, seguido de ello nos montamos y sabía que me preguntaría en que pensaba tanto.

—Ahora sí podemos hablar, amor. —Dicho y hecho. Volteo a verme para que le respondiera mientras encendía el coche.

Era hora. Ahora o nunca.

—Julio, que desde la noche de la fiesta en mi casa, que estuvimos juntos por primera vez, no hemos utilizado protección— dije. Lo miré y vi cómo se ponía serio.

—Vamos a la farmacia. —Respondió con voz dura y un poco temblorosa. —Todo estará bien, nena. Se nos pasó por alto, pero debemos descartar que estas embarazada.

—Está bien —dije con voz llorosa, no podía aguantar más. Estaba muy nerviosa. ¿Y si estaba embarazada como se lo diría a mi madre?

A dos cuadras estaba una farmacia, Julio se metió por la atención de coches y pidió una prueba de embarazo y una pastilla de los tres días después.

Ninguno de los dos dijo palabra alguna durante todo el camino hasta mi casa, estábamos lo suficientemente preocupados como para hablar sobre cualquier cosa.

—Vamos, nena. Anda al baño. —Me dio la prueba de embarazo y me dio un beso pequeño en la frente.

Cerré la puerta y me recosté de ella, respiré profundo y empecé a leer las instrucciones. Tomé la prueba y espere los 3 minutos.

—Dios, nena. Tardaste un siglo. —Julio estaba igual o más impaciente que yo.

—¡No lo estoy! —Dije con una pequeña sonrisa y respire profundo.

—Ya esto no nos vuelve a pasar, amor. —Respondió alzando una caja de preservativos y me besó.

—¿Me tomo la pastilla, para prevenir? —Sugerí.

—Sí nena, si tú madre quería que experimentaras la responsabilidad, ya lo estas logrando. — Me dio la pastilla y fue a la cocina por un vaso de agua.

—Gracias... por todo. —Dije mientras lo miraba con la cabeza hacia abajo y viéndolo como perrito. Estaba muy apenada, a pesar de que fue culpa de los dos.

—Amor, no agradezcas. Nunca te dejaría sola en estas situaciones... fue más culpa mía que tuya... —Me alzo el mentón y me besó con tanta delicadeza... Dios, me encanta este hombre.

Seguí su besó con un propósito. Agradecerle a la manera que él mismo me había enseñado.

Tenía sus manos acunando mi cara, las tome y se las puse sobre mi trasero. Me di cuenta de su sorpresa al ver que esta vez seria yo quien tendría el control. Enrede mis manos en su cabello y lo besé como nunca había besado a nadie, me estaba entregando en cuerpo y alma...

Lo hice caminar de espaldas hacia el mueble, se sentó y no pensé dos veces en sentarme encima de él. Le quite la camisa y le bese cada músculo, cada parte de su torso. Lo note con ganas de quitarme el vestido casual que me había puesto así que quite sus manos de la cremallera y las metí debajo del vestido.

Me levante y me arrodillé al frente de él. Desabroché su cinturón y desabotoné su pantalón, le quité los zapatos. Ansioso me ayudó subiendo sus caderas mientras yo le quitaba el pantalón y el bóxer de una sola pasada.

Me encantaba verlo. Estaba tan duro, es tan grueso... Me pedía clemencia con la mirada así que me levanté, justo al frente de él y me quite el vestido, el sostén y las bragas. Me deje los tacones bajos.

—Déjame tocarte, por favor, me encantas —Dijo casi rogándome.

—No, hoy tengo el control yo. —Respondí y me arrodillé nuevamente al frente de él.

Tomé su pene en mis manos y empecé a subir y bajar mi mano a su alrededor, Julio me veía deseoso, no lo pensé mucho y me lo lleve a la boca. Solo me entraba hasta la mitad pero los gemidos de Julio me decían que lo estaba haciendo bien. Mientras yo seguía haciéndole oral, me agarro una cola y me jalo haciendo que su pene saliera de mi boca.

—Saca la lengua. —Me exigió. Lo hice. —Buena chica.

Se levantó delante de mí, tomo su pene, me penetró la boca dos o tres veces y dejó que su semen cayera en mi lengua goteando mis senos. Ahora él tiene el control.

—Párate, nena. Lo has hecho muy bien —dijo y me observo mientras me levantaba. —Date la vuelta. —Hice lo que me pidió y sentí ganas de llorar con placer, nunca antes había deseado que me siguieran dando nalgadas. —Me encantas.

—Y tú a mí, Julio. Me encantas con locura. —Respondí y recibí como respuesta otra nalgada. —Aaaagh.

—Gime para mí, amor. —Escuche como se ponía el condón y sin perder tiempo me empujó hacia el mueble, quede de rodillas y el de pie.

Las piernas me temblaban, y él se dio cuenta. Y una vez más, llegamos juntos al clímax.

* * * *

La relación con Julio se formalizó, ya mis abuelos lo conocían y solo ansiábamos por la

llegada de mi madre para que lo conociera y diera su visto bueno.

Me salieron un par de trabajos extras durante las vacaciones y ya casi terminaba de pagarle a Julio. Aprendí mucho estas vacaciones... desde el amor hasta como portarme como una adulta con responsabilidades y trabajo. Mi mamá se alegraría de saber cuánto maduré.

El Hombre Perfecto

Romance Juvenil Prohibido

—¡Dios, Susan! ¡Creo que ya es hora! —exclamó la joven mujer, mientras se tomaba con fuerzas el prominente abdomen como si con ese gesto su dolor fuese a remitir.

—¡No puede ser, Mary! El doctor te ha dicho que aún faltaban más de dos semanas para la fecha de parto —replicó la belleza de unos treinta y cinco años y enormes ojos verdes que caminaba nerviosa alrededor de ella.

—¡Eso díselo al bebé, porque me parece que piensa otra cosa! ¡Dios! —gruñó con los dientes apretados—. Los dolores son cada vez más fuertes. Ya no los aguanto.

—Vamos, respira, Mary. Inhalo, exhalo. —Ella misma inhalaba y exhalaba en profundidad. Ya se había acercado a su amiga y la tomaba de los hombros para darle su apoyo—. ¿Crees que podrías llegar caminando hasta la casa?

—¡No! —dijo jadeando, mientras se acercaba a un viejo roble para sostenerse de él—. No puedo dar un paso más. ¡Creo que mi bebé nacerá aquí! —Las palabras le salían a mitad de camino entre la broma y el llanto.

—Tranquila. Ven, te ayudaré a sentarte. —Susan ayudó a la dolorida embarazada a sentarse sobre una manta en el suelo, luego se dirigió a su hijo de cinco años, quien observaba la escena algo preocupado y con los ojos, del mismo color verde que los de su madre, agrandados por la expectación—. Carlos, por favor, necesito que corras muy rápido hasta la casa y les digas a tu padre y a Vincent, que Mary no se siente bien, ¿de acuerdo?

—¿Qué pasa, mami? —preguntó con su vocecita compungida.

—No te asustes, cielo —Susan le removió al niño los negros cabellos que le caían sobre la frente—, pero parece que el bebé de Mary ya va a nacer.

Carlos cambió el objetivo de su mirada entre el vientre redondo de Mary y su pequeño hermano de dos meses. Un precioso chiquillo de cabellos dorados que dormía, sobre una manta celeste, ajeno a lo que sucedía a su alrededor; entonces, Carlos, no pudo dejar de hablar:

—¿Será tan pequeño cómo Jared? ¿Puedo verlo cuando nazca? —Carlos brincaba de un pie a otro sin parar de hacer preguntas—. ¿Podré jugar con él?

—¡Maldición! —Gritó Mary, ya doblada en dos por el dolor—. Te prometo que podrás verlo y jugar con él. ¡Pero por favor, corre ahora, Carlos!

—¡Ah sí!, ya voy —dijo el niño y entonces salió corriendo hacia la casa, tan veloz como correría cualquier niño de tan sólo diez años, mientras las mujeres practicaban las técnicas de respiración y relajación aprendidas en los cursos de pre-parto.

—¡Papá! ¡Señor Vincent! —Gritaba Carlos al ingresar a la casa—. ¡El bebé va a nacer! ¡Papá, ven rápido!

Al oír tanto barullo, los dos hombres, que en ese momento conversaban en el estudio, salieron alarmados al encuentro del niño.

—¿Qué sucede, Carlos? —preguntó su padre.

El jovencito, agitado por la carrera, respondió algo entrecortado y de manera atolondrada:

—El-be-bé-Ma-ry... —Carlos respiró profundamente para poder proseguir, porque los dos hombres no le entendían. Poco después exclamó con claridad—: ¡Va a nacer el bebé!

—¡Santo cielo! —espetó el futuro padre, conmocionado.

Vincent Gareth era un hombre de cabello castaño rizado y de estatura media, que ahora parecía haberse quedado inmóvil a causa de la sorpresa—. Mi hijo... ¡Señor! ¡Va a nacer mi hijo! ¿Pero acaso no faltaban como dos semanas?

—¡Vamos, Vincent, estas cosas suelen suceder! Creo... —dijo el padre de Carlos, alzándose de hombros. Echó un vistazo a su amigo, quien no se movía del lugar, entonces lo agarró de la manga de la camisa y lo arrastró fuera de la casa—. ¡No perdamos ni un minuto más, Vincent, o tu hijo nacerá allí afuera! Llévanos con ellas, Carlos.

—Están en el bosque. Allá —el niño señaló en la dirección correcta con sus deditos regordetes—, donde está el árbol grandote.

—¡Bien, muy bien, pequeño! —Vincent lo palmeó y ahora recuperado de la conmoción, salió con John, a la carrera, al encuentro de las mujeres.

Mary estaba cada vez más dolorida y sus contracciones eran demasiado frecuentes. No podía caminar y los dos hombres debieron cargarla hasta la casa.

Cuando ella estuvo ubicada en su habitación, llamaron a la partera porque no había tiempo de llevar a la parturienta hasta un hospital, de lo contrario, el bebé realmente nacería en el camino.

Julia vivía a sólo un par de calles de allí y no demoró más que unos pocos minutos en llegar. Ni bien cruzó el umbral, comenzó a dar órdenes pidiendo los elementos necesarios para atender a Mary; Agua hervida, trapos limpios y alguna que otra cosa más.

Susan buscó lo que Julia pedía y después permaneció junto a su amiga durante todo el parto. En ese momento crucial, cuando Mary pujaba con todas sus fuerzas, aferrada a las sábanas y a una de sus manos, ella le enjuagaba la frente con un trapo húmedo.

Pasaron no más de treinta minutos y Mary por fin dio a luz.

La partera recibió al bebé y cortó el cordón umbilical, después lo envolvió en una sábana limpia y se apartó para limpiarlo.

—Ya está, Mary. Lo has hecho bien, amiga —le dijo Susan, besándola en la frente y ayudándola a recostarse sobre las almohadas.

—¿Mi bebé está bien? ¿Susan? ¿Julia?

—¡Mary, claro que tu bebé está bien! ¡Es una niña preciosa! —dijo la partera, mientras terminaba de limpiar y examinar a la pequeña, que en ese momento berreaba ante el contacto con el aire fresco.

—¡Quiero verla, Julia, por favor tráemela! —La madre primeriza se incorporó en la cama y extendió los brazos hacia el bultito que Julia le acercaba. Tomó al bebé entre sus brazos y embargada de emoción la atrajo a su pecho—. ¡Mi muñequita! —exclamó sonriente.

—¿Julia, quieres avisarles a los demás? —pidió Susan.

—¡Oh sí! Por favor, avísale a mi esposo, querida —agregó la señora Gareth sin quitar la mirada del rostro arrugadito de su mayor tesoro—, porque Vincent debe estar que camina por las paredes de los nervios —añadió con una sonrisa dibujada en los labios y los ojitos brillantes de emoción.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Susan, riendo con ella—. ¡Los hombres en estos casos se ponen casi imposibles! —dijo, con conocimiento, después de haber pasado por dos situaciones de

parto.

—Les avisaré a sus esposos —declaró Julia, haciéndose cómplice de la conversación de las amigas—. Nos vemos luego, chicas —diciendo esto, la partera salió del cuarto.

En cuanto Julia puso un pie fuera de la habitación, Vincent, —quien había estado recorriendo, ansioso, el corredor de un extremo al otro—, la asaltó con un aluvión de preguntas.

—¿Cómo está Mary? ¿Ha nacido mi hijo? ¿Ellos están bien?—¡Cálmese, señor Gareth, usted es padre de una niña muy saludable! —intentó tranquilizarlo ella.

—Una niña... —susurró—. ¿Y Mary? ¿Ella está bien? ¿Puedo pasar a verlas? —preguntó frenético el flamante padre, sin poder detener la marcha.

—¡Por Dios, Julia, déjalo entrar o hará un surco en el corredor! —exclamó John Aguilar en tono divertido y palmeándole la espalda a su amigo, mientras que una sonrisa franca se le había instalado en el rostro y le llegaba hasta los expresivos ojos azules.

—¡Sí, claro! Su esposa lo está esperando y quédese tranquilo, porque tanto ella como la niña, se encuentran en perfectas condiciones. De todos modos, le recomiendo que las vea algún doctor a ambas para corroborar que realmente estén bien.

—¡Por supuesto! Ya he llamado al doctor Thomas, el médico de la familia, y él está en camino —dijo el reciente padre, mientras abonaba los honorarios a la comadrona. Instantes después, sin decir más, entró a la habitación, dónde su mujer, pálida por el esfuerzo, alimentaba a un bultito rosado de cabellos castaños.

Él se acercó contemplando la escena.

—Mary, mi amor, ¿te encuentras bien? —preguntó con un nudo que le había comprimido la garganta al ver al diminuto milagro.

—Sí, Vincent, sólo estoy un poco débil, pero ya me repondré. Ven mi cielo, acércate a conocer a tu hija.

—¡Nuestra pequeña Margareth! —Susurró él con devoción—. Es hermosa cómo tú, mi amor —declaró y le dio un suave beso en los labios a su esposa y uno en la frente a su bebita.

—Ella tiene tú mismo cabello de color castaño y rizado —dijo Mary, enredando un fino rizo en su dedo.

—Pero su carita es igual a la tuya... Gracias por este regalo, Mary, yo... —Vincent tuvo que interrumpir sus palabras porque en el pasillo se había desatado un tremendo alboroto.

—¡Carlos! ¡Ven aquí, aún no puedes entrar! —esa era la voz de Susan, quien hacía un momento había salido al corredor para alimentar a su bebé de dos meses, quien la había reclamado con un llanto estridente; aunque ahora, Susan intentaba, por todos los medios, detener a su hijo mayor.

—¡Mamá, quiero ver a la bebé! —Exclamó Carlos, encaprichado, mientras se acercaba a la puerta—. ¡Mary me lo prometió! Me dijo que podría verla.

Vincent y Mary no pudieron más que estallar en carcajadas.

—Hazlo entrar —susurró Mary a su esposo—. Déjalos entrar a todos, mi amor.

—¿No te sientes muy cansada?

—No, cielo —respondió ella con dulzura.

—Bien —Vincent abrió la puerta y lo primero que vio, fue al muchachito enfurruñado apostado junto al umbral.

—¿Puedo ver a la bebé? —averiguó el niño, levantando los ojos suplicantes hacia su vecino.

—Sí, pasa Carlos—consintió Vincent—. ¡Si tú has venido como un rayo a buscarme! —Exclamó agradecido, removiéndole los negros cabellos—. Te lo has ganado, muchacho. ¡De no

ser por ti, mi niña hubiese nacido en el bosque! Es más, pasen todos, por favor —invitó Vincent, con una enorme sonrisa.

Nadie demoró mucho en aceptar la invitación. Una vez dentro del cuarto, él hizo la presentación formal.

—¡Les presento a la pequeña Margareth Gareth! —exclamó, señalando con orgullo a su pequeña hija.

Carlos se acercó y miró a la niña de ricitos castaños que dormía junto a su madre.

—¡Es hermosa! —dijo pensativo—. Pero... es muy chiquitita... ¡Más chiquita que Jared! —exclamó casi indignado—. ¡Tampoco podré jugar con ella! —los ojos se le habían empezado a poner vidriosos.

—¡Es verdad, Carlos! Los bebés ahora necesitan que los cuiden, pero no te preocupes, ya crecerán. ¡Verás que pronto podrán jugar los tres! —lo consoló Mary y le extendió la mano al muchachito de cabellos negros y profundos ojos verdes.

—¡Ahora sólo lloran y duermen! —Él estaba indignado y a punto de tener uno de sus acostumbrados berrinches.

—¡Hacen más que eso, hijo! —Le dijo su madre, quien acunaba a Jared junto a su pecho—. Verás que con cada día que pase, los pequeños irán haciendo cosas nuevas. ¿Acaso tu hermanito no sonrío ahora, cuando tú le cantas?

—¡Sí! ¡Y me toma los dedos si se los acerco! —dijo, recordando, y su carita se había iluminado de entusiasmo.

—¡Por supuesto, hijo! Él te reconoce, cielo. Y esa, por lo pronto, es su manera de jugar contigo.

—¿Mami... y Margareth también me reconocerá? ¿También va a querer jugar conmigo? —preguntó, apoyándose en el borde de la cama y acercando su carita a la carita tibia de ella.

Un dulce perfume, mezcla de leche materna y de recién nacido, llenó las fosas nasales del pequeño, haciéndolo sonreír. Ese era el mismo olor que él sentía cuando se acercaba a su hermanito.

—¡Sin duda! ¡Estoy segura que los tres serán muy buenos amigos! —exclamó Susan, intuyendo el futuro que les depararía a los tres niños.

—¿Carlos, quieres sostenerla? —le preguntó Mary.

El niño asintió con ojos brillantes.

—Ven, siéntate aquí en la cama y yo te ayudaré. —Ella palmeó el borde del colchón y sin pausa, Carlos trepó a la cama.

Mary sostuvo a Margareth sobre el regazo del niño. Él sostenía a la pequeña con infinito amor y la miraba con mucha dulzura.

—¿Puedo hablarle? —preguntó, levantando sus enormes ojos en una súplica.

—¡Desde luego, hazlo! —Lo alentó la madre de la niña—, de esa manera, ella irá conociendo tu voz.

Carlos acarició con su manito regordeta la mejilla sonrosada de la pequeñita y le habló:

—¡Hola Margareth! Eres una bebida muy linda... Yo soy Carlos y quiero ser tu amigo.

Margareth se removió en sus brazos y bostezó. Carlos la miró sonriente y le recorrió otra vez la mejilla con las puntas de sus deditos.

—Estaría bueno que crecieras rápido, así podríamos jugar —agregó y sus palabras salían rebosantes de entusiasmo—. Tengo autitos y soldaditos. A mí me gustan mucho, creo que a ti también te van a gustar... ¿O preferirás las muñecas como todas las niñas? ¡Uy, yo de esas no

tengo, pero le diré a mamá que te compre alguna! —Se acercó un poco más a la orejita de ella y le susurró—: Y como tú no tienes un hermano mayor que te cuide... ¡Porque mi papá me dijo que ese es el deber de los que somos hermanos mayores! ¿Sabes? —Añadió con seriedad—. Pero no tienes que preocuparte, porque yo te prometo que te protegeré y también te prometo que siempre voy a quererte —levantó los ojos hacia su madre que sostenía a su hermano y agregó solemne—: ¡A ti y a mi hermanito Jared!

* * * *

Mi nombre es Margareth Gareth. Nací y crecí en un pueblo tranquilo de Venezuela llamado San Antonio de los Altos. Un pueblo de gente trabajadora y agradable. Por supuesto que siempre había alguna excepción que no cabía en la definición de agradable, pero bueno, eso no viene al caso ahora, así que lo dejaremos para otro momento.

En mi urbanización, las calles eran de gravilla y tenían árboles a ambos lados de las aceras, tan frondosos en algunos casos, que formaban arcos sobre nuestras cabezas. Las pintorescas casitas, separadas unas de otras por bosquecitos de pino, fresno blanco y abetos, en general eran de madera, y la nuestra, igual que la de los Aguilar, era de las pocas que en esa calle tenía dos pisos.

Me gustaba observar la calle desde la ventana de mi habitación en la planta alta, ver la gente pasar y conjeturar qué cosas harían ellos o dónde se dirigían. Y con esas deducciones creaba historias imaginarias en mi cabeza, aunque nunca me decidí por escribirlas. ¡Quizás debería haberlo hecho!, pero creo que no heredé el talento de mi padre, quien es un magnífico escritor.

A mí, en cambio, desde pequeña me gustó pintar y a veces lo que veía lo reproducía en algún dibujo o bosquejo en carbonilla. Esa era mi forma de plasmar aquellas historias, así como momentos reales de mi vida; momentos que compartía con mis padres o con mis amigos.

Cuando estaba en mi cuarto, adoraba sentir el viento que traía el perfume de las flores del jardín. De los jazmines, de los nardos, mi flor favorita, de la tierra húmeda y de la enredadera que llegaba hasta mi ventana. Un olor celestial que inundaba mi habitación. ¡Cuando era niña, para mí, eso, era el paraíso! ¡Eso y ver a Carlos Aguilar!

Los Aguilar vivían en una hermosa casa al otro lado de la calle. Cuando mis padres llegaron al pueblo, no tardaron en entablar una fuerte amistad con ellos.

Susan y John acababan de tener a su primer hijo, Carlos.

Los dos matrimonios empezaron a reunirse, todos los viernes a cenar en casa de los Aguilar, y los domingos, almorzaban en la casa de mis padres; tradición que aún hoy se mantiene entre las familias. También se veían durante la semana.

John Aguilar y Vincent, mi padre, practicaban algunos deportes juntos, mientras que Susan y Mary, mi madre, salían de compras o simplemente se reunían a tomar el té.

Al cabo de diez años, las dos mujeres estaban embarazadas. Mi madre era primeriza, en cambio, la señora Aguilar, ya tenía una experiencia anterior en su haber.

Susan tuvo a Jared, su segundo hijo, el veintisiete de abril, y menos de dos meses después, nació yo. ¡Desde ese día nos hicimos inseparables!

Las reuniones de los dos matrimonios continuaron, aunque ahora con tres niños correteando por todos lados, puesto que siempre nos juntábamos a jugar y éramos bastante revoltosos.

Carlos, quien por iniciativa propia se había convertido en nuestro custodio desde el día de

nuestro nacimiento, se desvivía por cuidarnos. No dejaba que nos acercáramos a sitios peligrosos cómo cocinas o escaleras y además, trataba de entretenernos constantemente.

Pero Jared y yo éramos dos pequeños diablillos imposibles de detener y entre nuestras travesuras preferidas, estaba la de treparnos a los árboles como un par de monos y desde las alturas practicar saltos a tierra. ¡Debo confesar que si no nos quebramos un hueso en esas ocasiones, sólo fue de puro milagro!

Mi padre nos había dado clases de natación casi desde antes de que aprendiéramos a caminar. ¡Ese era otro de nuestros pasatiempos favoritos! Y cada tarde de verano íbamos a nadar los tres; Carlos, Jared y yo, a un bello lago cercano. El tranquilo espejo de agua veía su paz alborotada con nuestra revoltosa llegada. ¡Éramos un torbellino imparabile, jugando carreras y lanzándonos desde la orilla dando volteretas!

Debo mencionar también las aventuras en bicicleta, las cuales dejaron varios raspones en nuestros pequeños e inquietos cuerpecitos, y eso ocurrió en más de una ocasión. ¡Ni hablar del estado en el que quedaron los pobres vehículos! ¡Inservibles! Y reconozco que tal vez la palabra inservible sea demasiado suave para describir a una bicicleta convertida en un ocho, ¿verdad?

Cuando comenzamos a asistir a la escuela, viajábamos los tres en el mismo autobús, y tanto de ida cómo de vuelta, Carlos nos sentaba a Jared y a mí en un asiento delante de él. Eso lo hacía para no perdernos de vista, cosa que solíamos hacer con bastante frecuencia, además de meternos en algún lío. Aunque para esto último corríamos con ventaja, porque sabíamos de sobra, que cada vez que teníamos algún problema podíamos acudir a él. Carlos nunca nos defraudaba y encontraba, en la mayoría de los casos, una solución.

Carlos Aguilar, constantemente se comportó como un niño mucho mayor a la edad que tenía en realidad. Tal vez el sentir las responsabilidades de cuidar a un hermanito y a una amiga, diez años menores que él, lo hicieron crecer de sopetón. Por su cuenta había asumido esa carga y nunca la abandonaba. Para nosotros era nuestro héroe y el ejemplo a imitar, sin embargo, yo sentía algo más...

Desde que puedo recordar, Carlos, en mí, despertaba un sentimiento especial; algo que a mi corta edad no sabía cómo explicar...

En el aula, desde nuestro primer día de clases, en el jardín de niños, hasta el último día de nuestra escuela secundaria, Jared y yo nos sentamos uno al lado del otro. Algunos de nuestros compañeros, a medida que crecíamos, nos molestaban con tonterías por estar juntos todo el día; pero a decir verdad, a nosotros esas burlas no nos importaban. Nos llevábamos muy bien y nos sentíamos cómodos. ¡Sin lugar a dudas, puedo decir que Jared Aguilar era mi mejor amigo y yo lo adoraba!

Trato de recordar aquel tiempo y no encuentro un solo día que no haya compartido con Jared.

Al regresar de la escuela, merendábamos algunos días en su casa, otros en la mía; más tarde hacíamos los deberes y estudiábamos un poco y al terminar con nuestras obligaciones, salíamos a jugar al bosquecito o a pasear en bicicleta.

¿Un día sin la compañía de mi mejor amigo? ¡No... y definitivamente no!

Algo así era impensable.

Cuando decidimos ampliar nuestro grupo de amigos, comenzamos a vernos con Diana y Sophie Pimentel, unas gemelas que vivían cerca de nuestro barrio; también con Jeremy Gómez y Alex Ávila. Todos ellos eran compañeros nuestros de clase.

Formábamos un excelente equipo y nos divertíamos muchísimo. Aun así, Jared y yo, éramos un dúo inseparable y cada vez que en la escuela nos daban algún proyecto o trabajo en equipo, ante

todo, la prioridad para nosotros, era hacerlo juntos.

Al pasar el tiempo, Carlos, nos seguía cuidando muchísimo, pero ya no estaba tan interesado en compartir demasiados momentos con nosotros. Él tenía su propio grupo de amigos, todos muchachos y muchachas de su edad. ¡Y un par de mocosos, diez años menores que él, realmente no le resultaba un pasatiempo interesante!

El problema era que Jared y yo no pensábamos lo mismo y lo seguíamos a todas partes como si fuésemos su propia sombra.

¡Si hay algo que debemos reconocerle a Carlos Aguilar, es su eterna paciencia! Puesto que haciendo acopio de toda ella, cada vez que nos descubría espiándolo, sencillamente trataba de escabullirse de nosotros y más de una vez tuvo que soportar las bromas de sus amigos debido a esas situaciones. A pesar de ello, él nunca dejó de ser dulce con Jared y conmigo y hasta nos excusó y defendió cada vez que hizo falta.

Cuando el mayor de los Aguilar ingresó en la universidad, ya ni siquiera podíamos verlo tan seguido. Él viajaba en otro autobús y pasaba todo el día en sus clases. Partíamos juntos en la mañana y mientras Jared y yo regresábamos al mediodía, Carlos no llegaba hasta después de las cinco de la tarde. Su escuela era de doble jornada y para poder verlo un ratito, yo empecé a esperarlo en la entrada de mi casa. Recuerdo que yo tendría algo así como diez años.

Todos los días me sentaba en el pórtico y aguardaba, expectante, mirando hacia el final de la calle y esperando que doblara el autobús de color amarillo. Cuando por fin Carlos bajaba del transporte, entonces yo corría a su encuentro, gritando su nombre.

—¡Carlos! —lo llamaba. Cruzaba corriendo la calle y lo abrazaba—. ¡Hola! ¿Cómo te fue hoy? —le preguntaba y él me devolvía el abrazo, levantándose unos centímetros del suelo y haciéndome girar. Me besaba dulcemente en la mejilla y después me respondía con dulzura.

—¡Muy bien! Y tú, mi pequeña Margareth. ¿Qué cosas hiciste hoy?

Era entonces cuando yo le relataba rápidamente todo lo que había sucedido en mi día, y en cada uno de aquellos relatos, era imposible que no mencionara a Jared. Porque cada cosa que yo había hecho, en casi un noventa por ciento, era seguro que lo había compartido con él.

Después nos despedíamos y Carlos entraba en su casa. Yo subía a mi cuarto, saltando los escalones de dos en dos para darme prisa, y me quedaba mirando por la ventana y soñando despierta con sus hermosos ojos verdes; del verde más luminoso que había visto en mi vida. Mi corazón de niña sentía que, para mí, eran los cinco minutos más maravillosos del día...

La mayoría de las veces, mis sueños con Carlos se veían interrumpidos por un chirrido de metal, crujidos de hojas y de ramas rotas y más de una vez, por el golpe seco de un cuerpo al caer al suelo. ¡Claro que todo eso matizado por alguna maldición o palabrota! ¡Y desde luego que era Jared, tratando de trepar por el balcón y la enredadera de mi ventana!

Casi siempre, Jared lograba llegar hasta mi cuarto, nunca sin aparecer con una colección de magulladuras y rasguños, entonces yo me transformaba en su princesa y él en mi caballero de brillante armadura que venía a rescatarme de los dragones y brujas que me tenían prisionera.

Mi bello príncipe de cabello dorado y ojos azules blandía una espada con valentía frente a sus oponentes... Obviamente que el arma era una bonita reproducción de plástico made in China y los dragones, pequeños muñequitos no más grandes que un puño, entre los que siempre se colaba alguno de mis caballitos de la colección de mi pequeño pony.

Y mi tarde continuaba así, en un mundo mágico creado por nosotros. Un universo propio de juegos y travesuras a su lado...

* * * *

2007.

Un caluroso día de verano, cuando tenía quince años, nuestros amigos; Sophie, Diana, Alex y Jeremy y desde luego, Jared y yo, organizamos un picnic en el lago. Era un día maravilloso para nadar, el sol brillaba implacable en un cielo despejado y hacía mucho calor.

Las gemelas y yo extendimos una manta a rayas verdes y blancas bajo la sombra de un abedul amarillo, y nos dedicamos a preparar el almuerzo. Habíamos llevado ingredientes para preparar una pila de deliciosos sándwiches de jamón y queso, también hojas frescas de lechuga, rodajas de tomate y huevos duros. Para beber, ellos había comprado gaseosa sabor cola y muchas golosinas para el postre.

Los muchachos prefirieron intentar primero con la pesca que con cualquier otra cosa. Se alejaron caminando descalzos sobre el pedregullo, y bordeando una de las redondeces del lago, llegaron hasta la orilla contraria a la cual solíamos nadar.

Prepararon las cañas con los anzuelos y las carnadas, y luego se sentaron a probar suerte durante un rato. Al cabo de casi una hora sin haber tenido ningún éxito, era evidente que su paciencia se había agotado.

Yo los observaba desde donde estaba y notaba el disgusto en el rostro de Jared. Él escudriñaba el agua y le costaba horrores mantenerse quieto. Bufaba y movía la caña de un lado al otro, con ello se ganó las reprimendas de Jeremy y Alex, quienes lo acusaron de espantar a las posibles presas.

Finalmente se resignaron al fracaso y guardaron los elementos, se quitaron las camisetas sin mangas que llevaban puestas y se lanzaron al agua fresca. En menos de cinco minutos, el rostro de Jared se había transformado y volvía a estar tan radiante como el sol.

—¡Ven, Margareth! —Me gritaba Jared, mientras chapoteaba y salpicaba a Alex y a Jeremy—. ¡Ven! ¡El agua está deliciosa! —Seguía diciéndome, sin dejar de reír a carcajadas.

Para ser francos, la sonrisa de Jared, era preciosa. Los dientes blancos y parejos resaltaban en su cara bronceada, y sus ojos azules, ese día tenían el mismo color del cielo despejado.

—Margareth... ¡Margareth! —gritó Sophie.

—¿Por qué me gritas, Sophie?

—¡Jared te está llamando! ¿No lo escuchas acaso? ¿Qué te sucede, Margareth? —Me preguntó Sophie, mirándome con una de sus miradas especuladoras—. ¡Te quedaste embobada!

—Lo siento... no lo escuché. Estaba distraída —le respondí algo turbada y desviando la mirada.

Era cierto, Sophie no se equivocaba. Me había quedado embobada, y la verdad era que me había quedado contemplando a Jared. Nunca me había dado cuenta de que él se parecía tanto a Carlos.

Los hermanos compartían los rasgos, pero no los tonos. Tenían los mismos ojos grandes y expresivos, bordeados por largas pestañas; y mientras que en Carlos eran de un verde impresionante, en Jared eran azules como el cielo. Los dos tenían una nariz larga y recta, boca grande y con labios generoso.

Carlos era más moreno, tenía el cabello lacio y negro. Jared, generalmente estaba bronceado por pasar mucho tiempo al aire libre, pero su piel era más clara y los cabellos castaños muy claros, le brillaban al sol con hebras doradas; su rostro era hermoso como el de su hermano, pero

ligeramente más estilizado. Recuerdo que me obligué a volver a la realidad sacudiendo la cabeza bruscamente.

—¿Qué quieres, Jared? —le pregunté, intentando disimular cuánto me había afectado.

Sin embargo, en ese extraño instante de mi vida, algo había sucedido en mi interior, aunque yo aún no lo pudiera explicar con total certeza.

—¡Uff! ¡Por fin me oyes! —refunfuñó—. ¡Vamos a nadar, Margareth! —Al tiempo que decía esto, salió del agua y se acercó a mí.

—Ahora no, Jared —le dije, todavía no repuesta del todo.

—¡Vamos, Margareth! Te juego una carrera hasta aquella orilla, ¿quieres? —señaló con la cabeza y al hacerlo, sus cabellos mojados me salpicaron.

El agua fresca sobre mi piel tibia por el sol me provocó un estremecimiento... Hoy me pregunto si tal vez el agua y el sol no habían tenido nada que ver con ello y sí la persona que estaba frente a mí. Tampoco lo supe en ese momento.

Jared me tomó de la mano y jaló de ella para levantarme.

—¡Vamos, Margareth! —volvió a repetir mientras jalaba de mi mano.

—¡Jared, vas a arrancarme el brazo! —lo reprendí, fingiendo fastidio.

—¡Uy, qué exagerada eres! —masculló y soltó mi mano.

Se cruzó de brazos y me observó con la cabeza levemente ladeada hacia la derecha y una sonrisa pícaro dibujada en sus labios... ¡Dios! ¡Esa tarde descubrí cuánto era que me gustaba su sonrisa!

—¡Juguemos esa carrera! —volvió a insistir.

—¿Tengo opción? —le pregunté, entornando los ojos.

—¡Claro que no tienes opción! —me dijo sonriente.

Bufé, antes de impulsarme con fuerza hacia arriba para levantarme del suelo, al mismo tiempo que él se inclinaba para ayudarme, y entonces nos chocamos las cabezas.

—¡Ay! —exclamamos a la vez.

—Lo siento, Margareth —su voz había sonado tan apenada que levanté los ojos hacia los suyos, y al ver su genuina preocupación, contuve el aliento—. Yo sólo quería ayudarte a ponerte de pie —se excusó.

—Lo sé, Jared, no te preocupes —lo tranquilicé—. Además no ha sido tu culpa.

—Déjame ver... ¿Te has lastimado? —me preguntó, mientras me acariciaba la frente en donde me había golpeado segundos antes.

Al sentir su mano fresca sobre mi frente tibia, volví a sentir aquella sensación recorrerme. En esa ocasión volví a atribuirlo al sol y al agua... Hoy tengo mis dudas.

—No es nada, y tú no estás mejor que yo —alargué la mano hacia su frente y noté cuando él contuvo el aire un instante.

Sentí una corriente, un estremecimiento en mi interior al tocarlo.

Recuerdo que con aquella impresión, sí supe, en ese instante, que había sido provocada por Jared.

Se oyeron unas risitas a nuestras espaldas. Y como no podía ser de otra manera, eran las gemelas Pimentel que se burlaban de nosotros.

—¡Mira, Sophie! ¡Mira a este par! ¡Ahora hasta compartirán chichones iguales! —se burló Diana.

—¡Tienes razón Diana! ¡Estos dos son increíbles! —respondió Sophie y se alejaron riendo antes de que pudiéramos atraparlas.

—No les hagas caso, Margareth —susurró Jared.

Lo miré a los ojos y le sonreí.

—¡Por supuesto que no voy a hacerles caso!

Jared sonrió y en su sonrisa pude percibir alivio. Ahora me pregunto si él, en ese momento, no habrá temido que yo me sintiera cohibida con las bromas y resolviera alejarme de él. Jamás hubiese resuelto algo así. Jared era mi mejor amigo y nada conseguiría que yo me alejara de su lado.

Me quité la camiseta sin mangas de color blanco y el short de algodón haciendo juego y me quedé con un bikini azul con corazoncitos rosa chicle estampados. Jared me miró fugazmente, me tomó de la mano y juntos corrimos hacia el lago. Una vez en la orilla, nos zambullimos dando volteretas desde el pequeño muelle de troncos y nos dedicamos a jugar esa carrera.

Los dos éramos rápidos nadadores.

Cada semana abríamos una cuenta mental en la que registrábamos los triunfos de cada uno y al llegar al final de la semana, veíamos quien había sido el vencedor absoluto. A esa altura de la semana, teníamos registradas tres victorias a favor de Jared y dos a favor mío.

En esa carrera, al llegar a la meta con sólo dos segundos desventaja, pude anotarme un triunfo, ¡y ahora el marcador estaba en empate! El desafío mayor estaba instalado y al día siguiente veríamos quien sería el campeón semanal.

Yo tenía pensado hacer mi mayor esfuerzo y hacerme con el triunfo y Jared no me dejaría semana, así que la próxima carrera sería casi a muerte, sin contar que el premio mayor constaba en que el ganador tenía derecho a poner una prenda o pedir un deseo que el perdedor debía cumplir.

Permanecimos jugando en el agua hasta bastante tarde.

Cuando el aire había comenzado a sentirse fresco, nos secamos un poco y nos quedamos conversando junto a la orilla.

Alex había llevado un termo con té caliente y ese instante era el ideal para disfrutarlo. La bebida reconfortó nuestros cuerpos, los cuales con la ropa aún mojada se estaban enfriando.

De todos modos, no nos quedamos mucho tiempo más junto al lago y cuando empezó a caer el sol, tiñéndolo todo con matices anaranjados, regresamos a la casa. Alex y Jeremy acompañaron a las gemelas, mientras que Jared y yo teníamos que cruzar el bosquecito en la dirección contraria a la de ellos.

—¿Viste, Margareth, la cara de Sophie cuando Alex la empujó al lago? ¡Dios mío, parecía un pez cómo boqueaba!

No podíamos dejar de reír mientras recordábamos los juegos de la tarde. Íbamos uno junto al otro, sin tocarnos, aunque la distancia que nos separaba era tan escasa, que de tanto en tanto nos rozábamos al caminar y cada vez que esto ocurría, yo sentía un extraño cosquilleo en ese pedacito de piel que había estado en contacto con la de Jared. Sin dudas, ese día yo había empezado a sentir cosas por él, sin embargo no me detuve a analizarlas; ni siquiera les dediqué un pensamiento porque no era capaz de comprenderlas.

—¡Ha sido increíble! —le respondí, desternillándome de la risa.

—¿Sabes? Creo que a Jeremy le gusta Diana —me dijo y su tono sonaba algo serio ahora, su vista parecía estar fija en algún punto entre el suelo y el horizonte.

—Sí, yo también lo creo... ¡Es más, estoy segura! —Exclamé entusiasmada y con la risa un poco histérica—. ¡Tenemos que averiguar si a ella también le gusta él! Aunque ahora que lo pienso, sospecho que sí —entonces le conté en secreto—: no digas que te he dicho esto, pero el

viernes en clase, Diana no le sacaba los ojos de encima a Jeremy... ¡Sí, Jared, creo que a Diana le gusta Jeremy! —recalqué.

—¿Y a ti? —se detuvo abruptamente y me miró con seriedad. Me pareció que sus ojos traslucían... ¿Esperanza? ¡No! ¡No podía ser!—. ¿Te gusta alguien, Margareth? —preguntó al fin.

—Yo... yo... ¿Por qué quieres saberlo? —Indagué bruscamente y luego continué hablando intentando evadir su pregunta—: Yo nunca te he preguntado a ti si te gusta alguien.

—¿Quieres que te lo diga? Porque no me molestaría que lo supieras —indicó con la voz firme y se acercó a mí, más cerca aún de lo que estábamos. Habíamos quedado a solo dos pasos y su voz se había hecho más suave cuando añadió—: ¡A mí sí que me gusta alguien! ¡Me gusta muchísimo alguien!

Yo hice un cobarde paso hacia atrás, luego otro y le dije:

—Mee... —¡Santo Dios! ¡Recuerdo que parecía una oveja!—. Mejor guar...eh... ¡Guardamos el secreto! ¿Sí? Yo no te digo a ti y tú, tú... no me lo dices a mí. ¡Creo que es lo mejor!

Jared volvió a avanzar dos pasos para acercarse a mí. Yo sentía que mi cuerpo temblaba. ¿Pero por qué? ¿Tenía miedo? ¿Ansiedad? ¿Expectación? Creo que la definición apropiada sería, Confusión. Yo estaba confundida, demasiado confundida y eso era lo que más me aterraba.

—¡Creo que voy a decírtelo! ¡Ahora! —sentenció Jared.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo porque en ese momento escuchamos un murmullo de voces al otro lado de los árboles, y yo no desperdiicé la oportunidad de distracción. ¡Claro que no sabía que después me arrepentiría!, porque nada me había preparado para lo que mis ojos tendrían que contemplar segundos después.

—¡Escucha! —susurré, me alejé un paso y señalé hacia la dirección de la que provenían las voces. Después, en voz casi inaudible, añadí—: Hay alguien detrás de los árboles. Veamos quienes son.

—Estábamos hablando, Margareth —protestó, él también en un murmullo.

—Luego podemos seguir conversando, ahora vayamos a espiar quienes están en el claro —modulé las palabras para no ser oída.

—Bueno, vamos... —Jared no sonaba muy entusiasmado con la idea—. ¿Acaso tengo otra opción? —preguntó, imitando el tono que yo había usado antes con él.

—¡Claro que no! —lo tomé de la mano y caminamos sigilosos hacia el lugar.

Aún había claridad y pudimos distinguir perfectamente a las dos personas. Una era Ivonny Figueroa, Una rubia muchachita curvilínea de unos veinte años, de carácter para nada agradable, pero preciosa.

Ella estaba de pie, apoyada en el tronco de un gran roble y con sus brazos alrededor del cuello... ¡de Carlos! Mientras él le rodeaba la cintura ¡y la besaba en la boca! ¡Creí que moriría de bronca en ese preciso momento! ¡Y lo hubiese preferido, antes de sufrir la humillación que me esperaba a los pocos segundos!

Jared comenzó a reír ante la escena que tenía delante. Yo ahogué un grito desesperado y salí corriendo sin poder contener el llanto. Ante tal alboroto, Carlos cortó el beso y levantó los ojos justo a tiempo para no perderse el momento en el que yo, con los ojos nublados y sin poder ver absolutamente nada, tropezaba con una raíz y quedaba despatarrada en el suelo.

En pocos instantes tenía un gran público a mi lado, compuesto por los dos hermanos que trataban de levantarme preocupados y la despreciable Ivonny Figueroa, que me miraba indignada por haberle interrumpido su momento romántico.

¡Bien! Pensé. ¡Maldita bruja!

Pero de nada me servía despotricar en contra de Ivonny, porque la verdad era que yo no podía dejar de llorar. Tenía la cara llena de tierra y con las lágrimas, bueno... ¡No estaba para nada presentable! Quería morir, desaparecer, hacerme invisible, correr... ninguna opción era viable, así que me senté con las piernas cruzadas y lloré. No sé por qué lloraba más: ¿Si por el beso que vi, por mi aspecto o por la vergüenza que sentía?

—¡Ya, Margareth! Deja de llorar, pequeña y dime, ¿dónde te duele? —me preguntó Carlos, con la ternura que lo caracterizaba cada vez que se dirigía a mí.

Yo lloraba aún más.

El corazón, el alma, hubiese dicho, pero me callé.

—¡Vamos, Margareth! ¿Te has hecho mal en el pie? ¿Te has golpeado la cara? —quiso saber, mientras me limpiaba el rostro con su pañuelo de algodón.

—¡No! Ya... ya se me pasará. Por favor, Carlos, vete. Váyanse todos... Quiero estar sola —sollocé avergonzada.

—De ninguna manera te dejaré sola —dijo él con firmeza y a su espalda se oyó un bufido acompañado de un tono irritado.

—¿Quién es esta mocosa? —indagó la rubia, con desprecio.

—¡Cuida tus palabras, Ivonny! —espetó Carlos en tono seco—. Ella es Margareth. Es como si fuese mi hermanita pequeña y no soportaré que la insultes, ¿de acuerdo?

Ante esas palabras, yo volví a llorar.

—¡No soy tu hermanita, y no soy pequeña! —repliqué indignada.

—¡Sí que lo eres! —exclamó sonriente, mientras me removía los cabellos en un gesto cariñoso—. Y ahora déjame auxiliarte. Te ayudaré a levantarte y te llevaré a tu casa —dictaminó el Aguilar de los ojos verdes, quien me sostuvo por debajo de los brazos y me puso de pie. —Ya me has levantado, ahora puedes irte, Carlos.

—Shhh —me silenció. Después volteó el rostro y habló con su hermano—: Jared, por favor escolta a Ivonny hasta la parada del autobús, que yo acompañaré a Margareth hasta su casa.

—¡No hace falta! —Indicó Jared, irguiéndose en toda su estatura—. Yo puedo llevar a Margareth y tú puedes ir con tu novia o seguir con... ejem, bueno... lo que estaban haciendo.

—¡No es mi novia! —expuso Carlos, y tres pares de ojos lo miramos asombrados. Y cabe agregar que Ivonny estaba bastante enojada también.

—¿Qué? ¿No soy tu novia? —gritó.

—¡Claro que no, sólo somos amigos! Aunque ahora no lo vamos a discutir —descartó el asunto, luego dirigió su mirada a su hermano y prosiguió—: Yo llevaré a Margareth. Si ella no puede caminar habrá que cargarla y tú, Jared, no podrías.

Era verdad. Jared aún conservaba el cuerpo delgado de un muchachito, mientras que el cuerpo de Carlos era más amplio y más fuerte; ya era todo un adulto.

—¡Si fuera necesario cargarla, lo intentaría! —expuso Jared, herido en su orgullo.

—Gracias, pero no hará falta, creo que podré caminar —dije, tratando de recuperar la compostura; pero al intentar dar un paso sentí una fuerte punzada en el tobillo izquierdo y no pude reprimir el dolor al tiempo que mis piernas me fallaron.

Unos fuertes brazos me levantaron del suelo y sin decir palabra, Carlos se encaminó hacia la casa. Pude oír unas maldiciones con voz femenina a lo lejos pero no me importó, pasé mis brazos alrededor de su cuello y apoyé la cabeza en su hombro.

Si de mí hubiese dependido, ese instante no hubiese terminado.

Una voz me sacó de mis pensamientos.

—¡Estás muy delgada, no pesas más que una pluma!

—¿Qué? —chillé y levanté mi cabeza del cómodo refugio que había encontrado, para mirarlo a los ojos.

—¡Nada! —En sus labios tenía una de sus sonrisas—. Sólo quería ver si te habías quedado dormida. Estabas muy quieta —explicó—. Aunque es verdad que estás muy delgada, Margareth. ¡Creo que hasta Jared podría haberte cargado!

Me alcé de hombros restándole importancia al comentario, aunque me había dolido un poco. Era cierto que estaba muy flaca, pero yo siempre había sido así. Si tenían que describirme en ese momento, lo adecuado hubiese sido decir que era puro cabello y ojos. Largos, muy abundantes rizos castaños y ojos demasiado enormes para mi rostro. ¡Algo así como los ojos de los animes!

—Ella... ¿Es verdad que eh... no es tu novia?

—¡Mhmm! Ivonny no es mi novia.

—¡Pero la estabas besando! —exclamé en tono de reproche.

Yo ya no apoyaba mi cabeza en su hombro y esa posición me dejaba con los labios de Carlos casi a la altura de los míos. Me deleité mirando su boca y comprobé que sus labios gruesos se parecían demasiado a los de Jared... y sin aviso me vino a la mente una imagen de la sonrisa de Jared y de sus preciosos ojos azules.

¿Por qué había pensado en Jared justo en ese momento?

¿Justo cuando el chico que yo había querido desde que tenía uso de razón, me llevaba en sus brazos?

—Mira, pequeña...

—¡No me llames así! —reclamé enfurecida.

—De acuerdo. Pero siempre te he llamado “pequeña” y nunca te disgustó —se justificó, observándome de reojo.

—¡Ahora sí me molesta!

—¡Ok! ¡No te enfades, Margareth!

—De acuerdo, no me enfadaré, pero quiero hacerte una pregunta, Carlos.

—¿Qué quieres saber?

—Entonces, eh... —empecé a decir con bastante timidez—. ¿Puedes besar a alguien, así como tú la besabas a Ivonny, y no ser novios?

—A veces, sí.

—¡Ah!... ¿Entonces no hay problema si algún muchacho me besa y no es mi novio? —averigüé con inocencia.

—¡Oh, sí, Margareth! Ese muchacho estaría en un gran problema, porque yo lo molería a golpes —indicó con tono sobreprotector—. ¡Es distinto! Tú eres peq... es decir... ¡Diablos! ¡No deberías estar pensando en esas cosas!

—¿Pero si yo quisiera que me besaran? Por ejemplo... ¿Podrías besarme tú, ahora? Nunca me han besado, ningún chico, digo... me gustaría que me besaras tú, Carlos, como la besabas a Ivonny.

—¡No, Margareth! Algún muchacho te besará cuando seas mayor, pero no seré yo —Carlos me respondió sonriendo, sin ser consciente de lo importante que era esa respuesta para mí—. ¡Besarte sería cómo besar a mi hermanita pequeña! —agregó, casi horrorizado.

—Pero yo no soy tu hermanita, ni tampoco soy pequeña —refuté en un murmullo apenas audible, y no pude evitar que mi voz sonara triste.

—¡Para mí, es como si lo fueras! Y siempre sentiré eso por ti.

—¿Y cuando yo crezca, me besarás? ¿Cuándo deje de ser una niña, vas a querer besarme? —

le pregunté con inocencia.

—¡No, Margareth! No importa cuántos años tengas, para mí siempre serás mi pequeña hermanita y nunca te besaré más que en la mejilla.

—¡Eso es injusto! —exclamé.

Carlos sólo sonrió y me removió el cabello soplando sobre mi cabeza. Para él, aquello no era más que un capricho de niña...

En ese momento me hubiese gustado decirle algo más, volver a insistir con el asunto del beso, pero ya habíamos llegado a casa y no pudimos seguir hablando.

Mamá nos había visto por la ventana y ya salía a nuestro encuentro. Ella se asustó un poco al verme llegar en esas condiciones, aunque para esas alturas ella ya debería haber estado acostumbrada con las veces que Jared y yo volvíamos lastimados de nuestros entretenimientos arriesgados y diabluras inagotables.

Carlos me dejó con mis padres y se retiró, no sin antes ofrecerse a acompañarnos; pero mi padre le indicó que no era necesario, pero que luego necesitaba hablar con él, entonces me saludó con un beso fraternal en la mejilla y Carlos cruzó la calle hacia su casa.

Mi madre me ayudó a lavarme y a cambiarme de ropa, después me llevaron al hospital en el viejo coche de papá.

Aguanté estoicamente todo tipo de estudios y exámenes, y por último, el doctor me vendó el tobillo en el que tenía un esguince, pero no había fractura.

En pocos días estaría totalmente recuperada, había dicho el traumatólogo... Del tobillo seguramente sí, ¿pero la desilusión, tiene cura?, había pensado yo.

* * * *

2017

Esa noche, Jared y yo estábamos invitados a la fiesta de cumpleaños de Patricia. Ella era una compañera nuestra de universidad, cuya familia era una de las más adineradas de la zona y se comentaba que la fiesta que sus padres habían organizado sería increíble y que hasta habría una banda que tocaría en vivo.

Había ido con mi mamá de compras y luego de varias pruebas, nos habíamos decidido por un vestidito corto, de color azul, con breteles finitos ribeteados con hilo plateado. Yo seguía estando delgada, aunque con veinticinco años, ya tenía formas más pronunciadas y redondeadas que cuando era adolescente.

Me dejé el cabello suelto, que me llegaba hasta mitad de la espalda. Mis rizos ahora estaban más controlados y no alborotados como cuando era pequeña, y mis ojos ya no resultaban desproporcionados a mi rostro. Aunque seguían siendo ojos grandes, ahora se veían bonitos en todo el conjunto. No me maquillé, puesto que prefería el estilo más natural, así que sólo me puse un poquito de brillo rosa en los labios, perfume dulce y ya estaba lista.

Me miré en el espejo.

¡Me gustaría que Carlos me viese así!, había pensado en ese momento.

Yo ya no parecía una niñita y anhelé saber qué hubiese pensado él de mí al verme así arreglada. Pero desde que se graduó como mecánico, hace algunos años, solo lo veía cuando le hacía trabajos en la casa a mi padre o a los vecinos.

Carlos trabajaba medio turno en una empresa a las afueras del pequeño pueblo de San Antonio, y eso le impedía estar mucho tiempo cerca de su familia, por lo tanto, ya no se la pasaba tan cerca de Jared ni de mí.

En la única ocasión en la que Carlos y yo habíamos cruzado palabras fue porque mis padres y yo íbamos saliendo de viaje a casa de la abuela en El Hatillo y el coche no arrancaba, mi padre lo llamó y luego me dijo que no lo distrajesen para que pudiésemos salir a casa de la abuela.

La última vez que lo vi fue hace unas semanas. Acababa de llegar a casa luego de varios días en las afueras del pueblo y me fijé que estaba en su cuarto, el cual queda justo frente al mío. Notó mi presencia y me guiñó el ojo como saludo. Me derretí por dentro y le devolví el gesto con la mano.

Entrecerré las cortinas de mi pequeño balcón, necesitaba un baño luego de ese largo viaje.

Me di la vuelta para coger mi bata de baño y noté que no había pasado bien las cortinas y ¡Carlos me estaba viendo! Me tapé lo más pronto posible y él sólo sonrió... Ojalá no lo hubiese hecho.

Esa tarde escuche ruidos y quejidos a las afueras de mi balcón, pensé que era Jared como los viejos tiempos, así que sólo esperé a que tocara la ventanilla para abrirle.

Tocaron la ventanilla y supe que no era mi mejor amigo, él no tocaba de esa manera. Me asomé y ¡Carlos! ¡¿Qué hacía Carlos ahí?!

Le abrí y me aproximé a preguntarle:

—¡Carlos, que sorpresa! ¿Qué haces aquí? ¿Le pasó algo a Jared? —pregunté acelerada.

—No, no le ha pasado nada a Jared. Solo pasé a saludarte —. Sus ojos ya no me veían de la misma forma... esta vez había algo más... ¿deseo? No, no podía ser, él siempre me había dejado en claro que siempre me vería como su hermanita menor, seguramente el viaje me había caído pesado y el cansancio estaba haciendo que pensara cosas que nunca pasarían.

—Ah... ¿Quieres hablar con mi padre? ¿Quieres algo de beber? —Abrí la puerta mientras esperaba su respuesta.

—No, Margareth. Vine a preguntarte si aún querías el beso que tanto anhelaste a los quince años y me negué a darte... —Sonrió y yo me quedé petrificada, no sabía qué hacer y él ya había dado dos pasos hacia mí.

Cerré la puerta a mis espaldas y trate de calmarme.

—¿Estás jugando, Carlos? —Pregunté aún asombrada.

—No, para nada.

Dio dos pasos más hacia mí y con una mano apartó el cabello de mi cuello. Con su pulgar acariciaba la comisura de mis labios y me veía como que si estuviese esperando una respuesta para seguir.

Di un corto paso y ya podía respirar el mismo aire que él. Sonrió ampliamente y se inclinó hacia adelante.

Y, por fin, Carlos me besó como había deseado que me besara desde mi adolescencia.

Fue un beso profundo.

Húmedo.

Largo.

—¡Para Carlos! —me separé y me vio extrañado.

—¿Qué pasa, Margareth? ¿No te ha gustado? —preguntó preocupado.

—No no... No, para nada. Sólo que... —dije nerviosa, no sabía cómo terminar la oración— aún soy virgen.

—¿Qué?! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Margareth... Tienes veinticinco años, no puede ser posible que... —lo interrumpo.

—No ha salido el tema. No tengo por costumbre ir contando por ahí mi vida sexual. Además... tenemos mucho que no hablamos como antes.

Me contemplo las manos. ¿Por qué me siento culpable? ¿Por qué está tan rabioso? Lo miro.

—Bueno —me dice bruscamente. Y aprieta los labios—. Sabía que no tenías mucha experiencia, pero... ¡virgen! —Lo dice como si fuera un insulto—. Mierda, Margareth, podría meterme en un gran lío con tu padre por esto... —se queja—. Que Dios me perdone. ¿Te han besado alguna vez, sin contarme a mí?

—Pues claro —le contesto intentando parecer ofendida. Está bien... quizá un par de veces.

—¿Y no has perdido la cabeza por ningún chico guapo? De verdad que no lo entiendo. Tienes veinticinco años, casi veintiséis —repitió— Eres bellísima.

Vuelve a pasarse la mano por el pelo. Bellísima. Me ruborizo de alegría. Carlos me considera linda. Entrelazo los dedos y los miro fijamente intentando disimular mi estúpida sonrisa. Quizá es miope. Mi adormecida subconsciente asoma la cabeza. ¿Dónde estaba cuando la necesitaba?

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —le susurro.

—No estoy molesto contigo. Estoy molesto conmigo mismo. Quería esto... Te deseo desde hace un tiempo, para ser exactos desde aquel día que estaba reparando la lava vajillas de tu madre y bajaste con ese diminuto pijama...—Suspira, me mira detenidamente y mueve la cabeza—. ¿Quieres que me vaya? —me pregunta en tono dulce.

—No, a menos que tú quieras irte —murmuro. No, por favor... No te vayas.

—Claro que no. Me gusta estar aquí, contigo —me dice frunciendo el ceño, y observa el reloj y se queda pensativo—. Es tarde, tus padres deben de estar durmiendo —Y vuelve a levantar los ojos hacia mí—. Estás temblando —me dice con voz ronca y mirándome pensativo.

—Perdona.

—No te disculpes. Es solo que me dan más ganas de besarte y morderte... fuerte. —se queda lelo viendo mi boca— los labios, claro.

Me quedo boquiabierta... ¿Cómo puede decirme esas cosas y pretender que no me afecten?

—Ven —murmura.

—¿Qué?

—Vamos a arreglar esto ahora mismo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué cosa arreglaremos?

—Te haré el amor ahora mismo.

—Oh.

Siento que el suelo se mueve. No puedo creer que esto vaya a pasar con el amor de mi vida. Contengo la respiración.

—Si quieres, claro. No quiero tentar a la suerte.

—Creía que no te gustaban las chicas sin experiencia. Además, tampoco pensaba que te gustaba.

Trago saliva.

De repente se me secó boca.

Me lanza una sonrisa perversa que me recorre el cuerpo hasta llegar a...

—Puedo hacer una excepción. De verdad quiero hacerte el amor. —me dice con mirada intensa.

Me ruborizo... Madre mía... Mis deseos se hacen realidad.

—¿Y si mis padres se despiertan? —Estaba realmente nerviosa ¿o ansiosa?

—Olvídate de todos por esta noche. Te deseo. Sé que tú también me deseas. Margareth, por favor.

Me tiende la mano con ojos brillantes, ardientes... excitados, y se la agarro. Tira de mí hasta rodearme entre sus brazos. El movimiento me toma por sorpresa y de pronto siento todo su cuerpo pegado al mío. Me recorre la nuca con los dedos, enrolla mi cola de caballo con su mano izquierda y tira suavemente para obligarme a levantar la cara. Está mirándome.

—Eres muy valiente —me susurra—. Siempre me has gustado.

Sus palabras son fuego puro. Me arde la sangre.

Se inclina, me besa suavemente y me chupa el labio inferior.

—Quiero morder estos labios —murmura sin despegarse de mi boca. Y tira de él con los dientes cuidadosamente.

—Por favor, Margareth, déjame hacerte el amor.

—Sí —susurro.

Veó su sonrisa triunfante cuando me suelta, me agarra de la mano y me conduce a mi cama.

Estoy temblando como una hoja.

Ya está.

Por fin, después de tanto tiempo, voy a hacerlo, y nada menos que con Carlos. Respiro entrecortadamente y no puedo apartar los ojos de él. Se quita el reloj y lo deja encima de mi mesita de noche. Lleva la camisa blanca y unos pantalones grises. Es lindo hasta perder el sentido. Se gira y me mira con expresión dulce.

—Supongo que no tomas la píldora.

¿Qué? Mierda.

—No....

Busca en su billetera y saca un condón. Me mira fijamente.

—Tienes que estar preparada —murmura—. ¿Quieres que cierre las cortinas? Hasta yo he podido verte desde afuera cuando te cambiabas...

—Tú eres el único que tiene vista a mi cuarto —me reí y lo miré fijamente. —No me importa —susurro—.

Se acerca a mí despacio. Está muy seguro de sí mismo, muy sexy, y le brillan los ojos. El corazón se me dispara y la sangre me bombea por todo el cuerpo. El deseo, un deseo caliente e intenso, me invade el vientre. Se detiene frente a mí y me mira a los ojos. Oh, es tan sexy...

—Vamos a quitarte el suéter, si te parece —me dice en voz baja.

Me desliza el suéter por los hombros y lo deja en la silla de mi escritorio.

—¿Tienes idea de lo mucho que te deseo, Margareth? —me susurra.

Se me corta la respiración. No puedo apartar mis ojos de los suyos. Alza una mano y me pasa suavemente los dedos por la mejilla hasta la barbilla.

—¿Tienes idea de lo que voy a hacerte? —añade acariciándome la barbilla.

Los músculos de mi parte más profunda y oscura se tensan con infinito placer. El dolor es tan dulce y tan agudo que quiero cerrar los ojos, pero los suyos, que me miran ardientes, me hipnotizan. Se inclina y me besa. Sus labios exigentes, firmes y lentos se acoplan a los míos.

Empieza a desabrocharme la camisola de seda besándome ligeramente la mandíbula, la barbilla y las comisuras de la boca. Me la quita muy despacio y la deja caer al suelo. Se aparta un poco y me observa. Por suerte, llevo el sujetador azul cielo de encaje, que me queda estupendo.

—Margareth... —me dice—. Tienes una piel preciosa, blanca y perfecta. Quiero besártela

centímetro a centímetro.

Me ruborizo. Me agarra de la cola de caballo, la deshace y jadea cuando la melena me cae en cascada sobre los hombros.

—Me gustan las morenas —susurra

Mete las dos manos entre mis cabellos y me sujeta la cabeza. Su beso es exigente, su lengua y sus labios, persuasivos. Gimo y mi lengua indecisa se encuentra con la suya. Me rodea con sus brazos, me acerca su cuerpo y me aprieta muy fuerte. Una mano sigue en mi pelo, y la otra me recorre la columna hasta la cintura y sigue avanzando, sigue la curva de mi trasero y me empuja suavemente contra sus caderas.

Siento su erección, que empuja contra mi cuerpo. Vuelvo a gemir sin apartar los labios de su boca. Apenas puedo resistir las desenfrenadas sensaciones, ¿o son las hormonas?, que me devastan el cuerpo. Lo deseo con locura. Lo agarro por los brazos y siento sus bíceps. Es sorprendentemente fuerte... musculoso. Con gesto indeciso, subo las manos hasta su cara y su pelo alborotado, que es muy suave. Tiro suavemente de él, y Carlos gime.

Me conduce despacio hacia la cama, hasta que la siento detrás de las rodillas. Creo que va a empujarme, pero no lo hace. Me suelta y de pronto se arrodilla. Me sujeta las caderas con las dos manos y desliza la lengua por mi ombligo, avanza hasta la cadera mordisqueándome y después me recorre la barriga en dirección a la otra cadera.

—Ah —gimo.

No esperaba verlo de rodillas frente a mí y sentir su lengua recorriendo mi cuerpo. Es excitante. Apoyo las manos en su pelo y tiro suavemente intentando calmar mi acelerada respiración.

Levanta la cara y sus ardientes ojos grises me miran a través de las pestañas, increíblemente largas. Sube las manos, deshace el lazo de la tiras de mis pantalones de chal y sin apartar sus ojos de los míos, introduce muy despacio las manos en mi pantalón, las pega a mi cuerpo, las desliza hasta el trasero y avanza hasta los muslos arrastrando con ellas la tela suave de mi pijama. No puedo dejar de mirarlo.

Se detiene y, sin apartar los ojos de mí ni un segundo, se lame los labios. Se inclina hacia delante y pasa la nariz por el vértice en el que se unen mis muslos. Lo siento junto a mi sexo.

—Hueles muy bien —dice.

Cierra los ojos, con expresión de puro placer, y siento como una sacudida. Extiende un brazo, tira del edredón, me empuja suavemente y caigo sobre la cama. Todavía de rodillas, me agarra un pie, y me quita la media. Me apoyo en los codos y me incorporo para ver lo que hace. Jadeo, muerta de deseo.

Me agarra el pie por el talón y me recorre el empeine con la uña del pulgar. Es casi doloroso, pero siento que el recorrido se proyecta sobre mi ingle. Gimo. Sin apartar los ojos de mí, vuelve a recorrerme el empeine, esta vez con la lengua, y después con los dientes. Mierda. ¿Cómo puedo sentirlo entre las piernas? Caigo sobre la cama gimiendo. Oigo su risa ahogada.

—Margareth, no te imaginas lo que quiero hacerte—me susurra.

Me quita la otra media, y después se levanta y me quita el pijama. Estoy tumbada en mi cama, en bragas y sujetador, y él me mira detenidamente.

—Eres muy hermosa, Margareth. Me muero por estar dentro de ti.

¡Vaya manera de hablar! Es todo un seductor. Me corta la respiración.

Se desabrocha los botones de su pantalón gris y se lo quita despacio sin apartar los ojos de los míos. Se inclina sobre mí, me agarra de los tobillos, me separa rápidamente las piernas y avanza

por la cama entre ellas. Se queda suspendido encima de mí. Me retuerzo de deseo.

—No te muevas —me dice.

Se inclina, me besa la parte interior de un muslo y va subiendo, sin dejar de besarme, hasta mis bragas de encaje.

Ay... No puedo quedarme quieta. ¿Cómo no voy a moverme? Me retuerzo debajo de él.

—Quédate quieta, nena.

Sigue besándome la barriga y me introduce la lengua en el ombligo. Sus labios ascienden hacia el torso. Me arde la piel. Estoy sofocada. Por un momento siento mucho calor, luego frío, y arañeo la sábana.

Carlos se tumba a mi lado y me recorre con la mano desde la cadera hasta el pecho, pasando por la cintura. Me observa con expresión impenetrable y me rodea suavemente los pechos con las manos.

—Encajan perfectamente en mi mano, Margareth —susurra.

Mete el dedo índice por la copa de mi sujetador, la baja muy despacio y deja mi pecho al aire, empujado hacia arriba por la varilla y la tela. Desplaza el dedo a mi otro seno y repite el proceso. Los pechos se me hinchan y los pezones se me endurecen bajo su insistente mirada. El sujetador mantiene alzados mis senos.

—Muy bonitos —suspira admirado.

Y los pezones se me endurecen todavía más. Me chupa suavemente un pezón, desliza una mano al otro pecho, y con el pulgar rodea muy despacio el otro pezón y tira de él. Gimo y siento que una dulce sensación me desciende hasta la ingle. Estoy muy húmeda. Oh, por favor, suplico para mis adentros agarrando con fuerza la sábana.

Cierra los labios alrededor de mi otro pezón, y cuando lo lame, casi siento una convulsión.

—Quiero que te vengas así... —me susurra. Y sigue con su lenta y sensual incursión. Mis pezones sienten sus hábiles dedos y sus labios, que encienden mis terminaciones nerviosas hasta el punto de que todo mi cuerpo gime en una dulce agonía, pero él no se detiene.

—Por favor... Carlos —le suplico. Tiro la cabeza hacia atrás, con la boca abierta, y gimo.

Siento las piernas entumecidas. Maldita sea, ¿qué está pasándome?

—Déjate ir, nena —murmura.

Me aprieta un pezón con los dientes, con el pulgar y el índice tira fuerte del otro, y me dejo caer en sus manos. Mi cuerpo se agita y estalla en mil pedazos. Me besa profundamente, metiéndome la lengua en la boca para absorber mis gritos. ¡Dios mío! Ha sido fantástico. Ahora ya sé a qué viene tanto asombro ante mi reacción. Me mira con una sonrisa satisfecha, aunque estoy segura de que no es más que gratitud y admiración por mí.

Vuelve a besarme. Mi respiración es todavía irregular mientras me recupero del orgasmo. Desliza una mano hasta mi cintura, mis caderas, y la posa en mis partes íntimas... Ay. Introduce un dedo por el encaje y lentamente empieza a trazar círculos alrededor de mi sexo. Cierra los ojos por un instante y contiene la respiración.

—Estás muy húmeda. No sabes cuánto te deseo.

Introduce un dedo dentro de mí, y yo grito mientras lo saca y vuelve a meterlo. Me frota el clítoris con la palma de la mano, y grito de nuevo. Sigue introduciéndome el dedo, cada vez con más fuerza. Gimo. De repente se sienta, me quita las pantis y las tira al suelo. Se quita también él los calzoncillos y libera su erección. ¡Dios santísimo!

Alarga el brazo hasta la mesita de noche, agarra el condón y se mueve entre mis piernas para que las abra. Se arrodilla y desliza un condón por su largo miembro. Oh, no... ¿Cómo va a entrar?

—No te preocupes —me susurra mirándome a los ojos—. Tú también te dilatas.

Se inclina apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza, de modo que queda suspendido por encima de mí. Me mira a los ojos con la mandíbula apretada y los ojos ardientes. En este momento me doy cuenta de que todavía lleva puesta la camisa.

—¿De verdad quieres hacerlo? —me pregunta en voz baja.

—Por favor —le suplico.

—Levanta las rodillas —me ordena en tono suave.

Obedezco de inmediato.

—Ahora voy a cogerte, dulce Margareth —murmura colocando la punta de su miembro erecto delante de mi sexo.

Y me penetra bruscamente.

—¡Aaay ! —grito.

Al desgarrar mi virginidad, siento una extraña sensación en lo más profundo de mí, como un pellizco. Se queda inmóvil y me observa con ojos en los que brilla el triunfo. Tiene la boca ligeramente abierta y le cuesta respirar. Gime.

—Estás muy cerrada. ¿Estás bien?

Asiento con los ojos en blanco y agarrándome a sus brazos. Me siento llena por dentro. Sigue inmóvil para que me aclimate a la invasiva y abrumadora sensación de tenerlo dentro de mí.

—Voy a moverme —me susurra un momento después en tono firme.

Oh. Retrocede con exquisita lentitud. Cierra los ojos, gime y vuelve a penetrarme. Grito por segunda vez, y se detiene.

—¿Más? —me susurra con voz salvaje.

—Sí —le contesto.

Vuelve a penetrarme y a detenerse. Gimo. Mi cuerpo lo acepta... Oh, quiero que siga.

—¿Otra vez? —me pregunta.

—Sí —le contesto en tono de súplica.

Y se mueve, pero esta vez no se detiene. Se apoya en los codos, de modo que siento su peso sobre mí, aprisionándome. Al principio se mueve despacio, entra y sale de mi cuerpo. Y a medida que voy acostumbrándome a la extraña sensación, empiezo a mover las caderas hacia las suyas. Acelera. Gimo y me embiste con fuerza, cada vez más deprisa, sin piedad, a un ritmo implacable, y yo mantengo el ritmo de sus embestidas.

Me agarra la cabeza con las manos, me besa bruscamente y vuelve a tirar de mi labio inferior con los dientes. Se retira un poco y siento que algo crece en lo más profundo de mí, como antes. Voy poniéndome tensa a medida que me penetra una y otra vez.

Me tiembla el cuerpo, me arqueo. Estoy bañada en sudor. No sabía que sería así... No sabía que la sensación podía ser tan agradable. Mis pensamientos se dispersan... No hay más que sensaciones... Solo él... Solo yo... Ay, por favor... Mi cuerpo se pone rígido.

—Córrete para mí, Margareth —susurra sin aliento.

Y me dejo ir en cuanto lo dice, llego al clímax y estallo en mil pedazos bajo su cuerpo. Y mientras se corre también él, grita mi nombre, da una última embestida se queda inmóvil, como si se vaciara dentro de mí. Todavía jadeo, intento ralentizar la respiración y los latidos del corazón, y mis pensamientos se sumen en el caos.

Uf... ha sido algo increíble. Abro los ojos. Carlos ha apoyado su frente en la mía. Tiene los ojos cerrados y su respiración es irregular. Parpadea, abre los ojos y me lanza una mirada turbia, aunque dulce. Sigue dentro de mí. Se inclina, me besa suavemente en la frente y, muy despacio,

empieza a salir de mi cuerpo.

—Ooh.

Es una sensación extraña, que me hace estremecer.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta Carlos mientras se tumba a mi lado apoyándose en un codo.

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—¿Estás de verdad preguntándome si me has hecho daño?

—No seas irónica —me dice con una sonrisa burlona—. En serio, ¿estás bien?

Sus ojos son intensos, perspicaces. Me tiendo a su lado sintiendo los miembros desmadejados, con los huesos como de goma, pero estoy relajada, muy relajada. Le sonrío. No puedo dejar de sonreír. Ahora entiendo a qué viene tanto alboroto.

Dos orgasmos... todo tu ser completamente descontrolado, como cuando una lavadora centrifuga. No tenía ni idea de lo que mi cuerpo era capaz, de que podía tensarse tanto y liberarse de forma tan violenta, tan gratificante. El placer ha sido indescriptible.

—No me has contestado.

Frunce el ceño. Le sonrío con gesto travieso.

—Me gustaría volver a hacerlo —susurro.

Por un momento creo ver una fugaz expresión de alivio en su cara. Luego cambia rápidamente de expresión y me mira con ojos velados.

—¿Ahora mismo?

Se inclina sobre mí y me besa suavemente en la comisura de la boca

Parpadeo varias veces y me doy la vuelta. Me desabrocha el sujetador y me desliza la mano desde la espalda hasta el trasero.

—Tienes una piel realmente preciosa.

Mete una pierna entre las mías y se queda medio tumbado sobre mi espalda. Siento la presión de los botones de su camisa mientras me retira el pelo de la cara y me besa en el hombro.

—¿Por qué no te has quitado la camisa? —le pregunto.

Se queda inmóvil. Acto seguido se quita la camisa y vuelve a tumbarse encima de mí. Siento su cálida piel sobre la mía. Mmm... Es una maravilla. Tiene el pecho cubierto de una ligera capa de pelo, que me hace cosquillas en la espalda.

—Así que quieres que vuelva a tomarte... —me susurra al oído. Y empieza a besarme muy suavemente alrededor de la oreja y en el cuello.

Me levanta las rodillas y se me corta la respiración... ¿Qué está haciendo ahora? Se mete entre mis piernas, se pega a mi espalda y me pasa la mano por el muslo hasta el trasero. Me acaricia despacio las nalgas y después desliza los dedos entre mis piernas.

—Voy a cogerte desde atrás, Margareth —murmura.

Con la otra mano me agarra del cabello a la altura de la nuca y tira ligeramente para colocarme. No puedo mover la cabeza. Estoy inmovilizada debajo de él, indefensa.

—Eres mía —susurra—. Solo mía. No lo olvides.

El sonido del timbre, seguido de la voz de papá, llamándome, me rescató de mis pensamientos.

—¡Margareth! ¿Ya estás lista? —Grito papá desde el vestíbulo—. Porque Jared ya ha llegado. No lo hagas esperar.

—¡Bajo en un minuto, papá! —respondí desde mi cuarto, a través de la puerta entreabierta. Al oír el nombre de Jared, algo en mi interior, sutilmente, se había agitado pues él me había dicho que su hermano, Carlos, nos llevaría. Tenía casi una semana sin verlo, después de nuestro primer encuentro.

Antes de salir sentí el impulso repentino de revisar nuevamente mi aspecto en el espejo. No sabía bien por qué, pero lo hice. Cuando me pareció que estaba todo en orden, descendí la escalera.

Jared me esperaba junto a la puerta... ¡Estaba increíble!

Vestía un pantalón oscuro, llevaba una corbata de color gris perla, estratégicamente floja, que caía sobre una camisa de un azul casi idéntico al de sus ojos y una chaqueta desabrochada del color de los pantalones completaba su atuendo elegante aunque desestructurado.

Llevaba el cabello castaño dorado un poco largo y algunos mechones le caían sobre la frente. Su cuerpo, al igual que el mío, había cambiado. Estaba altísimo. Medía, por lo menos, un metro ochenta y cinco, y se veía que seguiría creciendo; su contextura era atlética.

—¡Estás hermosa! —me susurro, mientras se acercaba a besarme en la mejilla y en ese momento pude percibir su perfume dulce y especiado.

—Tú también estás muy guapo —le respondí sinceramente.

—Chicos vayan o llegarán tarde —nos interrumpió mi padre, quien nos observaba frunciendo el entrecejo.

—Sí, papá, ya nos vamos.

Apenas salí, lo vi. Estaba vestido a su estilo pero elegante, me fallaron las piernas y el me atajó en sus brazos sin dejar de mirarme.

—Adiós papá.

Escuché mi voz como a lo lejos. Me sentía extraña, como caminando sobre una nube; igual que si flotara. No entendía qué me sucedía. Era como si en ese instante yo hubiese estado redescubriendo a ese muchacho, como si de repente, mis ojos realmente repararan por primera vez en él...

Era irónico, porque ya había estado con él y sin embargo, jamás lo había mirado como esa noche yo estaba mirando a Carlos... ¿Realmente nunca lo había mirado así? Me pregunto ahora, tiempo después, y esa pregunta me parece que por lo pronto quedará sin respuesta.

—Tú, muchacho, prométeme que conducirás con cuidado. No quisiera que tuvieran un accidente —escuché a papá desde afuera, encerrada en mi propia burbuja, cuando él se dirigía a Carlos.

Mis ojos se negaban a mirar hacia un lugar en el que no estuviese él... Sus ojos me hechizaban, su sonrisa me fascinaba, su olor me embriagaba.

—No, señor, no se preocupe. Por algo mi padre me ha dejado cargo de llevarlos y traerlos, así que le prometo que iré con cuidado y traeré a su hija, sana, de regreso.

De reojo vi que mi padre asentía con la cabeza. Estaba satisfecho con la respuesta que le había dado Carlos.

—¡Que así sea! —Dijo, y después añadió—: ¿Margareth, a qué hora termina esa fiesta?

—Eh... —¿Qué preguntó papá? Despejé mi cabeza con un sacudón. ¡Ah, sí!, preguntó a qué hora termina la fiesta, me dije. Al menos, esas eran las últimas palabras que mis recuerdos recientes registraban, así que me arriesgué a responder—: No lo sabemos con seguridad, papá; pero no creo que termine antes de las cinco —le respondí.

—Se comentaba en la escuela, que los padres de Patricia habían contratado un servicio

especial para que prepararen un desayuno antes del final —acotó Jared, con una sonrisa de satisfacción en los labios. ¡La comida era su debilidad!

—¡Deja que los muchachos se vayan de una vez, Vincent, ya son suficientemente grandes! —lo reprendió mamá, de manera cariñosa, asomándose desde la cocina.

—Sí, sí. Tienes razón, Mary. Bueno, vayan... —nos instó a nosotros, haciendo un gesto con sus manos, y señalando la puerta.

Nos volvió a observar pensativo, mientras Jared y yo nos sonreíamos con complicidad, mi mejor amigo y yo sabíamos que esta noche sería única. Él mismo esbozo una sonrisa, y luego añadió—: ¡Tengan cuidado y diviértanse!

Tras despedirnos, subimos al automóvil y emprendimos el trayecto.

La presencia de Carlos a mi lado, era sumamente fuerte. Su atención estaba puesta en el camino, con la mirada fija en la carretera y de tanto en tanto se mordía el labio inferior. Me descubrí recordando las miles de veces que había visto ese mismo gesto de concentración en su rostro, por ejemplo, cuando él intentaba resolver algún ejercicio de matemáticas, o cuando era un niño y yo desarmaba sus juguetes para después volver a encastrar cada pieza en su lugar y le pedía ayuda.

Siempre había pensado que nunca me había detenido a observar a Carlos, pero ahora, debo confesar, ¡que no había hecho otra cosa en toda la vida! Comprendí que me sabía de memoria cada una de sus muecas o sus gestos y lo que significaban cada uno de ellos... Y eso me alarmó. Puede que aún no estuviese preparada para aceptarlo.

Antes de llegar, ya se oía la música. Al acercarnos, quedamos sin palabras. Pasamos los portones de reja y seguimos por el ancho corredor asfaltado, iluminado a ambos lados por lámparas en forma de globo. El camino estaba bordeado de inmensos jardines que se extendían hasta perderse de nuestra vista, a lo lejos, engullidos por la oscuridad.

Las suaves lomadas estaban cubiertas de césped parejo y corto; tan perfecto que parecía una alfombra. Los arbustos, diseminados por todo el parque, estaban podados para darles la forma de distintas figuras, como canastas, ángeles y graciosos animalitos que en la penumbra, parecían cobrar vida propia.

De repente volteeé buscando a Jared y me conseguí con Carlos, nos miramos, y en nuestros ojos refulgía el asombro. Carlos se mordió el labio inferior, sofocando una sonrisa, mientras meneaba la cabeza. Nunca habíamos visto tanta opulencia. Luego volvió la vista al frente. Continuamos avanzando y unos metros más allá nos indicaron dónde estacionar.

Una vez que descendimos del automóvil, nos dirigimos a pie hasta la residencia. Caminamos, sin dejar de mirar en todas direcciones, por un bonito sendero de lajas negras, iluminado por antorchas a ambos flancos.

La residencia, con sus paredes de piedra blanca y sus altas columnas presidiendo un brillante suelo de mármol pulido, era realmente imponente. Carlos me tomó de la mano tímidamente.

Nos sentíamos intimidados ante tanta grandeza y necesitábamos del apoyo mutuo para seguir avanzando. Una vez dentro, volvimos a quedar maravillados. De los altos techos con molduras de yeso, caían lánguidamente, formando ondas, suaves colgaduras de sedas de colores y cascadas de globos perlados en distintos matices de rosado. El sonido, la iluminación en los amplios y elegantes salones... cada cosa era acorde al fin que le habían destinado y todo estaba decorado con una exquisitez absoluta.

Nos hicieron pasar al comedor. Allí la luz era suave y agradable. Una dulce melodía permitía conversar al tiempo que se disfrutaba de una cena deliciosa que se extendió bastante entre la

entrada, un primer plato y después el plato principal. Con nuestro grupo de amigos completábamos una de las mesas para seis personas.

Esa noche las miradas entre Jeremy y Diana se hicieron más frecuentes y evidentes. Y yo hubiese podido apostar que esos dos se gustaban desde hacía muchos años, aunque no dedique mucho tiempo en reflexionar acerca de eso. Había otras miradas que también se hacían cada vez más intensas y esas eran entre Jared, que estaba frente a mí, y Sophie; y con cada una de ellas, yo perdía mi capacidad del habla.

Más tarde, Patricia se acercó a cada mesa a saludar a los presentes. Luego de un rápido intercambio de cumplidos en el que le deseamos felicidades y elogiamos la fiesta, el vestido, la música, porque realmente todo ese entorno maravilloso que habían logrado crear nos mantenía fascinados, ella nos pidió formalmente a todos que pasáramos al salón de baile. Éste estaba decorado con centenares de luces multicolores que se encendían y se apagaban rítmicamente invitando a danzar. Allí la música era más alegre y su volumen era mucho más alto que en el comedor.

Ya no recuerdo cuántas canciones, ni con cuántas parejas bailé. En general nos agrupábamos y bailábamos todos juntos, al ritmo de la música disco algunas veces, un poco de rock and roll otras y también algo de pop.

Carlos siempre estaba cerca, y ni cuando él bailó junto a Patricia dejó de mirarme. Siempre sentía sus ojos posados en mí y su mirada me quemaba en la piel. También descubrí algo muy parecido a los celos cada vez que alguna chica se acercaba a él o le coqueteaba desde lejos. Sentía que me querían arrebatar algo que me pertenecía.

Un pensamiento egoísta, por supuesto, ya que Carlos era mi amigo y no mi novio, pero mi sentimiento de posesividad sobre él era absoluto y sólo podía pensar en una cosa: Carlos es mío y no quiero compartirlo con nadie.

Cuando ya estábamos agotadas, las chicas y yo decidimos que era el momento de ir al sanitario a recomponer nuestro aspecto y refrescarnos un poco. ¡También a intercambiar pensamientos!, uno de nuestros pasatiempos favoritos.

—¡Estoy, definitivamente, enamorada de Jeremy! —confesó por fin Diana, entre suspiros, mientras peinaba su melena rubia.

—¡Pues al fin lo reconoces! Desde nuestro picnic en el lago, que lo vengo sospechando. ¡Y él, si no se cansó de esperarte, siente lo mismo por ti! —le dije.

—¡A bueno! —exclamó Diana. Dejó el cepillo dentro de su bolso y giró en redondo, apoyando su cadera en el lavabo y cruzándose de brazos—. ¡Y mira quién habla! ¿Qué hay con Carlos?

—¿Qué pasa con él? —pregunté, haciéndome la desentendida y sintiendo que mi corazón latía desbocado, más frenético que nunca, al escuchar su nombre.

—¿Que, qué pasa con él? ¿Es que no te das cuenta, o no lo quieres reconocer? —retrucó Diana.

—¡Se le nota a kilómetros que se muere por ti! —intervino Sophie.

Esas palabras de mi amiga, me cayeron como un balde de agua helada.

Hasta esa noche en la que había notado que él me miraba, jamás hubiese imaginado que Carlos sintiera algo más profundo por mí, después de lo que pasó pensaba que sólo me quería para eso. Tuve que sentarme. Todo a mí alrededor parecía girar... ¿Acaso él siente también todo este torbellino de cosas que yo estoy sintiendo esta noche por él?, me preguntaba.

—¿De qué están hablando? Él me quiere, sí, pero como a una amiga, igual que yo lo quiero a él —arriesgué—. ¡Eso no vamos a negarlo! Pero de ahí a sentir algo más... —a medida que decía

aquello, esas palabras me sonaban vacías. ¿Qué me sucede?, me preguntaba a mí misma.

—¡No, Margareth! ¡Carlos está enamorado de ti! ¡Siempre lo ha estado! y si no te has dado cuenta, es porque eres una despistada.

—Sophie tiene razón. Carlos no mira a ninguna chica de la forma en la que te mira a ti. Se queda embobado y los ojos le brillan de una forma especial... ¡Y tú también a él! ¡No puedes negarlo!

—¡Dime! ¿De verdad no sientes nada más que una amistad por él? —Sophie me observaba entornando los ojos—. ¡Porque yo hubiese jurado que te gustaba! Cuando estás con él... se te ve radiante —agregó con voz soñadora—. ¡Reconócelo, Margareth!

—No lo sé...

¿Por qué no pude responder que no? ¿Acaso yo no estaba segura de que mis sentimientos especiales estaban dirigidos a otra persona?, me planteé aquella vez, en aquel tocador lujoso. Eso aún me alarmó más, a decir verdad, últimamente no había pensado en nada, menos desde el momento en el que había visto a Carlos en la puerta de casa. ¿Qué me está pasando?, volví a preguntarme.

—¿No lo sabes? ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Por Dios! ¡No lo sé! —quería gritar—. Para serles sincera, si me lo hubiesen preguntado hoy en la mañana, pienso que les hubiese dicho que no... Enamorada de él no... Aunque ahora tampoco de eso estoy convencida —tuve que reconocer—. Pero desde que lo vi en la tarde estoy sintiendo algo inexplicable y ahora... ahora creo que estoy confundida. ¡Esto no puede ser! ¡Necesito sentarme!

—¡Ya estás sentada, Margareth! —exclamó Sophie, entre risas.

—¡Sí!, estoy confundida —repetí, sin hacer caso a mis amigas que se miraban e intercambiaban gestos de asentimiento.

—¡Necesitas contarnos qué te pasa! —dijo una de ellas.

—Mejor no...

—¡Sí! Habla y te ayudaremos. Somos tus mejores amigas y puedes confiar en nosotras —acotó la otra gemela. Estaba tan confundida, que ya ni prestaba atención cuando hablaba una o la otra. Sus voces bombardeaban mi cerebro despiadadamente.

Sophie me rodeó los hombros con su brazo y Diana se acuclilló delante de mí, tomándome de las manos. Esos gestos me hicieron sentir tan reconfortada, que suspiré sonoramente.

—¡Cielos! —exclamé con voz cansina—. Diana, Sophie ¡Claro que son mis mejores amigas! Sin embargo, no me parece que pueda contarles lo que siento.

—¡Sí que puedes, y lo harás! —ese ultimátum, de parte de Diana, me dejó perpleja. Sophie asentía con la cabeza para reforzar las palabras de su hermana. Me estaban presionando claramente, pero por otro lado, yo necesitaba desahogarme o mi cerebro explotaría.

—Está bien —acepté, entonces empecé a hablar—. Quiero con todo mi corazón a Carlos, pero crecí creyendo estar enamorada de su hermano... Que es mi mejor amigo... Jared, hasta hace poco; pero algo cambió y no sé qué es lo que siento ahora... ¿Estaré enamorada de los dos? —se me ocurrió preguntar.

—¿Estabas enamorada de Jared Aguilar? —preguntaron al unísono las gemelas, abriendo mucho sus ojos. Se las veía perplejas. Sophie me miraba con recelo pero sabía que no me reclamaba nada porque prácticamente les estaba confesando mi amor por Carlos.

—Creo que aún lo estoy..., o al menos lo estaba en la mañana —susurré, y mientras decía aquella frase, en mi cabeza se repetía, pero como un interrogante ¿lo estaba, en la mañana?—. Uno

no se desenamora de alguien y se enamora del hermano en un segundo, ¿o sí? ¿O tal vez siempre estuve enamorada de Carlos sin darme cuenta? ¿Es posible algo así? —seguía preguntando.

—¡Nunca hubiese imaginado que dirías lo que acabas de decir! —Declamó Sophie—. ¡Yo estaba segura de que te gustaba el hermano mayor! Es que ustedes nunca se separaban y Carlos te cuidaba más que a su propio hermano, pese a la diferencia de edad claro...

—¡Claro que no nos separamos nunca! Nos criamos juntos, ¿no? —refunfuñé.

—Que se hayan criado juntos no significa nada, Margareth —retrucó, poniendo los ojos en blanco, en un claro gesto de “estoy perdiendo la paciencia”; entonces subió la apuesta—. ¿Has estado algún día sin encontrarte con Carlos?

—Si lo pienso bien, creo que los únicos días en los que no nos vimos, fue cuando tuve que viajar al Hatillo con mis padres y los fines de semana que Carlos, Jared y sus padres visitaban a sus abuelos.

—¿Y qué sentiste esos días sin él? —quiso saber Diana.

—Que eran los peores de mi vida —confesé, sin atreverme a mirarlas a los ojos—. Fueron los días más aburridos y vacíos... No dejaba de pensar en Carlos ni un instante, lo extrañaba... lo necesitaba junto a mí.

—¿Y él?

—No puedo saber qué sentía él, Diana. Sólo puedo decirte que durante aquellos días nos hablábamos por teléfono cada tarde y él me decía que también me extrañaba.

—¡Qué romántico!

—¿Todas las frases las van a decir a dúo? —las reprendí—. ¡Así no me ayudan! ¿Qué voy a hacer? —me tapé el rostro con las manos. No tenía nada claro.

—¿Te das cuenta, Margareth? Dime —en los ojos de Sophie brillaba la satisfacción, cómo si hubiese logrado deducir un acertijo complicado—. ¿Por qué hablabas cada día con Carlos?

—¡Porque lo extrañaba terriblemente! —repetí y no necesitaba pensar esa respuesta porque cada día lejos de Carlos me había parecido incompleto, opaco y sin color.

—¿Sientes esa necesidad de comunicarte siempre con Jared?

—No —respondí con sinceridad—. ¡Nunca he sentido por Jared la falta que he experimentado al estar lejos de Carlos! Sé que Jared siempre estará ahí sin embargo, somos mejores amigos... —confesé y en realidad, yo misma acababa de comprenderlo.

Sophie sonrió conforme ante mis palabras.

—Escucha, ya hemos estado mucho tiempo aquí —me dijo mi amiga Sophie con ternura—. Salgamos a la fiesta, Margareth, y olvídate de Jared... ¡El me gusta un buen! —eso me tomó por sorpresa, pero no me dieron celos y supe que Carlos era mi destino esa noche— ¡Que dicho sea de paso, estoy segura de que no te va a costar nada hacerlo! —Me sonrió y me acomodó uno de mis rizos detrás de la oreja, que al instante ya se había salido otra vez—. No pienses en nada ni en nadie, sólo deja que las cosas sigan su curso y escucha tu corazón... verás que tiene algo importante que decirte. Yo ya sé cuál es la respuesta —agregó—, pero ahora debes averiguarla tú misma, ¿de acuerdo?

Yo asentí con la cabeza y mis amigas del alma me envolvieron en un abrazo reconfortante, recién entonces volvimos a la fiesta. Tal vez tengan razón, recuerdo que pensé aquella vez.

Cuando llegamos al salón, el lugar estaba diferente. Las luces eran más tenues, se levantaba una nube de humo del suelo y sonaban los temas lentos; las baladas. El romance flotaba en el aire y varias parejas ya ocupaban el centro del salón.

En pocos instantes, Jeremy sacó a bailar a Diana, que se fue guiñándome un ojo celeste.

Sophie y yo sólo tuvimos tiempo de dedicarnos una sonrisa cómplice antes de que mi canción favorita, Thank you for loving me, de Bon Jovi, comenzara a sonar.

Estaba por alejarme en busca de una silla, fue entonces cuando lo pude ver entre la gente, caminando hacia mí y con la sonrisa más dulce que yo jamás había visto, y que le iluminaba hasta la mirada... ¡Y por fin lo supe! ¡No necesité nada más para confirmar, que a quien yo amaba, era a Carlos!

A ambos lados de la boca se le formaban unos hoyuelos que le conferían un aire totalmente seductor y hacía rato que había descartado la chaqueta... ¡Dios! ¿En qué momento se ha vuelto tan apuesto?, pensé.

Jared sacó a bailar a Sophie, entonces, el mundo se esfumó.

Sólo estábamos él, la música y yo.

La letra de la canción y sus acordes melodiosos se colaban en mi alma.

Carlos me tomó de la mano y se acercó para hablarme en el oído, su aliento tibio me quemó la piel, y me provocó un estremecimiento inesperado.

—¿Quieres bailar, preciosa? —me susurró con la voz ronca y yo me olvidé de cómo tenía que hacer para respirar... Exhalé, despacio, el aire que estaba conteniendo y sólo pude decirle que sí, asintiendo con la cabeza.

Nos dirigimos a la pista.

Su mano estaba posada en la mía y mi corazón parecía a punto de estallar.

Había demorado en reconocerlo, pero ahora que ya no me quedaban más dudas, todas las sensaciones y los sentimientos parecían aflorar de golpe a la superficie.

Giré hacia él, elevé mis brazos sobre sus hombros y lo abracé. Podía sentir entre mis dedos la suavidad del cabello que sobrepasaba el cuello de su camisa. Carlos me rodeó la cintura atrayéndome hacia él y creí morir. Yo sólo le llegaba hasta la barbilla y podía sentir en su cuello su pulso y un perfume embriagador.

Me preguntaba si él también estaría sintiendo lo mismo que yo en ese momento. Me sentía flotar, me parecía irreal. Sentí su mano moverse y acariciarme la espalda, quemándome a través de la delgada tela del vestido. Carlos inclinó un poco la cabeza y me besó en el cuello. Al sentir sus labios, un cosquilleo me erizó la piel.

Yo no podía ni pensar, ni respirar con normalidad. La emoción y todas esas sensaciones que sentí hace una semana atrás con él volvían a recorrer mi cuerpo y le habían ganado la batalla a la razón.

Carlos me apretó más a él. Con un brazo continuaba rodeando mi cintura, mientras su otra mano ascendía hasta mi cabeza. Dejó de cantar y con sus labios recorrió mi mejilla, trazando un cálido sendero hasta llegar a mi boca. Ahora, su mano fuerte, estaba a un lado de mi rostro y con el otro brazo seguía pegándose más a él.

Yo no dejaba de acariciarle la nuca y de enredar mis dedos en su cabello. Mi canción favorita seguía sonando y esa noche, me parecía más hermosa que nunca...

Carlos me miró a los ojos cuando sus labios se unieron a los míos de nuevo, pero esta vez con el corazón, con amor, con todos los sentimientos a flor de piel, después, los dos cerramos los ojos y nos dejamos llevar por un vendaval de sensaciones nuevas.

Capturó mi boca con la suya, me recorrió los labios con su lengua y me besó cómo nunca antes me había besado nadie. Por momentos con pasión, en otros con ternura. Su lengua jugueteaba con la mía y me exploraba en profundidad. Él sabía un poco a cerveza y a alguna bebida frutada y ese sabor combinado con la calidez de sus labios me estaba enloqueciendo.

Yo no quería que ese momento terminara jamás y sabía que quedaría atesorado en lo más profundo de mi alma para toda la eternidad... No sé cuántos temas más bailamos, ni qué pasaba a nuestro alrededor. Por momentos nos parecía oír alguna risita o carraspeo a nuestro lado, pero nada de eso nos importó ni nos distrajo... Sólo existíamos los dos.

—¡Me vuelves loco, Margareth! Toda mi vida, desde que naciste, te he querido. Me dejé llevar hace una semana por mis deseos por ti, por tu cuerpo, pero realmente siempre te he visto como mi amor imposible —me confesó y su voz se perdía entre los besos a los que ninguno de los dos quería ponerles fin.

Anunciaron que habría un brindis en honor a la homenajeadada... ¿Quién era? ¡Ah, sí! Patricia. Habíamos perdido la noción del tiempo y del lugar.

Tomados de la mano, entrelazando nuestros dedos, nos acercamos a los demás.

Las gemelas pasaron a mi lado y me codearon en gesto cómplice.

—Mañana hablamos —me dijeron al oído y se acercaron a Patricia.

Diana caminaba tomada de la mano de Jeremy y Sophie conversaba muy gustosamente con Jared, se veía que lo quería, me alegraba por mi mejor amigo, se lo merecía. Esa noche había sido especial para otros también.

Levanté los ojos y me encontré con los de Carlos, me sonrió y me depositó un suave beso en los labios. Le devolví la sonrisa, me puse en puntitas de pie y también lo besé; porque de repente, me urgía la necesidad de estar todo el tiempo besándolo.

Nos quedamos sujetos, uno del otro, hasta la hora de volver a casa... ¡No lograrían apartarnos ni aunque el mundo se estuviese derrumbando a nuestro alrededor!

* * * *

Jared se fue con las gemelas a la casa de Jeremy, ya que sus padres se habían ido de viaje y tenía la casa sola.

Carlos me invitó a su casa y acepte, si íbamos a la mía seguramente mi padre se levantaría y él tendría que esperar para poder escalar hasta mi balcón y la verdad no queríamos tentar más a la suerte, mi padre lo volvería polvo si se enterase que nosotros nos hemos estado viendo en mi cuarto y que ahora sentimos algo más...

Estaciono el coche una cuadra antes, quizás mis padres estarían pendientes de cualquier movimiento y si veían que Carlos se estacionaba en el porche de su casa saldrían en mi búsqueda.

—Entremos por el jardín trasero, así tus padres no sospechan nada si ven que la luz de la sala sigue apagada. —lo seguí y entramos por la cocina. Subimos las escaleras a su cuarto y dejó las luces apagadas.

—Aún no me creo nada de lo que está pasando... —solté y él sonrió de la misma manera cuando se adueñó de mi virginidad.

—Ni yo, sinceramente —. Su mirada se posó en mi boca y decidí besarlo yo.

Sus labios se amoldaron a los míos.

Se inclinó hacia adelante y pegó su cuerpo contra el mío, hasta que quedé atrapada entre su cuerpo y la pared, con sus brazos a ambos lados. Levanté las manos y empecé a palpar su estómago. Toqué sus abdominales. Cuando llegué a su cuello, continué ascendiendo unos cuantos centímetros más y dejé que mis dedos se deleitaran en la sedosidad de su cabello.

Ladeó mi cabeza para poder besarme con más profundidad y entonces sus manos entraron en

acción. Carlos me acariciaba como si estuviera pintando sobre un lienzo, con suaves pinceladas aquí y otras más intensas allá. Pero todas tenían el propósito de seducirme. Quería sentir sus manos por todo mi cuerpo, sin la ropa de por medio.

Quería ponerme de puntillas para llegar más alto y pegar más mi cuerpo al suyo pero no podía moverme estando totalmente pegada a la pared.

Frustrada, me aparté de golpe y sus labios se separaron de los míos con un sonido audible.

—¿Qué pasa? —preguntó, y pude sentir su respiración agitada contra mi rostro.

Sus ojos estaban cargados de preocupación, sin embargo lo tomé por las mejillas y acaricié su húmedo labio con el pulgar.

—¿Vamos a la cama? —dije también sin aliento tras nuestro apasionado beso.

Sonrió ampliamente, me plantó las manos en el culo y me levantó. Sin perder un minuto, rodeó su esbelta cintura con las piernas.

—Será un placer.

Cuando llegamos a la cama, me sostuvo con fuerza, apoyó una rodilla sobre el colchón y se inclinó hacia abajo sin soltarme ni por un segundo. Sólo de imaginarme su fuerza y su potencia sobre mí sentí que me invadía una espiral de deseo, tan sobreprotector siempre... Una vez tendida sobre la cama, deslicé las manos bajo su camisa para tocar su piel. Tiré de ella con torpeza, y él se incorporó, se la quitó por la cabeza y la lanzó por alguna parte.

Después se desabrochó los pocos botones que tenían sus pantalones y se los dejó abiertos, revelando su piel desnuda, una suave mata de vello púbico cobrizo y una parte de su intimidad tiesa.

Carlos no llevaba calzoncillos. Fascinante.

—¿Vas en plan comando? —dije sonriendo de oreja a oreja.

Me vio con cara de confusión.

—¿Qué?

Puse las manos en su cintura y él se inclinó hacia arriba para que pudiese deslizarlas por detrás de sus pantalones y agarrarlo del culo. Cuando lo hice, gruñó de excitación y flexionó las caderas.

—Que no llevas ropa interior.

Carlos sacó la lengua y se humedeció el labio inferior.

Me quedé mirando ese labio como si en él estuviesen todas las respuestas del universo.

—Sí. Es incómodo e innecesario. Me impide llegar a lo que quiero más rápido. A ti, por ejemplo.

Entonces se puso a horcajadas encima de mí y recorrió mi cuello con los labios. Era muy agradable. Más que agradable. Me agarró los dos pechos por encima del vestido. Después se incorporó, sentado sobre sus piernas, y bajo el cierre delicadamente hasta que el vestido descendió. Me desabrochó y me sacó el sujetador en un abrir y cerrar de ojos. Era obvio que tenía experiencia, era diez años mayor que yo.

Recorrió mi torso desnudo con los dedos trazando delicados patrones.

Cerré los ojos y dejé que siguiera tocándome así. Nunca me habían tocado de esa manera, casi con reverencia, como si fuese especial y mi cuerpo fuese algo tremendamente valioso.

Se inclinó hacia adelante y me besó por encima del corazón.

Agarró mis pechos y besó mis carnosos pezones. Inspiré hondo y contuve el aliento. Continuó, y procedió a lamirme en círculos ambas puntas, provocándome un inevitable gemido. Pegó su boca a mi pecho y chupó con fuerza hasta que la aureola se erizó y los pezones se me pusieron

duros como piedras. Yo no me quedé quieta. Arañé su espalda arriba y abajo y enrosqué los dedos en su pelo.

Con facilidad, se terminó de deshacer del vestido y las bragas de manera simultánea. Se colocó entre mis piernas y me levantó una pierna en el aire. Me besó el empeine y ascendió por mi tobillo hasta la parte de atrás de mi rodilla, donde lamió y me dio pequeños besos.

Posó las manos sobre mis rodillas y me las separó.

—Quiero saborear tu belleza con la lengua. —Enarcó las cejas casi como si estuviera pidiéndome permiso. Aguardó un largo momento sin apartar la mirada de la mía. De hecho, me estaba pidiendo permiso. Carlos seguía siendo caballeroso.

Me lamí los labios y bajé la barbilla. Sus ojos se tornaron oscuros, cargados de intención. Como un jaguar, sus hombros se colocaron en posición y, justo cuando bajé la vista para contemplar su bonito cuerpo entre mis piernas, atacó a la velocidad del rayo. Pegó la boca a mi sexo y hundió la lengua en él.

—¡Carlos! —exclamé con placer, y me aferré a su cabeza. No realizaba movimientos lentos tal y como había esperado.

La mayoría de los hombres empezaban despacio, tímidamente. No es que yo tenga mucha experiencia en esto pero no me lo esperaba. Carlos devoraba mi sexo como si no fuese a tener otra oportunidad de hacerlo. En mi interior, sentía su lengua moviéndose de manera deliciosa contra cada milímetro que alcanzaba.

Pequeños calambres eléctricos se extendían desde mi sexo hasta el resto de mi cuerpo. El vello de su barba rozaba los labios y mi vulva por los lados. Los sonidos que emitía eran salvajes; gruñía. Carlos añadió los dedos a la mezcla.

Restregó el pulgar en mi clítoris mientras su lengua sondeaba mi calor. Dejé caer las manos sobre la cama y me agarré a las sábanas con los puños mientras en la parte inferior de mi columna sentía el inicio de un orgasmo que se extendía por todo mi cuerpo.

Ni siquiera me había recuperado del todo cuando hundió su gruesa erección en mí. Gruñó de placer contra mi cabello, y yo envolví su cuerpo con mis extremidades para mantenerlo cerca al tiempo que disfrutaba de la calidez de su piel mientras me la metía y me la sacaba. Abrí la boca y dejé que me penetrara de todas las maneras posibles; me uní a él del modo en que me había apetecido hacerlo desde el momento en que era una niña y deseaba besarlo.

Tenía su verga larga y dura dentro de mí. No quería que parara jamás, pero deseaba que él llegara donde había llegado yo, que sintiera lo que él me había hecho sentir. De modo que, haciendo uso de todas mis fuerzas, conseguí que rodáramos y me coloqué encima de él.

Entonces lo monté con ganas. Inmediatamente, me agarró de las caderas y me ayudó a cabalgar sobre su enorme erección. Carlos me clavó los dedos en las caderas para indicarme su necesidad de que lo cabalgara con más fuerza.

Me incorporé mejor, me retiré el cabello hacia atrás y lo monté... intensamente. Cada vez que descendía me restregaba contra su pelvis, sintiendo así chispas de excitación en mi sexo, en los músculos internos, que usaba para exprimirlo con todas mis fuerzas.

Se incorporó y se dio impulso con los pies hasta que llegó a la cabecera de la cama. Luego me inclinó hacia atrás y, agarrándome de las caderas, se masturbó con mi cuerpo.

Comencé a tensarme, y él se dio cuenta. Acercó su boca y me chupó los pezones con fuerza, haciendo que se pusieran oscuros, hasta que ya no pudo más. Por fin, golpeó la cabecera con la coronilla y yo me agarré a la parte superior de ésta para ayudarme. Y en ese momento ambos estallamos y nos catapultamos a un mar de dulce inconsciencia.

Los únicos sonidos que se oían eran los de nuestra respiración entrecortada, mi sexo encerraba su miembro de un modo que jamás había creído posible. Carlos me sostenía cerca de su cuerpo, todavía presionando con las caderas desde debajo de mí, deleitándose en las últimas sacudidas de placer.

Permanecimos así, yo aferrada a su intimidad y sentada sobre su regazo, con las manos todavía en la cabecera. Él me acariciaba la espalda, los brazos y los muslos arriba y abajo, como si necesitara tocarme para creer que de verdad estaba allí.

Lo entendía perfectamente. Cuando te dejas llevar de esa manera y el placer es tan extremo, necesitas algo repetitivo que te devuelva a la realidad. Y yo... yo aún no creía que había estado con mi hombre perfecto, el que quería desde la infancia... Con el amor de mi vida... Con lo más prohibido.

* * * *

Me desperté en medio de un orgasmo. Tenía las piernas alrededor de la cabeza de Carlos, que me estaba llevando al éxtasis con la lengua. Sin mediar palabra, ni siquiera un “buenos días”, se puso un condón. Ya había perdido la cuenta de los que habíamos usado durante la noche.

Luego se abrió camino lentamente a través de los tejidos hinchados de mi sexo sobre utilizado. A pesar de todo, seguía siendo delicioso. Mi pobre vagina se tensó y latió como si acabara de luchar un combate cuerpo a cuerpo y hubiera ganado. Esta vez, Carlos me hizo el amor lentamente, con mucho amor.

* * * *

Mi padre me había preguntado cómo había estado la fiesta y seguido de ello me pregunto por Carlos, necesitaba que arreglara las llantas del coche.

Si tan solo supiera todo lo que me había hecho la noche anterior su querido vecino y mecánico...

—¿Margareth? —Me llamó mi papá —Te he preguntado si sabes si Carlos sigue en su casa o se ha ido de viaje ya a casa de sus abuelos. —Seguía un poco abrumada por la noche anterior, aun no podía creer lo que había pasado.

—Sí, padre. Discúlpame, creo que estoy cansada por la fiesta. Me dijo que se irían hoy en la tarde, los padres no quieren que les agarre tráfico.

—Lo llamaré entonces...

Subí las escaleras corriendo, me ponía nerviosa tenerlo cerca y que mi papá se diese cuenta de lo que estaba pasando.

Esa tarde no baje de mi habitación. Escuche como Jared le gritaba a alguien que se esperara y me asomé por mi balcón a ver que sucedía y ahí estaba él... Carlos.

Estaba recostado del coche mientras sus padres se aseguraban de cerrar bien las cerraduras y Jared buscaba algo en el patio trasero de su casa. Volteó y al verme sonrió, le devolví la sonrisa y llegó Jared a su encuentro.

* * * *

Ya habían pasado casi tres semanas de que la familia Aguilar se había ido de viaje. No había sabido nada de los chicos. Y para ser sincera, me estaba aburriendo muchísimo. Las vacaciones sin mi mejor amigo era aburridas y Carlos siempre nos llevaba a cualquier lugar...

Esa tarde me llegó un mensaje de texto.

De: Carlos Aguilar

Para: Margareth Gareth

¿Me has echado de menos? Yo a ti sí, muchísimo, para serte sincero. Llegamos hoy en la noche, deja las puertas abiertas de tu balcón. Necesito verte. Te deseo.

Inmediatamente me subió la temperatura y el deseo se arremolinó en mis venas mientras la excitación al saber que iba a ver a Carlos me salía por todos los poros, poniéndome la carne de gallina y acariciándome con su esencia.

No podía dormir, esperaba con ansias su llegada. Baje por un vaso de agua y cuando subí estaba recostado de la columna justo al lado de mi balcón.

Sin darme la oportunidad de decir siquiera “hola”, me agarró por la cintura y me abrazó, levantándose del suelo. Un instante más tarde nos besamos mientras le rodeaba la cintura con las piernas. Él se volvió, cerró la puerta y me empujó contra ella, profundizando en el beso.

La parte más dura de su cuerpo se frotó contra la parte del mío que más la deseaba. Gemí, abriendo más la boca. Él aprovechó la invitación para entrar y acariciar mi lengua con la suya. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos los besos de Carlos. Cuando besaba, lo hacía con total entrega. En sus besos había pasión, deseo, elegancia. Había tanta elegancia y tanta belleza que me costaba respirar.

Carlos rompió el beso y apoyó la frente en la mía.

—Mi amor, echaba de menos tu amor —susurró con los labios pegados a los míos.

Sus ojos brillaban a la luz de la habitación. Le mordisqueé los labios y le acaricé el cuello con la nariz.

—Yo también te he echado de menos, Carlos. No sabía cuánto hasta que te he visto delante de mí.

Me sujetó el cuello con ambas manos, hundiendo los dedos en mi pelo y acariciándome la barbilla y los labios con los pulgares. Parecía estar estudiando mis rasgos del modo en que sólo él podía hacerlo, fijando totalmente la atención en los pequeños detalles.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece algo? Mi madre ha hecho macarrones con queso y ha dejado en la nevera.

Carlos apretó su erección firmemente contra mí. Espirales de excitación nacieron en mi vientre y se extendieron por brazos y piernas. Apreté los muslos, acercándolo más a mí. Sus ojos brillaron con una intensidad que había echado de menos, ya que reflejaban la necesidad de un hombre que desea con desesperación a su mujer.

—Sí, tengo hambre. Quiero probar tu dulce sexo, nena.

Por fin. Ya echaba de menos a mi obsceno pero sobreprotector vecino. Sin decir nada más, me llevó a la cama.

Apoyó una rodilla en la cama y me depositó sobre ella como si fuera un valioso trofeo.

—Desnúdate —me ordenó—. Quiero ver cómo dejas tu luz al descubierto.

Su modo de hablar y el fuego de su mirada me hicieron arder de lujuria. Sin ninguna

delicadeza, me puse de rodillas en la cama y me quité el diminuto vestido por encima de la cabeza. No llevaba nada debajo. Sabía que no le gustaban las barreras entre nosotros.

—Estás más bella que hace tres semanas —dijo Carlos, y las palabras se deslizaron sobre mi piel como una caricia delicada como una pluma e igualmente estimulante. Negué con la cabeza.

—Sólo a tus ojos.

Él me acarició la mejilla.

—No, eres tú la que no te ves cómo te vemos el resto del mundo.

Me eché a reír.

—Tú no eres el resto del mundo, Carlos.

Carlos me tocó los labios con el pulgar y yo aproveché para succionárselo y acariciarlo con la lengua. Su mirada ambarina se oscureció.

—Oh, nena, no has olvidado nada de lo que hemos aprendido juntos—susurró mientras se quitaba la camiseta y dejaba a la vista esos pectorales cuadrados en los que me gustaba hundir los dientes, así como esa tableta de chocolate que me moría de ganas de acariciar.

—Tampoco he olvidado lo mucho que me gusta tu cuerpo —repliqué, cerrando los puños, mientras mi respiración se aceleraba y sentía los pechos cada vez más pesados y sensibles.

Carlos alzó las dos manos y los sopesó, apretándolos y moldeándolos como si quisiera volver a familiarizarse con mi cuerpo. Gemí cuando me pasó los pulgares por los turgentes pezones. Inhaló profundamente, con la nariz pegada a mi cuello, como si quisiera absorber mi aroma. Cerré los ojos, gemí y eché la cabeza hacia atrás, ofreciéndome a él. Sentí cómo las puntas de mi melena me acariciaban las nalgas.

—Me encanta cómo me tocas.

Noté humedad en el pecho derecho, seguida de sus dientes mordisqueándome la piel. Una punzada de deseo nació del lugar donde él me succionaba, me atravesó el torso de arriba abajo y se me instaló entre los muslos. El clítoris me latía de manera dolorosa, listo para cuando él me tocara allí. Y estaba segura de que lo haría.

Sabía que adoraba sentir el sabor de mi sexo en su lengua. Carlos se dio un banquete con mis pechos, succionándolos, tironeándolos, masajeándolos y mordisqueando las puntas hasta que estuvieron como fresas rojas, maduras. Hice girar las caderas en el aire mientras buscaba algo, cualquier cosa que me ayudara a aliviarme el dolor.

—Carlos... —supliqué, y él sonrió sin despegar la boca del pezón y lo succionó por última vez antes de separarse.

Cuando abrí los ojos, supe lo que él acababa de ver: una mujer lista para ser cogida. Sólo que Carlos ya no me cogía; él me hacía el amor, y nunca dejaba que me olvidara de eso. Se llevó las manos a la cintura, se desabrochó los jeans y se los bajó, dejando al descubierto sus muslos bien torneados. Cuando su gruesa erección saltó liberándose, vi que la punta estaba húmeda. Me incliné hacia adelante y lamí la gota de humedad, gruñendo al recordar el sabor familiar.

—Sí, mi amor—me dijo—, ocúpate de mí primero para que luego pueda ocuparme yo de ti con calma.

Estaba a cuatro patas sobre la cama cuando él me sujetó del pelo y echó las caderas hacia adelante, metiéndomela en la boca. Yo lo acepté y me la introdujo hasta la garganta, tal como le gustaba.

—Que rico... —dijo.

Y no exageraba. Era deliciosamente rico. Me gustaba todo: su sabor, su olor. Todo me recordaba los buenos ratos que habíamos pasado juntos; me hacía pensar en sexo de calidad,

risas, amor y amistad. Todas las cosas que necesitaba en mi vida en ese momento.

Con Carlos ya no me sentía sola, ni aburrida. Redoblé mis esfuerzos, succionando profundamente y adorando la punta, chupando cada gota de líquido pre seminal como si fuera un gatito que diera pequeños lametones a un plato de leche.

Él me observó mientras yo me lo metía en la boca una y otra vez. Cuando miré hacia arriba buscando sus ojos, vi que tenía las ventanas de la nariz muy abiertas y los ojos entornados. Su boca formaba una línea recta, pero fue torciéndose a medida que se acercaba al orgasmo. Acepté todo lo que él me daba, disfrutando de cada segundo.

Luego, como siempre, sin avisar, se clavó en mi boca y la llenó hasta los bordes con su esencia. Su semen se deslizó garganta abajo en cálidas ráfagas. Me las tragué respetuosamente, succionándolo hasta no dejar ni una gota en su interior. A continuación, me agarró con fuerza por el pelo y me apartó de él.

—Oh, mi chica, ahora voy a demostrarte cómo amarte a ti misma y amar a los demás. Voy a hacerte el amor toda la noche. Esto, mi preciosa Margareth, ha sido un comienzo perfecto.

* * * *

Al día siguiente Jared me llamó, me citó en el parque de la esquina.

—¡Margareth! —Apenas estuve a alcance de su vista corrió hacia mí y me cargo —cuanto te he extrañado, las cosas con Sophie no funcionaron y todo ha sido distinto... —bajó el mentón y me dio ternura.

—No te preocupes Jared, yo sé que seguimos siendo los mismos de antes, ¿quieres ir a por unas pizzas?, me muero de hambre —asintió y lo abracé por un costado mientras caminábamos hacia el rayado para cruzar la calle.

Nos sentamos en nuestra mesa favorita desde pequeños en aquel pequeño local.

—Tengo algo que decirte, Margareth. —Se le notaba en la mirada que estaba triste.

—¿Qué pasa? —Respondí preocupada

—Me iré de Venezuela en un mes, la universidad me ha ofrecido una beca en España debido a mis notas impecables. Lo que más me duele es dejarte... Eres la única que siempre ha estado para mí, pero no puedo desaprovechar la oportunidad... —Esa mirada que tenía me partía el corazón en mil pedazos, nunca pensé que nos separaríamos.

Le agarré la mano por encima de la mesa.

—Yo también te echaré de menos. Más de lo que quiero admitir.

—Lo sé... —dijo él.

—Pero seguiremos en contacto, por teléfono, mensajes, emails... Me contarás todas las novedades de ti, la nueva universidad, tu futuro trabajo... y yo..., bueno, yo no sé qué te enviaré. Probablemente selfies haciendo el idiota en cualquier parte.

Jared inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas con tantas ganas que se me llenó el corazón de felicidad al oírlo. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—¿Seguiremos siendo amigos? —me preguntó.

—Los mejores amigos, para y por siempre.

—¡Voy a buscar la pizza! Basta de momentos tristes, te tengo que aprovechar.

Al levantarse, la silla se inclinó hacia atrás con el impulso y cayó al suelo. Por desgracia, una camarera pasaba por allí en ese momento cargada con una bandeja llena de copas de helado. Chocó contra la silla y la bandeja salió volando por los aires, con ella siguiéndola de cerca.

Jared trató de detener su caída y acabó cayendo con ella. La chica quedó montada sobre él. Lo único que veía desde mi sitio era la silla rota, la alta rubia y las manos de Jared sosteniéndola por su estrecha cintura. Cuando ella se puso de rodillas, la falda se le subió un poco más.

Jared la sujetó por los muslos para estabilizarla.

Yo estuve a punto de ir a ayudarla, pero me detuve al verle la cara. Ella se había dado la vuelta hacia mí y Jared permanecía tumbado en el suelo, mirándola. La camarera se pasó una mano por el pelo y en ese momento me di cuenta de que tenía unos asombrosos ojos verdes. Llevaba los labios húmedos por haberse pasado la lengua por ellos.

Además me fijé en que tenía un poco de sangre en ellos. Jared, que se había sentado, también se fijó y le apoyó un dedo en el labio para detener la hemorragia. Durante unos instantes eternos, él la miró a los ojos. La chica estaba totalmente inmóvil.

No movía ni un músculo; estaba por completo centrada en él. La habitación podría haber estallado y ninguno de los dos se habría enterado. Estaban como en trance. Me di cuenta cuando Jared le sujetó la cara entre las manos y le preguntó:

—¿Estás bien?

Me llevé las manos al pecho y observé en silencio, como si estuviera viendo una romántica obra de teatro.

—Eh..., ¿disculpa? —dijo ella avergonzada.

Jared le dio un golpecito en el labio inferior con el pulgar.

—Estás sangrando. —Ella sacó la lengua para limpiarse el labio y acabó lamiendo el pulgar de Jared. Ambos contuvieron el aliento a la vez. Vi que sus ojos se encendían. La chica tenía la vista clavada en ellos. Apretó los dedos con los que se sujetaba a los hombros de Jared en un acto reflejo. Eso era mejor que ver una película, porque era en vivo y en directo. En ese instante, deseé tener cotufas.

Al fin, ella sacudió la cabeza y trató de levantarse. Jared la imitó, incorporándose pero sin soltarla. La tenía tan pegada a él que, cuando estuvo totalmente incorporado, la rubia se deslizó por su cuerpo hasta que los pies tocaron el suelo. Tras unos segundos en los que se estuvieron agarrando el uno al otro, ella se apartó y agachó la mirada.

—¡Mierda! —exclamó mirando el desastre a su alrededor—. Debería haber mirado por dónde iba. Me van a despedir. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y le tembló el labio inferior.

Yo me levanté y entré en acción.

—Oh, muchas gracias, señorita. Sentimos mucho lo que ha pasado. Pagaremos las bebidas, por supuesto. —El dueño del local llegó en ese momento a nuestro lado, sin poder disimular su enfado. —Señor, me alegro de que haya venido. Esta mujer acaba de evitar que a mi amigo le cayera una bandeja llena de copas por encima. Este muchacho puede ser muy torpe a veces, ¿verdad, Jared? Ha saltado y ha tirado la silla al mismo tiempo que la señorita... —Soné los dedos en dirección a la camarera para que me dijera su nombre.

—Amy.

—... que la señorita Amy pasaba por detrás. Alguien podría haberse hecho daño si no hubiera sido tan rápida de reflejos. No sólo ha salvado a mi amigo; también se ha asegurado de que ningún otro cliente sufriera daños. Recomendaremos este establecimiento a todos nuestros amigos.

—Ah, sí, claro, sólo contratamos al mejor personal. Amy, buen trabajo. Ahora envío a un mozo a limpiar esto mientras tú te ocupas de las mesas.

Ella me alargó la mano.

—Gracias —me dijo con la mirada. Pero era la verdad: la culpa había sido de Jared.

—Nada que agradecer. Por cierto, soy Margareth, y este muchachón, que está del todo soltero,

es Jared Aguilar.

—¿No son pareja? —preguntó ella, y luego se tapó la boca con la mano, como si se le hubiera escapado.

Yo sonreí y me volví hacia Jared, pero él no me devolvió la mirada porque seguía con los ojos clavados en Amy.

—No, somos mejores amigos. Estoy segura de que le encantaría tener una nueva amiga. ¿Llevas mucho tiempo en San Antonio?

Ella negó con la cabeza.

—Acabo de llegar. Me he mudado con mi padre. Sólo somos él y yo; no quería que viviera solo, y aquí estoy. No conozco a nadie. —Se agachó a recoger la bandeja y algunos trozos de cristal hasta que vino uno muchacho de limpieza y la sustituyó.

—Perfecto, pues ahora ya se conocen. ¿Llevas el teléfono encima?

Ella entornó los ojos, se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó un iPhone. Yo lo agarre rápidamente, le añadí a Jared como nuevo contacto y le envié un mensaje. El móvil de Jared vibró.

—Ahora Jared tiene tu número. Te llamará mañana.

Él abrió la boca para decir algo, pero yo le dirigí la mirada, esa que hace que cualquier hombre que esté del otro lado tiemble, y sabiamente guardó silencio.

Amy me miró y luego se volvió hacia él de nuevo.

—¿Te gusta el skateboarding? —le pregunté, sabiendo que se nos acababa el tiempo.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca lo he probado.

Sonreí y la abracé por la cintura.

—¿Jared, eso no puede ser! Amy nunca se ha montado en un skate. Jared te podría enseñar, a él siempre le ha encantado.

—¿En serio? Suena divertido. —Amy se sacudió la falda y se enderezó el delantal. Jared no la perdió de vista ni por un segundo—. Tengo que irme. Me encantará que seamos amigos. Y disculpa otra vez por chocar contigo.

Él se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se balanceó sobre los talones, haciéndose el duro.

—Puedes compensármelo saliendo conmigo mañana por la noche.

Ella lo miró con los ojos verdes brillantes como joyas.

—Me encantará. Espero tu llamada, Jared. —Y, ruborizándose, se alejó de allí.

Me volteé hacia Jared y le meneé las cejas.

—No cambias, Margareth. —me dio un empujoncito y negó con la cabeza mientras reía.

—Es mi regalo para que puedas tener una aventura antes de irte. —le volví a menear las cejas y me reí con ganas. Cómo lo quería, iba a extrañarlo demasiado...

Día de Playa

Romance Juvenil de Verano y Vacaciones

La única manera que tenía Susana de olvidarse del estrés, de los estudios, de su vida agitada en la universidad y de sus obligaciones era con un viaje.

Sí, estaba segura que esas vacaciones que mañana comenzaban iban a ser lo mejor que podía sucederle. Necesitaba salir, respirar aire puro y darle a su cuerpo un descanso para luego tratar de seguir adelante con toda su vida cotidiana, pero afrontándola con una mejor actitud.

Esa era su principal meta y era por el bien de ella. Era una necesidad urgente deshacerse de ese montón de trabajos y tareas que la rodeaban. Tenía el presentimiento de que estos días de verano le harían cambiar todo en su vida. Debía aprovechar este tiempo al máximo, pues lo esperaba desde hace mucho.

Su lugar favorito desde siempre era la playa, descansar bajo el sol tomando alguna bebida refrescante la transportaba hasta lugares de relajación y paz mental, hacía que su cuerpo recuperara las energías y ella se sentía como en el paraíso.

No había nada que le preocupara; se olvidaba de todo y hasta desconectaba el móvil para que nadie la molestara. Si por Susana fuese viviría en una isla desierta donde tuviera una biblioteca infinita para leer durante todo el día y comida. Todo lo demás sobraba. Pero, la realidad era otra.

Susana emprendió ese viaje entusiasmada y con una sola misión, pero, jamás se imaginó como terminaría todo. Sería una aventura de nunca acabar de esas que estaba acostumbrada a encontrar entre líneas cuando leía alguna de sus novelas favoritas.

* * * *

Susana salía del hotel donde se hospedó. Uno que se salía un poco de su presupuesto pero era perfecto, al fin y al cabo, se lo merecía. Era un hotel tres estrellas, que de hecho, parecía tener más clase, era muy acogedor y el trato del personal era excelente.

Fue una sorpresa para ella desde el momento en que entró y se sintió con suerte al haberlo escogido, pues era el más “barato” que consiguió en la zona que ella precisamente quería.

—El día es perfecto. —Se dijo para sí misma parándose por momento a observar el paisaje que la rodeaba.

El mar estaba tranquilo y las olas reventaban en la orilla con calma como llamándola a relajarse y dejarse llevar por los sonidos de esa playa que la quería envolver.

Las palmeras formaban sombras sobre la arena de manera tentadora, como para guindar una hamaca y quedarse a vivir ahí para siempre, la brisa que traía el rocío del mar acariciaba la piel de la chica y desde ese momento comenzó a sentirse mejor. Era exactamente lo que buscaba.

Susana lucía un bikini de una pieza, de color blanco y tela fina que hacía resaltar su hermosa piel morena, el ajuste de la prenda contorneaba con sutileza las curvas de su cuerpo sin deformarse en ningún lugar.

Unos lentes de sol grandes y un sombrero lo suficientemente grande evitaban que pasara desapercibida y además la protegían de los rayos del sol. En su mano llevaba una Cocada recién preparada en el bar. Un bolso playero terminaba de completar su fabuloso atuendo, dentro un libro, las llaves de la habitación, algo de dinero y su bronceador.

Caminó hasta la orilla donde casi llegaba el agua de las olas y se sentó en una de las sillas que estaban puestas por el hotel donde estaba quedándose lo supo por la insignia en uno de los brazos de la silla, cómoda y casi con la mente en blanco se instaló a disfrutar del ambiente, del olor, de los sonidos y de... ¡Oh, Dios! De la vista.

—¡Un hombre con un trasero así debería ser ilegal! —dijo Susana en voz baja mientras se carcajeaba de la risa.

No quitó la mirada de esa escultura hecha humano, que además del trasero que parecía de piedra, era portador de un cuerpo digno de admirar. Quizá tan definido como alguna vez lo soñó pero, que nunca había visto. La guitarra que llevaba junto a él daba un aire más interesante.

No parecía uno de esos chicos estilo californiano, que era natal de Los Ángeles, pero de igual manera era algo que disfrutaba ver. Sus ojos estaban clavados y no podía dejar de devorarlo con la mirada.

Era Javier. Estaba parado frente a ella contemplando el océano después de haber intentado componer alguna canción para luego grabarla en su estudio, para su sorpresa ese día estaba más que distraído y no había logrado más de dos líneas. De repente volteó, quizá sintió el peso de la mirada de Susana o solo fue simple casualidad. Él miró a Susana y esta posó su mirada en otro lugar sin poder disimular.

—Tonta, te vio. No puede ser... Ahí viene. —se dijo para sí misma, mientras intentaba controlar los nervios.

—Buenas tardes, señorita. Hermoso día de playa ahora que la veo a usted. ¿Puedo sentarme?

Definitivamente no era para nada un guitarrista ocioso y sin trabajo. Era un hombre de verdad y además portador de unos abdominales de acero que se verían muy bien rozando los de ella.

—Por supuesto, caballero.

—Javier Márquez. Encantado de conocerle.

Susana bajó sus anteojos oscuros hasta la punta de la nariz. Y lo miró con detenimiento. De cerca estaba mucho mejor. Extendió su mano.

—Susana Rodríguez. El placer es mío.

Se tomaron de las manos saludándose por primera vez. Sus ojos no dejaron de hacer contacto y ambos se sonrieron.

Susana trató de no mostrarse muy interesada en el asunto, aunque por dentro se derretía por Javier. Se acomodó sus gafas y tomó un poco de su Cocada mientras veía al frente. Estaba nerviosa.

—No creo que una chica tan hermosa como usted se encuentre sola en este lugar.

—Si lo que quieres es averiguar si estoy casada o comprometida o si vine con alguien la respuesta es: no. Y por favor, tutéame, eso de “usted” me hace sentir vieja.

Javier se carcajeó y ella sonrió.

—Está bien, Susana. Entonces, sabiendo que estás sola y que yo también, podríamos cenar esta noche sin problemas, ¿Qué dices?

—Sólo si valdrá la pena.

—Eso te lo aseguro. ¿Dónde te hospedas? —Preguntó Javier.

—Ahí. —dijo Susana mientras señalaba el hotel que estaba justo detrás de ellos.

—Perfecto. Paso por ti a las ocho en punto.

Javier se puso de pie sin dejar de mirarla.

—Nos vemos hasta entonces, ha sido un placer.

El hombre le dio la espalda y se abrió camino mientras llevaba su tabla a un lado. Susana levantó el brazo e hizo un gesto con la mano como dándole una nalgada en la distancia. Eso le causó gracia. Luego miró a su alrededor para ver si alguien la había visto. Nada. Todos ocupados en sus vidas y disfrutando del lugar.

Lo miró hasta que se perdió entre la gente y la distancia.

No sabía la razón real por la cual había aceptado la invitación de Javier. No quería que la confundieran con una cualquiera, estaba clara que era un completo desconocido pero tampoco ha querido ser grosera y decirle que no.

Además el hombre le transmitía una seguridad increíble y eso para ella era fundamental. Y sí, quería volver a ver ese cuerpo y quizá conocerlo mejor. Una cena no le haría daño a nadie y capaz terminaría siendo un patán egocéntrico y lo descartaría de una vez. Todo estaba dentro de las posibilidades.

Por otro lado, para Javier era fácil interactuar con mujeres, acercárseles y hablarles no le resultaba para nada un problema. En Susana vio algo diferente, además de ser una chica hermosa y con buen cuerpo, sacó sus propias conclusiones de que tenía un muy buen trasero ya que tenía unas caderas muy voluptuosas, irradiaba una confianza enorme.

Sí, también se le hizo fácil hablarle, como con todas las demás, pero, después de un segundo se dio cuenta de que realmente estaba frente a una persona especial. En ningún momento pensó mal de ella por aceptar su invitación, por lo contrario, se sintió afortunado.

El resto de la tarde fue lleno de paz para ambos, cada quién disfrutó del lugar a su manera. Él con más lujos que ella y ella con más paz que él, pero había un punto en común, ambos pensaban en esa cena que no estaba en los planes de ninguno.

Quizá no de la misma forma pero, sus pensamientos estaban centrados en eso. Para Susana existía un nerviosismo incontrolable, todavía no terminaba de entender como aceptó esa invitación con tanta naturalidad. Ella normalmente no era así, pero, él la empujó... con su personalidad y su cuerpo.

Javier reservaba una mesa en un restaurante cercano y muy acogedor cerca del mar, cuando vio a Susana pasar a la orilla de la playa, no se había equivocado en la conclusión que sacó sobre su trasero.

Su cabello rizado color café revoloteaba sobre sus hombros y daba la sensación de que ella podía estar flotando sobre la arena. Maravillosa con ese traje de baño blanco. La silueta que dejaba ver era hermosa y provocativa.

Al fondo el atardecer con una mezcla de amarillos, rojos y azules con destellos negros de los pájaros regresando a sus nidos, preparándose para dormir y él preparándose para encontrarse con esa chica que miraba fijamente. Imaginó recorriendo con sus manos esa piel morena y su corazón dio un vuelco.

—Esas curvas están muy peligrosas, Javier. —pensó en voz alta.

—¿Disculpe, señor? —preguntó la recepcionista.

—No, nada. Disculpe. Tome cárguelo todo a mi cuenta. —dijo Javier mientras le extendía su número de habitación. —Y por favor, quiero que todo esté listo para las ocho en punto de esta noche.

—Perfecto, señor Márquez. Todo estará listo para esta noche a la hora que desea. Que tenga una feliz tarde y gracias por preferirnos.

Javier se retiró dándole la espalda a la recepcionista y esta le lanzó la mirada de rigor. ¡Algo

tenía ese trasero!

La chica con el uniforme del hotel, gafas de lectura y cola de caballo que estaba detrás de la recepción se mordió los labios mientras disfrutaba de la vista. Su compañera, que estaba justo a su lado, le dio un golpe con su codo como para hacerla reaccionar.

—No me niegues lo bueno que está ese hombre.

Ambas se echaron a reír y luego continuaron con su trabajo.

Javier subió las escaleras rápidamente, sabía que debía estar listo mucho antes de la hora acordada.

Llegó la noche y con ella los nervios y la ansiedad por la cena. La mesa estaba lista para la cena, y como un regalo mandado del cielo los acompañaba un cielo maravilloso.

El restaurante aunque sencillo era muy bonito y el ambiente acogía gratamente a quien llegaba. Las mesas estaban puestas de tal manera que todo era muy íntimo así el lugar estuviera completamente lleno, además habían frutas tropicales adornando la mesa junto con un mantel blanco.

Era cercano a la playa, y prácticamente estaba al aire libre, unas paredes bajas de madera dejaban ver el mar y la brisa entraba libremente. Era un lugar fantástico, quizás hasta podría decir que mágico.

* * * *

Susana es una chica independiente, inteligente, con ganas de salir adelante, mejorar en su vida y en lo que pudiera ofrecer a los demás. A sus diecinueve años no había conocido a un hombre que tocara sus sentimientos más profundos y aunque esto no era una prioridad para ella, ya en ocasiones había pensado que jamás encontraría a su otra mitad, su alma gemela, la deprimía un poco.

Algunos de los chicos de su facultad estaban en la lista de su vida, y quizá a uno lo logró querer de verdad. Con el resto se dio cuenta que cuando las cosas parecían establecerse en la relación todo se comenzaba a derrumbar y sabía que no duraría mucho más, los engaños y las mentiras parecían venir en combo con cada hombre que ella decidiera estar.

Estaba cansada de lo mismo y por eso pasaba por un periodo en que necesitaba estar sola y darse cariño a ella misma, al fin y al cabo quizás solo era una etapa de su vida. A penas tenía diecinueve años.

Organizarse mentalmente y plantearse nuevas metas era lo que Susana anhelaba, buscar su propia identidad.

La vida la había golpeado duramente durante mucho tiempo y entre sus pensamientos antes de dormir, picaba el mosquito de la decepción, se sentía agobiada por los estudios y por ese mal pagado trabajo de mierda que tenía, estaba triste porque aún no podía comprar al menos un apartamento o tener algo que fuera realmente suyo.

Y en el amor, no llevaba la ficha ganadora nunca. Cada uno era peor que otro, pero, en particular, la última relación fue la peor. Algo como para no recordar. Eran de las cosas que necesitaba dejar a un lado para poder seguir y creer de nuevo en alguien.

A pesar de todo, Susana es una chica que no decae con nada. Cuando cae se levanta y sigue, logra tener siempre la frente en alto y mantenerse viva. Dicen que todos tenemos nuestro destino escrito, pero ella estaba convencida que la única persona que tenía el lápiz para escribirlo era ella.

Estaba dispuesta a redactarlo de la mejor manera, con la letra más hermosa y con los mejores capítulos que pudiera tener.

Hoy quizá su suerte cambiaría y su lápiz comenzaría a escribir.

Por otro lado... Javier es un emigrante de Argentina de clase media-alta que tiene su estudio de grabación. El estudio lo ha ayudado mucho, pues gana mucho más que un sueldo en cualquier trabajo solo con alquilarlo a músicos y dejar que graben en él. El mes pasado había comprado su casa propia que aún estaba en construcción y se sentía muy feliz con eso.

Entregado a su trabajo y a sus sueños dejó de lado su vida personal. Se había tornado muy fría y solitaria hasta cierto punto.

Su vida sentimental había sido un poco vacía, con una chica cada mes y a veces dos o tres. Salía a algún sitio después de un largo día grabando y conseguía a alguna, sí, eso estaba bien para pasar la noche, tener sexo y quizá hablar un rato con alguien así no sintieras ningún tipo de conexión.

Pero, se dio cuenta de que estaba haciendo las cosas de la manera incorrecta. Ya estaba cansado de eso y necesitaba poner los pies sobre la tierra para poder avanzar como ser humano y conseguir lo que tanto anhelaba. Una relación con amor verdadero.

Pero, metido de cabeza día a día en el estudio lo llenaba más de trabajo y malos hábitos. Recordaba cosas que le hacían daño y no podía salir del hueco mental en el que estaba sumido.

No era completamente feliz y más que eso tenía miedo por su destino, por todas esas cosas que quizá estaban preparadas para él. No quería llegar a un punto donde no hubiese vuelta atrás y resignarse a quedarse con lo que tenía, fuese lo que fuese, y menos si eso no estuviera bien para él.

Son polos opuestos, para algunas cosas, pero están buscando lo mismo sin saberlo. Era hora de que sus vidas se cruzarán y que todo lo que sucediera en ese tiempo les diera una nueva lección y los ayudara a llegar a donde querían. Con miedo o sin él, debían hacerlo lo antes posible. Al fin y al cabo eran par de jóvenes que se merecían ser felices.

* * * *

A la hora acordada Susana bajó hasta el bar del hotel donde consiguió a Javier sentado y a pesar de un atuendo bien informal, se veía como un hombre elegante. Temía que ella estuviera mal vestida para la situación, pero, prefirió no darle importancia a eso y seguir su camino. Ella se sentó a un lado de Javier, éste sonrió y luego de verla se levantó y la saludó con un beso caballeroso en la mano.

—Feliz noche, señorita. Que puntual.

—Buenas noches. No acostumbro a dejar esperando a las personas cuando hay una hora acordada.

—Entonces todo tiene su recompensa. Me encanta tu vestido.

—Muchas gracias, Javier. Tú estás muy guapo. —Dijo mientras se sonrojaba y bajaba la mirada.

Javier notó un poco incómodo el ambiente y decidió llevarla de una vez hasta el restaurante donde cenarían.

Ambos descalzos, caminaban por la orilla de la playa. En sus manos Javier llevaba sus zapatos y las sandalias de Susana. Al fondo se divisaban unas luces y la conversación fluyó de muy buena manera.

Mientras más se acercaban hasta el lugar de la cena el ambiente iba cambiando de manera notable, los hoteles eran más lujosos así como las piscinas y las personas que salían de ellos. Era la misma playa, pero, la dividían los reflejos de cada hotel.

—Y bien, Susana. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy de vacaciones y decidí venir olvidarme un poco de toda la locura cotidiana de la universidad. Necesitaba un respiro, me sentía presionada. ¿Y a ti?

—Comprendo... Yo no estoy de vacaciones pero, también necesitaba salir de las cuatro paredes de mi estudio y poder respirar otro ambiente.

Así siguieron hablando y conociéndose sin saber. Compartiendo ideas y dándose cuenta de las cosas que tenían en común. Eran muchísimas.

Javier se fijó en la extrema belleza del rostro de ella, sus ojos brillaban cada vez que sonreía y sus labios danzaban sin parar mientras hablaba.

Susana notó que habían llegado y, aunque lo disimuló muy bien, estaba impresionada con todo lo que veía. Era un clima muy playero e informal, pero, el lujo se veía por todos lados. La mesa y las sillas estaban adornadas con manteles blancos y algunos caracoles y flores daban un toque hermoso y romántico. Un ramo de frutas sobresalía sobre todas las cosas.

Se sentaron y esperaron a ser atendidos.

Una Cocada y una cerveza. Con eso llegó el mozo. Definitivamente, Javier había puesto algo de su esfuerzo para que la cena fuese del agrado de ella.

—Eres muy detallista. ¿Cocada? Eso tomaba cuando me abordaste en la tarde.

—Sí, lo sé. Por eso la ordené.

Javier sonrió y se volteó hacia el mesonero.

—¿Podría dejarnos el menú y lo llamaremos cuando decidamos que tomaremos para cenar? — dijo Javier con educación.

El mozo se retiró haciendo un ademán de aprobación.

Ya solos en la mesa levantaron sus bebidas y las chocaron brindando por el encuentro de esa tarde.

La cena se dio de una manera muy natural y las horas pasaron sin darse cuenta. Las risas y las bromas estaban a la orden del día o de la noche, en este caso. Parecía que se conocían desde hace años y se trataron con mucha confianza.

Su conversación abarcó problemas laborales, historias de borracheras, miedos, decepciones, gustos... En fin, hablaron sin parar conociéndose muchísimo más de lo que debían.

Después de cenar decidieron quedarse otro rato y los tragos se convirtieron en una jarra enorme de Cocadas sobre la mesa y ellos mismos se servían sin parar. La naturalidad entre ellos afloraba fácilmente.

—Tienes una sonrisa muy hermosa, Susana. La verdad me tiene cautivado.

Javier se sorprendió de las palabras que el mismo había dicho. Salieron solas prácticamente. Cualquier cosa, atribuiría todo al alcohol.

—De seguro eso se lo dices a todas las chicas que consigues en la playa y luego las invitas a cenar.

—Solo se lo digo a las que tienen una sonrisa así. Y como esta que tú tienes no hay otra. Es solo tuya. Por lo tanto, solo he dicho esto una vez en mi vida y solo lo has escuchado tú.

No era un secreto la facilidad de palabra que tenía Javier y a Susana le encantaba, pues toda la noche estuvo halagándola y más allá de todo esto, sus temas de conversación eran muy interesantes y compartían diversas opiniones. La conexión entre ellos fue bien estrecha y cada vez se sentían más cómodos juntos.

Se dieron cuenta de que se estaban quedando solos y decidieron salir del restaurante con la jarra de Cocadas que aun iba por la mitad. Javier hizo un gesto hacía uno de los camareros dándole a entender que se llevaría la jarra y luego la devolvería. Susana se dio cuenta de que todos lo conocían ahí. Todo lo que quería el “señor” Márquez era palabra santa.

Se dirigieron hacia la orilla de la playa. Las estrellas se reflejaban en el mar y el cielo estaba orgulloso de mostrar una luna llena brillante y hermosa. Era un paisaje de película, se necesitaría un poeta para describir exactamente lo que podía verse esa noche en la playa.

Mientras caminaban y conversaban, Susana pensaba en lo que pasaba. Para nada tenía en sus planes conseguir a un hombre, y menos uno tan guapo, atento y caballeroso. Ella solo quería descansar y despejar su mente un poco, tratar de liberar estrés, pero, ahí estaba ahora, sentada en la orilla de la playa y feliz de estar pasando por eso.

Para Javier era una maravilla la situación, él tampoco pensó en buscar a nadie, pero, el destino se encargó de eso. No podía creer lo hermosa que se veía Susana bajo la luz de la luna. Era una chica como ninguna otra.

Disfrutaban de la noche y las Cocadas. Conversaban sin parar y reían de cada cosa que el otro decía. Se mostraban sus verdaderos rostros sin mascarar ni tabúes, simplemente eran ellos y se sentían bien. Este tipo de cosas solo sucedían con la persona ideal, con esa que es la media naranja que tanto buscaste.

Por un momento se quedaron callados escuchando las olas y el susurrar del viento, Susana cerró los ojos y parecía extasiada y feliz. Él notó que ella necesitaba todo eso que el mar le ofrecía, la veía como tratando de desintoxicarse.

—¿Me acompañas, Susana?

Ella abrió sus ojos y miró a Javier con un rostro sereno y serio. No dijo nada y se limitó a extender su mano hacia ese hombre que acababa de conocer y con el que ya había compartido una cena y una noche indescriptible. Lo que siguiera sería ganancia pura. Susana solo se dejó llevar por el momento, sí, había miedo, pero también había deseos que en ese momento afloraron.

Se levantaron dejando la jarra de Cocadas a un lado y sin líquido dentro. Susana se dejó guiar por Javier sin preguntar nada, sin pensar nada. O todo salía muy bien o de nuevo pondría los pies sobre la tierra y descubriría que Javier era como todos los demás.

Comenzaron a caminar por un camino prácticamente desierto, no se había dado cuenta de la hora hasta que notó que en el horizonte comenzaba a salir el sol. Le parecía imposible que haya pasado tanto tiempo solo conversando y riendo, pero, así era.

Ya al llegar eran las seis y cuarto de la mañana, estaban en un ático bien lujoso y con una vista hermosa al mar. Podía ver el sol salir desde el horizonte y entraba una brisa refrescante. Los colores se mezclaban en armonía y la escena merecía ser pintada en un cuadro y mantenerla viva por el resto de los tiempos. Todo parecía conjugarse para que esos momentos fuesen inolvidables.

A pesar de haber tenido un día largo, Susana no se sentía cansada, estaba feliz de que sus vacaciones hayan venido con este regalo que tenía como nombre Javier. Quizá era algo que se duraría solo el tiempo que estaría en ese hotel, o quizá no lo vería nunca más. Lo importante era disfrutarlo y dar lo mejor para que en la memoria quede un recuerdo que valga la pena recordar.

Javier llegó hasta la ventana por donde Susana veía el amanecer. Le colocó una chaqueta encima de sus hombros y la invitó a desayunar. Ella sonrió y noto que el hombre la veía con una mirada sincera y serena que la cautivó. Susana aceptó la invitación con una sonrisa en el rostro.

—El almuerzo va por mi cuenta, entonces —dijo ella mientras le daba la espalda y caminaba hacia la mesa que estaba en la habitación contigua.

Javier la observó y sintió algo en la boca del estómago. ¿Mariposas? No era posible. Descartó

de inmediato que eso fuese así. Solo tenían horas de haberse conocido.

Se sentaron a comer un desayuno exquisito.

—¿Con que esto hacías mientras me dejaste sola allá adentro?

—Pues, sí. Como puedes ver, soy un excelente cocinero y quería que tuvieras la suerte de probar una de mis comidas. Es algo sencillo, pero, lo importante es el sabor. Querrás tener más desayunos conmigo.

—Eso lo decidiré yo. Aunque te digo que vas por buen camino.

Ambos se rieron con fuerzas y siguieron tomando su desayuno.

La comida los llenó de energía y además, las ganas de no querer acabar con el momento eran enormes.

—Te tengo una nueva invitación, Susana. Y no quisiera que la tomaras de mala manera o como un abuso de mi parte.

—Pues, termina de decirme sin tanto misterio, Javier. Tú propones y yo tengo la decisión. ¿No es así como funciona?

—Sí, así es como funciona.

Javier la tomó de la mano con delicadeza y tratando de que ella no sintiera que estaba invadiendo su espacio.

—Soy un buen capitán de barco. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo?

Este hombre definitivamente era una cajita de pandora, cada vez la sorprendía más el hecho de que sacara un as de debajo de su manga con tanta frecuencia. Si las cosas estaban comenzando de esta manera no podía imaginar todas las que seguirían.

Susana lo pensó por un momento que pareció una eternidad para Javier.

—Pues, si navegas como cocinas, debes ser de los mejores en el mar. Además me parece una idea genial, pero con la condición de que me des un tiempo para ir hasta la habitación de mi hotel, tomar un baño y buscar una ropa adecuada para la situación. Quizá un bikini nuevo que compre antes de venir de viaje.

Javier accedió y él se tomaría el tiempo para lo mismo.

Se quedó pensando en ese bikini.

—Te acompañaré hasta tu hotel y luego vendré a preparar todo si así lo deseas.

—Vale, me agrada la idea —dijo Susana.

Ambos salieron caminando de nuevo y se despidieron al llegar a la puerta de la recepción del hotel donde se hospedaba Susana. Un abrazo y un beso en la mejilla para ella que hizo que su estómago quisiese salir por su boca. Respiró y siguió.

Aunque ella parecía tranquila al subir al ascensor estaba entusiasmada por lo que venía para el resto del día. Tenía dos horas para arreglarse y quizá descansar un poco. Javier la estaría esperando en el mismo lugar donde la encontró anoche.

Él estaba muy nervioso de regreso a su habitación de hotel, parecía un adolescente y eso le causaba gracia. Susana tenía todos los rasgos de una chica espectacular, pero necesitaba conocerla más para poder tener un concepto concreto sobre ella. Físicamente estaba claro que no tenía ni una duda.

La noche anterior sintió que había un tipo de sentimiento que por muy pequeño que fuese, existía, era casi como eso que llamaban “amor a primera vista”. La conversación con ella fue fluida y nunca decayó, tenían muchas cosas en común, ella le hizo olvidar todo en solo unas pocas horas y ahora no podía dejar de pensar en ella.

Además de la conexión sentimental, Javier estaba delirante ante el cuerpo de Susana. Su pequeña cintura era extremadamente sexy cuando se combinaba con ese prominente trasero y todo

esto hacia equilibrio con sus senos de copa pequeña. Era un combo perfecto. Desde el primer momento quería comérsela sin desperdiciar nada.

Llegó a la habitación y luego de un baño rápido bajó a preparar todo y estar a tiempo para esperar a Susana en la puerta de su hotel.

Susana, un poco más relajada por el factor tiempo, se daba una larga ducha. Pensaba en Javier y esperaba que Javier no se estuviese tomando nada en serio, al fin y al cabo ella había ido por diversión. El agua le caía sobre su cuerpo y con los ojos cerrados recordaba ese trasero y esos abdominales de acero. Le causaba una rica sensación que apenas podía dominar. Pensar en eso le daba más ganas de salir a buscarlo.

Para ella era suficiente lo que había pasado en ese primer día de vacaciones, pero, quedaban catorce días más y si seguía así, pues serían las mejores vacaciones de su vida. De hecho solo con este día ya superaba todas las anteriores. Pero, esta aventura solo comenzaba.

* * * *

Mientras Susana se deleitaba con el paisaje, Javier pilotaba el barco lentamente y cuando agarró el control por completo, llegó a un sitio desierto que él conocía y dejó la nave ahí. Cuando todo estaba listo se acercó a ella y le rodeó con su brazo.

Ella lo miró sonriendo.

—¿Te gusta lo que ves? Es de mis lugares favoritos.

El paisaje era de fotografía. El agua cristalina dejaba ver unas estrellas de mar con un color naranja espectacular que combinado con el verde y marrón de los manglares daban una vista perfecta. El mar en ese lugar estaba sin olas, cerca habían varios cayos que lucían desiertos a la distancia.

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida. La verdad estas cosas me hacen sentir pequeña dentro de este mundo.

—Pues, estamos de acuerdo en eso. Yo también estoy viendo lo más hermoso que han observado mis ojos en toda mi vida.

Susana volteó y vio que Javier la miraba directo a los ojos. Ella no supo qué hacer en ese momento, solo se quedó ahí quieta y sabía que lo inevitable estaba por venir. Y lo deseaba.

Sus corazones latían sin parar, por un momento se desconectaron del resto de la humanidad y sus labios se prepararon para el encuentro.

Javier acercó su rostro al de Susana y paró justo cuando estaba a unos centímetros de su boca, quizá esperando una respuesta de ella o un gesto que le diera luz verde para seguir adelante. El tiempo pareció detenerse por un instante y luego se dio.

Un beso como todos los primeros, de los que jamás se olvidan pero, en este hubo algo especial. Él tomaba su rostro y ella posaba sus brazos alrededor del cuello de él. El beso se alargó haciendo del tiempo algo insignificante, luego se miraron y lo repitieron pero, esta vez de una manera más apasionada.

Terminaron abrazados y mirando el paisaje.

—¿Realmente esto está sucediendo, Javier?

—Así es, Susana. Estamos aquí con casi veinticuatro horas de habernos conocido, abrazándonos y viendo este paisaje. No pienses mucho, solo disfruta el momento, es lo mejor que podemos hacer para no dañar las cosas.

Susana se sintió feliz y segura en ese sitio.

—Mira, allá. —Javier señalaba uno de los cayos que estaban más lejos de ellos. —Desde que llegue estoy enamorado de ese lugar. Tiene una vista hermosa y el agua es templada. ¡Vamos, te invito a conocerlo!

Se fueron hasta ese lugar y se bajaron a disfrutar de la arena y la sombra de las palmeras.

Javier se quedó en el barco durante unos minutos mientras Susana se instalaba con una toalla y una sombrilla muy cerca de donde estaba el barco.

Susana se quitó su vestido de playa y esta vez su bikini era mucho más pequeño, puso un poco de bronceador sobre su piel y luego se tendió boca abajo para tomar un poco de sol, cuando Javier salió observó esa figura que se posaba en la arena.

El trasero de Susana se mostraba con orgullo en ese pequeño bikini, por no decir diminuto, que se perdía entre sus nalgas. Había desatado la parte de arriba del traje de baño para que no se marcara el bronceado.

Ella le había lanzado una curva desde el momento cuando mencionó lo de “su nuevo bikini” y él lo sabía. El comentario tuvo una dosis alta de picardía. Se lo había imaginado de cualquier forma, pero jamás como lo veía. Era sencillamente perfecto.

Mientras seguía parado en el barco viendo esa imagen su “compañero de abajo” se despertó convirtiéndose en una montaña rusa y no era para menos.

Ella lo miró de reojo.

—¿No piensas venir a colocarme bronceador en la espalda, campeón?

Javier, quién traía algunas cosas consigo, bajó inmediatamente. Esa sí que era una muy buen invitación. Dejó las cosas donde cayeron y tomó la crema bronceadora. Estaba ahí parado contemplando esa espalda y un poco más.

Cuando posó sus manos en la espalda de Susana sintió que algo le recorría el cuerpo, sí, había un sentimiento por esa mujer, pero, el deseo que le despertaba también era muy grande.

Cada centímetro de esa piel en la espalda de Susana fue tocado por él, no una, no dos, sino varias veces. Ella se relajó tanto que se quedó dormida y Javier prefirió dejarla descansar un poco. Puso la sombrilla para que no se insolara y luego ordenó el resto de las cosas.

Apenas había gente en las cercanías y no sería problema dejar a Susana en esa posición, que a pesar de no ser algo malo, pues a Javier no le gustaría que alguien más viera lo que por entonces quizá fuese solo para él. O al menos eso quería.

Sentado en una silla reclinable él hombre se instaló viendo el mar y unas nalgas que se cocinaban con el reflejo del sol. ¡Como quería tocarlas!

* * * *

Susana se despertó después de una hora. Notó a Javier sentado a su lado leyendo un libro. Javier la miró.

—Hola, bella durmiente.

—¿Cuánto tiempo dormí?

—Más o menos una hora. Estabas cansada. Te puse la sombrilla para que no te quemaras con el sol.

Susana, que aún estaba entre dormida y despierta, se dio cuenta de ese detalle y le sonrió al hombre. Le pareció algo lindo. Ella se levantó sosteniéndose la parte de arriba del bikini con la mano para que no se le cayera, había recordado que lo había soltado en el momento que pidió a Javier que le echara el bronceador.

—¿Quieres tomar algo? En el barco tengo algunas cervezas y zumos.

—Me sentaría bien un zumo bien frío. Pero, primero ayúdame con esto por favor.

Javier se levantó, ató de nuevo en su lugar la parte superior del bikini de Susana y se dirigió al barco en busca de la bebida. En ese momento ella se acomodó sobre la toalla sentándose de una forma más cómoda. Notó que el cayo estaba un poco solo, habían algunas personas a su izquierda y como a unos doscientos metros. De resto no se divisaba sino ellos dos. Se levantó estirándose y se arrimó hacia una palmera enorme.

El clima era excelente, a pesar del fuerte sol que predominaba, la brisa evitaba que el calor fuese peor. El mar tenía un degradado de colores sorprendente y por instantes se perdía con el cielo despejado de ese día.

Javier regreso con un zumo de naranja y una cerveza y se paró al lado de Susana mientras le entregaba la bebida. Ella tomó un sorbo grande y se recostó del hombro de él. Javier un poco sorprendido la abrazó y allí se quedaron durante unos minutos hasta que él rompió el silencio.

—Creo que una de las mejores cosas que he hecho en mi vida fue acercarme ayer en tarde hasta donde estabas.

—Y yo creo que es mejor no hablar tanto y disfrutar más de los regalos de la vida. —dijo Susana y lo abrazó.

El momento romántico pasó dejando una marca en sus corazones, una marca que sería indeleble para el resto de sus vidas. El resto del día fueron risas y juegos entre ellos. Comieron un pescado exquisito que encontraron en un sitio bien sencillo en el cayo y donde la atención fue excelente.

Llegada la tarde los besos entre ellos cada vez se sumergían en más pasión y las ganas por tenerse el uno al otro se incrementaban cada segundo. Las manos cada vez tocaban más los espacios íntimos de cada uno.

Susana notaba que ya Javier no disimulaba las erecciones que le producían sus besos y eso la hizo sentir bien. Ella cuando lo tocaba o acariciaba sentía esas cosquillas tan ricas en su vagina también, existía una pasión que ninguno podía negar ni ocultar.

Después de un apasionado beso y ya cayendo por completo la tarde, Javier la cargó y la llevó al barco. La escena tenía ese tono romántico que se suele ver en las películas, donde el esposo carga a su esposa y se van de la fiesta para disfrutar luego de la luna de miel. Dentro, la dejó caer sobre la cama y fue poco a poco acercándose a Susana.

El corazón de ella palpitaba sin parar, ya no había vuelta atrás, se deseaban tanto que nada detendría ese momento de pasión. Lo estaban buscando desde hace rato y lo encontraron. Ella se dejó llevar de nuevo, con Javier al parecer esa decisión era la mejor.

Susana le soltó el cordón del pantalón playero que llevaba y se lo quitó. La protuberancia creada por el pene erecto de Javier ahora era más visible ahora que solo lucía su ropa interior. Ella se echó para atrás dejándose caer en la cama con los brazos abiertos.

Javier estaba sobre ella, comenzó a besarla en los senos con delicadeza, primero uno y después otro. Los besos fueron subiendo al cuello de Susana y la respiración de él causó un escalofrío imparable por todo el cuerpo de ella y ella haciéndola estremecer, sus respiraciones comenzaban a acelerarse.

Javier sutilmente metió su mano entre el colchón y la espalda de Susana. Haló el nudo con que se amarraba el bikini y lo soltó. Luego tomó la parte de arriba del atuendo y la lanzó a un lado de la cama.

Los senos de copa pequeña que tenía frente a sus ojos eran perfectos. Redondos y con un tamaño que hacía que él quisiera meterlos a su boca y comerlos enteros.

Los pezones de ella parecían gritar, exigían ser tocados, pellizcados, mordidos, él los lamió y sintió como se endurecían. Susana cada vez estaba más concentrada y más excitada. Ella misma se sacó la parte baja del bañador y ahí quedó, desnuda y con las piernas abiertas frente a ese hombre que solo tenía horas de haber conocido, eso no le importó para nada. Ni siquiera lo pensó.

Sin decir una palabra, sin pedir permisos, sin saber que le gustaba al otro. Solo dejándose llevar por el momento, por ese regalo que les estaba dando la vida. Estaban dispuestos a descubrirse. Lo que no sabían era que para ellos esta solo sería la primera vez.

Las manos de ambos recorrían el cuerpo del otro, eran como turistas en una visita a un lugar desconocido. Cada centímetro de piel fue investigado y guardado en la memoria, Javier se concentró en el trasero de Susana. Estaba duro como roca y en su sitio. No caía, redondo, esos músculos estaban como hechos por los dioses.

Las piernas de Susana se abrieron más cuando Javier las tomó y las llevó a los lados de su cintura, él comenzó a penetrarla poco a poco y ella sintió algo que jamás había sentido, un pene bien dotado, ancho y largo, anhelaba tenerlo completamente adentro.

Susana cruzó sus piernas alrededor de la cintura de Javier.

Javier la penetraba sin parar y sin dejar de basarla en el cuello, escuchaba leves gemidos que salían de la boca de Susana y eso le encantó. Eso significaba que las cosas iban bien.

—Dame más duro. —Le dijo ella con una voz susurrante en el oído derecho.

Javier se dispuso a hacerlo y a mayor velocidad. Ahora podía verle la cara a Susana. Estaba excitada, de eso no había dudas, se mordía sus labios y, por cada movimiento para penetrarla, exhalaba de manera brusca. Los gemidos comenzaron a ser más seguidos.

Sin avisar, él la tomó por las caderas y la volteó, volvió a tomarla por las caderas y la paró en cuatro, le puso una mano en la espalda y la empujó para que quedara arqueada y con ese rico trasero parado esperando ser penetrado por él. Ella lo dejó. Él siguió con su misión, le abrió las nalgas, dio un pequeño beso y escupió en él, mientras se ponía un condón metió un dedo por ese pequeño orificio, logró que Susana se estremeciera y prosiguió a meterle solo la cabeza de su pene.

—Oh, nena, estás tan cerrada. —susurró.

—Duele Javier.

—¿Quieres que pare?

—No. Sólo mételo despacio.

Después de varias embestidas por atrás lo sacó, se retiró el condón y la penetró por la vagina, se adentró despacio mientras escuchaba el gemido alargado que ella le ofrecía, la azotó y empezó a entrar y salir de ella repetidas veces, justo antes de acabar sacó su pene y acabó encima de sus nalgas.

Cansados y extasiados se dejaron mecer por el mar, se acurrucaron y así se quedaron dormidos.

* * * *

Cuando despertaron ya era de noche.

Seguían en la cama desnudos y no se había separado ni un segundo durante el tiempo que estuvieron dormidos. Javier la besó apenas abrió los ojos, ella le correspondió y se sonrió. Sintió como saltó su corazón en el pecho.

Susana se levantó y sin dudar salió hacia la parte delantera del barco, no le importó estar

desnuda, en ese momento se sentía libre y además era algo que nunca había hecho y siempre había deseado.

Es esa sensación de estar desnuda en un sitio donde normalmente no lo estarías, sentir que podrían verte, pero, sabiendo que la posibilidad es mínima, siempre pensó en esos sitios prohibidos donde tener sexo o pasearse desnuda, pero nunca había tenido una oportunidad como esta.

Jamás estuvo un barco entre los lugares que ella había pensado, pero sin lugar a dudas lo estaba disfrutando. Respiró profundo mientras estaba ella sola con la luna y las estrellas.

Javier la veía desde la puerta del camarote y se convenció que jamás tendría una vista más grandiosa que esa. El mar, la luna, las estrellas y ese trasero desnudo e increíble de Susana... Podría quedarse allí toda la vida.

Él un poco más introvertido salió con una toalla alrededor de su cintura y la abrazó.

—Siente el mundo sin tabúes, sin barreras. —Le dijo ella.

Susana le quitó la toalla y la dejó sobre uno de los tubos de protección de la embarcación. Quedaron los dos desnudos y abrazados. Mirando y disfrutando de la naturaleza que los rodeaba.

* * * *

La habitación de Javier era mucho más grande que la de ella y lógicamente más lujosa. El hotel era hermoso y la atención inigualable, no se quejaba de donde ella se estaba quedando, pero, las cosas aquí tenían un nivel más alto.

Javier salió del baño después de darse una ducha y se dirigió al balcón donde estaba Susana esperándolo.

—¿Y entonces? —dijo él.

Susana lo miró y no dijo nada. Seguía pensando.

—Es solo una idea, Susana. No te sientas presionada.

La propuesta de Javier se basaba en que ella cancelara la reservación que tenía en su hotel y pasara el resto de las vacaciones con él en esa habitación.

Susana lo pensaba por el hecho de que ella no quería depender del dinero de un hombre, bastante le había costado ahorrar para ese viaje y se sentía orgullosa de no tener que pedirle nada a nadie, se sentía bien por poder pagar sus cosas.

Además ella no sabía cómo terminaría todo esto. Sí, Javier parecía ser un buen tipo, pero, realmente no lo conocía. ¿Y si todo salía mal? ¿A dónde iría ella?

—Creo que deberíamos esperar unos días. Si quieres podemos seguir viéndonos, al menos eso es lo que yo quiero.

—Está bien, Susana. Así será.

A pesar de sentirse decepcionado, no lo demostró. En parte sabía que la propuesta era algo apresurada y que las cosas así saldrían mal. Quizá compartiendo y disfrutando más tiempo juntos, las cosas fluirían de mejor manera.

—Puedes acompañarme si quieres hasta la recepción de mi hotel. —Le propuso Susana.

—Encantado.

Como de costumbre caminaron por la orilla de la playa ya casi a las doce de la noche. Algunas personas seguían en la playa hablando y compartiendo con sus seres queridos. Sus manos se rozaron un par de veces y las ganas que tenían de tomárselas eran enormes. Ninguno de los dos se atrevió pensando que el otro lo tomaría a mal o algo por el estilo.

—Hasta mañana, Susana. Estaré esperando por ti.

—Estoy deseosa de verte de nuevo. Y discúlpame, Javier. De verdad no quiero que tomes mi decisión como un desprecio hacia ti. Solo que creo que no es el momento.

—No te preocupes. Hay un tiempo y un lugar perfecto para todo. Ya el lugar lo encontramos. Lo otro es cuestión de dejarlo correr y que sea él mismo quien nos diga que hacer.

Un beso largo en los labios fue suficiente para que empezaran a extrañarse sin haberse separado aun. Susana comenzó a caminar hacia el ascensor dejando su mano extendida y tomando la de Javier hasta el último segundo que pudiera. No dejó de verlo hasta que las puertas se cerraron y lo dejaron fuera del alcance de su vista.

Susana pensaba en Javier mientras se bañaba y él en ella mientras caminaba hasta su hotel. Ambos cansados se durmieron apenas tocaron la almohada. Se extrañaron entre sueños y eso era una señal. Quizá ese beso había sido la chispa que encendió algo verdadero en ambos.

Susana despertó y por un momento no sabía dónde estaba. Sintió que había dormido por cuatro días seguidos. Estaba cansada. Su primer pensamiento del día tenía nombre: Javier. Había soñado con él y, aunque no lo recordaba bien, estaba segura que había sido algo bueno. Así lo sentía en su corazón y lo corroboró cuando vio su panty mojada. Sonrojada se carcajeó. ¡Qué increíble!

Miró el reloj colgado en la pared. Marcaba las un cuarto menos las once de la mañana. No era tan tarde como pensaba pero, tampoco recordaba cuando era la última vez que se había despertado sin ayuda de una alarma a las seis de la madrugada. Se sintió con nuevas energías y con ganas de volver a ver a Javier. Se sentó en la cama y prendió la televisión, no la veía, solo quería desechar ese silencio que había en la habitación y que irónicamente la aturdía.

Pensó en ir a buscar a Javier después de comer. La noche anterior no planearon nada, de hecho, ni siquiera intercambiaron los números telefónicos de sus hoteles, y mucho menos de los personales. Realmente no tuvieron tiempo para eso, aunque ella pensó que no sería difícil conseguirlo. El punto era que, aunque había ido hasta la casa de Javier, no prestó atención al número que colgaba en la entrada de su casa.

Ya se las arreglaría durante el día para poder verlo. Por ahora llamó a servicio a la habitación y pidió un desayuno ligero. Mientras lo esperaba, se duchó pensando en lo bien que venían las cosas.

Javier se había despertado más temprano. Atendió algunos asuntos urgentes del estudio, algunos computadores y mezcladores necesitaban de mantenimiento pero nada que su amigo de confianza, Julián no solucionara en cuestión de horas. Luego se dedicó a disfrutar de su tiempo. En sus pensamientos estaba Susana, no podía dejar de imaginarla en aquel momento cuando salió del barco y la vio acostada boca abajo. Su trasero no pertenecía a ese grupo promedio.

Era espectacular, Javier podría sentarse a comer palomitas de maíz mientras lo observaba durante toda una noche. Esa mujer que despertaba deseos y pasión también estaba presente en su corazón. No era fácil pensar que después de algunas horas ya sintieras algo por alguien.

Quizá era apresurado y lo que sentía era la emoción de poder estar con Susana, que nadie negaba lo hermosa que era, quizá eran las ganas de verla y tener sexo de nuevo. Lo cierto es que la sensación era nueva y quería seguir averiguando de qué se trataba.

La mañana pasó rápido para él y decidió bajar a dar una vuelta con el único propósito de encontrar a su chica. Javier sabía que en algún momento del día ella estaría sonriendo gracias a él, se había encargado de eso desde muy temprano.

Bajó y caminó por la playa en dirección al hotel donde se hospedaba Susana. Tenía una sensación extraña y la asoció con ansiedad aunque sabía que eso no era así.

Al llegar a lobby del hotel se sentó en uno de los muebles. Esperó pacientemente durante unos

veinte minutos hasta que vio salir del ascensor a Susana. Portaba una sonrisa enorme y hermosa, ella lo encontró apenas salió, algo le decía que ese maravilloso hombre estaría ahí esperándola. Y fue genial verlo sentado ahí.

Minutos antes cuando recibió su desayuno en la habitación, Susana había encontrado un ramo de rosas inmenso en el pasillo, globos y algunos chocolates lo adornaban. Una nota escrita en letra de molde y mayúsculas decía: DISFRUTEMOS LO QUE EL DESTINO NOS ESTA REGALANDO.

Este tipo de cosas eran las que enamoraban a mujeres, pero no a ella, Susana aún tenía claro que todo lo que pasara esas vacaciones sería cosa del pasado y quedaría como una rica experiencia, obvio al ver ese detalle estuvo a punto de derretirse ante él, era impresionante que Javier hubiese hecho eso. Ella ya pensaba que no existían hombres así, que fuesen detallistas y que quisieran enamorar a las mujeres haciéndolas saber que son importantes. Fue un detalle que la hizo sentir especial.

Un brazo los unió y estuvieron así durante un rato.

—Eres impresionante. —le dijo Susana aún maravillada.

—Tú me haces ser así, Susana. Veamos que nos regala el destino hoy.

Ambos salieron del hotel abrazados. Ese día sí que sería diferente.

Javier guio a Susana hasta un coche que estaba aparcado a las afueras del hotel y tenía un cartel de taxi en la parte de arriba.

—Hoy será un día de sorpresas para ti, Susana. Quiero que te relajes y te dejes llevar.

—No lo sé, Javier. No estoy segura. —Bromeó ella entre risas

—Pues, ya estás en el coche, así que no tienes más opción.

Las risas salieron de ambos casi al unísono.

El camino era una poesía gracias al paisaje que hipnotizaba a cualquiera, todo estaba puesto en perfecta armonía, ambos disfrutaban del corto viaje y de la compañía de cada uno.

Luego de un cuarto de hora llegaron a su destino y se bajaron del coche. El chofer dio la vuelta y se retiró por el mismo camino que llegó. Frente a ellos una casa de verano se posaba de manera elegante y majestuosa.

Con sus paredes de madera blanca, dos pisos y un balcón prominente, la casa los invitaba a entrar y a regocijarse dentro. En el patio, una piscina redonda con vegetación y muchas flores alrededor era el lugar perfecto para pasar las horas que fuesen necesarias y tomar sol toda la tarde.

—¿De qué se trata esto, Javier? —Preguntó Susana sin poder quitar la vista de la casa.

—Se trata de seguir intentando las cosas una y otra vez. Quiero que pasemos aquí el resto de tus vacaciones, Susana.

Ella se quedó en el sitio por un momento sin decir una palabra. Todo estaba pasando muy rápido y quizá debería pensar más las cosas, ella había venido por otra cosa muy distinta, pero por otro lado Javier era un hombre increíble. Sabía que estaba haciendo las cosas de manera sincera.

Sí, todo esto estaba fuera de sus planes, pero siempre las mejores cosas salían así, de una forma inesperada, espontánea y sin pensarlas mucho.

Esto la ayudaría a olvidarse de todo y también sería una oportunidad de oro. Merecía todo lo que le estaba pasando y quería disfrutarlo. Luego los caminos de ellos se separarían, de eso estaba segura. Nadie dejaría toda una vida por una aventura de verano.

Tenía sentimientos encontrados, pero dio una respuesta.

—Es maravilloso cuando alguien hace este tipo de cosas para ti. Nos quedaremos aquí al

menos por hoy. Ya veremos cómo se nos da todo.

—Gracias... A veces se me olvida que no solo soy yo el de las decisiones.

—¡Sh! ¿Cómo que gracias? A mí me pagas consintiéndome.

Ella lo tomó de la mano y entraron.

La primera sorpresa fue que la casa estaba completamente amoblada, todo parecía sacado de una revista donde mostraban esas fabulosas casas. Los cuadros, los muebles y la cocina eran simplemente perfectos. Hicieron un recorrido por la casa tomados de la mano y no se dieron cuenta de eso hasta mucho después.

Javier la abrazó por detrás mientras estaban en el balcón divisando el mar que tenían al frente. Esa inmensidad lo hacía ver pequeños y los llenaba de una paz profunda.

—Esto definitivamente debe ser un sueño.

—Déjame decirte que no es un sueño. Es la vida real. Pero, ahora se está portando bien con nosotros.

Ella se volteó y lo besó apasionadamente. Con cada beso se sumaba otro momento único en sus pensamientos y en sus vidas. Ella lo entregaba todo cada vez que lo hacía.

—Bajemos a la piscina. —Propuso ella.

Susana se adelantó en el camino y se quitó la bata de playa azul que llevaba puesta. La lanzó sobre la cama y volteó su cabeza para mirar a Javier con picardía. Ella sabía que la observaba y eso le encantaba. Y para provocarlo más pasó rápidamente las manos por sus nalgas. Ella sabía lo que tenía y estaba usándolo para su beneficio.

El trasero de ella se movía con cada paso y el bikini era el más pequeño que tenía. Más pequeño aún que el del día anterior. Negro con lunares blancos.

Él la alcanzó en las escaleras y bajaron juntos.

En la piscina las cosas comenzaron a subir de temperatura con algunas caricias y besos apasionados. Antes de meterse al agua Susana le sacó la camisa a Javier y lo observó. En su encuentro anterior los acontecimientos se dieron tan rápido que no pudo detenerse a ver el cuerpo deseable que poseía.

Cerca de él, pasó sus manos por el abdomen de Javier, los dedos sentían los desniveles entre cada músculo bien definidos y duros como rocas, el bronceado que había tomado en los últimos días los hacían más atractivos.

Susana notó la erección sobre los pantalones playeros de él. Bajó sus manos hasta allí y las rozó un poco con el glande del pene que a pesar de estar cubierto por la tela se veía bastante bien. Se marcaba y parecía palpitar. Acercó su cuerpo y esta vez la erección de Javier estaba tocando su estómago mientras lo besaba.

Él le soltó la parte de arriba del bikini y lo dejó caer al suelo, Susana le bajó el pantalón mientras se agachaba y por primera vez vio de frente el miembro erecto, grande y apetecible de Javier. Las venas que brotaban de ese bien dotado miembro eran muy atractivas para ella y además estaba completamente rasurado. No lo dudo ni por un segundo y comenzó a hacerle sexo oral.

Él estaba parado ahí al lado de la piscina de una casa de verano que acababa de alquilar y tenía a una chica hermosa que acaba de conocer pegada a su pene como si tratara de ordeñarlo con la boca.

Sentía como Susana lamía, chupaba y en algunos momentos mordía. Las muelas de ella rozaban su glande con regularidad y eso se sentía muy bien, quizá ella pensaba que estaba comiéndose una paleta y la debía disfrutar hasta que se acabara. La forma en que ella metía y sacaba su miembro lo volvía loco.

Susana subió sus manos un poco y lo tomó del trasero, era increíble para ella que un hombre pudiera tener esa parte del cuerpo tan perfecta. También parecían roca y el tamaño era lo que más le llamaba la atención. Javier no se sintió muy cómodo con la situación pero, dejó que ella lo disfrutara un poco más. Si lo hacía era porque le gustaba.

Javier se inclinó y levanto a Susana tomándola por los brazos, hizo que ella se volteara y le quitó la parte baja del bikini con rapidez y de una manera un poco brusca que a ella en particular le encantó. Allí desnudos a pleno día se metieron al agua. Otra vez presente esa sensación que a ella tanto le agrada. Poder ser observados.

Dentro de la piscina fue Javier quien tomó el control, teniéndola de espaldas la acomodó en uno de los bordes para que ella se agarrara, la penetró poco a poco para que Susana fuese sintiéndolo despacio y lo deseara más.

Ya con su miembro dentro de ella, se acercó para tomarla de la cintura. Su movimiento fue incrementando en velocidad, y sus cuerpos chocaban cada vez más fuerte. El agua chisporroteaba con cada penetración y comenzaron los gemidos de Susana.

Javier notó que cada vez eran más frecuentes y fuertes, lo atribuyó a que ella iba tomando confianza con el pasar del tiempo, en lo particular era algo que a él le gustaba pues, sentía que si ella gemía más era porque más lo estaba disfrutando.

Agarró los senos de Susana, los notó duros y con los pezones erectos, síntomas de que estaba completamente excitada. Javier quiso darle un vuelco al asunto. Dejó de penetrarla por un momento y la volteó. La levantó ligeramente y ella entrelazó sus piernas alrededor de la cintura de él.

La posición era perfecta y la comenzó a penetrar de nuevo. Ella se impulsaba apoyándose en los hombros de él, Javier la tenía abrazada de tal manera que los senos de ella rozaban su pecho con cada movimiento.

Gemía y gemía con fuerzas. Sentía como esa bestia que la penetraba abría su vagina sin ningún tipo de límites. El sol les quemaba la piel y la pasión hacía lo mismo con su deseo y lujuria.

—Quiero que me lo hagas más fuerte, Javier. Más fuerte.

Javier se limitó a abrazarla con más fuerza y sus penetraciones fueron más rápidas. Las nalgas de Susana rebotaban y chocaban entre sí. Él la tomó por ahí. Los gemidos de ella eran incontrolables y ya casi llegaba al orgasmo.

Un chorro de semen baño a Susana por dentro y eso fue el detonante para que ella llegara al clímax con un grito que fue acompañado de un impulso espontáneo el cual le llevó la cabeza hacia atrás y al mismo tiempo le clavaba las uñas en la espalda a Javier. El dolor que él sintió fue placentero y lo calmo con el orgasmo que en ese momento seguía teniendo efecto en él.

Susana se relajó y se dejó caer al agua. Fue una sensación de relajación y liberación. Javier hizo lo mismo al sumergirse. Salieron al mismo tiempo y se fusionaron en un beso. Esto era completamente perfecto. Deseaban que el tiempo se detuviera y nunca tuvieran que separarse.

—Sigue siendo increíble para mí.

—Esa es la idea, nena. Que seas tan feliz a mi lado que pienses que todo es sacado de un cuento de hadas. Eso sí, sin príncipe azul.

Ambos rieron.

—No tendré un príncipe azul, pero, tengo a mi dios del sexo bronceado.

Se besaron y luego salieron de la piscina. Desnudos como estaban se sentaron en dos sillas, las acercaron una con otra y tomados de la mano se relajaron. El sol los golpeaba solo con su reflejo ya que estaban a la sombra. El cielo despejado daba la sensación de soledad y de estar en un mundo donde solo ellos dos existían.

Sus cuerpos eran monumentos, de eso no había dudas. Ambos se observaban con cuidado.

* * * *

Luego de pasar un día espectacular en la casa de verano que Javier había alquilado para ellos, Susana estaba de nuevo en la habitación de su hotel a la mañana siguiente. Solo fue hasta allá a recoger sus cosas para irse a pasar el resto de las vacaciones en esa hermosa casa. No lo hacía por los lujos, lo hacía por ella. Por la aventura que se había prometido en esas vacaciones.

Aunque Javier tenía mucho que ver en esa decisión, la verdadera razón era que por primera vez se sentía completamente feliz en un lugar. Además de tener a un hombre maravilloso que cada segundo parecía ser mejor y estaba tranquila.

Necesitaba aprovechar esa situación para poder entrar en máxima relajación y olvidarse de cualquier deber u obligación que la atormentaba en su vida cotidiana, necesitaba dejar de pensar en medicinas, curas, enfermedades. ¡Basta!

Susana pensó que compartir con Javier de la manera en que lo habían hecho despertó en ella una madurez diferente a la que conocía. Veía las cosas de una manera diferente y era algo bueno.

La decisión de Susana fue la felicidad extrema para Javier quien la esperaba en la casa como ella se lo había pedido. La mandó al hotel en un taxi el cual la traería de regreso. Él aprovechó para ordenar algunas cosas y pensar otras más.

Saber que había dejado todos sus planes de lado por Susana significaba algo importante para él. Al fin había salido de ese estudio que le consumía la vida todos los días, no se quejaba, grabar y vivir su vida de músico era lo que siempre había soñado pero necesitaba un respiro, mucho de algo es malo. Así como ella, Javier pensaba que por primera vez todo a su alrededor estaban en perfecta sincronía y por eso decidió apostar el resto.

Solo había dos opciones, la primera era que todo saldría tal cual venía y la segunda era que todo se iría a la mierda sin ningún tipo de remedio. De la última estaba ya bastante acostumbrado. Siempre que creía que había encontrado el amor se le iba de las manos.

Para ambos era un paso definitivo aunque no lo supieran, estaban tomando la decisión que cambiaría su destino. Y comenzaban a probar como sería su convivencia, juntos en el mismo lugar.

Las malas experiencias debían ser desechadas y abrir espacio y tiempo para las nuevas. Luchar contra eso era primordial para ambos.

Susana llegó antes de lo esperado por Javier. Él salió para ayudarla con sus cosas y notó que ella lo miraba. Sus ojos estaban desnudos, simplemente lo miraban con sinceridad.

—¿Tienes algo que decirme, Susana?

—Quizá. Pero, no es el momento. —Ella sonrió y lo besó rápidamente.

—Vamos, terminemos de entrar.

Javier se estaba enamorando de esa mujer y se dio cuenta en ese preciso instante. No ganaba nada ocultárselo a sí mismo. Pero, no era el momento para decirle nada de eso a ella, más que acercarla pudiera que la alejara con algo así. Era mejor esperar y ver como se daban las cosas ahora que pasarían más tiempo compartiendo cosas y teniendo experiencias.

Mientras ordenaban las cosas de Susana en las gavetas y el armario de la habitación Javier imagino que algo similar pasaría si decidieran seguir juntos con su vida. Cuando dos personas decidían pasar el resto de su vida juntos comenzaban a compartir todo y una habitación era lo primero. Que fuese Susana la primera con la que tenía ese sentimiento era extraño pero, no sorpresivo.

Siguieron durante todo el día ordenando y disfrutando de la mutua compañía, ya cuando se hizo de noche todas sus pertenencias estaban en su sitio y se sentaron afuera para hablar y disfrutar más tiempo juntos.

Hablaban sin parar. Siempre tenían un tema y Susana lo escuchaba con mucha atención. Javier es un hombre muy inteligente y con una sed de conocimiento enorme, eso lo ha llevado a leer, investigar y aprender sobre muchas cosas y cuando él las conversaba con ella se convertía en un placer escucharlo.

Después de la cena subieron a la habitación y encendieron la televisión, a pesar de ser una situación que no salía de lo normal, ellos estaban muy felices ahí. En la cama estaban acurrucados y se acariciaban mientras las imágenes de una película aparecían en la pantalla. Realmente no le prestaban atención y sin darse cuenta se durmieron. Juntos por primera vez durante toda una noche.

No se separaron durante toda la noche y amanecieron de la misma manera en la que se durmieron.

La mañana era espectacular, la verdad era que durante esas vacaciones el clima había estado de maravilla. Se levantaron juntos y tomaron una ducha juntos.

—Para hoy quisiera que nos quedáramos aquí, Javier. La verdad quisiera descansar un poco y disfrutar más de esta hermosa casa.

—Me parece muy bien, pero no tenemos muchas provisiones. Yo llamaré a la agencia de viajes para que me envíen un taxi y poder ir hasta el mercado más cercano. Compraré algunas cosas. Quiero que te quedes aquí mientras yo hago eso.

Así fue. Javier salió y ella se quedó en el área de la piscina descansando y bronceándose un poco. Pensaba en todo lo que estaba sucediendo.

Susana escuchó algunas voces y ruidos en la casa vecina. Había estado sin visitantes hasta la noche anterior, pero al parecer ya no sería así. Decidió entrar a la casa y descansar un poco más en la habitación y de nuevo se quedó dormida.

Javier regresó a casa y ella despertó apenas él entró al cuarto. Él se acercó a ella besándola en la frente y le contó lo que había hecho. Le mencionó el alquiler de un coche para trasladarse dentro de la zona y a ella le pareció una idea genial.

—Noté que tenemos vecinos nuevos.

—Sí, llegaron un rato después de que te fuiste.

—Se acabó el sexo en la piscina, entonces. —dijo Javier riéndose.

—Quizá. Menos mal que esta casa es grande y los sitios sobran.

Javier la miró y ambos se limitaron a dejar pasar el comentario, cada quien pensaría de la manera adecuada.

Cocinaron juntos y bromearon de cosas tontas. En la tarde si vieron una película completa mientras comían helado. Ya casi terminada la tarde, los nuevos vecinos comenzaron con una “pequeña” fiesta que se extendería por el resto de la noche.

Para ellos no había problema pero, la música a todo volumen y los gritos de los jóvenes eran algo perturbadores. El alcohol estaba haciendo sus efectos y las cosas cada vez se ponían peor.

Javier invitó a Susana a salir de la casa a pesar de los planes que habían hecho en la mañana de ese día. A ella le pareció bien, quizá al llegar ya la fiesta habría terminado y podrían tener un poco de paz.

Salieron en el coche de alquiler el cual le gustó mucho a Susana. Cenaron y dieron una vuelta por el malecón de la playa. Disfrutaron de algunos músicos callejeros que hacían vida en las inmediaciones dando espectáculos únicos a los transeúntes y la noche pasó rápido.

Decidieron volver y al llegar a la casa las cosas estaban un poco más calmadas. Los más

fuertes seguían de pie con sus bebidas en la mano pero, ya un poco más apagados. Javier y Susana entraron y se encerraron.

—Parecemos ancianos huyendo de las fiestas. —dijo Javier mientras se reía.

—No lo creo, quizás sólo queremos pasar más tiempo estando solos. Aunque podemos hacer nuestra propia fiesta con solo dos invitados.

Susana se abalanzó sobre su amante y se besaron. La ropa comenzó a sobrar.

Cuando ya se encontraban casi completamente desnudos Susana tomó a Javier de la mano y lo llevó hasta la ventana de la habitación del segundo piso.

La ventana panorámica tenía vista hacía la casa de al lado. La abrió después de apartar las cortinas.

Los vecinos aun rondaban por los pasillos y algunas luces seguían encendidas. Todo lo contrario sucedía en la habitación donde se encontraban ellos dos. Estaban a oscuras y la poca luz que entraba reflejaba muy poco de lo que sucedía adentro.

Susana quien solo llevaba puesta la panty posó sus manos en el borde de la ventana dándole la espalda a Javier. Sus senos quedaron por fuera de la habitación y esperaba por su hombre.

Javier se quedó un poco en la acción. Le parecía increíble lo que veía.

Susana volteó y lo miró mientras se apartaba la braga dejando ver su vagina ya mojada.

—¿Le damos una fiestecita a esos desordenados y le mostramos como se disfruta de verdad?

Javier se quitó su pantalón y embistió al monumento de mujer que tenía en frente. No le dio chance a su mente de pensar nada. Solo actuó.

Empezó a penetrarla y Susana solo sentía placer, quería más y aquel hombre se lo daba con cada penetración más profunda. Dejarse arrastrar por el placer era lo más divino que habían experimentado juntos.

Ahí en la ventana, la cogía mientras miraban hacia la casa vecina. La posición que tenían solo significaría una cosa para quien los viera. Quizás un hombre haciendo suya a una chica que necesitaba saber que su trasero debía ser cogido.

Los gemidos de Susana comenzaron pero, esta vez no fueron aumentando los decibeles como las veces anteriores. Sus gemidos eran fuertes desde el principio. Javier no podía evitar excitarse al escucharlos y la penetraba más duro.

En la casa vecina Susana vio una silueta en uno de los cuartos que estaban con las luces apagadas. Era una chica, estaba segura de eso. La figura se quedó parada viéndolos fijamente y en ese momento Javier se dio cuenta de la situación. Paró por un momento.

—Sigue, Javier. Cógeme sin parar. Sigue.

Nada. Javier estaba como petrificado.

—Anda. Házme duro sin importar nada. Ella lo disfruta también, ¡Cógeme!

Para él eso fue como un interruptor. Entendió que a Susana no le importaba para nada que esa chica estuviese ahí mirándolos, entonces pensó que la chica solo estaría viendo siluetas teniendo sexo. Miró a su chica y la posición lo terminó de atrapar.

Comenzó a cogerla más fuerte. Susana prácticamente gritaba. No paró de penetrarla ni un momento. Miraba de vez en cuando y la silueta de la muchacha seguía allí.

Después de un momento Susana se despegó de la ventana y puso la cortina.

—Terminemos de una forma más íntima.

Se fueron a la cama y ella se sentó sobre el pene de Javier. Lo meneó, saltaba en el, hacía círculos encima y así ambos llegaron al clímax y se desplomaron sobre el colchón.

—¡Qué rico! —Exclamó Susana. Estaba tocando el abdomen de Javier.

—¿Qué demonios fue eso?

—Sexo en la ventana con una espectadora. ¿No te gustó?

—No... Me encantó.

Esas experiencias eran únicas y debían vivirse para que supieran realmente lo que se siente. Quizá era algo que jamás repetirían, pero la sensación de esa noche fue de otro mundo.

No habían hecho nada malo, solo habían practicado el acto sexual y eso era lo más sano y normal del mundo. Quien los vio también lo disfrutó tanto como ellos, pero desde otra perspectiva.

* * * *

Para la hora de almuerzo Javier preparaba una parrilla mixta en el patio. Susana lo acompañaba y también lo ayudaba a preparar algunas cosas. La casa de al lado parecía desierta. Definitivamente la fiesta y el alcohol los había aniquilado por completo.

La comida estuvo muy buena ese día. Luego de comer se relajaron en las sillas plegables que tenían en el patio al lado de la piscina. El día los deslumbraba con un sol inclemente y una brisa de verano exquisita.

Para las dos de la tarde comenzaron a moverse unas cosas al lado. Uno de los muchachos salió y saludo con un gesto. Javier recordó lo de la noche anterior. Pero, sabía que era una mujer quien los había visto.

Él se notaba algo nervioso por eso y Susana notó que estaba un poco inquieto. Era normal, ella también se sentía un poco incómoda, pero, estaba más calmada que él.

—¿Pasa algo, Javier? Te noto algo tenso.

—Cuando vi salir al muchacho de al lado recordé lo de anoche. No puedo negar que ahora siento un poco de vergüenza.

—Te entiendo. Yo estoy algo avergonzada también. Fue un impulso del momento. Nunca lo había hecho. Pero, me provocó y me sentí viva en ese momento. Creo que el acto sexual junto con el cuerpo humano es una de las cosas más hermosas de la vida, no deberíamos sentir pena de mostrarlo.

—Quizá tengas razón pero, siempre he sido un poco introvertido en ese sentido.

—Y yo. No te niego que siempre he sentido la necesidad de algo como lo de anoche o saber que alguien me ve desnuda sin yo darme cuenta o estar en sitio donde sea “prohibido” andar en pelotas y mostrarme tal como llegué al mundo. No es nada malo, solo es como una condición con la que algunos nacemos.

—Es algo raro.

—Dime algo. ¿Te gustó?

—La verdad es que sí. Me encantó.

—Entonces no hay culpa ni vergüenza. Disfruta de eso y ya. Estamos aquí para vivir.

Una mujer de unos cincuenta y tantos años estaba del otro lado de la cerca con una copa de vino en la mano. Alzó su mano hacía Javier y Susana y en sus labios se leyó la palabra “salud”. Definitivamente estaba brindando por ellos. Resuelto el misterio. Ya sabían quién era su espectadora.

Ellos levantaron la mano regresando el saludo y los tres se rieron y se ruborizaron. La travesura había salido muy bien después de todo. Ahí moría el asunto y todos quedarían felices con esa experiencia única.

No era algo para repetir, pero tampoco para arrepentirse.

Que días aquellos que pasaban en la casa de verano. Parecía que estuvieran viviendo lo que no vivieron en años. Las nuevas experiencias, el compartir con una persona realmente especial, dejarse llevar por las situaciones. Todo eso era increíble.

Los días pasaban sin detenerse y cada vez las vacaciones se hacían más cortas. Sabiendo esa situación Javier y Susana tuvieron una conversación.

—Susana solo nos quedan dos días aquí. Me parece increíble todo lo que hemos pasado, pero debemos entrar un poco en la realidad. ¿Qué haremos luego de esto?

—Lo sé. Es algo que no he dejado de pensar. Me siento muy bien, Javier. Me siento feliz y espero que tú también. No sé si te has dado cuenta, pero creo que no hemos hablado de nuestros caminos al terminar aquí.

Aunque pareciera mentira, ninguno había preguntado hacía donde regresarían. Quizá inconscientemente no querían saberlo hasta el último momento, pero de nuevo el destino intervenía en sus vidas.

—Yo regreso a mi estudio, me quedo aquí a seguir cumpliendo mi sueño como músico. ¿Tú regresarás a la universidad, no?

—Me parece bien. Sí, aún me quedan dos semanas más para llegar a Minnesota y arreglar mis cosas antes de empezar el nuevo semestre.

—¿Minnesota?

—Sí, ¿Por qué?

—Tengo un cliente del estudio que necesita ayuda con su nuevo sencillo y es de allá, justo en una semana o un poco después debo ir.

—No lo creo. ¿Me estás hablando en serio?

—Por supuesto. No ganaría nada con mentirte en algo así.

Esa casualidad cambió por completo los planes de ambos. ¿Se verían después de esa aventura de verano?

—¿Qué tipo de compromisos tienes en Minnesota? Claro, aparte de la universidad —Preguntó Javier, queriendo saber si había alguna posibilidad de que tuviera tiempo libre para verse de nuevo.

—Universidad y mi trabajo que es en una agencia de viajes como asistente. Solo eso. Te comenté que vivo sola en un departamento alquilado y que no tengo novio. Estoy prácticamente sola en la vida.

—¿Te gustaría que saliéramos algún día cuando nos encontremos allá?

—Me encantaría.

La sinceridad de Susana se notaba sin necesidad de indagar mucho. Eso le gustaba a Javier. Era algo que todo hombre quería de una mujer. Sinceridad. Que no hubiese nada oculto y que hablara las cosas como era debido, sin matices.

Siguieron conversando sin parar durante un largo tiempo. Aclararon dudas y dando sus puntos de vista.

* * * *

Javier llevó a Susana hasta el aeropuerto.

Parecía mentira que quince días pasaran tan rápido. No querían separarse, pero, estaba fuera de sus manos evitar esa situación.

Cuando Susana tuvo que abordar tuvo una ola de recuerdos vividos en aquel lugar junto aquel

chico e impresionante hombre que había conocido, ella solo había tenido ese viaje por despejar la mente y un poco de diversión, lo que termino dándole un poco más que solo sexo, quizás, ¿Amor?

Javier volvió a la casa de verano y estuvo pendiente del viaje de Susana a través de la página web de la aerolínea. Había hecho prometer a ella que le avisaría apenas llegara.

Destapó una cerveza y se dispuso a ver televisión y solo esperaba por la llamada de ella. La extrañaba más de lo que pensaba.

El vuelo estaba retrasado, al menos eso decía la información en la web. Ya eran dos horas de diferencia y Javier estaba un poco preocupado. Refrescaba la página cada minuto hasta que por fin vio la información actualizada. El vuelo de Susana había aterrizado sin problemas en Minnesota.

—¡Oh, gracias a Dios!

Casi una hora después recibió la llamada de Susana y hablaron solo un momento y ella le explicó que todo estaba bien. Pero, que debía terminar la llamada para tomar un taxi y llegar a su casa. Cuando hiciera eso volvería a llamarle.

Él se quedó un poco más tranquilo y siguió esperando que Susana llamara de nuevo.

No podía creer cuanto extrañaba y se preocupaba por ella. El cariño que le tomó desde el primer día era inmenso y estaba seguro de que estaba completamente enamorado de ella. No se lo había dicho aún, quizá por miedo de recibir de ella una respuesta diferente de parte de ella.

—¿Hola?

—Estoy casi muerta pero, sana y salva en mi departamento.

—Me alegro de que ya estés en casa, cariño. —¿Cariño? ¿Acaso le había dicho “Cariño?”

—Yo también, pero estoy muy agotada. ¿Te parece si hablamos mañana?

—Por supuesto. Que tengas buenas noches y gracias por avisar.

—Buenas noches, Javier.

Cortaron la llamada y fue inevitable no sentir un poco de nostalgia.

Javier, ya tranquilo, se fue a la cama y se relajó hasta dormirse. A varios kilómetros a la distancia Susana, quién salía del baño después de una ducha, no se podía sacar de la mente a ese chico tan especial que se cruzó en su vida. Estaba muy agradecida por eso. Durante el viaje solo pensaba en todas las propuestas que él le había hecho aquella noche cuando hablaron de un futuro.

¿Realmente ella necesitaba tiempo para pensarlo? Su mente le decía que sí, pero, su corazón le gritaba: ¡No!

No era fácil para ella la situación. Estaba segura de sus sentimientos por Javier, pero no podía dejar toda su vida así como así. Si bien era cierto que tampoco tenía mucho que perder, no quería llevarse una nueva sorpresa.

De esas que terminan siendo bien amargas y terminan por joderte la vida y los buenos momentos. Además se recordaba a ella misma una y otra vez que ese viaje sólo lo había realizado por distracción y diversión, no podía mezclar los sentimientos con buena suerte al conseguir a un muchacho que supo cómo tratarla. A veces las cosas no eran totalmente color rosa.

Por esa noche dejaría todo así. Necesitaba despejar un poco su mente y descansar. El viaje le había hecho mucho bien y logró mucho más de lo que se trazó desde el momento de su partida. Ya estaba ganando por ese lado.

Cuando despertó a la mañana siguiente se sintió sola y quizás nostálgica. Necesitaba a Javier ahí a su lado. Buscó el móvil para escribirle, pero, él ya lo había hecho.

De: Javier

Para: Susana

“Buenos días. Quiero saber de ti”

Quizá era algo tonto, pero, era un gran detalle para ella. Estaba sonriendo como aquel día cuando encontró el ramo de rosas en el pasillo frente su habitación en el hotel.

Ella le contestó inmediatamente.

De: Susana

Para: Javier

“Necesito uno de esos desayunos que solo tú sabes preparar”

Susana se quedó un momento en la cama y luego se levantó para darse un baño. Mientras lo hacía pensaba en aquella ocasión cuando se duchó con Javier. Fue increíble ese momento. Lo recordaba con los ojos cerrados y se dejó llevar.

Mientras se sacaba el jabón del cuerpo pensaba en aquel pene que la penetraba una y otra vez. Bajó su mano hasta su vagina y comenzó a tocarse. Que rico era para ella saber que hasta en la distancia ese hombre le hacía despertar esos sentimientos.

Salió y buscó su móvil, necesitaba saber de él.

“Tendrás todos los desayunos que quieras. ¿Cómo amaneces?”

Susana se lanzó en la cama aún mojada y desnuda. Estaba pensando en responderle de una manera más original. Con su móvil en mano buscó la opción de la cámara digital, y quiso tomarse una foto bien atrevida. Abrió sus piernas y trataba de buscar un ángulo perfecto. Era algo incómodo para ella, pues era primeriza en ese tema. Jamás había ni siquiera pensado en algo así.

Tomó alrededor de veinte fotografías hasta que una le gustó y se la envió a Javier con una descripción que decía: Así amanesco.

En la imagen se veía claramente la vagina de Susana desde un ángulo algo extraño pero, que la hacía ver más interesante. Al fondo se observaba su rostro y parte de sus senos.

Cuando Javier recibió la imagen se quedó con la boca abierta. Esa mujer lo llevaba loco, definitivamente. Cada día lo sorprendía más. No dejaba de observar la pantalla del móvil.

De: Javier

Para: Susana

“¡Woa! Eres una chica muy mala, Susana. Juguemos”

Susana se carcajeó al ver el mensaje y espero un poco. A los pocos minutos recibió una foto de Javier. Bueno, realmente era del pene de él. Se veía teniendo una erección y estaba a trasluz.

En el fondo de podía ver una luz fuerte que provenía de la ventana donde lo hicieron aquella noche. Más allá se divisaba la habitación donde estaba la señora que los miraba durante su acto. Ya no había nadie en esa casa así que no había de que preocuparse.

Susana se sonrojó y al mismo tiempo sintió como las ganas de tenerlo se hicieron insostenibles. Siguieron hablando y enviándose fotos. Hasta que él le llamo.

—Me tienes mal aquí, Susana.

—Pero, si deseo todo lo contrario. Quiero que mis imágenes y mensajes te sirvan para cosas buenas.

—Son muy buenas, pero serían mejor si estuvieras aquí.

—A ver, campeón, ¿Qué estás haciendo?

—Pensando en ti con una erección bien grande.

—Eso me encanta porque yo estoy acostada en mi cama, desnuda con las piernas abiertas y masturbándome mientras pienso en ti. Estamos sincronizados.

—¡Oh, no! Esto no es para nada justo. Necesito volar hasta tu cama en este mismo instante. —

Javier parecía escucharse con la voz entrecortada.

—Pero, tócate también y hazlo por mí, campeón. Vamos a divertirnos un poco. ¿Cuál es el momento que más recuerdas ahora?

—En la piscina. Cuando llegamos aquí a la casa de verano. Te tenía abrazada y tú estabas con tus piernas alrededor de mis caderas.

—Ese momento fue sensacional. ¿Sabes que sentí en ese momento?

—Dime.

—Sentía como tu pene entraba en mí. Mi vagina se abría más de lo normal porque estabas tan excitado que tu glande estaba casi a punto de explotar. Grueso, hinchado y caliente.

—¡Oh, Susana! Me estoy masturbando.

—Lo sé. Y yo también lo hago. Mi vagina está muy mojada y meto mis dedos tratando de sentir lo mismo que siento contigo, pero es imposible. Nada como tú mientras estas dentro de mí.

—Cuando te penetro siento que tu vagina succiona mi pene, es como si no quisiera que saliera después de meterlo. Es una sensación única y placentera. Ahora trato de apretarlo con mi mano para tratar de copiar eso.

—Me encanta todo lo que me dices. Yo sigo sin parar... —Susana se calló por un momento. —¡Oh! Javier, ven a cogerme. ¡Ah! ¡Qué rico!

Escuchar a Susana de esa manera hizo que se masturbara más rápido.

—Javier, me vengo. Voy a acabar... Siento que... ¡Oh, sí! ¡Oh!

Susana se retorció en su cama, solo por puro milagro no soltó el móvil.

—Así me gusta escucharte. Disfrútalo y piensa que estoy allá contigo.

Él dejó de hablar para que ella viviera el momento completo sin interrupciones. Pocos segundos después la escuchó de nuevo sobresaltada y con la respiración entrecortada.

—Ahora te toca a ti. Anda termina lo que comenzaste.

Javier le hizo caso y siguió en lo que estaba. Se masturbaba cada vez más rápido y escuchaba todo lo que Susana le decía. Ella lo ayudaba con palabras o recordando momentos. Justo antes de llegar Javier le avisó a Susana.

Eyaculó con mucha fuerza y su semen cayó sobre las sábanas de la cama y en parte de su abdomen. Sus expresiones no fueron tan fehacientes como las de Susana pero, ella notó que lo había disfrutado mucho.

Ambos estaban tendidos en sus camas conectados por una llamada telefónica y disfrutando de las consecuencias de un buen orgasmo.

—Espero lo hayas disfrutado tanto como yo.

—Por supuesto que sí. Aunque no lo cambio por esos momentos contigo.

Hablaron durante un rato y luego se despidieron. Javier debía comenzar a ordenar las cosas para irse a su estudio y ella estaba por desempacar. Susana regresaría a su facultad para buscar su hoja de planificación y así no tener roces con su horario en el trabajo y solo de recordarlo se sentía enferma. Estaba segura de que el momento había llegado y la decisión ya estaba tomada.

* * * *

Susana trabajaba como asistente de ventas en una agencia de viajes, de ahí que pudo conseguir pasaje y estadía a muy buenos precios para sus vacaciones.

Todo iba mal en el ambiente laboral desde hacía mucho tiempo y ella estaba harta de todo eso, no solo era la mala paga sino también el estrés que le causaba. Para colmo tenía que aguantarse

los malos tratos de su jefe, un hombre de unos sesenta años, enorme y con cara de ogro.

Cuando ese hombre entraba en la oficina parecía que se conjugaran todas las malas energías y convergieran en su boca, solo para lanzar improperios y ordenes muchas veces descabelladas.

En el primer día de trabajo después de sus vacaciones, Susana iba dispuesta a llevar las cosas de la manera más calmada posible, no era posible que todo lo que había sanado durante sus vacaciones se perdiera en un momento. Además tenía en su mente algo más importante para pensar: Javier.

Ya después de tener la hoja de planificación se dio cuenta que no podría mantener el trabajo si quería seguir siendo una alumna sobresaliente en la facultad de medicina, cuando llegó a su oficina se sentó a redactar la carta de renuncia, era lo único que quería en aquel momento. No se lo comentó a nadie para evitar que los rumores comenzaran a correr por toda la oficina y eventualmente llegara hasta los oídos de su querido jefe.

La carta estaba escrita y firmada, ahora quedaba la parte más difícil.

Susana se dirigió hasta la oficina de su jefe y cuando se disponía a entrar se detuvo en la puerta un tomó un respiro profundo y se llenó de valor para poder enfrentar a esa persona tan desagradable que le hizo la vida de cuadritos.

Lo primero era pasar por la secretaria, irónicamente esa mujer era lo mejor que había en todo el recinto de la agencia de viajes. Una muchacha joven, un poco mayor que yo pero parecía de mi edad, bonita, muy bien preparada, además era atenta y con una educación envidiable.

De seguro también era la mujer menos complicada del mundo, pues lidiar con ese señor durante todo el día no sería tarea fácil. Susana la admiraba y hasta sentía un poco de lástima por eso.

—Buen día, Ana.

—¡Susana, querida! Encantada de verte de nuevo. Tu espectacular bronceado me indica que tuviste unas vacaciones muy soleadas. ¿Cómo te fue?

—Pues, muy bien. La verdad es que han sido las mejores de mi vida.

—Me alegro por ti. —Ana bajó la voz hasta casi hablar susurrando. —Yo estoy loca por irme a descansar, ya no soporto más a nuestro jefecito.

Ambas se rieron a carcajadas.

—Ana, vengo por aquí precisamente a hablar con él. ¿Está en su oficina?

—Sí. Llegó hace poco. Dame un momento para anunciarte. Ya vuelvo.

La chica entró después de tocar a la puerta y recibir el permiso para pasar. Dos minutos más tarde salió y le dejó la puerta abierta a Susana.

—Puedes pasar.

—Gracias, Ana.

Dentro de la oficina se acercó hasta el escritorio de su jefe y sentó en las sillas dispuestas para las visitas.

—Buen día, señor Jiménez.

—Buen día, Susana. Por favor quisiera que me dijeras de la manera más resumida lo que necesitas. Tengo mucho trabajo por hacer y además debo salir a una junta con los socios de la empresa.

Hablaba mientras miraba su ordenador y tecleaba de manera desordenada y brusca algunas cosas.

Susana se contuvo para no decirle todo lo que pensaba en ese momento. Su desprecio por ese hombre había crecido de tal forma que ni ella entendía la razón.

Ella se limitó a poner sobre el escritorio su renuncia sin explicar nada, no dijo ni una sola

palabra. Se quedó mirando mientras el hombre quitaba los ojos de su pantalla y los dirigía hasta la hoja de papel.

—¿Qué significa esto, Susana?

—Lo único que puede significar, señor Jiménez. Renuncio.

El hombre exhaló fuerte mente y se llevó las manos al rostro mientras apoyaba sus codos en los brazos de la silla ejecutiva donde estaba sentado. Se quitó las gafas y miró a Susana por primera vez desde que llegó.

—¿Debes hacerlo en este momento?

—Sí.

—Susana, debes entender que estamos en una muy buena fecha del año. Se están vendiendo más pasajes que nunca y no voy a conseguir a una trabajadora como tú de la noche a la mañana.

—Lo siento, de verdad. Pero, la universidad me ha dado mi planificación durante el semestre y no podré dar el cien por ciento en este trabajo y en la universidad.

Ella no quería ni tenía porque darle más explicaciones.

El hombre se puso de nuevo sus gafas y le devolvió la hoja de mala manera. Se concentró de nuevo en su PC.

—Dile a Ana que procese tu renuncia y en quince días tendrás lo que te corresponde.

—Muchas gracias. Hasta luego.

Susana tomó el papel y salió de la oficina. Afuera hizo lo que tenía que hacer con Ana. Firmó algunos documentos y se retiró.

Después de recoger sus pertenencias salió del edificio y cuando ya estaba afuera sintió que dejó un peso enorme detrás de esas puertas que estaban a su espalda. Ya no más ataduras con ese trabajo que lo único que hizo mientras estudiaba fue explotarla y dejarle malos recuerdos.

Por fin lo había logrado, en parte gracias a ese ser humano tan encantador que entró en su vida hace pocos días, pero más por su decisión de cambiar su vida y hacer las cosas de la manera correcta.

A estas alturas Javier no sabía nada de esto. Ella fue a tomarse un café y le llamó para contarle todo.

La conversación fue algo larga. Susana le explicó las razones de su renuncia y porque en este momento.

—Susana, me alegras que hayas hecho eso. Cuando me contaste que llevabas un gran peso y estrés con ese trabajo. Es bueno para ti y tu salud que hayas tomado la decisión correcta. Además, así podrás concentrarte en tus estudios y lo que realmente te gusta.

—Sí, necesitaba hacerlo, también porque ya he buscado mi hoja de planificación del semestre y es un poco reducido con respecto al tiempo libre que tendré, además después del viaje y todo lo que paso entre nosotros tuvo mucho más valor. Me siento renovada.

—Ahora debes buscar un nuevo empleo que se adapte a tu poco tiempo, ¿Qué te parece si trabajas conmigo en el estudio? Podrías ayudarme a responder los correos, sería un trabajo a distancia puesto que yo vivo aquí en Los Ángeles, California.

—La verdad no creo que sea una buena idea, Javier. No porque no lo quiera sino que no deberíamos mezclar las cosas, además hay otra cosa que debo decirte.

—Entiendo tu punto, Susana. ¿Y qué será ese otro asunto?

—Que he decidido aceptar tu propuesta para que vivamos juntos.

En el aeropuerto Javier le hizo esa propuesta a Susana y ella prometió pensarlo. Así lo había hecho desde el momento que se montó en el avión para regresar a su hogar. Él le había propuesto mudarse hasta Minnesota solo para estar juntos e intentar una relación estable.

Pero, sabía que Javier era un chico diferente, quizá tenía poco tiempo conociéndolo, pero, durante esas vacaciones sintió que ese hombre había sido completamente sincero y que lo que mostró fue su verdadero rostro. A pesar de sus veintiún años era muy centrado y sabía lo que quería. Tenía sus metas muy bien planificadas y no dudaba en cumplirlas. Quizás ella estaba sintiendo cosas más fuertes por él y estaba dispuesta a darle todo lo que necesitaba a nivel personal.

Javier se quedó callado. La emoción por la decisión de Susana le había hecho olvidar cualquier palabra o expresión.

—¿Es en serio lo que me dices?

—Muy en serio. Somos jóvenes, disfrutemos de las experiencias que la vida nos quiere dar, empecemos una vida juntos y veamos qué tal.

Terminaron de hablar y ambos se quedaron pensando en lo mismo. La etapa de una nueva etapa estaba a la vuelta de la esquina y esta vez debían hacerlo bien.

Susana se quedó un rato más en el sitio donde estaba y pidió otro café.

Javier, aun en la casa de verano, solo pensaba en esa oportunidad.

* * * *

En la noche de ese día Susana estaba echada en su cama con su ordenador portátil en las piernas. Esperaba una video-llamada de Javier.

La conexión estaba lista y ella atendió en un instante.

La primera imagen que Susana recibió era del rostro de Javier y estaba sin camisa, podía ver hasta sus pectorales y le encantó.

—Hola, guapo.

—Hola, Susana. Encantado de verte. Quería mostrarte algo.

—A ver.

La cámara de Javier se movió mucho, cuando se estabilizó mostraba un ángulo más bajo y podía ver su hombre completamente desnudo. La laptop de él estaba entre sus piernas y Susana veía desde sus testículos, pasando por su pene erecto y llegando hasta sus abdominales. Ella se quedó sorprendida. Y con la boca abierta.

—Vaya. Vaya... Miren al señor introvertido.

—Si no te gusta lo que ves es porque no te gustan las cosas buenas. —Javier rió al igual que ella.

—Pues, me encantan las cosas buenas así que si me gusta lo que veo. Pero, preferiría que arreglaras el foco para ver tu rostro también.

Javier movió la cámara un poco más lejos y quedó completamente enfocado.

—Perfecto. Ahora si lo veo todo. ¿En qué andabas antes de llamarme?

—Preparándome para todo esto. Pensaba en ti y en como haría las cosas.

—Pues, lo hiciste muy bien. Déjame decirte que no lo esperaba para nada. Es una muy agradable sorpresa.

Susana miraba con detenimiento todo aquello y se le hacía agua la boca. Solo verlo le provocaba cosquillas en su vagina y comenzó a lubricar.

Javier comenzó a masturbarse frente a la cámara y Susana lo observaba. Por momentos pensó la razón por la cual los científicos esos que salían en televisión aún no inventaban un dispositivo que le permitiera a ella meterse en esa pantalla y disfrutar de todo lo que veía.

Cuando ya estaban bien metidos en el asunto ella se bajó de forma muy sensual la tirita del hombro derecho de su pijama y luego lo hizo con la otra. Se podía ver la parte de arriba de sus senos.

—Me encanta verte hacer eso, campeón. Me excitas.

Susana terminó de quitarse la parte de arriba de su pijama y se tocaba los pezones. Los pellizcaba suavemente y se agarraba las tetas con fuerza. Javier la miró y comenzó a masturbarse más rápido.

Durante todo ese momento permanecieron callados, solo observándose e imaginando todas las escenas vividas y quizá inventando nuevas.

—Sigue, campeón. Quiero ver como eyaculas pensando en mí.

Javier no paró y de repente sintió que ya estaba por terminar. Con sus movimientos sacó un poco de foco la cámara, pero, aún Susana podía ver lo que más le interesaba. Él soltó un chorro de semen que fue a parar hasta sus abdominales, fue algo muy intenso que disfrutó más aun por el hecho de saber que Susana ahora lo veía.

A ella le encantó y no resistió las ganas de hacerlo también.

—Mi turno. —dijo la mujer que ya estaba de medio cuerpo desnuda.

Movió la cámara entre sus piernas y enfocó solo la vagina. En la imagen también se notaba partes de sus nalgas y las piernas. Los dedos de ella se deslizaron desde el clítoris y comenzaron a abrir los labios, dejando ver la parte interna. La carne rosada y brillante por la lubricación lucía deliciosa. Dos dedos empañaron la imagen por un momento hasta que esta se enfocó de nuevo.

Susana metía y sacaba sus dedos sin parar. En la pantalla de Javier se veían como un celaje solamente, él prestaba atención y logró oír que el micrófono del ordenador de ella captaba un sonido, leve pero, lograba escucharse. Era el roce que ella provocaba. Piel con piel.

—Me encantas, Susana. ¿Recuerdas cuando estábamos en el camarote del barco? Esa fue la primera vez que te penetré. ¿Recuerdas cómo se sentía?

Ella no dijo nada, pero sus dedos ahora iban más adentro y con más velocidad. Solo se escuchó un pequeño gemido. Ahora Javier se quedó callado solo disfrutando de la escena, sabía que Susana estaba completamente concentrada en lo que hacía.

Los gemidos de ella comenzaron a ser más fuertes. Los dedos entraban y salían y en ocasiones ella los dejaba afuera mientras se acariciaba el clítoris, era toda una experta según lo que observaba Javier.

Más gemidos se escucharon hasta que ella contuvo la respiración llegando al clímax total. En ese momento dejó los dedos adentro y los movía sin sacarlos, tocándose quizá el punto donde ella sentía más placer. Todo se detuvo, saco los dedos de su vagina y un par de segundos después estaba acomodando la cámara y ahora en la pantalla estaba ella y sus senos desnudos.

—Eso estuvo muy bien. Te quedó de maravilla la sorpresa de hoy, campeón.

—De la misma manera que siento que te quiero, te deseo. Me encantó tu actuación de hoy.

Continuaron con la conversación un rato más y luego se desconectaron. Al día siguiente viajaba Javier y debía despertarse muy temprano para poder estar a tiempo en el aeropuerto. Tanto él como Susana estaban ansiosos por todo lo que les esperaba.

* * * *

Javier se levantó mucho antes de lo estipulado por él. No había podido dormir de tanto pensar, estaba muy emocionado y nervioso por todo lo que le venía. Quería hacer las cosas perfectas con

Susana, ella lo merecía. Después de pasar por tantas cosas en la vida, aún estaba de pie dando lo mejor de sí, regalando sonrisas y queriendo ser mejor persona. Eso era digno de admirar.

Ya en el aeropuerto contactó a Susana para avisarle que estaría sin señal y que ya estaba listo para abordar, hablaron durante un momento y se despidieron con la mente puesta en que se verían en unas cuantas horas.

Javier debía llegar alrededor de las dos de la tarde, para después tomar un taxi hasta su casa y de ahí saldría a buscar Susana. Ya ella le había dado su dirección y estaría lista para cuando él llegara. No importaba cuan cansado estuviera. Lo importante era estar al lado de esa chica que lo volvía loco.

Mientras Susana esperaba recogía de nuevo parte de su ropa y las metía en las maletas. Por el momento solo llevaría lo necesario. Ya luego irían por las otras cosas y verían que harían con ellas. Estaba lista cuando Javier le llamó para decirle que ya estaba en Minnesota.

Su corazón comenzó a latir fuertemente y no podía con toda la emoción que sentía. Ella estaba teniendo muchos sentimientos encontrados, pero tenía miedo de admitirlo.

El tiempo pareció detenerse, Susana chequeaba la hora y el reloj seguía en el mismo sitio. Tenía la sensación de estar ahí durante años.

Sonó el móvil y era él.

—Después de una larga espera y un agotador viaje tú serás quién me alegre él día. Estoy abajo esperando por ti.

—Bajo en un segundo, Javier.

Ella no podía quitarse la sonrisa de la cara, tenía un nudo en la garganta y le temblaban las manos. Para poder echar cerrojo a la puerta al salir tuvo que calmarse un poco, sino sería una misión imposible.

Cuando salió del edificio allí estaba él. Usaba una chaqueta de cuero negra, pantalones vaqueros ajustados y unas botas. Por primera vez lo veía con un atuendo más casual y ella quedó más enamorada aún.

Corrió hasta los brazos de él y se guindó de su cuello, ya bastaba de estar haciéndose la difícil con él. Al carajo todos. Quería gritarlo al cielo y que su voz retumbara más allá del horizonte. Sellaron su encuentro con un beso.

Javier vio a esa mujer tan hermosa venir corriendo hacia él, vestía de manera sencilla, pero todo le quedaba bien. Un short blanco bastante corto y ajustado resaltaba sus piernas y trasero. El tono de su piel era único ahora, es ese que se adquiere luego de estar unas horas sin tomar sol.

A partir de ese momento no se separarían más y estaban dispuestos a pasar juntos el resto de sus vidas.

Se montaron en el coche de Javier y se marcharon a su casa. A la casa que ahora sería un hogar.

* * * *

Ya acomodados en la casa de Javier comenzaron a vivir momentos inolvidables. Ella se preparaba para la universidad, aun no conseguía trabajo pero no la atormentaba, sus ahorros la ayudarían.

Mientras Javier trabajaba ella le cocinaba, no era su fuerte, pero el cariño con que lo hacía la ayudó a que eso no fuese una carga. Claro, no todo lo hacía ella, además de tener una señora para la limpieza, Javier colaboraba en lo que podía. Trataron de dividirse las tareas para que no fuese

tan difícil todo.

Estaban felices y las cosas parecían ir encajando poco a poco. Debían tener paciencia, ya estaban juntos y eso era lo más importante.

Una semana más tarde Susana recibió una llamada para ofrecerle una entrevista de trabajo. Cuando ella renunció se lo había comentado a su compañera de la facultad, Sonia que conocía a mucha gente, entre ellos estaban gerentes y directores de otras agencias de viajes en la ciudad.

En particular, la llamada que recibió fue de la agencia más cotizada de todo Minnesota, y eso era algo bueno, no solamente por el nombre sino también porque estaba segura que la paga era buena.

Ella acudió a la entrevista el día que ellos le indicaron y todo se convirtió en un simple protocolo. El trabajo ya era suyo, la estaban buscando desde hace mucho. Ese mismo día la llevaron a hablar con quién sería pronto su nuevo jefe.

—Encantado de conocerla, señorita Susana. Por favor, siéntese.

—El gusto es todo mío, señor...

—Juan Luis Gámez.

Se estrecharon las manos.

—Desde hace mucho tiempo estábamos tras de usted, señorita Susana. Sabemos que usted es una excelente vendedora. Jesús Daniel, su amigo que trabaja aquí con nosotros nos dijo que estaba disponible. No lo pensamos ni un segundo, el trabajo es suyo. La entrevista es simple papeleo.

—Agradezco de corazón esta oportunidad, señor Ramos. No se arrepentirá.

—Eso espero. Para el próximo lunes la espero por aquí. Y por favor no me llame más señor Gámez. No estoy tan viejo.

Ambos rieron y se despidieron.

El destino ahora le guiñaba el ojo a Susana. ¡Y de qué manera! Desde que llegó a la playa todo se había alineado a su favor. Tuvo razón en tomar por su cuenta ese rollo de escribir su futuro, si no lo buscas, nunca lo encontrarás.

Para Javier la noticia de que Susana había conseguido trabajo fue muy grata. Eso le daría los ánimos que le faltaban.

Esa noche ella preparó una cena especial.

Javier llegó a casa a la hora de siempre y se encontró con la mesa servida con velas y demás. Él, algo sorprendido, se quedó parado y miró a su alrededor en busca de Susana. Su vista la encontró bajando por la escalera ataviada con una lencería negra espectacular. Una tanga sexy que tapaba solo su punto más íntimo era donde posaba la mirada.

Ella se acercó caminando despacio y con un movimiento sensual, lo abrazó para estamparle un beso de eso que solo ella sabía dar.

—Hoy es un día para celebrar, campeón.

Desató suavemente el nudo de su corbata y la lanzó al suelo.

—Hay muchas cosas buenas a nuestro alrededor y quisiera darte una más. —Prosiguió Susana. Le quitó la chaqueta y prosiguió.

—Hoy yo seré tu esclava. Podrás hacer conmigo lo que quieras.

Desabrochó los pocos botones de su camisa y lo dejó a un lado.

—Tu solo déjate llevar que yo hago el resto.

Susana lo volvió a besar mientras abrazaba el tronco desnudo de Javier. Él la tomó por las nalgas levantándola y llevándola hasta el sofá que estaba cerca. Ahí la dejó caer y se dio su tiempo para verla.

—Eres increíble, Susana. Increíble.

Volteó en dirección a la mesa y vio una botella de champán. Fue por ella y de regreso la descorchó. La espuma salió disparada y se empino un trago. Le ofreció a Susana y esta la tomó, sorbiendo también del líquido. Susana despegó la botella de sus labios y dejó que el champán corriera por sus cuello senos y abdomen, inmediatamente Javier se agachó y lamió desde abajo hasta arriba.

Susana se levantó e invito a Javier a sentarse en el sofá, y se quitó la tanga con una mano. Se subió al mueble y su vagina quedó a la altura de la boca de su amante, volvió a derramar el líquido sobre su pecho y este bajó como si se guiara por una vía invisible. Llegó justo a la entrepierna de Susana y él tomó directo de ahí. La mezcla de sabores era exquisita.

Ella movía su cintura sin parar y sentía como la lengua de Javier hacía de las suyas. Ella estaba extasiada, soltó la botella cuando esta estuvo vacía y se quitó el sujetador. Se tomaba los senos y se quitaba por momentos el cabello que le caía en la cara.

Javier la tomó por el trasero, tenerlo entre sus manos era un placer indescriptible, y la trajo más hacía él. Tenía en su boca esos otros labios de Susana. Los más íntimos, los más carnosos, los labios que no había besado hasta ese momento y era casi como una droga, mientras más los probaba más los deseaba. Metía su lengua sin parar y lo hacía con pasión con ganas, lo mejor era escuchar Susana casi fuera de sí, gimiendo y volviéndose loca.

Ella se bajó y se volteó. Ya estaba completamente desnuda, siguió el ejemplo de Javier y fue hasta la mesa. Escogió unas fresas y volvió. Mientras acercaba a Javier, (quien aprovechó para quitarse el pantalón) tomó una fruta y la mordió con sensualidad, el pedazo que quedó lo bajó rozando su pecho, su abdomen y la llevó hasta su clítoris. Ya para ese momento estaba junto a Javier y ella le dio de comer también.

Él la tomo con fuerza por la cintura y la sentó sobre su pene erecto. Ella comenzó a cabalgar como si de un caballo se tratase, echaba su cabeza hacia atrás y gemía sin parar. Javier quería metérselo hasta el final, quería que sintiera un poco de dolor placentero. Esa noche ella se veía como otra mujer, estaba metida en su papel de chica mala, era la faceta oculta de Susana.

Terminaron en el suelo aun teniendo sexo sin parar, sexo salvaje para variar las cosas. Él le propinó una nalgada que retumbó hasta los límites de ella y Susana gritó lo más fuerte que pudo.

—¡Dame! ¡Fóllame!

Javier la nalgueó de nuevo y lo que salió de la boca de su amante fue casi un alarido. Estaban fuera de sí, disfrutando de ese éxtasis que solo el sexo le propinaba.

—Quiero correrme sobre ti, Susana.

Ella se alejó un poco y tomó el pene de Javier y comenzó a masturbarlo rápido. Combinaba los movimientos con algunas chupadas y él estaba a punto de correrse.

—Donde quieras.

Javier se dejó llevar y el semen corrió desde la boca de Susana hasta los senos. El chorro hizo que ella cerrara los ojos y se sonriera después de semejante sorpresa. Los dos cayeron al suelo y abrazados quedaron ahí en el salón principal de la casa.

Estaban hecho el uno para el otro.

* * * *

Luego de casi tres años juntos, ya sabían que era una relación más que formal, aunque ella aún no conocía a sus padres, Javier había querido que el día en que se ella obtuvo su licenciatura de nutrición y dietética conociera a sus padres pero ella se negó, quiso que solo fuese él.

Salieron a comprar algunas cosas nuevas para la casa. Le hacía falta el toque femenino, decía Susana. Ya andaban por ahí como una pareja y él la presentaba con sus amigos y conocidos como su prometida, cada vez que ella escuchaba eso era como tocar el cielo.

Llegaron a casa terminando la tarde.

—Es momento de darnos una ducha y prepararnos para salir.

—¿A dónde iremos?

—Eso es una sorpresa, mujer. No preguntes tanto y ven conmigo.

Las bromas entre ellos eran el pan de cada día, es una manera de romper el hielo en algunas situaciones fortalecían la confianza que había entre ellos.

Después de alistarse, ambos salieron de casa rumbo a un lugar que solo Javier conocía.

Entraron a un restaurante de esos que tiene lujo hasta en donde menos te imaginas, el mozo saludo a Javier con mucho cariño, se abrazaron. Él se volteó y le presentó a Susana. El mozo era todo un caballero, le besó la mano y la trató de dama.

Siguieron su camino y ella se dio cuenta que se dirigían a una mesa grande donde habían seis personas. Todos se levantaron y a Susana la atacaron los nervios. ¿De qué se trataba esto?

—Susana, te presento a mis padres, y mis hermanos.

Ella se no sabía qué hacer, solo por puro impulso de acercó y les estrechó la mano a todos. Se alegró de haber escogido un vestido bien recatado, pues no hubiese sido lo mejor llegar con algo muy sexy a conocer a la familia de tu prometido. Luego se sentaron en la mesa y un mesero trajo una enorme paella.

—Susana, Javier nos ha hablado muy bien de ti. Me alegra que hoy podamos estar aquí compartiendo contigo. —Le hablaba el padre de Javier que tenía el mismo nombre que el hijo.

Eso rompió el hielo y comenzaron a hablar, compartir y comer. Las cosas se dieron muy bien y la atención el restaurante fue la mejor. Y así debía ser. El sitio era propiedad del señor Javier.

La cena había terminado y Javier tomó la palabra.

—Les agradezco que hayan venido hasta aquí como se los pedí, es para mí de suma importancia que mi familia conozca a esta maravillosa mujer que hoy me acompaña. Papá, una vez me dijiste que cuando encontrara a la indicada lo sabría; y Susana es la indicada. Por eso y mucho más quisiera frente a ustedes pedirle algo a ella.

Javier metió su mano en el bolsillo interno de su chaqueta de cuero.

—Susana, cariño. ¿Te quieres casar conmigo?

Ella estaba al borde de las lágrimas y se llevó las manos a su boca para atajar un sollozo antes de que saliera.

—¡SÍ!

En uno de los asientos estaba la mamá de Javier llorando como una niña después de conseguir un pony debajo del árbol de navidad.

—¡Hiciste llorar a tu madre, carajo! —Grito uno de los hermanos y todos se rieron.

La cena se convirtió en una pequeña fiesta de compromiso. Trajeron vino y brindaron durante toda la noche.

El anillo que Susana portaba en su dedo era muy lujoso. Lo veía cada vez que podía. Era increíble. Ella sentía que estaba en cuento de hadas. Todo tendría que salir bien, no había razón para que pasara lo contrario.

* * * *

Tres años después.

Javier dejó en manos de Susana todos los preparativos para la boda. Sería una ceremonia muy sencilla e íntima, así lo habían acordado. Por parte de Susana no tenía invitados, entonces prácticamente serían amigos y familia de Javier.

Los días pasaban muy rápido y la fecha cada vez estaba más cerca.

Era un sueño hecho realidad para ella. Después de tantas luchas y tanto altibajos, allí estaba probándose su vestido de novia y sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

Personalmente para ella todos los logros alcanzados fueron fruto de no perder la fe y querer salir adelante, ser mejor persona, quererse a sí misma para poder dar el mismo cariño a los demás.

Por otro lado también sintió que la vida le dio un empujón y le regaló algo de suerte, conseguir que Javier haya decidido acercarse aquella tarde en la playa era algo muy poco probable, pero le tocó el número premiado y ella no lo desperdició. Sembró en él y cosechó sus frutos.

Javier se arriesgó y apostó todo desde el principio. No se equivocó con Susana, y a pesar de que aún quedaba mucho por conocer de ella creía que todo estaría bien. Cuando una mujer abre su alma de la manera que lo hizo Susana con él, era porque querían de verdad, porque estaban seguras de lo que querían.

La boda lo tenía un poco nervioso, era en unos días y sintió algo de ansiedad. Estaba seguro que quería casarse con Susana pero, no podía evitar sentirse así.

Desde el momento en que se conocieron ya habían pasado tres años... ¡tres años! Estaba realmente enamorado por primera vez en la vida.

Las cosas cada vez encajaban mejor, había más confianza entre ellos y todo marchaba muy bien. Javier se sentía orgulloso por Susana.

Desde que comenzó a trabajar ella le exigió que los gastos de la casa se compartieran, lógicamente él tenía una entrada de dinero más grande, pero esa actitud de ella le hizo ver que no estaba dispuesta a dejarse mantener por un hombre. Su naturaleza no se lo permitía. Era definitivamente una mujer independiente que aceptaba esos matices machistas del siglo veintiuno.

Finalmente llegó el día anterior a la boda.

—Mañana es el día. Nuestro día.

—Sí, lo sé. No lo niego, estoy un poco nervioso. De seguro hoy no dormiré.

—Todo saldrá bien. Me tienes a mí apoyándote a tu lado. Yo no dejaré que nada malo pase.

Javier la miró y luego la abrazó. Eso para ella fue lo mejor, pues ese hombre le estaba entregando el alma en ese momento.

* * * *

Los nervios se apoderaron de Susana de una manera inesperada y sintió que debía hablar con Javier antes de la boda. Pero, ¿ya era muy tarde? ¿Realmente tendría que decirle eso antes de llegar al altar?

Ella estaba a punto de colapsar.

No había tiempo para nada y la madre de Javier entró en la habitación donde ella estaba. El señor Javier estaba esperándolas a las dos en el coche.

El camino a la iglesia se hizo corto y ella llevaba unos cólicos insoportables. Al llegar se quedó sola con la señora en el coche por un momento.

—Susana, sé que estas asustada y eso es lo más normal del mundo. Cuando me casé con ese señor que ves afuera pase por lo mismo. Pensé en salir corriendo, pero no lo hice y míranos... Aquí estamos cuarenta años de casados y todavía me hace sonreír ese viejo feo.

A Susana se le escapó una lágrima que capturó de inmediato para no dañar el maquillaje. Respiró profundo.

Se bajó y miró la iglesia, todo estaba en orden y lucía muy bonito. Fue del brazo del señor Javier quien la escoltaría hasta el altar.

Todos estaban de pie observando a la novia entrar. Eran solo los más allegados y la iglesia lucía un poco vacía. Javier estaba al fondo esperándola con una sonrisa enorme.

Ya juntos frente al sacerdote escucharon la misa tomados de la mano. El momento cumbre llegó y sin titubear ambos dieron un “sí” rotundo y claro. Se besaron como es costumbre y todo estaba listo. Eran esposos y ya los nervios habían quedado de lado para dar paso a la felicidad.

Se retiraron hasta un club que estaba a las afueras de la ciudad. Ahí llegaron amigos y familiares y estaban todos esperando a los nuevos esposos.

Ellos llegaron poco después y se unieron a la celebración. No faltaron los abrazos, felicitaciones y consejos de todos, les deseaban el mejor de los futuros.

Un rato más tarde Susana estaba sentada en uno de las mesas comiendo algo y descansando un poco. Los zapatos de tacón alto que estaba usando le tenían los pies hinchados y un poco maltratados.

Javier estaba más animado, era su gente la que estaba ahí. Pero, pensó en su esposa y fue a buscarla.

—¿Te sientes, bien cariño?

—Solo estoy un poco cansada. No te preocupes.

—Ven, arriba hay una habitación donde podrás descansar un poco.

Ella accedió y fue con su esposo hasta la habitación.

La verdadera intención de Javier era estar solo con ella un rato. Los invitados podían esperar. Después de quitarle los zapatos la besó con ternura.

—¿Cuántas veces has tenido sexo usando un vestido de novia?

Susana no pudo aguantar la risa y se echó hacia atrás para carcajearse con ganas.

—Hoy debería ser la primera vez.

Ellos estaban en lo suyo. Hicieron el amor en esa pequeña pero, acogedora habitación. Fue muy divertido hacer eso mientras la gente estaría afuera preguntando por ellos.

Al terminar se arreglaron y trataron de salir con su mejor cara de niños buenos.

La fiesta afuera seguía, eran pocos pero, como hacían bulla. Eran una magnificas personas.

Susana ya más descansada bailaba con su esposo y le hablaba al oído.

—¿Sabes algo? Cuando iba camino hacia la iglesia pensé muchas cosas y estaba muy nerviosa. Al llegar a la iglesia tu madre habló conmigo y supo calmarme un poco, las cosas de ahí en adelante se dieron mucho mejor.

—Yo también estaba muy nervioso, Susana, pero también feliz.

—¡Claro! Yo también lo estoy. Muchísimo. Eres el hombre con el que soñé.

—Cariño, me estas poniendo nervioso de nuevo. ¿Pasa algo?

—La verdad es que sí, Javier. Pasa algo.

Él se separó un poco de ella para verle a la cara. Estaba muy serio y las manos le temblaban. Algo le decía que lo que ella diría le cambiaría la vida.

—Por el amor a Dios, Susana termina de decirme si no quieres que me dé un infarto.

Ella estaba con la cabeza baja y se le acercó.

—Vas a ser papá.

Javier no podía creer lo que escuchaba. La emoción inundó su alma.

—¿Qué estás diciendo, Susana?

—Estoy embarazada, Javier. Vamos a tener un hijo.

Él la abrazó por la cintura y la levantó dando vueltas.

Todos voltearon a verlos y él les gritó:

—¡Señores, voy a ser papá!

Todos gritaron en unísono y fueron a felicitarlos.

* * * *

Aquellas locas vacaciones de verano convirtieron el sexo en amor, el alcohol en pasión y la playa en testigo del comienzo de una historia repleta de excitación y romanticismo.

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#)

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los

zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto

Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras —mías o de otras personas —que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo —Laura Lago](#)

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Esclava Marcada —Alba Duro](#)

*[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

[Sumisión Total —Alba Duro](#)

*[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*